



SEBASTIAN
FITZEK

el
soñámbulo

Lectulandia

El arquitecto Leon Nader y su mujer, Natalie, acaban de instalarse en un bonito piso. Una mañana, Natalie empieza a empaquetar sus cosas y abandona rápidamente la vivienda, con la cara amoratada y los brazos heridos. Leon sale en su búsqueda desconcertado y pronto se da cuenta de que Natalie ha desaparecido.

Leon, quien padecía sonambulismo cuando era pequeño, había llegado a recibir tratamiento psiquiátrico debido a su comportamiento agresivo mientras dormía. Ahora piensa que la desaparición de su esposa puede estar relacionada con su antigua enfermedad.

¿Será él el único culpable? ¿Pudo hacerle algo a Natalie mientras dormía?

Lectulandia

Sebastian Fitzek

El sonámbulo

ePub r1.0
turolero 11.08.15

Título original: *Der Nachtwandler*
Sebastian Fitzek, 2013
Traducción: Noelia Lorente

Editor digital: turolero
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Manuela.

«Por un camino oscuro y yermo
que asolan ángeles enfermos,
donde Noche es el icono
que reina erguido en negro trono,
llegué aquí como pude
desde esa última y brumosa Tule».

EDGAR ALLAN POE, *Dreamland*

Prólogo

El paciente apenas llevaba media hora en el hospital y ya estaba molestando. La enfermera Suzan lo había *saboreado* tan pronto se habían abierto las puertas de la ambulancia y habían sacado la camilla afuera.

Siempre que había problemas en la Unidad Psiquiátrica percibía aquel *sabor* en su paladar. Se extendía a través de su boca como si estuviese mascando papel de aluminio. Y aquel efecto desagradable también podían provocarlo pacientes que, a simple vista, tenían más aspecto de ser una víctima que una persona violenta. Igual que el hombre que acababa de activar la alarma en la habitación 1310.

A las 19.55 h precisamente.

Si lo hubiera hecho cinco minutos más tarde, Suzan habría podido disfrutar de su hora de descanso. Ahora tenía que apresurarse por el pasillo con el estómago vacío. No es que le asaltara un enorme apetito por las noches (Suzan cuidaba infinitamente su figura y, en realidad, no estaba mucho más gorda que algunas de sus pacientes anoréxicas), pero la ensalada pequeña y el medio huevo formaban parte de su rutina nocturna; y un paranoico con alucinaciones también, si bien podía prescindir perfectamente de esto último.

Habían recogido al paciente enfrente de un supermercado, en mitad de la nieve. Desnudo, lleno de sangre y con heridas de cortes en los pies. Tenía un aspecto desaliñado; parecía que estaba desorientado y deshidratado. Pero su mirada era despierta y constante, pronunciaba con claridad y los dientes (según Suzan, los dientes eran siempre una señal clara del estado del alma) no mostraban síntomas de abuso de alcohol, nicotina o estupefacientes.

Y a pesar de todo he notado ese sabor, pensó, con un busca en una mano y un juego de llaves en la otra.

Suzan abrió la puerta y entró en la habitación.

El escenario que tenía ante sus ojos era tan insólito que tardó un segundo en reaccionar y activar el busca que llevaba consigo para informar de situaciones críticas como aquella a las fuerzas profesionales de seguridad.

—Puedo demostrarlo —gritó el hombre desnudo frente a la ventana. Se hallaba de pie en un charco de vómito.

—Claro que puede —respondió la enfermera asegurándose de guardar bien la distancia.

Sus palabras sonaban como si se las hubiese estudiado; como si no fueran sinceras. Y, efectivamente, Suzan se las había estudiado y no creía en ellas de verdad. Sin embargo, en muchas ocasiones había conseguido ganar un tiempo precioso usando expresiones vacías.

Esta vez no.

Más tarde, una comisión investigadora redactaría en su informe final que la señora de la limpieza había estado escuchando música con un reproductor de MP3,

algo que estaba estrictamente prohibido durante las horas de trabajo. La mujer, al ver que su jefe entraba de improviso para llevar a cabo un control de higiene, había escondido el aparato en la caja de los contadores del agua que había junto a la ducha.

Sin embargo, en aquel instante de crisis, la enfermera Suzan no lograba entender cómo había llegado hasta el paciente aquel aparato electrónico, al que había arrancado el compartimento de las baterías. En la mano tenía una pila alcalina que estaba torcida, y daba la impresión de que había mordido su recubrimiento con los dientes. Suzan no lograba verlo, pero se imaginó el ácido viscoso saliendo por los bordes afilados como si fuese mermelada.

—Todo saldrá bien —intentó tranquilizarle ella.

—No, nada saldrá bien —protestó el hombre—. Escúcheme. No estoy loco. He intentado vomitar para poder sacarlo del estómago otra vez, pero es posible que ya lo haya digerido. Se lo suplico. Tienen que hacerme una radiografía. Tienen que radiografiar mi cuerpo. ¡La prueba está dentro de mí!

Continuó gritando hasta que el personal de seguridad entró por fin para sujetarlo.

Pero habían tardado demasiado en llegar.

Cuando los médicos irrumpieron en la habitación, el paciente ya se había tragado la pila.

Unos días antes

En algún lugar del mundo.
En alguna ciudad que usted conoce.
Quizás en su vecindario...

1

La cucaracha se arrastraba hacia la boca de Leon.

Unos centímetros más y las largas antenas acabarían por rozar sus labios abiertos. Ya había alcanzado el borde de la mancha de saliva que había dejado en la sábana mientras dormía.

Leon intentó cerrar la boca, pero sus músculos estaban paralizados.

Una vez más.

No podía levantarse ni alzar la mano, ni siquiera pestañear. No le quedaba más remedio que mirar fijamente la cucaracha que extendía sus alas como si quisiera saludarle de modo amistoso:

«Hola, Leon, aquí estoy de nuevo. ¿No me reconoces?».

Pues claro. Sé exactamente quién eres.

La habían bautizado con el nombre de Morphet, la cucaracha gigante de Reunión. Al principio, Leon no sabía que algo tan repugnante como aquello fuese capaz de volar de verdad. Después, cuando lo consultaron en internet, vieron que en los foros se debatía enérgicamente sobre ello y, desde aquel día, pudieron contribuir aportando un dato claro: sí, las que procedían de Reunión, al menos, eran capaces de volar. Y uno de esos ejemplares, por lo visto, se lo había traído Natalie a la vuelta de unas vacaciones hacía unos meses. De algún modo aquel monstruo se había deslizado en el interior de la maleta mientras empaquetaba las cosas. Al abrirla en casa, Morphet se había colocado sobre la ropa sucia y se había limpiado las antenas. Antes de que Natalie hubiese podido coger aire suficiente para gritar, la cucaracha ya había salido volando para esconderse en algún rincón inaccesible del antiguo edificio.

Habían buscado por todas partes. En cada uno de los tantísimos rincones que había en las estancias de techos altos de su apartamento de cinco habitaciones: debajo de los zócalos, detrás de la secadora del baño, entre las maquetas de arquitectura de Leon que había en el despacho; incluso habían puesto patas arriba el laboratorio de fotografía, a pesar de que Natalie había aislado la puerta con un material opaco y ésta siempre quedaba cerrada a cal y canto. Todo había sido en vano. El insecto gigantesco con patas arácnidas y coraza del color de una moscarda no volvió a aparecer.

Aquella primera noche, Natalie ya había considerado seriamente la posibilidad de abandonar el piso al que se habían mudado apenas unos meses antes.

Para intentarlo de nuevo.

Ese día habían dormido juntos y después se habían tranquilizado, riéndose porque Morphet seguramente había salido al parque por la ventana para averiguar que sus congéneres de aquella ciudad eran un poco más pequeños y calvos que ella.

Sin embargo, allí estaba otra vez.

Morphet se hallaba tan cerca que Leon podía *olerla*. Estaba claro que era una estupidez. Pero Leon sentía tanta repugnancia por la cucaracha que sus sentidos le

estaban jugando una mala pasada. Incluso le parecía ver en las diminutas patas peludas restos de excrementos de innumerables ácaros de polvo que el insecto había recogido debajo de la cama al amparo de la oscuridad. Las antenas del animal aún no habían llegado a acariciar los labios secos y agrietados de Leon. Sin embargo, enseguida creyó notar el cosquilleo. Además, intuía lo que iba a sentir cuando la cucaracha empezara a deslizarse en el interior de su boca. Tendría un gusto salado y rasparía como si fuesen palomitas de maíz pegándose al paladar.

Morphet avanzaría arrastrándose por su faringe, lentamente pero con determinación, batiendo las alas contra los dientes.

Y ni siquiera puedo morder nada.

Leon lanzó un gemido e intentó gritar con todas sus fuerzas.

En ocasiones aquello le ayudaba, pero la mayoría de las veces necesitaba algo más que eso para liberarse de la parálisis del sueño.

Por supuesto que sabía que la cucaracha no era real. Era por la mañana, temprano, unos días antes de Nochevieja. El dormitorio estaba oscuro como la boca de un lobo. Ni siquiera era físicamente posible verse dos dedos de la mano. Pero toda aquella certidumbre no hacía que el miedo pudiese soportarse mejor. Porque la repugnancia, incluso en su peor forma, no era nunca real; tan sólo una reacción psicológica a un efecto externo. Las sensaciones no eran capaces de diferenciar si éste se hallaba en su imaginación o existía de verdad.

¡Natalie!

Leon intentó gritar el nombre de su esposa, pero fracasó por completo. Como tantas otras veces, era presa de su sueño diurno, del que difícilmente podía liberarse sin la ayuda de los demás.

«Las personas que tienen “debilidad del yo” son víctimas propensas a sufrir parálisis del sueño». Leon lo había leído en una conocida revista de psicología y en parte se había sentido identificado con aquel artículo. Ciertamente carecía de complejo de inferioridad; sin embargo, en el fondo se describía a sí mismo como alguien del tipo «Sí, pero»: sí, su cabello oscuro era frondoso y fuerte, pero los innumerables remolinos hacían que por lo general pareciese que acababa de levantarse de la cama. Sí, la barbilla que le caía ligeramente en forma de V le daba a la cara cierto aire notablemente masculino, pero su barba resultaba la de un joven adolescente. Sí, tenía los dientes blancos, pero cuando se reía de oreja a oreja podía verse que le había pagado el coche deportivo a su dentista con los empastes. Y, sí, medía un metro ochenta, pero parecía más bajo porque casi nunca iba derecho. Resumiendo: no era un hombre mal parecido. Sin embargo, las mujeres que buscaban tener una aventura posiblemente le regalaban una sonrisa, pero no su número de teléfono. Éste preferían dárselo a su amigo Sven, que había conseguido una escalera real jugando al póquer: cabello, dientes, labios, altura corporal, manos... Era como Leon, pero sin el «pero».

¿Natalie?

Leon intentó combatir la parálisis del sueño dando un gruñido.

Ayúdame, por favor. Morphet está a punto de trepar por mi lengua.

Se extrañó al oír el sonido que acababa de hacer repentinamente. Por lo general, hablaba, gruñía o lloraba en sueños sólo con su propia voz. Pero los gemidos que estaba escuchando en aquel momento sonaban de algún modo como si fuesen más claros, más agudos.

Más bien como si perteneciesen a una mujer.

¿Natalie?

De pronto se hizo de día.

Gracias a Dios.

Esta vez había conseguido arrancarse de los brazos de su pesadilla sin necesidad de patear ni gritar. Sabía que una de cada dos personas había tenido experiencias similares a la suya y se había visto atrapada en aquel mundo oscuro, entre la vigilia y el sueño. Un mundo de sombras rodeado de guardianes que sólo podían ser ahuyentados con suma fuerza de voluntad. O a través de algún fenómeno discordante procedente del exterior. Por ejemplo, en el caso de que alguien encendiese una luz cegadora en mitad de la noche, subiese el volumen de la música, hiciese saltar una alarma o en el caso de que... *¿de que alguien llorase?*

Leon se incorporó en la cama y parpadeó.

—¿Natalie?

Su esposa se hallaba de rodillas, de espaldas a él, delante del armario ropero que había enfrente de la cama. Parecía que estaba buscando alguna cosa entre sus zapatos.

—Lo siento. ¿Te he despertado, cariño?

No hubo ninguna reacción a excepción de un largo sollozo. Natalie dio un suspiro y dejó de gemir.

—¿Estás bien?

La mujer cogió unos botines del armario y los tiró...

¿... dentro de su maleta?

Leon apartó la manta a un lado y se levantó.

—¿Qué ocurre? —Miró el reloj que había sobre su mesita de noche. Eran sólo las siete menos cuarto. Tan temprano que ni siquiera se había encendido la luz del acuario de Natalie.

—¿Aún estás enfadada?

Se habían pasado toda la semana discutiendo, una y otra vez, y la situación había empeorado hacía dos días. Ninguno de ellos era capaz de ver más allá de su trabajo. Ella porque iba a presentar su primera exposición fotográfica importante; él, debido al concurso de arquitectura. Ambos se reprochaban sentirse abandonados por el otro, y ambos consideraban también que la agenda propia era más importante que la ajena.

El primer día festivo de Navidad habían pronunciado por primera vez la palabra *separación* y, a pesar de que ninguno de los dos lo había querido decir en serio, era una señal de aviso de que sus nervios estaban a flor de piel. El día anterior Leon

había querido arreglar la situación yendo a cenar fuera con su mujer a modo de reconciliación. Sin embargo, Natalie, tras salir de la galería, había vuelto a llegar a casa demasiado tarde.

—Escúchame. Sé que estamos teniendo problemas ahora, pero...

Ella se volvió hacia él bruscamente.

Al ver su aspecto sintió que le habían dado una bofetada.

—Natalie, ¿qué...? —Pestañeó y, por un momento, se preguntó si no estaría soñando—. ¿Qué te ha ocurrido en la cara? ¡Cielo santo!

Su ojo derecho tenía un reflejo violeta, los párpados estaban hinchados. Estaba completamente vestida, aunque daba la sensación de que se había puesto la ropa por encima rápidamente. La blusa floreada con las mangas de volantes no estaba bien abotonada, a los pantalones les faltaba un cinturón y sus botas de tacón alto y piel de ante tenían la lengüeta suelta, por lo que no paraba de moverse de un lado a otro.

Su mujer se alejó de él una vez más. Trató de cerrar la maleta torpemente, pero la vieja valija de cuero con ruedas era demasiado pequeña para dar refugio a las tantísimas cosas que intentaba meter a la fuerza en su interior. Por los bordes asomaban unas bragas rojas de seda, una bufanda y su falda blanca preferida.

Leon se acercó a su esposa. Intentó inclinarse sobre ella para abrazarla con calma, pero Natalie se escurrió de sus brazos con temeridad.

—Pero ¿qué te ocurre? —preguntó completamente desconcertado, al ver que ella se llevaba las manos a la cabeza con rapidez. Cuatro de sus uñas estaban pintadas del color del lodo. La quinta le faltaba.

—¡Díos mío, tu dedo pulgar! —gritó Leon intentando cogerle la mano que tenía herida. La manga de la blusa de Natalie se deslizó hacia arriba. Fue entonces cuando vio el corte.

¿Una cuchilla de afeitar?

—¡Por Dios, Natalie! ¿Has vuelto a hacerlo?

Era la primera pregunta que provocaba una reacción.

—¿Yo?

Su mirada mostraba una mezcla de estupefacción, miedo y —lo que más le desconcertaba a Leon en ese instante— compasión. Había abierto sus labios sólo un poco, pero lo suficiente como para ver que tras ellos faltaba buena parte de uno de sus dientes incisivos.

¿Yo?

Natalie aprovechó el momento de pánico para defenderse de las caricias de él. Cogió el móvil que había encima de la cama. El *smartphone* llevaba colgado su amuleto de la suerte: un collar rosa compuesto de varias perlas. Cada una de ellas mostraba una letra de su nombre. Era la pulsera que le habían puesto a Natalie en la muñeca hacía veintisiete años, en el hospital, después de nacer. Con el móvil en una mano y el equipaje en la otra, salió precipitadamente de la habitación.

—¿Adónde vas? —gritó Leon detrás de ella. La mujer ya se hallaba a medio

camino de la puerta. Cuando él se disponía a correr también apresuradamente hasta el vestíbulo, tropezó con una caja llena de planos de construcción que pretendía llevarse a la oficina—. Natalie, por favor, explícame...

Ella no se dio la vuelta ni una sola vez mientras seguía corriendo hacia la escalera.

Unos días después de aquel horror, Leon ya no estaba seguro de nada, creería recordar que su esposa había arrastrado la pierna derecha mientras corría hacia la puerta. Aunque probablemente era debido al peso del equipaje o a los zapatos que no llevaba atados.

Cuando Leon cobró fuerzas para levantarse, Natalie ya había desaparecido a través del antiguo ascensor, y la puerta se había cerrado frente a ella como si fuese un escudo. Lo último que pudo ver Leon de su esposa, con quien había compartido los últimos tres años de su vida, fue aquella mirada desconcertada, asustada, ¿*compasiva*?: «¿Yo?».

La cabina del ascensor se puso enseguida en movimiento. Tras tardar un segundo en reaccionar, Leon salió corriendo hacia la escalera.

Los amplios peldaños de madera que bajaban bordeando el hueco del ascensor como una serpiente estaban cubiertos con moqueta de sisal, cuyas fibras ásperas se le clavaban en las plantas de los pies. Leon no llevaba nada puesto, a excepción de unos calzoncillos *boxer* anchos que amenazaban con resbalársele de sus delgadas caderas con cada paso que daba.

A mitad de camino dio por sentado que podía alcanzar el ascensor en la planta baja, como tarde, si continuaba saltando varios peldaños de una sola vez. Pero, entonces, la vieja Ivana Helsing, que vivía en la segunda planta, abrió ligeramente la puerta de su piso sin quitar la cadena de seguridad que había por dentro. Algo que, sin embargo, fue suficiente para que Leon acabase dando un traspié.

—¡Alba, vuelve aquí! —escuchó Leon que gritaba la vecina.

Pero ya era demasiado tarde. La gata negra había salido huyendo del piso en dirección a la escalera y acabó tropezando entre sus piernas. Para no caerse cuanto largo era, se agarró con ambas manos a la barandilla de la escalera y se quedó quieto.

—¡Cielo santo, Leon! ¿Se ha hecho usted daño?

El joven pasó por alto la voz preocupada de la anciana, que por fin había abierto la puerta del todo dando un empujón.

Quizás no fuera demasiado tarde. Aún podía escuchar el chasquido de la cabina de madera del ascensor y el crujido de las cuerdas de acero de las que pendía.

Al llegar a la planta baja giró por una esquina, patinó hacia un lado en el suelo de mármol resbaladizo y, finalmente, acabó cayendo a cuatro patas. Desfallecido y exhausto, se paró delante de la puerta del ascensor, cuya cabina fue deteniéndose lentamente.

Y entonces... no sucedió nada.

No hubo golpes ni portazos. Ni siquiera el más mínimo sonido que hiciera

suponer que alguien pretendía bajarse del ascensor.

—¿Natalie?

Leon respiró profundamente, se puso de pie e intentó ver algo tras los cristales coloridos de estilo modernista que adornaban la puerta. Sin embargo, sólo pudo distinguir una sombra.

Así que decidió abrir él mismo la puerta desde fuera. Al hacerlo, observó fijamente su propio rostro reflejado.

La cabina rodeada de espejos estaba vacía. Natalie no estaba. Había desaparecido.

¿Cómo es posible?

Leon echó un vistazo a su alrededor en busca de ayuda y en ese momento apareció por el pasillo desierto el doctor Michael Tareski. El farmacéutico (que vivía en la cuarta planta, justo encima de su apartamento, no saludaba nunca y siempre se mostraba indiferente) no llevaba, para variar, la americana con los pantalones de lino blanco, sino un chándal y unas zapatillas de deporte. La frente semibrillante y las manchas oscuras debajo de las axilas de su sudadera ponían de manifiesto que había salido a correr a primera hora de la mañana.

—¿Ha visto a Natalie? —preguntó Leon.

—¿A quién?

La mirada desconfiada de Tareski recorrió el torso desnudo de Leon hasta posarse en sus calzoncillos *boxer*. Era probable que al farmacéutico se le estuviese pasando por la cabeza qué medicamento era responsable de la perturbada situación de su vecino. O cuál de ellos deberían retirarle.

—¡Ah! ¿Se refiere a su esposa? —Tareski se alejó caminando hasta la pared donde estaban los buzones, de modo que Leon no pudo verle la cara cuando dijo—: Acaba de irse en un taxi.

Leon apretó los ojos aturdido como si le hubiesen deslumbrado con una linterna y adelantó a Tareski para llegar a la puerta principal.

—Va a pillar un buen resfriado —le advirtió el farmacéutico por detrás. Y, efectivamente, cada uno de los músculos del cuerpo de Leon se contrajo en cuanto abrió la puerta del edificio y pisó los escalones de piedra que conducían a la acera. La casa estaba situada en una zona de poco tráfico, en el casco antiguo de la ciudad, con numerosas tiendas de ropa, restaurantes, cafeterías, teatros y cines de reestreno como el Celeste, cuyo anuncio luminoso averiado centelleaba en el edificio contiguo por encima de la cabeza de Leon, bajo el crepúsculo de la mañana.

Las farolas antiguas de la calle, inspiradas en las lámparas de gas, seguían encendidas. Era fin de semana, por lo que había poca gente fuera. A cierta distancia, un hombre paseaba a su perro y, frente a ellos, el dueño de una tienda subía las persianas de su quiosco de periódicos. La mayoría de la gente aún no se había levantado o bien no se hallaba en la ciudad, ya que los días festivos de Navidad habían caído tan bien en el calendario de aquel año que se podía disfrutar de todo el periodo vacacional hasta la fiesta de Año Nuevo cogiendo solamente un par de días

libres. Dondequiera que mirara Leon, las calles seguían desiertas. No se veían coches ni taxis. No se veía a Natalie.

Le empezaron a castañetear los dientes y rodeó su cuerpo con los brazos. Cuando volvió a entrar en el vestíbulo, que estaba protegido del viento, Tareski ya se había marchado.

Leon estaba helado y confundido y no quería esperar el ascensor, por lo que decidió regresar por la escalera.

Esta vez no se le cruzó ningún gato por el camino. Ivana Helsing había cerrado la puerta, aunque Leon estaba seguro de que la vieja lo estaba observando a través de la mirilla. Lo mismo pensaba de los Falconi, de la primera planta, el matrimonio sin hijos (una situación que parecía entristecerles) a quienes seguro había despertado con sus gritos y tropiezos.

Probablemente irían de nuevo a quejarse de él al administrador de fincas, como ya había ocurrido una vez, a principios de año, el día que él había cumplido veintiocho años y lo había estado celebrando con algo más de ruido de la cuenta.

Consternado, exhausto y con todo el cuerpo temblando, Leon llegó a la tercera planta y se sintió agradecido al ver que la puerta continuaba estando medio abierta y no se había quedado tirado en el pasillo.

El perfume de Natalie, una suave fragancia de verano, se percibía aún en el ambiente y, por un instante, Leon tuvo la esperanza de que todo hubiera sido un sueño y que la mujer con la que pretendía pasar el resto de su vida estuviera durmiendo tranquilamente, arropada con el grueso edredón. Pero, entonces, vio que el lado de la cama donde dormía Natalie estaba sin deshacer y supo que su deseo no iba a hacerse realidad.

Miró fijamente el armario revuelto, abierto de par en par, y los cajones vacíos, igual que el pequeño escritorio que se hallaba junto a la ventana, donde el día anterior habían estado todos sus accesorios de maquillaje. Encima de éste se hallaba ahora el ordenador portátil con la tapa cerrada en el que veían algunos DVD de vez en cuando. Un acuerdo al que habían llegado porque Natalie no quería tener televisión en el dormitorio.

El reloj de la mesita de noche de Leon marcó las siete de la mañana y los tubos fluorescentes que había sobre el enorme acuario empezaron a parpadear. Leon observó su imagen reflejada en el recipiente brillante de color verdoso. En los cuatrocientos litros de agua dulce que contenía no había nadando ni un solo pez.

Tres semanas antes, los ejemplares de pez ángel habían perecido a causa de un hongo resistente, a pesar de que Natalie había cuidado de su valioso tesoro con toda minuciosidad, controlando a diario la calidad del agua. Leon dudaba de que aquel acuario pudiera contener peces alguna vez más, sabiendo lo triste que se había quedado Natalie tras lo ocurrido.

El temporizador seguía activado porque con el tiempo se habían acostumbrado a que les despertara la luz del acuario.

Leon desconectó furioso el cable eléctrico del enchufe. La luz se apagó y se sintió desorientado.

Se sentó en el borde de la cama, escondió la cabeza entre las manos e intentó hallar una explicación inofensiva a lo que acababa de suceder. Pero por más que se esforzaba no lograba apartar de su mente la certeza de que, aunque los médicos habían asegurado que estaba curado, el pasado había vuelto a aparecer en su vida.

Y su enfermedad se había manifestado de nuevo.

—«... tienes que hablar por ahí».

—«¿Por dónde?».

—«¡Díos mío, por el teléfono!».

El hombre mayor que se oía en la cinta parecía disgustado. Aparentemente no era la primera vez que intentaba aclararle a su mujer cómo se grababa en el contestador. Se oyó un chasquido en la línea. Luego, parecía que la madre de Leon había puesto el auricular en posición.

«Éste es el contestador de Klaus y Maria Nader», dijo en un tono que recordaba una mala imitación del mensaje de un sistema de navegación.

Cuando pueda, gire a la derecha.

«Sentimos no estar en casa».

«¡Bah!», dejó caer su padre secamente desde el fondo.

A pesar de que Leon no se hallaba de humor y llevaba toda la mañana sintiéndose débil y un poco mareado, no tuvo más remedio que sonreír. Sus padres adoptivos no perdían nunca la ocasión de comportarse como los viejos de *Los Teleñecos* en el balcón. Hubiera o no gente delante, en casa o en público, rara vez había una frase del otro que acabara sin ningún comentario. Aquellos que los escuchaban sin quererlo a menudo pensaban que estaban siendo testigos de la escena de un matrimonio que estaba ya en las últimas. No tenían idea de nada.

«Y no podremos llamarle enseguida porque estaremos en un cruce», aclaró Maria en la cinta.

«Mejor diles también a los ladrones dónde pueden encontrar la llave de casa».

«¿Y qué iban a llevarse de aquí? ¿Tu coche carraca?».

Leon sonrió.

Su madre naturalmente sabía que la marca se llamaba en realidad Carrera, y lo decía mal a propósito para hacer enfadar a Klaus.

El circuito en miniatura que había en el desván era su principal motivo de orgullo. Años atrás, Klaus Nader había jugado siempre con su esposa en Navidad. Leon sólo tenía permiso para observar y, a lo sumo, colocar otra vez en la pista alguno de los coches que había salido disparado del circuito, mientras su padre seguía las reglas de velocidad con ojos brillantes. Típico «padre-hijo».

Klaus disponía ahora de más tiempo para su afición, desde que, debido a una artrosis de los nudillos, no podía cargar con los platos. Muy a pesar de Maria, quien en adelante tendría que *soportar* todo el día en casa al «viejo desaliñado» que había dejado su trabajo como camarero.

Dios, cómo los echo de menos, pensó Leon con cierta melancolía. Hubiese dado cualquier cosa por poder hablar con ellos personalmente en ese momento. Pensaba que había pasado demasiado tiempo desde el último encuentro.

Cerró los ojos y echó de menos la cabecera de la mesa estrecha de madera que

había en la cocina, el asiento en el palco de la casa adosada que hacía esquina, y que pertenecía a los Nader. Desde aquel lugar lograba seguir mejor sus bromas amorosas. Leon casi podía ver a su padre delante de él: las mangas de la camisa arremangadas, los anchos codos sobre la mesa, frotándose la barbilla con aire pensativo mientras esperaba a que llegasen los huevos revueltos que su esposa le estaba preparando.

«Como tarden más, voy a tener que ir a afeitarme de nuevo».

«Buena idea, pero esta vez no te olvides de la espalda».

«¿Me estás diciendo que tengo pelos en la espalda?».

«No. Y papada tampoco».

«¿A qué viene eso ahora? Tengo el cuello arrugado. No es papada».

«¡Pues eso!».

«El viaje nos lo ha regalado nuestro hijo», anunció Maria con orgullo en la cinta.

«Es un buen chico», susurró Klaus, citando así uno de los comentarios preferidos de Maria. La mujer siempre lo tenía preparado cuando alguien mencionaba a su hijo.

«Sí que lo es. No tienes por qué hacer ese gesto con los ojos, viejo mono...».

El sonido de un *pip* consiguió lo que Klaus Nader no lograba casi nunca. Interrumpió las palabras de Maria, y Leon recordó el motivo de su llamada.

—Bueno... ¿Mamá? ¿Papá? —dijo confuso—. Es un bonito mensaje. Llamaba sólo porque...

... *quería preguntaros si Natalie se ha puesto en contacto con vosotros.*

A sus padres les había ocurrido lo mismo que a él. Se habían enamorado de Natalie con tan sólo verla la primera vez.

«Dirás que soy un hombre superficial —le había dicho su padre llevándoselo a un lado, poco después de que Natalie se hubiese levantado de la mesa de jardín para ayudar a Maria en la cocina aquella tarde de verano—, pero si lo que contiene esa mujer es siquiera la mitad de hermoso que su envoltorio y la vuelves a dejar escapar, acabarás siendo más tonto que el idiota que perdió ayer con la pregunta de los cincuenta euros en *¿Quién quiere ser millonario?*».

El afecto era mutuo. Natalie también se desvivía por aquella estrambótica pareja, sobre todo por Maria; algo que extrañaba a simple vista, pues no podían ser más diferentes la una de la otra.

Natalie deseaba dedicarse a la fotografía profesionalmente y viajar por todo el mundo igual que una artista célebre; Maria era un ama de casa consciente de que el patrimonio que acabaría dejando al mundo sería Leon, y no una exposición cronológica del museo Guggenheim. Llevaba su delantal con tanto orgullo como Natalie sus tacones altos. Y mientras Natalie Lené había crecido en una mansión de veinte habitaciones, Maria Nader había pasado su infancia literalmente en la calle, en una autocaravana con toldo extensible y baño químico.

Lo que unía a las dos mujeres no era su pasado ni sus planes de futuro, sino el

hecho de que su entorno las hubiese juzgado mal. Natalie no era una mujer frívola ni Maria era una simple ama de casa. Eran dos personas que sencillamente conectaban; los demás no tenían por qué perder un tiempo valioso de su vida preguntándose cómo era posible algo así.

Confiaban la una en la otra, por lo que era posible imaginar que Natalie hubiese contactado con Maria si necesitaba hablar con alguien. A pesar de ello, Leon no se había hecho muchas ilusiones con la llamada. No había marcado aquel número de teléfono hasta un día después de la huida precipitada de su esposa.

El día anterior se había pasado horas y horas esperando una llamada de alivio. Había entrado en el buzón de mensajes de Natalie una y otra vez; tantas veces como había marcado su número de móvil.

Ahora, todavía sin haber recibido señales de vida de ella, había decidido avanzar en ello cuidadosamente, contactando con las personas en las que él confiaba. Personas en las que confiaría Natalie.

Sin embargo, se había encontrado con un callejón sin salida. Sus padres estaban fuera. En alta mar. No había posibilidad de contactar con ellos.

Como Natalie.

Leon advirtió que no había dicho nada desde hacía un rato, y que en los últimos segundos, el contestador automático habría grabado, a lo sumo, su respiración. Colgó el teléfono desconcertado, sin despedirse.

Sus padres seguramente le devolverían la llamada extrañados cuando escucharan aquel mensaje incompleto a su regreso.

No obstante, Leon dudaba que ambos terminaran tan consternados con la noticia como él se sentía en aquel momento.

No sabía qué había pasado con Natalie ni por qué ella lo había abandonado de un modo tan precipitado. Leon sólo era consciente de una cosa. Sea lo que fuere lo que dijeran sus padres, él no les había regalado un crucero nunca.

3

—¿Te he despertado?

—¿El tamaño nos importa a las mujeres? —se quejó una voz somnolienta al otro extremo de la línea—. ¡Pues claro que me has despertado, atontado!

—Lo siento —se disculpó Leon ante Anouka.

Era la mejor amiga de Natalie, y la número dos de la lista de personas de confianza que podía contactar. Eran casi las nueve de la mañana, aunque Anouka era famosa por trasnochar, y básicamente no se dejaba ver por su galería antes del mediodía. Segurísimo que la había arrancado de un sueño profundo. O de los brazos de alguno de los numerosos amantes que pescaba con regularidad en los bares de la ciudad.

Leon no lograba entender del todo su éxito con los hombres. Pero, como es sabido, la belleza está en los ojos de quien la contempla. Los hombres que se sentían atraídos por aquel cuerpo joven y grácil, las piernas largas, el cabello oscuro y su melancólica mirada de siempre, tenían poco en común con los tipos generalmente musculosos, con exceso de vello en el pecho y, a simple vista, aspecto marchito que miraban fijamente los pechos de Anouka en el bar de karaoke.

—Te noto extraño —manifestó Anouka. Leon oyó el crujido de las sábanas y los pies que caminaban desnudos silenciosamente por el *parquet*—. ¿Has destrozado algo?

—¡No digas estupideces!

—¿Ha pasado alguna cosa?

Leon vaciló.

—Yo... esperaba que me lo dijeras tú.

—¿Eh?

—¿Está contigo Natalie?

—¿Por qué iba a estarlo?

Si no se equivocaba, lo que Leon estaba oyendo era el chapoteo del agua. Conociendo bien a la mejor amiga de Natalie, la joven se había sentado en el váter y estaba orinando sin contemplaciones mientras hablaba por teléfono con él.

—Es complicado. Estoy algo confuso, pero ahora no tengo ganas de hablar de ello, ¿vale?

—¿No quieres hablar de ello y me llamas en mitad de la noche? —Anouka logró que su voz sonara divertida y enfadada al mismo tiempo. El sonido típico de la cadena del váter retumbó en la línea telefónica.

—Natalie se fue ayer de nuestro apartamento y desde entonces no he conseguido localizarla —explicó Leon, volviéndose hacia la puerta de la sala de estar. Hasta entonces había estado moviéndose de un lado a otro, entre el sofá y la repisa de la ventana, mientras telefoneaba. Pero sentía que se le estaba irritando la garganta al hablar, por lo que decidió ir a buscar un vaso de agua a la cocina.

—¿Os habéis peleado?

—No lo sé.

—¿No sabes si os habéis peleado?

Ni siquiera sé si ha ocurrido algo mucho peor que una pelea sin importancia, pero eso no podrías comprenderlo.

—Todo esto debe de sonar muy extraño, lo sé. Pero ¿puedes hacerme el favor de decirle que me llame cuando la veas hoy en la galería?

Natalie y Anouka habían compartido habitación y, posteriormente, un piso mientras estudiaban en la Facultad de Arte. Mucho antes de que Leon la conociera, ambas habían acordado hacer realidad su sueño de tener una galería fotográfica en el casco antiguo de la ciudad. Un lugar donde expondrían su propia obra, así como la de otros jóvenes artistas. Alrededor de un año antes habían transformado aquel sueño en una realidad y, tras las primeras entrevistas con la prensa, la galería había funcionado maravillosamente bien.

—No puedo hacerlo.

—¿Qué es lo que no puedes hacer?

—Pedirle que te llame.

—¿Cómo dices?

Sabía que Anouka no podía soportarle desde que Natalie había dejado su piso de dos habitaciones por culpa suya. Le consideraba un chico burgués porque trabajaba como arquitecto en un ámbito puramente comercial y no artístico. Las pocas veces que se habían encontrado sólo se habían hablado lo justo y necesario. Entretanto, el rechazo era mutuo desde que Leon había descubierto que al principio Anouka le había desaconsejado seriamente a su mejor amiga tener una relación con él. A pesar de la antipatía, hasta ese momento nunca se había enfrentado a él de manera hostil, al menos no de forma abierta.

—¿No quieres decirle que he llamado?

—No. No *puedo* porque no voy a verla, por lo que parece.

—¿Qué quieres decir?

—Que tu querida Natalie hace ya dos semanas que no viene a trabajar. Me estoy encargando del negocio yo solita.

Aturdido, como si Anouka le hubiese propinado un golpe entre las sienes, Leon permaneció de pie en el pasillo y observó fijamente un tablero magnético que había a la altura de su cabeza, enganchado en la puerta de la cocina que estaba cerrada. En otros tiempos, Natalie y él se habían dejado allí notas irónicas y cariñosas, dependiendo de quién saliera antes de casa. Pero ya habían pasado varios meses desde la última broma («Cariño, ¿hemos hecho el amor? Perdona si he roncado mientras lo hacíamos. Nat»), y ahora sólo había bajo el imán una circular del administrador de fincas, donde se comunicaba a los inquilinos que dentro de unos días iban a empezar las reformas de la escalera («¡Prepárese para largos tiempos de espera en el ascensor!»).

—¿Pero no me dijo Natalie que estabais trabajando en una gran exposición?

Niños de las estrellas.^[1]

Un testimonio fotográfico, conmovedor y perturbador a la vez sobre los abortos y nacimientos de niños muertos.

Por eso últimamente Natalie siempre salía de casa temprano y no regresaba hasta tarde.

¡Como hace dos días!

Había estado esperándola en el comedor para hacer las paces acompañado de una botella de vino. La había abierto en algún momento, al cabo de varias horas. Después de bebérsela entera se había ido a la cama borracho, sin percatarse de cuándo había llegado ella casa.

—Me comentó que trabajabais sin descanso para lograr terminarlo todo a tiempo.

—Sin descanso, es verdad. Pero lo estoy haciendo yo sola, Leon. No tengo ni idea de lo que le pasa. Ya sé que ella es algo informal. ¡Pero que no me llame ni una sola vez, a pesar de haberle dejado una docena de mensajes en el contestador, eso ya es el colmo! Además, el tema de la exposición fue idea suya. Aunque a lo mejor era demasiado pronto para ello.

No, no lo creo.

Era cierto que, después de haber abortado el pasado verano, Natalie se había desmoronado al principio. Sin embargo, lo había asumido sorprendentemente bien y rápido. Quizás porque el aborto había tenido lugar en la décima semana, junto con su periodo, sin que hubiese sido necesario realizar un raspado.

Un niño de las estrellas.

¡Se alegró tanto al saber que no le había llegado el periodo! Natalie no le había contado nada acerca de los primeros síntomas (pechos dolorosos, náuseas por las mañanas) por miedo a que pudiese resultar una falsa alarma. Pero él había comprado un test de embarazo, y los pocos días que se sucedieron tras saber que el test había dado positivo resultaron ser los más hermosos de su vida.

Hasta que llegó la mañana en que ella descubrió la sangre en su ropa interior, y los planes de futuro se desvanecieron en el aire junto con la alegría previa. Había sido horrible, pero de un modo u otro, tras una fase de duelo breve pero intensa, Natalie se había sobrepuesto finalmente de aquel suceso. Si él no hubiera tenido esa impresión, no le hubiese pedido matrimonio hacía dos meses. *¡Y ella había dicho que sí!*

La boda había sido algo informal. Sin testigos ni fotógrafos ni floristas. Simplemente, el primer día que quedaba disponible en el Registro Civil. Muchos de sus amigos habían reaccionado con sorpresa, algunos con enfado. Pero ¿por qué no iban a poder casarse de aquel modo sabiendo lo locamente enamorados que estaban?

—No lo había superado —dijo Leon hablando más para sí mismo que para Anouka.

Enseguida se acordó del vaso de agua, abrió la puerta de la cocina y no pudo evitar toser.

Había algo en el aire que apenas le permitía dar un paso. Era una especie de humo espeso. Sin embargo, aquel humo que le irritaba la garganta y hacía que le brotasen las lágrimas de los ojos, súbitamente se volvió completamente invisible.

—¿Qué has dicho? —preguntó Anouka.

—Nada —tosió él. Y con la mano apretándose la boca, salió corriendo hacia la ventana de la cocina y la abrió de golpe. Aliviado, dejó que el aire fresco y puro le llenara los pulmones.

—Sea lo que sea, Leon, realmente no me importa lo que suceda en vuestra casa. A decir verdad, tenía la esperanza de que me llamaras *a mí* para explicarme por qué está Natalie tan trastocada últimamente.

Leon se frotó los ojos mientras daba media vuelta en busca de lo que le causaba aquella irritación. Su mirada fue a parar al microondas, cuyo indicador estaba parpadeando.

—Lo que quiero decir es que se da por vencida justamente ahora. Aún estamos al principio de todo. El mes pasado obtuvimos beneficios por primera vez, y Natalie va y desaparece. No lo entiendo.

Yo tampoco, pensó Leon. Abrió el microondas y no pudo menos que toser de nuevo. Había encontrado el origen de aquel fuerte olor.

—¿Va todo bien por ahí? —preguntó Anouka.

No. Por aquí nada va bien en absoluto.

Con la punta de los dedos quiso coger las zapatillas de deporte que había en el microondas, pero no logró levantarlas. Las suelas de goma se habían fundido en el plato. Aquella imagen le había devuelto a la memoria varios recuerdos de una época que, hasta el momento, Leon consideraba como la peor de su vida.

Sin despedirse, colgó a Anouka y salió precipitadamente de la cocina, caminado por el pasillo en dirección a su estudio.

Para abrir el cajón superior de la mesa del despacho no le quedó más remedio que alzar unos centímetros la maqueta de cartón del hospital infantil con la que su estudio de arquitectura pretendía participar en la licitación de nuevos edificios. Después de revolver un poco encontró una libreta gastada donde antiguamente había apuntado los números de teléfono más importantes. Esperaba que el número no hubiese cambiado. Al fin y al cabo, habían pasado más de quince años desde la última vez que lo había marcado.

Sonó infinitamente hasta que el abonado descolgó el aparato.

—¿Doctor Volwarth?

—Sí. ¿Puedo saber con quién hablo?

—Soy yo. Leon Nader. Creo que ha vuelto a empezar.

—Le agradezco que haya venido tan rápido.

El doctor Samuel Volwarth contestó a las primeras palabras de Leon con una sonrisa, reclinándose en el sofá con aire relajado.

—Las consultas a domicilio no forman parte de mi rutina diaria, pero debo admitir que me ha despertado la curiosidad. Una vez más.

Leon había localizado al psiquiatra cuando éste estaba a punto de salir de viaje. El doctor Volwarth se iba a un congreso en Tokio y, camino del aeropuerto, había aceptado desviarse para concederle una visita breve a su antiguo paciente.

Mientras estaban sentados en el sofá, el taxi esperaba abajo en un estacionamiento prohibido. A pesar de ello, daba la impresión de que Volwarth estaba totalmente tranquilo y de buen humor, que era como Leon lo recordaba siempre. Resultaba extraño estar sentado frente a él en ese momento, después de tanto tiempo.

El psiquiatra no parecía haber envejecido ni un solo día. Llevaba el cabello como antaño, inusitadamente largo y recogido en una cola de caballo gris. Al parecer, el hombre seguía haciendo todo lo posible por desentonar. Sin embargo, aquello que significaba un escándalo cuando Leon era pequeño, hoy en día era considerado, a lo sumo, como una muestra de extroversión: el pantalón de cuero de Volwarth, sus botas camperas, el tatuaje de una golondrina en el cuello. En busca de algún signo de la edad, Leon logró descubrir algunos detalles: la comisura de la boca le colgaba más hacia abajo, las ojeras tenían un matiz más oscuro. Y el médico había sustituido el pendiente de perla por uno discreto de plata.

—Ha pasado un montón de tiempo, ¿eh? El reloj de arena ya se ha tragado media playa desde la última vez que nos vimos.

Leon asintió con la cabeza. Hacía casi diecisiete años que sus padres lo habían llevado por primera vez a la clínica privada de Volwarth porque estaban preocupados.

Aunque, por aquel entonces, aún no denominaba a Klaus y Maria como sus *padres*. Los primeros años, después del accidente, le hubiese parecido que estaba traicionando a sus padres biológicos, a los que había perdido a la edad de diez años porque alguien se había cansado de continuar viviendo. Un alcohólico con depresión había elegido a propósito el acceso a la autopista equivocado para abandonar el mundo con más rapidez. El choque frontal, imposible de detener, se había cobrado tres víctimas. Sólo habían sobrevivido dos de los ocupantes: Leon, que aún podía recordar cómo él y su hermana cantaban *Yellow Submarine* a coro con la radio cuando de repente aparecieron las luces frente a ellos; y el conductor suicida, que había salido ileso, con una clavícula rota. Una ironía del destino de la que, probablemente, sólo podía reírse el mismo demonio.

Los primeros días, después de que Leon hubiese despertado en el hospital convertido en un niño huérfano, los había vivido como si estuviera bajo una campana de buceo. Había escuchado los diagnósticos de los médicos, los consejos del

psicólogo infantil y las explicaciones de la mujer que venía de la oficina de protección de menores. Pero no había entendido nada. Los labios de aquellas personas que lo examinaban, que cuidaban de él y que, finalmente, pretendían entregarlo a unos padres adoptivos, se habían movido produciendo unos sonidos que no tenían ningún sentido.

—Vive usted muy bien —dijo el psiquiatra casi dos décadas después, dirigiendo la mirada al techo con estuco de la habitación—. Un edificio antiguo con ascensor y *parquet*. Balcón orientado al sur y seis habitaciones, según veo. No debe ser fácil encontrar algo así en una zona como ésta.

—Son cinco habitaciones. Pero sí, es cierto. Fue como encontrar la aguja en el pajar.

Natalie había descubierto el anuncio casualmente mientras paseaban y había escrito al propietario del piso sin hacerse grandes ilusiones. Incluso habían pensado que era una broma, ya que semejante maravilla era más fácil de hallar en los folletos de papel brillante de las agencias inmobiliarias de lujo que en el poste de una farola de la calle.

Durante un año entero habían formado parte de la lista de espera, facilitando una referencia tras otra hasta que, por fin, el administrador de fincas les había adjudicado la vivienda. Leon seguía sin saber qué factor había sido finalmente decisivo para imponerse a la otra multitud de aspirantes. Normalmente un piso de aquellas características, tan solicitado y no precisamente barato, sólo se adjudicaba a los inquilinos que tenían un salario fijo; no a dos trabajadores autónomos con una situación económica inestable.

—¿Sabe que recientemente he vuelto a hablar en un simposio acerca de su caso? —preguntó el psiquiatra de repente.

Volwarth parecía estar observando cada reacción de su interlocutor. Y no era la primera vez. Desde que el médico había entrado en casa, Leon sentía que había retrocedido a aquellas horas de terapia que habían configurado la mayor parte de su infancia. Mientras otros chicos se iban al lago, jugaban al fútbol en las canteras o construían una casa-árbol en el jardín, aquel hombre le había saturado de cables, le había conectado a un ordenador y había estado escarbando en su alma con infinitas preguntas.

—¿Qué le ha hecho pensar que quería verme?

Leon se levantó.

—Justo lo que quiero enseñarle.

Encendió el televisor con el mando a distancia. Tuvo que activar manualmente la antigua grabadora de vídeo que había debajo. La había traído del sótano hacía tan sólo una hora, le había limpiado un poco el polvo y la había conectado a la pantalla plana. Era un milagro que aquel monstruo pesado pudiese funcionar aún. Las bobinas de las cintas VHS crujían como un engranaje mal lubricado cada vez que giraban.

—¿Ha guardado nuestras viejas cintas? —preguntó Volwarth sorprendido al ver

las primeras imágenes. Se las había dado a Leon durante la última sesión con él, como regalo tras una terapia exitosa.

—Vaya, vaya.

Volwarth se levantó y permaneció de pie justo al lado de Leon, dirigiendo la vista hacia la pantalla. Las imágenes disipadas y ligeramente amarillentas mostraban en primer plano el rostro de Leon cuando éste tenía once años. En aquella época aún era mofletudo y algo rechoncho; en absoluto era tan delgado como ahora. Estaba en pijama, sentado más derecho que una vela en el borde de una cama en una habitación de niños. Las sábanas llevaban el escudo de un famoso club de fútbol y, encima del armario ropero, al final de todo, había colgado un póster de Michael Jackson. Ninguna de aquellas dos cosas las había escogido él. Como tampoco había elegido la cama ni la habitación ni los padres de acogida que se habían hecho cargo de él. Ya eran los segundos que lo intentaban. Pero los primeros que habían recurrido a un médico para poder llegar al fondo sus problemas.

—¿Sabes qué vamos a hacer esta noche contigo, Leon? —preguntaba Volwarth en la cinta. Incluso su voz sonaba hoy en día como antes.

El psiquiatra no aparecía en las imágenes. Se hallaba detrás de la cámara a la que el pequeño Leon miraba nervioso, parpadeando. Los ojos se le habían puesto rojos y tenía aspecto cansado, ya que era la tercera noche seguida que dormía sólo unos minutos. Pero asentía con la cabeza.

—Se trata de un experimento que no hemos hecho nunca hasta ahora con un niño de tu edad. Es completamente inofensivo, no te puede pasar nada. Sólo quiero que sepas lo siguiente: no haremos nada en contra de tu voluntad. Si prefieres no hacerlo, puedes decírmelo con sinceridad.

—No, está bien. ¿Hace daño o algo parecido?

—No —rio el doctor Volwarth con aire bondadoso—. A lo mejor sientes que te aprieta un poco cuando te tumbes, pero lo hemos acolchonado todo bien.

Al decir aquellas palabras el psiquiatra apareció en la imagen. Por un momento, tapó la vista con su espalda. Acto seguido, pudo verse cómo Volwarth se preparaba para fijar algo en la cabeza del niño. Cuando se apartó a un lado de nuevo, había un aro metálico brillante en la frente de Leon. En el aro había sujeto un objeto del tamaño de un puño que, a lo lejos, parecía la lámpara de un minero.

—Lo que tienes en la cabeza es una cámara radiodirigida para grabar de noche —explicó Volwarth con voz tranquila.

—¿Y graba todo lo que hago mientras estoy soñando?

—Sí. Se activa con el movimiento, es decir, se enciende en cuanto te levantas. De modo excepcional prescindiremos de electrodos en la cabeza para medir las corrientes en el cerebro y los movimientos de músculos y ojos. No hay ningún cable, puedes moverte a tus anchas. Sólo te pido que me hagas un favor.

—¿Sí?

—Es la única que hay en el instituto y costó un ojo de la cara. Así que, por favor,

no te metas en la ducha con ella.

Leon sonrió, pero sus ojos permanecieron tristes.

—Es que no sé qué hago mientras estoy durmiendo, de verdad. Nunca consigo recordarlo.

—Por eso mismo vas a llevar esta noche la cámara nocturna.

—¿Y si hago algo malo otra vez?

Volwarth arrugó la frente.

—¿Qué quieres decir con *otra vez*? Ya hemos hablado con detalle de eso, Leon. Eres sonámbulo. Miles de personas en nuestro país lo son. No es nada malo.

—Entonces ¿por qué quieren los Moll que me vaya?

Ahora, años después de haber pronunciado aquellas palabras por primera vez, Leon no pudo evitar parpadear instintivamente con los ojos. Sintió que por el estómago le subían unas burbujas desagradables.

Moll.

Había demasiados recuerdos sin superar unidos a aquel nombre. En la actualidad, sabía que sus primeros padres de acogida no habían tenido ninguna culpa. Leon comprendía por qué habían decidido deshacerse de él. A pesar de que, en el momento en que se habían grabado las cintas, se había sentido igual que una mascota a la que no se desea y se decide devolver a un centro de acogida para animales porque no está adiestrada.

—La señora Moll creía que era un asesino. Me lo dijo gritando a la cara.

—Porque tu mamá de acogida tenía miedo. Ya sabes lo que vio. Tú también te habrías asustado, ¿no es cierto, Leon?

—Supongo que sí.

—¿Lo ves? Es una reacción totalmente natural. Cuando alguien camina mientras está durmiendo los demás se piensan que es un fantasma. Pero no es peligroso.

—Entonces ¿por qué llevaba yo un cuchillo en la mano?

Mientras estaba de pie en la habitación de los niños. Delante de la cuna de su hijo.

Todavía no estaba claro si realmente había querido hacerle algo al pequeño Adrian de nueve años. Las circunstancias que habían llevado a Leon hasta la habitación eran todo un misterio. Al fin y al cabo, había tenido que descender un piso, y la escalera volada de diseño de la casa de los Moll no disponía de barandilla, lo que ya constituía un reto estando despierto. Pero el mayor enigma de todos era el cuchillo del pan con el que la madre de Adrian había pillado a Leon en estado sonámbulo. Lo sujetaba con ambas manos, como si fuera un puñal, sobre el pecho del niño dormido. El cuchillo no era de la cocina de los Moll, y Leon tampoco había sabido explicar cómo lo había conseguido. Un hecho que le causaba tanto miedo como la pregunta de qué hubiese pasado si la madre no se hubiera despertado sobresaltada por el crujido de la madera del suelo y no hubiese ido a ver qué pasaba. El mismo Adrian no se había percatado de su visitante noctámbulo ni del peligro que

le amenazaba.

—Créeme, Leon. No eres un niño malo —decía Volwarth en la cinta. A pesar de la mala calidad de la imagen, Leon podía ver en sus propios ojos que en aquella época era incapaz de creer las afirmaciones del médico.

No era de extrañar.

A primera hora de la mañana, después de aquel suceso, los Moll habían comunicado al departamento que no podían tenerle en casa por más tiempo. Después de pasar varios días en un hogar infantil, encontró un nuevo lugar donde quedarse en casa de los Nader: un matrimonio bonachón, sin hijos, que se hallaba demasiado desesperado por tener uno como para dejarse intimidar por el historial de Leon. Hicieron lo único que se antojaba correcto y le proporcionaron la mejor asistencia psicológica de la mano del doctor Volwarth, a pesar de que en absoluto podían permitirse exámenes costosos como el análisis de vídeo que Leon había vuelto a desenterrar.

—Con ayuda de esta cámara en la cabeza demostraremos que para todo existe una explicación simple —dijo el joven doctor Volwarth en la cinta.

—¿Para esto también? —El pequeño Leon de once años se inclinó hacia delante, sacó una bolsa de plástico de debajo de la cama y la sostuvo frente a la cámara.

—¡Dios mío! —se le escapó a Volwarth al ver que el niño extraía de la bolsa una masa compacta indefinible y la enseñaba ante la cámara.

»¿Qué demonios es eso?

Sin esperar a escuchar la respuesta que le había dado al médico en aquel entonces, Leon detuvo el reproductor de vídeo y le pidió al doctor Volwarth que se sentara de nuevo.

—Es como si hubiese sido ayer —dijo el psiquiatra sonriendo ensimismado mientras se hundía en el tapizado de piel.

A diferencia de Leon, las imágenes del pasado despertaban recuerdos agradables en él.

—Ahí me dio un susto terrible, Leon. Durante aquella sesión, temí en un primer momento que realmente fuera a enseñarme un animal muerto.

—No —dijo Leon extendiendo la mano por debajo de la mesa del sofá, donde había colocado una caja de zapatos de cartón. Abrió la tapa y le mostró a su invitado lo que contenía—. Afortunadamente no era un animal.

—¿También *las* ha guardado? —preguntó Volwarth.

Leon movió la cabeza.

—No son las mismas zapatillas de deporte. Éstas las he encontrado en mi microondas hoy temprano.

—¿Hoy?

Volwarth se inclinó hacia delante con interés.

—Sí. Las he descubierto esta mañana. Un día después de que mi esposa me dejara.

El psiquiatra cogió el cierre del pendiente que tenía en el lóbulo de la oreja y empezó a jugar con él.

—¿Está usted casado? —preguntó tras una breve pausa de reflexión.

A Leon le cogió por sorpresa el repentino cambio de tema.

—Sí. ¿Por qué?

—No lleva alianza —comentó Volwarth.

—¿Cómo dice?

Leon se tocó a tientas el dedo anular de la mano izquierda (Natalie le había sugerido llevarlo en el lado del corazón) y se dio cuenta asombrado de que sólo podía notar la marca que le había dejado el anillo en la piel.

—Debo de habérmelo quitado en el baño —murmuró. Aunque era casi imposible. Le quedaba demasiado apretado. Además, apenas podía hacerlo girar en el dedo con ayuda de aceites y cremas. Leon se había propuesto de verdad llevarlo a la joyería dentro de poco.

Volwarth volvió a dedicarle una larga mirada analítica y luego le preguntó:

—¿Les gustaría tener hijos?

—Sí, por su puesto. Natalie dejó de tomar la píldora el mismo día en que nos mudamos. Hace aproximadamente un año.

—¿Y a pesar de ello le ha abandonado?

—Eso es al menos lo que parece.

Leon le resumió al doctor Volwarth lo que había ocurrido, quien se mostraba más y más impaciente a medida que avanzaban las explicaciones; finalmente, dio una palmada con las manos y le interrumpió:

—No importa lo que usted diga. Yo no creo que le haya hecho nada a su mujer mientras dormía.

—Pero podría ser que sí.

Volwarth hizo un movimiento con la mano en señal de calma y chasqueó la lengua.

—Teóricamente sí, claro. Durante las décadas que llevo investigando y tratando la parasomnia, me ha pasado prácticamente todo: gente que limpia su apartamento durante la fase de sueño profundo, sonámbulos que mantienen diálogos razonables con su pareja e incluso responden preguntas... He tenido pacientes que lavaban la ropa durante la noche y hasta podían manejar aparatos complicados. En una ocasión, un director de marketing escribió en el ordenador discursos enteros y se los envió a sus empleados por correo electrónico. Otro paciente se subió al coche dormido y condujo veintitrés kilómetros hasta llegar al pueblo vecino...

—... para apuñalar allí a su suegra con un cuchillo de cocina —añadió Leon.

Volwarth hizo un gesto compasivo con la comisura de los labios.

—Desgraciadamente sí. El caso de Kenneth Parks apareció en la prensa con todo detalle y, en efecto, no se lo inventó ningún director de películas de terror.

—Por lo tanto, hay personas que se vuelven violentas mientras duermen —insistió Leon.

—Sí. Pero esa posibilidad se da en uno de cada mil sonámbulos.

—¿Y cómo está tan seguro de que yo no sea ese uno?

Volwarth puso cara de profesor y asintió como si Leon fuese un estudiante haciendo una pregunta inteligente.

—Me lo dice la experiencia. Y me lo dicen los resultados de mis estudios. Como usted sabe, el sonambulismo es uno de los fenómenos de la medicina que peor se ha investigado. Sin embargo, durante los últimos años, mi clínica ha podido realizar algunos descubrimientos revolucionarios. Para empezar, el término *sonambulismo* no es en absoluto correcto. Es cierto que las acciones nocturnas aparecen mayormente en la fase del sueño profundo. Pero, para ser exactos, la persona sonámbula (como la denominamos) no duerme en absoluto. Se encuentra en otro nivel de la conciencia que apenas ha sido investigado, entre el sueño y la vigilia. Yo lo llamo «el tercer estadio».

Leon se pellizcó nervioso la piel de la nuez de su garganta. Lo que Volwarth estaba describiendo le recordaba al estado de parálisis que en ocasiones le sobrevenía durante el sueño, y contra el que tenía que luchar despierto de verdad.

—En los experimentos de larga duración en los que tuvimos bajo observación clínica a familias enteras, logramos descubrir que la violencia de las personas

sonámbulas se concentra en primer lugar en los parientes cercanos.

—¿Lo ve? —Leon aplaudió—. Usted mismo está diciendo ahora que...

—Pero... —Volwarth alzó el dedo índice de la mano—. Pero siempre hay alguna señal. ¿Alguna vez se ha quejado Natalie anteriormente de que hubiese sido grosero con ella mientras dormía?

—No.

—¿Alguna vez la ha pegado o golpeado por la noche?

—No lo sé.

—Créame, de ser así lo sabría. Es natural que a la mañana siguiente no consiga recordar su comportamiento nocturno, pero su esposa le hubiese pedido cuentas con toda seguridad. Los sonámbulos no le arrancan la uña del dedo a sus parejas así, de un día para otro, ni le pegan un puñetazo en los dientes. Todo empieza poco a poco.

—Sin embargo, yo lo he visto —le contradijo Leon.

—¿Qué es lo que ha visto exactamente?

—Su ojo morado —respondió Leon irritado—. Ya le he hablado de las heridas de Natalie.

—También me ha contado que poco antes había despertado de una pesadilla en la que aparecía una cucaracha espeluznante.

—¿Adónde pretende ir a parar? —preguntó Leon confundido.

El psiquiatra se inclinó hacia delante en el sofá.

—Estaba oscuro. ¿No podría haber sido sencillamente una sombra de ojos pálida que usted ha confundido con un ojo amoratado estando medio dormido?

—No lo creo, no. Además, eso tampoco explicaría la uña destrozada del pulgar de Natalie.

Ni el diente incisivo roto.

—Además, iba cojeando.

—Su esposa salía de casa con una maleta pesada. Yo también he cojeado antes, cuando he tenido que subirme al taxi haciendo esfuerzos.

—¿Y cómo puede explicar esto?

Leon agitó en el aire las zapatillas deportivas como si se tratase de una prueba en la sala de un juzgado. Eran iguales que las que había metido en el horno en casa de sus padres, apenas unos días después de mudarse allí.

Una sonrisa burlona se adivinó en los labios del médico. Su mirada fue a parar a una botella de vino vacía que había en el aparador junto a la ventana.

—¿Se la ha bebido usted solo?

—Sí, pero...

—¿Toda la botella?

Leon suspiró y se enfadó por no haberla tirado aún. —Mi mujer llegaba tarde. Abrí la botella en algún momento y es posible que bebiera en exceso.

—Y desde entonces no logra recordar nada más, ¿verdad? No sabe cómo se quitó la ropa ni cómo se metió en la cama. No se enteró de cuándo llegó Natalie a casa.

¿No será que ha olvidado también lo que hizo con sus zapatillas de deporte?

Leon sacudió la cabeza.

—¿Por qué iba a freír mis zapatillas en el microondas estando borracho?

—¿Por qué iba a pegar a su mujer?

El doctor Volwarth miró el reloj y repitió las palabras que acababa de decir en la grabación:

—Estoy seguro de que para todo existe una explicación simple. Es posible que Natalie llegara tarde casa, se enfadara al ver que usted estaba borracho y decidiera mudarse un par de días a casa de su mejor amiga.

—A esa amiga ya hace rato que la llamé.

—Pues a algún hotel. Sus problemas de pareja no se han producido de la noche a la mañana, ¿tengo razón?

Leon asintió de modo inconsciente.

—¿Es por lo del aborto?

La pregunta le golpeó la cara como una bofetada.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó aturdido.

—Lo he supuesto. Dijo que estaban intentando tener un niño desde hace casi un año. Pero en la mesa del sofá no veo ningún libro sobre bebés, ni catálogos de cambiadores y cochecitos para niños, ni la más mínima señal de querer formar un hogar.

Leon asintió con la cabeza, pensativo, y se sintió extraño; como si lo hubiesen sorprendido con las manos en la masa.

Cuando recibieron la adjudicación del piso de sus sueños pensaron que era un buen presagio para su futuro en común. Tras el aborto habían cambiado algunas cosas.

—¿Y cómo les va en el ámbito profesional? —quiso saber a continuación el doctor Volwarth.

—Natalie acaba de abrir una galería con su mejor amiga —respondió Leon feliz de poder cambiar de tema.

—Me refiero a usted.

—Por supuesto, claro. A decir verdad, también funciona todo bien.

—¿Y a decir mentira?

—Estamos en mitad de un concurso para un proyecto importante. Sven y yo...

—¿Quién es Sven?

—Sven Berger, mi mejor amigo y copropietario del estudio de arquitectura. Es quien consiguió ese magnífico encargo. Un hospital infantil. Nuestros primeros proyectos tuvieron una gran repercusión, así que tenemos muchas posibilidades de ganar el concurso. Aún debo realizar algunos cambios y entregar la maqueta el jueves, como muy tarde.

Volwarth miró de nuevo el reloj.

—Eso es solamente dentro de unos días. Así que se halla bajo un fuerte estrés, no

sólo en el ámbito personal sino también en el profesional. —Se levantó.

—Sí, bueno, no. Ése no es el problema. —Leon, que también se había puesto de pie, sabía adónde quería ir a parar el psiquiatra. Ya había sufrido insomnio antes del accidente de coche, pero había empeorado después de éste. Su presión psíquica únicamente disminuyó cuando encontró una familia cariñosa como la de los Nader. Su subconsciente le dejó en paz. Cuanto mayor era el amor que sentía hacia sus padres de acogida, menos motivos tenía para huir de sus miedos durante la noche. Ésa era la teoría de Volwarth, a quien se le veía poco más o menos triste en aquella época porque el brote violento de Leon no había vuelto a repetirse después de que hubiese dejado la casa de los Moll. Las zapatillas de deporte habían sido el último acontecimiento destructivo, y ni siquiera habían afectado a ningún ser viviente.

—¿Cómo puede estar tan seguro respecto a mí? —preguntó Leon con insistencia mientras acompañaba al psiquiatra fuera de la sala de estar—. Al fin y al cabo, yo ya era un niño extraño.

—Extraño, pero no violento, Leon. Después de numerosas sesiones y decenas de grabaciones no pudimos documentar ni el más mínimo ataque violento.

—Quizás no hay nada que ver en las cintas porque interrumpimos el experimento demasiado pronto.

Volwarth negó con la cabeza y puso la mano sobre su hombro con un gesto de confianza.

—No vimos nada en las cintas porque no había nada que se pudiera ver, y eso ya lo sabía yo antes de colocarle la cámara nocturna en la cabeza.

—¡Ya! ¿Y entonces por qué lo hizo?

—Porque lo que yo quería en aquella época no era curar su sonambulismo sino su psicosis, Leon. Eso es lo que hacía que su caso fuese tan interesante: se había obsesionado con la idea de que hacía algo malo mientras dormía. Tenía tanto miedo que al final se negaba a dormir. Y yo pretendía quitarle ese miedo a dormirse, llamado también *somnifobia*, con ayuda de las cintas. Unas grabaciones que en definitiva han confirmado que, en todo caso, usted constituye un peligro para sí mismo si se choca contra el borde de una mesa o tropieza con un baúl mientras duerme. Como máximo, se habría hecho daño usted mismo con el cuchillo.

Examinó a Leon como si buscara en su mirada alguna señal de que había recibido su mensaje. Luego suspiró.

—Todo esto me suena a que está sufriendo una prueba de esfuerzo psíquico en estos momentos. Y, al igual que entonces, cuando todo volvió a su cauce después de que le acogiesen las personas apropiadas, esta vez también sucederá lo mismo tan pronto haya disminuido el estrés.

Leon quiso replicarle, pero Volwarth no le permitió ninguna protesta.

—Le propongo algo: acabe su trabajo para ese concurso, entregue la maqueta, dele un par de días a su mujer y, cuando los ánimos se hayan calmado, venga a mi laboratorio y le conectaremos de nuevo para examinarle mejor, si eso le tranquiliza,

¿está de acuerdo?

Sacó un talonario de recetas del bolsillo trasero de sus pantalones de cuero y le pidió un bolígrafo. Leon quiso darle su pluma estilográfica pero no la encontró, a pesar de que estaba seguro de haberla visto por última vez encima de la mesita del teléfono del pasillo.

—No pasa nada. —Volwarth sacó un bolígrafo de su chaqueta y garabateó de pie algunas palabras ilegibles antes de arrancar la primera hoja y entregársela a Leon.

—¿Qué es?

—Un barbitúrico suave. Actúa a base de plantas vegetales y ayuda a dormir profundamente sin que se produzcan sueños. La dosis que le he prescrito será suficiente hasta que vuelva dentro de diez días.

—¿Nocturnalón? —leyó Leon.

Cuando el psiquiatra se marchó, Leon se sentía tan cansado como si se hubiese tomado la caja entera de una sola vez.

—Hazlo.

El sexo era como siempre. Salvaje, desenfrenado y con una intensidad que le avergonzaba en cuanto volvía a pensar con claridad. Pero el orgasmo aún estaba lejos de ser un sinnúmero indeterminado de golpes, mordiscos y gritos de placer. Leon todavía disfrutaba susurrándole en el oído a Natalie todos los insultos obscenos que sabía que a ella la excitaban.

Puta. Zorra.

Normalmente se limitaba a repetir aquellos insultos. Con satisfacción, como si ella los tuviese merecidos.

Porque no he sido buena.

Sin embargo, ahora le hacía perder el compás al exigirle una cosa inesperada.

—¡Vamos, hazlo de una vez!

Leon le cogió el pecho y se lo apretó con más fuerza.

—No, así no.

Suavizó sus movimientos respecto a ella.

—¿Cómo?

Ella le cogió la mano y la llevó hacia su cara.

—¡Pégame! —dijo jadeando debajo de él.

Leon dejó caer ambas manos junto a la cabeza de su mujer y se detuvo lleno de confusión.

—Hazlo. Por favor.

Natalie le cogió por detrás de los muslos y lo atrajo hacia ella apasionadamente.

¿Pegarle?

—No comprendo cómo...

—¿Qué es lo que no puedes comprender? —Escuchó una voz de repente. Miró hacia la derecha y se asustó al ver que su madre estaba sentada en el sofá al lado de la cama—. Esa perra caliente necesita algo más de marcha. —Sonrió lascivamente—. Pero no tienes que coger el látigo inmediatamente como tu padre. Una bofetada basta por de pronto.

Leon sintió cómo su pene se volvía flácido en el interior de Natalie.

¿Qué está ocurriendo aquí?

—Ya se arreglará. Es lo que pasa en la mayoría de los casos.

Las palabras procedían de la boca de su mujer pero, de repente, la voz de Natalie se volvió bronca como la de un hombre mayor. Leon tardó un tiempo en reconocer al policía con quien había estado hablando el día anterior cuando, tras despedirse del doctor Volwarth, había llamado a la comisaría para denunciar una desaparición. «Por lo general, cuando se trata de personas adultas, no empezamos la investigación hasta al cabo de dos semanas», le había dicho.

De pronto, la madre de Leon también empezó a hablar como el agente de policía:

—Espere a ver qué pasa y rómpale el hocico a esa fulana si se deja ver de nuevo por aquí.

«¡No!», quiso gritar Leon, pero no se produjo ningún sonido.

Intentó separarse de Natalie, pero cuanto más se esforzaba por conseguirlo, más débil se sentía. Natalie le cogió la mano y le apretó los dedos hasta formar un puño. Quería librarse de ella pero no podía. Era como si sus articulaciones hubiesen quedado encajadas en una posición inamovible. Leon notaba cómo Natalie le agarraba por las muñecas acompañada de los gritos animados de su madre. Luego sonreía y abría la boca, en la que había alguna cosa viva moviéndose.

¡Morphet!

Las antenas de la cucaracha se contrajeron entre los labios de ella al igual que la lengua de una serpiente. Y en ese instante su puño golpeó la cara de Natalie.

Hubo un crujido, como si Leon hubiese derribado una puerta carcomida. Oyó un eco ahogado al mismo tiempo.

—Premio —rio Natalie escupiendo un trozo de su diente incisivo. Entretanto, Morphet se arrastraba por la cavidad de su boca y corría por la mejilla directamente al ojo.

«¡Por el amor de Dios!», gritó Leon en silencio, y no pudo evitar que pasara otra vez. Tuvo que dejar que sucediera de nuevo; que Natalie se aprovechara de su puño para abofetearse a sí misma. Esta vez en el ojo que tenía abierto, donde la cucaracha estaba a punto de taladrar la pupila con las pinzas de su mandíbula.

—¡Pégame! ¡Me lo merezco!

Natalie intensificó la fuerza del puñetazo dando un salto hacia delante con la cabeza antes de que le llegase el golpe.

Cuando Leon le aplastó la esfera ocular sonó como si hubiese reventado un globo.

Y con el ruido cargado de un eco agudo y estruendoso, al igual que si le hubiese explotado la cabeza, Leon se despertó sobresaltado.

Buscó a ciegas el teléfono inalámbrico en su mesita de noche y se extrañó al encontrarlo allí y no en el cargador que había en el pasillo, donde lo dejaba normalmente antes de irse a dormir a fin de que aquel fósil pudiera cargarse durante la noche. Una parte de su conciencia seguía atrapada por el sueño; la otra parte registraba el número conocido que parpadeaba en la pantalla.

—¿Dónde diablos te has medido? —vociferó Sven—. ¡Queríamos revisar la presentación otra vez!

Su mejor amigo se hallaba indescriptiblemente furioso. Se notaba por las diminutas pausas que iba esparciendo entre las palabras.

Durante la adolescencia Sven tartamudeaba de forma mucho más marcada, y Leon era prácticamente el único de su clase que no se burlaba de él por ello. Su vínculo profundo y amistoso, que iba más allá de la relación profesional, se basaba especialmente en una cuestión de respeto que se había forjado sólidamente a la tierna edad de catorce años. Leon aceptaba su defecto al hablar y Sven, a diferencia de otros

compañeros de clase, no veía sólo en él al exótico niño huérfano. Hasta ahora Sven creía que había superado por fin la tartamudez gracias a la amistad de Leon y a la seguridad en sí mismo que ésta le había proporcionado, de modo que su trastorno del habla únicamente lo notaban las personas que lo sabían y, además, sólo cuando se ponía muy nervioso. Sin embargo, Leon estaba seguro de que se debía más al excelente logopeda cuyos ejercicios Sven continuaba tomándose muy en serio.

—Yo, yo... ¡Mierda! —Leon miró el despertador de la mesita de noche, pero parecía que el viejo aparato se había quedado parado, porque marcaba las cuatro en punto y Sven no lo llamaría nunca en mitad de la noche.

»Maldita sea.

—Sí, maldita sea otra vez. Llevo esperándote en la oficina desde hace una hora. ¿Dónde estás?

—Lo siento, me he dormido.

—¿Que te has dormido? —preguntó Sven, perplejo—. Habíamos quedado en revisar las propuestas de modificación. ¡Son las cuatro y pico de la tarde!

—¿Qué?

Era imposible. La noche antes, Leon se había ido a dormir muy temprano porque tenía dolor de cabeza y no había podido seguir trabajando. Además, no se había tomado los tranquilizantes que le había recetado el doctor Volwarth. Ni siquiera había salido de casa para ir a comprar las pastillas. Era imposible que hubiese dormido tanto tiempo. El dolor había disminuido ahora, pero aún se sentía débil y mareado.

—Creo que he pillado algo —murmuró al aparato.

—No te me pongas enfermo, Leon. No pierdas energías ahora que estamos en la recta final.

—No, no te preocupes. La maqueta estará lista.

—Oye, eso de Natalie parece que te está desorientando por completo.

—¿Natalie?

Leon se incorporó sobresaltado.

¿Cómo lo ha sabido?

—Sí. ¿Ha aparecido ya?

—No —dijo Leon desconcertado. Apartó la colcha a un lado y se dio cuenta, para su sorpresa, de que no llevaba nada encima salvo unos calzoncillos *boxer*. Según recordaba se había dejado caer en la cama vestido y totalmente exhausto.

¿Habré vuelto a beber? ¡Maldita sea! ¿Por qué no puedo acordarme de nada más?

El sonido de un timbre, similar al que aparecía en el sueño, hizo que Leon se asustara y se levantara de repente.

—Tengo que ir un momento a ver quién llama.

Caminó descalzo por el pasillo, silenciosamente. Observó por la mirilla antes de abrir la puerta. Le invadió una sensación de alivio.

Gracias a Dios.

Al menos su memoria no le fallaba en ese punto. El día anterior había estado investigando en internet durante un buen rato hasta encontrar lo que buscaba, y la empresa de electrónica y venta *online* se lo enviaba ya al día siguiente tal y como había prometido.

—Un momento —gritó Leon a través de la puerta cerrada. Luego cogió un abrigo del guardarropa y abrió al mensajero.

El hombre, aproximadamente de la edad de Leon, vestía un uniforme gastado por las rodillas y los codos cuyo tono marrón iba a juego con el color de su pelo corto. La placa con el logo de la empresa (UNITED DELIVERIES - NOS GUSTA NUESTRO TRABAJO) le identificaba como Jonas K., aunque no parecía que Jonas K. se identificase demasiado con el lema de la empresa. Iba masticando un chicle con desgana mientras escuchaba música con unos pesados auriculares.

Mientras Leon firmaba aquella entrega torpemente en una carpeta con sujetapapeles, le prometió a Sven que ese mismo día iría a su despacho con el nuevo proyecto.

—He ahorrado espacio con los ascensores para poder organizar el vestíbulo. Además, hay un punto atractivo que dejará maravillada a la dirección de la clínica.

Leon estaba a punto de cerrar la puerta de nuevo, cuando el mensajero se quitó los auriculares de repente y dijo:

—Perdone, tengo un problema.

—¿Qué?

—¿Puedo utilizar su baño?

—¿Cómo dice?

—Su baño. ¿Tendrá uno, no?

Leon pestañeó nervioso y se dio cuenta de que la frase le estaba superando totalmente en aquel momento. Era un favor comprensible que se concedía y se negaba con la misma mala gana.

Observó al hombre más detalladamente. Su aspecto era mucho más inteligente desde que había dejado de masticar con aquella impasibilidad. Frente alta, ojos despiertos, nariz algo grande en relación con el resto de la cara. Pero este hecho alteraba tan poco la impresión general que tenía de él como el lóbulo izquierdo de la oreja, que acababa de llamarle la atención porque ya no llevaba los cascos puestos.

Leon estaba apartándose a un lado para dejar paso al intruso, cuando éste dijo:

—Se lo agradezco. Es que tengo descomposición.

—¿Perdón?

Leon creyó que no había oído bien, pero el mensajero puso cara despreocupada. Hasta que sus labios temblorosos le delataron.

—Mierda, tío, debería mirarse en el espejo —dijo estallando de la risa—. Parece como si hubiese sido usted quien se ha cagado encima.

El mensajero no paraba de reírse de su absurda broma mientras Leon hacía lo posible por recomponer las facciones de su cara.

¿Es que todos se han vuelto locos aquí?

—No se enfade, colega, pero de algún modo hay que entretenerse cuando se tiene un trabajo aburrido como éste. —El bromista volvió a ponerse los auriculares riéndose para sus adentros, dio media vuelta y se largó.

—¿Qué ha sido eso? —quiso saber Sven después de que Leon cerrara la puerta.

—Un chalado, eso es todo. ¿Dónde nos habíamos quedado?

Miró a través de la mirilla, pero el mensajero había desaparecido.

—En el punto atractivo que has incorporado a la presentación.

—Cierto. Un sistema de túneles subterráneo. Los pabellones más importantes del hospital se comunican ahora los unos con los otros. Pero no como siempre, sólo para los viandantes, y para los vehículos de servicio en las calles principales.

—Con lo cual tendríamos solucionado el problema de radiología y el transporte de pacientes —se alegró Sven.

—Y podemos mantener nuestro enfoque principal.

—Sí. Sólo falta que quieran aceptar los enormes costes adicionales.

Con el teléfono sujeto entre la barbilla y la clavícula, Leon acarreó el paquete con ambas manos por el pasillo hasta llegar al estudio, donde abrió de un puntapié la puerta que estaba entornada.

—Como decía, me parece todo perfecto. Pero aún debemos revisarlo con detalle. ¿Vendrás conmigo a la fiesta, no?

—Sí, claro —respondió Leon con voz apagada, sin haber escuchado de verdad. El entusiasmo que había sentido un momento antes se había evaporado en cuestión de segundos, nada más entrar en su estudio.

Con la mirada clavada fijamente a la mesa vacía del despacho, dijo en silencio: «Pero, por favor, tendrás que darme un poco más de tiempo».

¿Qué diablos está pasando aquí?

La maqueta a escala en la que había estado trabajando día y noche durante las últimas semanas ya no estaba en su sitio.

—¿Natalie? Te lo ruego, llámame de una vez. Estoy terriblemente preocupado.

Con el teléfono en la oreja, Leon abrió de golpe una puerta tras otra: dormitorio, vestíbulo, comedor y sala de estar. Bastaba una rápida mirada. Incluso una casa antigua y grande como aquélla tenía pocos escondites para un objeto del tamaño de una maqueta, y Leon no halló en ninguno de ellos lo que buscaba. La maqueta seguía sin aparecer.

Leon no lograba explicárselo. La reproducción de cartón había estado encima de la mesa del despacho. Allí y en ningún otro lugar. Además, era demasiado complicada de transportar. Ya le había horrorizado pensar que tenía que llevar él solo hasta la oficina aquella cosa voluminosa. Si hubiese deambulado con ella mientras dormía no hubiera tenido las manos libres para cerrar la puerta de la habitación tras de sí.

Pero sólo estaba medio abierta, pensó, y finalizó la conversación unilateral con el buzón de voz de Natalie. Al igual que con los intentos anteriores, el contestador había saltado después de sonar diez veces.

Fue al cuarto de baño y corrió a un lado la cortina de la ducha, si bien sabía que, naturalmente, existían tan pocas probabilidades de encontrar la maqueta del hospital allí como en el balcón que daba al patio o en el estante superior del guardarropa. Incluso había ido a mirar delante de la puerta de casa. Entretanto, eran tantas las dudas que le asaltaban sobre su cordura que decidió comprobar todas las habitaciones una segunda vez, empezando por el santuario de Natalie: su laboratorio.

La habitación sin ventanas y cubierta con azulejos se hallaba en el extremo final del pasillo en forma de T. En un principio había sido concebida como un aseo de invitados; hoy en día albergaba un pequeño laboratorio con sistema de ventilación, varias cubetas y un armario de puertas correderas junto a la pila del lavabo que contenía sustancias químicas. Detrás de la puerta, Natalie se había construido una recámara con una cortina de teatro opaca, que Leon había abierto tres veces, como mucho, desde que se habían mudado. El laboratorio era el reino de Natalie: un país extranjero para el que él carecía de visado de entrada.

Sí, igual que la primera vez que había estado inspeccionándolo, se sintió como un intruso y entró en el cuarto con la sensación de que estaba haciendo algo malo.

Encendió el interruptor que había al lado de la recámara y la luz roja de la habitación se transformó en una luz difusa.

El interruptor que encendía la luz tradicional del techo se hallaba escondido en algún sitio para que nadie pudiera usarlo por equivocación. Sin embargo, Leon no tenía ganas de buscarlo. Ni tampoco era necesario hacerlo.

No había nada que llamase la atención en aquel lugar, a excepción de una inquietante fotografía en blanco y negro que Natalie había colgado en una cuerda para tender la ropa.

En la imagen podía verse su propio rostro en el busto de otra persona: el de una mujer embarazada y desnuda. Evidentemente se trataba de un montaje, sin duda de uno excelente, ya que era imposible reconocer ningún defecto en la parte que unía el cuello con la zona de los pechos.

Probablemente Natalie había realizado aquella fotografía para la exposición que Anouka estaba preparando ahora sola.

Niños de las estrellas.

Leon observó a su alrededor más detenidamente que la última vez y descubrió que en la cubeta flotaban varias copias de otras imágenes de mujeres embarazadas que habían sido ligeramente modificadas. Se acercó un paso más.

No sabía cómo poner en marcha la ventilación, por lo que el olor que desprendía el líquido de revelado apenas podía soportarse de cerca. Los ojos de Leon se llenaron de lágrimas y la imagen mórbida que flotaba bajo la luz roja como si fuese en un baño de sangre se tornó más borrosa a medida que parpadeaba.

Es imposible.

Leon quiso darse la vuelta; sin embargo, la crueldad pornográfica de aquella imagen casi ejercía una atracción magnética en él. Se inclinó hacia delante y le sobrevino una sensación en el estómago, como si estuviese en una montaña rusa, justo antes de que el vagón descendiera a toda velocidad la primera vez.

No puede ser cierto.

La imagen era lo que menos le sorprendía, a pesar de que Natalie aparecía en ella con los ojos cerrados, clavándose el cuello de una botella en la barriga hinchada por el embarazo. Lo que le impactaba era el objeto que flotaba en la cubeta: un collar de perlas artificiales. No había duda de a quién pertenecía.

El nombre de Natalie estaba en la cinta de nacimiento de color rosa que aún colgaba de su móvil como un amuleto de la suerte cuando salía de casa.

Cuando les preguntaban de qué modo se habían conocido, Leon y Natalie respondían generalmente con una sonrisa, en silencio. En ocasiones contaban la verdad y hacían que la otra persona rompiese a reír pensando que se habían permitido hacer una broma.

Sin embargo, la primera vez que se vieron lo habían hecho, ciertamente, en un burdel. Y además, en La Fola, uno de los más famosos de la ciudad.

Ninguno de los dos se había tragado al principio la explicación del otro acerca de cómo habían acabado en aquel lugar. Él formaba parte de una despedida de solteros; ella iba en busca de material para su trabajo de fin de carrera de la Facultad de Arte, cuyo tema llevaba por título «La sociedad desnuda».

La música estaba tan alta como en una discoteca, por lo que Leon había tenido que acercarse mucho a Natalie para poder leer sus labios. Unos labios que se caracterizaban por las suaves marcas de sus dientes incisivos y la comisura rasgada. Aun así, aquel hecho no le impedía reírse abiertamente y con ironía de muchos de los comentarios que él hacía. Incluso de aquellos que realmente no eran nada graciosos.

—Odio las fotos —le había confesado a ella al cabo de una hora, después de que se hubiesen separado de sus amigos. Habían dado un paseo sin rumbo fijo, sin hacer caso a los escaparates prohibitivos de la espléndida avenida—. Sobre todo las mías. No soy nada fotogénico.

Le mostró su carnet de identidad como prueba.

—No le caías bien al fotógrafo —dijo ella. Y a pesar de que Leon se había reído de su observación, sabía que ella no había pretendido hacer ningún chiste.

Natalie abrió su bolso y sacó una cámara fotográfica instantánea.

Antes de que él pudiera protestar, ella ya había apretado el botón. Le explicó su teoría mientras agitaba la foto en el aire como si fuese una abanico:

—Las fotografías son un indicador. —Le pasó la polaroid—. Cuanto más enamorado está el fotógrafo de su objeto, mejor es la fotografía.

Leon miró fijamente, boquiabierto, la foto que tenía en sus manos.

—Entonces ¿te gusta cómo has quedado?

—Más que en la realidad —confesó él un poco aturdido.

Poco después, se besaron.

¿Cómo puede acabar de un modo tan terrible algo que empezó siendo tan perfecto?, pensaba Leon unas semanas antes de su tercer aniversario, mientras abría en su estudio el paquete que le habían entregado en la puerta de casa.

A primera vista el pedido había llegado en su totalidad: una cinta elástica para la frente, dos sensores de movimiento, una cinta con cierre adhesivo, un cable, baterías, una memoria USB.

¡Y, por su puesto, la cámara radiodirigida!

En realidad, no era exactamente el modelo que había escogido en el catálogo por internet, pero no era la primera vez que la tienda se equivocaba al enviar el producto. Y en este caso Leon no salía perjudicado, ya que aquella cámara tenía más resolución que la que había pedido.

Llevó todas las cosas al dormitorio, donde ya había encendido el portátil que había sobre el escritorio. El foro en internet que hablaba sobre la somnifobia había resultado una auténtica mina. Por lo visto, Leon no era el único que deseaba grabarse mientras dormía.

Al ponerse la cinta con el adhesivo en la frente sintió que se adormecía.

Maldita sea, ¡pero si he dormido un montón! ¿Qué me pasa?

Su necesidad de dormir iba en aumento a medida que la barra de progreso avanzaba en la pantalla, mientras el *software* de la cámara se iba instalando en el ordenador.

A continuación realizó un test para ver si funcionaba, para lo que se tumbó en la cama sin moverse. A pesar del cansancio, le resultaba asombrosamente difícil estarse quieto. La intranquilidad de su interior era demasiado intensa. Al cabo de un minuto se levantó de nuevo para comprobar si el sensor de movimiento había enviado una señal radiofónica a su homólogo en el conector de USB del portátil, y si había activado la función de grabación.

¡Bingo!

La luz de led de color verde del dispositivo USB parpadeó al compás de los latidos de su corazón y le mostró a Leon el estado de aquella grabación. Cuando se quitó la cinta de la frente para dejarla sobre la almohada que había al lado suyo, el verde se volvió de color rojo. La grabación finalizó tan pronto la cámara se quedó en posición de reposo.

Leon se levantó y fue hasta el escritorio.

Moviendo el ratón con un gesto nervioso, hizo desaparecer el salvapantallas y abrió la ventana del reproductor de vídeo. La toma, muy corta, apenas pesaba un mega, y enseguida se puso en marcha tras hacer un clic con el ratón.

Leon miró fijamente las escasas imágenes que habían captado los movimientos de su cabeza y le sobrevino una sensación desconcertante, comparable a la que uno tiene cuando escucha su propia voz a través de unos auriculares. Observó las sábanas de su cama, siguió el movimiento de la cámara por encima del armario rústico hasta llegar a la pantalla, que centelleaba de modo febril en el momento de la grabación. Y en su entorno habitual se sintió como si fuera un intruso.

Para que la luz del sol no le despertara al amanecer, bajó la persiana de la ventana y corrió las cortinas. La cámara contaba con una función para poder grabar imágenes infrarrojas y disponía de un dispositivo de visión nocturna con algo más de sensibilidad que el pesado monstruo que le había colocado el doctor Volwarth muchos años atrás.

A pesar de que llevaba puestos unos pantalones vaqueros y una sudadera gruesa, el cansancio excesivo le provocaba frío, así que pensó que sería buena idea tomar un baño para encontrar la tranquilidad necesaria que le faltaba antes de quedarse dormido. Aun así, temía que el baño de espuma no fuese suficiente para apagar los fuegos artificiales que tenía en la mente. Finalmente se tomó una copa de vino tinto y se puso unos calcetines gruesos provistos de una suela antideslizante de goma. A continuación se colocó la cinta en la frente con la cámara, se tumbó en la cama y esperó a que los ojos se le cerraran por fin.

Leon siempre había sido una persona introvertida. Así como Natalie, después de una intensa pelea, era capaz de darse media vuelta sin más y quedarse dormida, él permanecía despierto con frecuencia horas y horas, observando fijamente el techo e intentando llegar al fondo de los asuntos.

Aún podía recordar bien una situación similar de incertidumbre, casi esquizofrénica, por la que había pasado. El cuerpo le pedía a gritos que se durmiera, pero la mente le reclamaba respuestas. Sucedió al final de la desafortunada cena en la que conoció a los padres de Natalie por primera vez.

Leon había llegado solo, sin ningún miembro de su familia, al costoso restaurante italiano cuyas paredes parecían ser un mural de fotos extraídas de una revista de sociedad: cada centímetro estaba decorado con fotografías de invitados famosos: políticos, cantantes, actores, artistas... Todos esbozando una amplia sonrisa, cogidos del brazo del propietario como si éste fuese su mejor amigo y no un astuto hombre de negocios que satisfacía su vanidad principalmente con aquellas fotos.

Leon se había sentido incómodo desde el principio. No por el ambiente lujoso, sino porque era un cobarde que esquivaba a sus padres. A diferencia de Hector, el padre de Natalie, Klaus Nader no podía permitirse con su sueldo de camarero suplente comprar trajes a medida en Savile Row. El hombre no escogería el vino por su sabor, sino por lo que costaba, como mucho. Lo más probable era que acabase pidiendo entre risas la carta donde no estuviesen los precios en liras turcas.

Además, ¿de qué hubiesen podido hablar? Difícilmente sobre si era preferible pasar los meses de invierno en Florida o en la isla Mauricio para huir del mal tiempo. Maria Nader ya estaba más que satisfecha si la línea eléctrica del tranvía no se helaba en el mes de enero, y le preocupaba más saber si la oferta del suplemento del periódico seguiría vigente al día siguiente que no la pregunta de por qué el asiento 4C en primera clase de la compañía de los Emiratos era el mejor de todos. Sus padres de acogida, quienes le habían adoptado poco antes de cumplir los dieciséis años, habían viajado en primera clase una sola vez. Y había sido en un tren, y sólo porque se habían subido al vagón equivocado.

En aquella ocasión, la cena no había empezado tan formalmente como se temía Leon. Daba la impresión de que Hector y Silvia Lené habían salido de un folleto publicitario de casas lujosas de retiro: llenos de vida, cargados de joyas, bronceados y rebosantes de energía. Aun así era evidente que no estaban en la primavera de la vida, sino que se habían quedado estancados en el otoño. Pero Hector conseguía relajar el ambiente con sus anécdotas ingeniosas y llenas de humor que, de modo sorprendente, no giraban en torno a las inversiones de capital, ni a las segundas residencias ni a su pasión como coleccionista de antigüedades. Incluso se quejaba de los precios exorbitantes y ponía los ojos en blanco al ver las pequeñas porciones, y Leon se avergonzaba aún más que antes por haber disculpado a sus padres con una excusa

poco convincente. Probablemente todos se hubiesen entendido bien. Puede que él fuera la única persona esnob de aquella mesa que no defendía a nadie que no le quisiera incondicionalmente. A pesar de que los Nader no compartían el interés de Leon por la arquitectura, y que ni siquiera habían ido a la universidad, habían renunciado a tener un coche, vacaciones y otro tipo de comodidades con el único fin de poder financiarle los estudios a él.

Se sintió mal al darse cuenta de lo miserablemente que se estaba comportando aquella noche y ver su enorme traición. Leon todavía podía intentar convencerse a sí mismo de que había preferido ahorrarles a sus padres la delicada situación de tener que pagar la cuenta (su orgullo no les hubiese permitido que su hijo se les adelantara). Pero en realidad sabía que se avergonzaba de su procedencia y que, por ese motivo, se había servido de una excusa fácil diciendo que, desgraciadamente, mamá y papá estaban indispuestos aquel día.

Ya se había propuesto enmendar el error ofreciendo rápidamente una invitación recíproca cuando, de pronto, sucedió algo ante sus ojos que le dejó más claro que el agua que no se produciría ningún encuentro más. Ni con sus padres ni con él. Nunca más.

Ocurrió en los servicios. Leon se encontraba en los urinarios cuando Hector entró y se puso en el lavabo contiguo tateando feliz una canción. En ese instante Leon se estaba concentrando en darle en la diana a una mosca que se había quedado enganchada, cuando Hector se dirigió a él:

—Ella se chifla por las cosas obscenas.

—¿Cómo dice?

Hector le hizo un guiño y se bajó la cremallera del pantalón.

—Ya lo sé, no debería decirlo siendo su padre. Pero entre hombres podemos charlar sin tapujos. No serás un mojigato, ¿no?

—No, claro que no —dijo Leon intentando sonreír. Le había mirado sólo de manera fugaz y, sin quererlo, su mirada se había posado fijamente en la mano de su futuro suegro, cuyo miembro o bien estaba en una posición casi erecta o bien era de un tamaño superior al de la media. Así pues, la tromba que caía a su lado en forma de chapoteo sobre el esmaltado era potente y ruidosa.

—Bien, muy bien. Porque no me gustaría tener que casar a mi hija con un marica reprimido. Lo que ella necesita es un buen caballo semental.

—¿Perdón?

—Lo ha heredado de su madre. A lo mejor ya no se le nota a Silvia, pero bajo ese maquillaje se encuentra aún la zorra insinuadora a la que desvirgué hace cuarenta años.

Leon tuvo la sensación de que su risa artificial le asfixiaba. Esperó a que Hector le dijera enseguida «¡te pillé!» y le diera una palmada en el hombro con sus enormes manos. Pero el padre de Natalie no bromeaba.

—De tal palo tal astilla. Natalie ya era increíblemente cachonda cuando era

pequeña, y no es ningún secreto. ¡Y menuda pícara! Siempre dejaba la puerta abierta cuando sus amigos se quedaban a dormir. Y no eran pocos, que digamos.

Se rio y se sacudió.

—Yo prefería no verlo, Leon. Pero Natalie se aplicaba concienzudamente. Por eso sé lo que le gusta. Esposas. Cadenas en el cuello. Bien sujeta, como con un perro sarnoso.

Se subió la cremallera y observó a Leon de modo inquisitivo hasta que se dio cuenta de su estupefacción.

—Oye, que esto quede entre nosotros, ¿de acuerdo? Ahora somos una familia, ¿no?

—Por su puesto —respondió Leon, y ya no dijo nada más durante el resto de la cena. Sentía vergüenza, cada vez más. También porque al principio de aquel encuentro, durante un buen rato, había lamentado verdaderamente el hecho de que su propio padre no fuera un hombre de mundo, culto y refinado como lo era Hector. Estaba furioso porque no le había dicho enseguida lo que pensaba y porque no le había sacudido una bofetada más tarde, cuando el otro había apoyado fugazmente su mano en las nalgas de Natalie mientras abrazaba a su hija para despedirse. Y se odiaba porque sabía que nunca reuniría el valor suficiente para explicarle a Natalie la conversación que habían tenido en el servicio de caballeros. Porque ello habría estropeado no sólo el amor que sentía ella hacia su padre, sino el que le demostraba también a él.

Y eso es algo que no puedo arriesgar. No puedo arriesgarme a perderte, pensaba Leon años más tarde.

Y con este pensamiento se apagó el recuerdo de aquella terrible cena.

Abrió los ojos y su sueño se acabó.

Leon no sabía dónde estaba cuando se incorporó en la cama. Por lo general le despertaba la luz del acuario. Ahora, la oscuridad que le rodeaba era tan intensa que se desorientaba dentro de ella.

En un primer momento creyó soñar que estaba inmerso nuevamente en una parálisis del sueño, y que intentaba buscar vanamente una fuente de luz en la oscuridad. Pero allí donde Leon extendía la mano sólo alcanzaba el vacío.

Natalie, ¿dónde estás?, fue su primer pensamiento claro al darse cuenta de que estaba en la cama solo.

¿Y por qué la sábana tiene un tacto tan diferente?

Acarició la tela con los dedos y echó de menos la huella cálida que dejaba normalmente la cabeza de ella mientras dormía. ¿Dónde estaba aquel olor familiar, una mezcla de hierba fresca y té verde que podía seguir oliendo incluso horas después de que ella se hubiese levantado?

En ese momento sólo sentía su propio aliento estancado en el paladar, y la sábana tenía un tacto inusitadamente raso. Áspero.

Insensible.

Exacto. *Insensible.* Ésa era la palabra correcta.

Leon clavó los dedos en la tela, los apretó formando un puño y, con la misma lentitud con la que sus ojos se acostumbraban a la escasa penumbra del dormitorio, recordó por qué se había despertado a solas.

Y por qué había una pequeña luz roja parpadeando en la habitación.

Se sentó de golpe y se frotó los ojos.

El ordenador. La grabación.

Leon se tocó la frente pero la cámara había desaparecido.

¿Así que simplemente lo he soñado? Pero, entonces, ¿por qué está parpadeando el dispositivo USB?

Se volvió a la izquierda y buscó a tientas por encima de la mesita de noche hasta que encontró el interruptor de la lámpara de lectura. La encendió y dio un grito.

Fue un reflejo breve e involuntario que le habría causado vergüenza en presencia de Natalie, pero era incapaz de recordar que jamás en su vida se hubiese asustado tanto.

Ni siquiera cuando, a la edad de once años, el grito de la madre de Adrian lo había despertado mientras él se hallaba junto a la cuna con el cuchillo en la mano. Ni siquiera cuando, en la consulta del doctor Volwarth, se había visto a sí mismo caminando sonámbulo.

Ninguna de las sesiones terapéuticas había sido jamás tan perturbadora como aquel instante preciso, mientras observaba sus propias manos enfundadas en unos guantes de látex elástico de color verde pálido.

¿Qué demonios...?

A la luz de la lámpara de lectura se miró los dedos fijamente, al igual que un loco que, en un momento lúcido, se da cuenta de que acaba de cometer un asesinato con aquellas manos.

¡Por eso me parecía que la sábana era insensible al tacto!

¡Por eso siento las manos como si no formasen parte de mi cuerpo!

Se sacó con repugnancia los guantes de cirujano de los dedos y los lanzó al lado de la cama. La goma elástica le había obturado profundamente las venas y tenía las yemas de los dedos arrugadas, como si hubiera estado sumergido en la bañera mucho tiempo.

Apartó la colcha a un lado y salió de la cama arrastrándose. Sentía más frío que antes de acostarse. Además, tenía la sensación de que no había dormido ni un solo segundo. Pero cuando echó un vistazo al reloj de la mesita de noche se desengañó: habían transcurrido catorce horas.

¿Qué ha pasado durante todo este tiempo?

Mientras se dirigía hacia el portátil, Leon encontró la cinta de la frente con la cámara. Estaba en el suelo, junto al armario, y tuvo que resistir el primer impulso de recogerla y ponérsela de nuevo en la frente.

Un pensamiento angustioso le pasó por la cabeza: *Es el escenario de un crimen, no debes modificar nada.*

¡Simplemente observar!

Leon retiró distraído algunas piezas de ropa de la pesada silla de metal que había delante del escritorio y se sentó. Abrió el portátil y la luz de la pantalla le deslumbró. Forzando la vista, abrió el reproductor de vídeo. Sus dedos se sentían incómodamente secos sobre el teclado y aún estaban cubiertos por los restos de polvo de talco de los guantes.

Le empezó a temblar el párpado derecho. Un tic que Leon era incapaz de controlar. Dirigió la flecha del ratón hacia el botón de reproducción y, tras vacilar unos segundos, lo apretó por fin.

Apareció un cuadro de diálogo pidiéndole la contraseña que Leon había creado el día anterior. Introdujo cuatro cifras y el vídeo empezó a reproducirse. Al principio sólo vio unas sombras, y eso le tranquilizó ligeramente. A pesar de sentirse más agotado de lo que había estado antes de quedarse dormido, su cuerpo había experimentado algunas fases manifiestas de sueño y de sueño profundo. Había dado tantas vueltas en la cama por el desasosiego que la cámara con sensor de movimiento había salido disparada. En las características imágenes de una cámara nocturna, de color verde grisáceo y levemente granuladas, podía ver cómo le daba una patada a la sábana y la lanzaba al extremo de la cama, volvía a taparse con ella y se abrazaba a la almohada grande como si ésta fuese un salvavidas para desprenderse de ella apenas unos minutos después.

Debido a que la cámara únicamente grababa en las fases de movimiento, no se había detenido ni siquiera diez minutos durante las dos primeras horas de sueño.

Leon ya tenía la esperanza de que el documental sobre su actividad nocturna siguiera siendo igual de tranquilo hasta el final del archivo de vídeo; hasta que el temporizador que había en la esquina inferior derecha de la pantalla indicó el minuto 127.

Todo empezó de un modo inofensivo. Y a pesar de que Leon ya se esperaba ver aquellas imágenes, resultaron una verdadera conmoción.

La perspectiva había cambiado bruscamente de repente. Por lo visto, Leon se había incorporado y miraba a su alrededor. La cámara de su cabeza recorrió la habitación de izquierda a derecha, poco a poco, como si la estuviese viendo por primera vez y quisiera grabarse en la memoria cada detalle. Así como las imágenes anteriores eran inquietantes y parpadeaban, ahora parecía que la cámara se hubiese colocado fija sobre un trípode.

Igual que un robot, pensó Leon, y recordó que los movimientos mecánicos constantes eran típicos de las personas sonámbulas. La mayoría deambulaban como restos inanimados arrastrados por una cuerda invisible. Leon estaba seguro de que aquel era el aspecto que solía asociarse con los zombis y muertos vivientes. Incluso tuvo la impresión de que él mismo estaba actuando también bajo las órdenes de alguien.

Al pasar de perfil frente al espejo de pared que había junto a la puerta, se asustó al ver su propia figura distorsionada por la sombra de la cámara. Con aquel instrumento técnico encima de su cabeza, su aspecto le recordó a las espeluznantes fotografías de monos que hay en los laboratorios que experimentan con animales, a los que se les abre el cráneo para medir su actividad cerebral. Sólo que él no estaba sujeto a un tornillo de apriete como aquellas pobres criaturas, sino que podía moverse libremente aun haciéndolo inconscientemente.

La pantalla se oscureció por unos momentos. Dos pasos después se hallaba en el lado de la cama de Natalie. Lo reconoció por el álbum fotográfico de búnkeres subterráneos que había encima de la mesita de noche de ella.

Leon dio media vuelta y comparó la grabación con el presente. El álbum de fotos seguía estando en el mismo lugar donde se veía en el vídeo.

¡Pero el cajón está abierto!

La mano de Leon entró en el campo visual de la cámara justo en el instante en que volvía a girarse hacia la pantalla. Con el aliento entrecortado, se vio a sí mismo abriendo el cajón de Natalie y sacando unos guantes de látex.

¡Dios mío! ¿Por qué guarda ella algo así en su mesita de noche?

Leon se inclinó hacia delante y agarró la pantalla con ambas manos pretendiendo sacudirla. Si alguien hubiera llamado a la puerta no lo hubiese oído. Habría sido necesario hacer explotar un petardo junto a su oído para desviar su atención de los acontecimientos que se sucedían en la pantalla.

No estaba seguro de si era su cerebro el que parecía retardar de modo intencionado la secuencia de las imágenes o si, verdaderamente, se estaba poniendo

los guantes con tanta lentitud, casi con prudencia, tal y como parecía en la grabación.

Leon intentó regular el volumen de voz. Luego se acordó de que, con los nervios, el día anterior había olvidado por completo activar el *software* del micrófono. Por lo tanto, el sonido áspero y ahogado de la goma elástica sólo estaba en su mente. Además, la grabación era totalmente silenciosa. No había gritos ni crujidos ni se oía respirar mientras arrastraba los pies por la habitación.

¿Adónde me dirijo?

Todavía con la mirada fija en la pantalla, se palpó los calcetines antideslizantes que llevaba puestos y se estremeció al notar que sus dedos sacaban un trozo de tierra seca entre las bolitas de la suela laminada.

¿Dónde he estado?

Leon vio que avanzaba, despacio pero con determinación, hasta el armario rústico del que Natalie había recogido sus cosas llorando aquella mañana. En lugar de abrirlo, como Leon había supuesto, permaneció un rato inmóvil frente a la puerta del armario. Durante tanto tiempo que la cámara, a falta de movimiento, incluso se paró por un instante. A continuación las imágenes prosiguieron, hubo una breve toma panorámica del techo de la habitación y, seguidamente, Leon se introdujo en un hueco que había entre el escritorio y el armario.

Se vio a sí mismo arrastrando hacia un lado, sonámbulo, el viejo armario, con una fuerza que nunca hubiese creído capaz de tener estando despierto.

Pero ¿por qué?

Leon detuvo la grabación y miró a su izquierda. El armario, que era el único mueble que se habían llevado consigo al instalarse, parecía de repente un monolito amenazador. Como si emanara de él algún tipo de peligro.

Sus rodillas temblaron al levantarse de la silla.

No podía creerse que hubiera sido capaz de mover aquel monstruo pesado durante la noche. Leon se agachó en el suelo y acarició las marcas que se distinguían sobre el *parquet*. No eran discretas ni recientes. Al contrario; había unos surcos hondos en la madera como si fuesen raíles. Era como si el armario hubiese sido arrastrado varias veces de un lado a otro desde hacía mucho tiempo.

Leon se puso de pie.

Al igual que había hecho en la grabación, agarró con ambas manos la pared lateral del armario, respiró profundamente y lo empujó con todas sus fuerzas. Al principio no se movió ni un milímetro, pero entonces, la segunda vez que lo intentó, le resultó asombrosamente sencillo.

Aun así, Leon se clavó una astilla al resbalar sus manos durante el primer intento, y casi se arrepintió de haberse quitado los guantes.

Finalmente no necesitó mucho más tiempo del que había necesitado en el vídeo. Las paredes del armario crujieron y gimieron, y el *parquet* protestó con un chirrido. Pero, después de unos segundos de esfuerzo y sudor, el monstruo se había movido a un lado un metro y medio aproximadamente.

¿Y ahora?

Respirando con dificultad, dio un paso hacia atrás y se llevó a la boca la palma de la mano.

Es imposible.

Leon observó fijamente con cara de asombro el objeto que acababa de descubrir en la pared.

Debo estar alucinando.

Pero no había ninguna duda.

Donde había estado el armario se hallaba una puerta que no había visto nunca antes.

*¿Ves esa puerta en la pared?
Sólo por arte de magia la abriréis.*

De repente había vuelto aquella melodía. El poema de cuando era niño, uno de los muchos que había inventado su padre biológico para hacer más hermoso el cuento de buenas noches (también de cosecha propia) sonó en la cabeza de Leon como si fuera una mosca dentro de un vaso de agua.

*Detrás de la puerta hay un escondrijo.
No la atraveses y huye de este sitio.*

A pesar de que nunca había estado en el sótano de un enorme banco, al tocar la puerta con la mano, Leon imaginó que habrían de tener unas exactamente iguales que aquella. Parecía el compartimento que desemboca en una cámara acorazada donde se amontonan documentos importantes, dinero en metálico o lingotes de oro.

*¿No quieres escuchar? ¡Pues ya verás!
Detrás de la puerta te perderás.*

Aquel gigante de metal apenas tenía un metro ochenta de altura, por lo que era tan alto como él. Además, daba la impresión de que era demasiado fuerte y pesado para el marco con clavos que lo sujetaba. Allí donde en otras puertas había un picaporte, se habían instalado dos cerraduras giratorias que debían sujetarse con toda la mano para poderlas mover en el sentido de las agujas del reloj.

*Nunca jamás ha regresado
quien de noche el umbral ha atravesado.*

Desconcertado, Leon empujó la puerta misteriosa con la palma de la mano. Realmente esperó escuchar un zumbido en su cabeza, ver imágenes difusas y borrosas bailando ante sus ojos, percibir los colores de una manera más intensa o, como mínimo, oler un perfume perturbador: algo que le indicara el incipiente deterioro de su mente. Pero por lo visto estaba en la frontera que separaba el delirio de la realidad. Ni siquiera tenía un mal sabor de boca. Todo lo que veía y sentía, cada una de las sensaciones, eran sin duda reales: la hoja fría de la puerta, las cifras del mecanismo de cierre gastadas por el uso frecuente...

¡Esta maldita puerta de mi dormitorio!

Detrás del armario.

Existe. No es ningún sueño.

¿O sí lo es?

Leon se dio media vuelta y miró su cama con el temor de verse a sí mismo durmiendo en ella. Pero las sábanas estaban arrugadas, el colchón vacío. Entonces su mirada se fijó en la cámara que tenía a sus pies, que probablemente se le había caído mientras caminaba sonámbulo, y se acordó del vídeo. Con dos pasos rápidos volvió hasta donde se hallaba el portátil y dejó que la grabación siguiera funcionando. La sensación que tenía de estar observando a un extraño fue en aumento. Se sentía como

un *voyeur*, ligeramente avergonzado y con la esperanza temerosa de no saber lo que podría suceder a continuación.

Leon vio en la pantalla cómo su yo sonámbulo permanecía de pie durante un buen rato, como si estuviese paralizado, delante de la puerta que acababa de descubrir. Durante varios minutos continuó sin hacer nada, salvo respirar, por lo que se arriesgó a accionar el modo de avance rápido. Eso hizo que su aspecto se asemejara al asta de una bandera ondeando al viento. Leon no cambió su posición hasta que no pasaron otros diez minutos y, a partir de ese instante, de pronto todo fue muy rápido. Tan rápido que ni siquiera le dio lugar a apretar el *stop* a tiempo, y tuvo que rebobinar de nuevo para verlo una vez más.

Es sencillamente increíble, pensó. Los acontecimientos no habían perdido su atracción mórbida y esquizofrénica ni siquiera en la repetición. A primera vista parecía como si hubiese querido irse a la cama de nuevo, pues se había dado la vuelta. Sin embargo, miró por un momento hacia el techo y enseguida las imágenes se sucedieron con tanta rapidez que ya no pudo ver nada más.

Cuando el programa corrector de imágenes de la cámara volvió a funcionar, Leon ya había terminado con la primera de las dos cerraduras giratorias de la puerta. Con una maniobra profesional, movió la segunda en distintas posiciones. Todo el proceso no duró más de uno o dos segundos. A continuación tuvo la impresión de que la puerta pesada saltaba sola, tan sólo unos centímetros, pero dejando un espacio suficientemente amplio como para que Leon pudiese introducir ambas manos en la hendidura y abrirla.

¿Qué hay detrás?, se le pasó por la cabeza mientras seguía con la mirada fija en el portátil para no perder ningún detalle.

Desgraciadamente, a partir de ese instante sólo lograron verse unas pocas imágenes. Leon deseaba con todas sus fuerzas descubrir lo que se hallaba detrás de aquella puerta que no debía haber existido. Al mismo tiempo, jamás antes había experimentado tanto miedo de sí mismo como lo estaba haciendo ahora mientras se observaba cruzando aquel umbral en sueños.

¿Adónde va? ¿Qué puede haber detrás?

Cuando Leon atravesó sonámbulo la puerta no se agachó lo suficiente como para evitar que la cámara se quedase enganchada en el marco de la puerta. El aparato se desprendió de su cabeza y cayó al suelo. Apenas unos segundos después, mostraba la espalda de Leon mientras éste desaparecía en la oscuridad.

A continuación la grabación se detuvo por falta de movimiento, pero Leon fue incapaz de apartarse de su ordenador.

Siguió con la vista clavada en el monitor como si lo hubiesen hipnotizado, hasta que el salvapantallas hizo desaparecer la ventana de vídeo negra frente a sus ojos llorosos.

Sólo entonces sacó fuerzas de flaqueza y se volvió lentamente en dirección a la puerta que había en la pared.

—Muy bien. Vamos a afrontar esto de una vez de forma racional —se dijo a sí mismo entrelazando los dedos para evitar que le temblaran—. Si no duermes y no estás enfermo mentalmente, entonces esa puerta debe ser real. Y si es real...

... *debería poderse abrir otra vez.*

Le faltaban fuerzas para expresar en voz alta aquellos últimos pensamientos.

No tardó en ser consciente de que había algo que le causaba todavía más miedo que el hecho de saber que podría estar llevando una doble vida detrás de unas puertas ocultas: la certeza de que, estando despierto, le resultaba imposible repetir los actos que había llevado a cabo mientras dormía.

En el vídeo no había dudado ni un segundo en girar la cerradura con determinación en la posición correcta. Al parecer, en sueños conocía la combinación.

Pero *solamente* en sueños.

Aquí y ahora, en ese preciso instante, no tenía ni la más mínima idea de lo que tenía que hacer para abrir aquel compartimento.

—¿Una segunda puerta?

Al empezar la conversación telefónica, el hombre de la voz quebradiza sonaba impaciente. Ahora Benedict Baur parecía nervioso.

—¿De dónde ha sacado eso, señor Nader?

Leon se había preparado una mentira inocente antes de llamar por teléfono al administrador de la casa.

—Estamos pensando en renovar nuestro dormitorio, y debajo del papel pintado de la pared, detrás del armario, se dibujan unas líneas que no logro explicarme.

En el piso de arriba, Tareski empezaba con sus ejercicios de piano de cada día. El farmacéutico había descubierto tarde su pasión por la música y se pasaba al menos una hora diaria tocando las escalas musicales.

—No querría hacer agujeros ni clavar clavos donde no se puede —continuó mintiendo Leon—. ¿Es posible que haya algo escondido detrás del papel de la pared?

—No tengo ni idea de lo que está usted hablando. Le aseguro que le entregué todos los planos cuando se mudaron.

—Sí, lo sé —ratificó Leon. De hecho, se encontraba sentado en su escritorio en ese justo instante, delante de la carpeta abierta donde estaban los planos que habían adjuntado como anexo en el contrato de alquiler. Había luchado muy duro por tenerlos. Al principio el administrador no había querido entregárselos porque, por lo visto, así resultaría más difícil comprobar la información de los metros cuadrados que había en el contrato en vistas a calcular el alquiler.

—En mis planos no hay registros de que exista otro acceso...

—¿Lo ve?

—Pero a lo mejor no...

—¿... no aparece todo? ¿Está acusándome de hacer mal mi trabajo?

—No, por su puesto que no...

—¿Pero?

Leon cerró los ojos y respiró profundamente.

Pero es que hay una maldita puerta detrás del armario de mi dormitorio y no sé qué narices pinta ahí.

La música del piano, tocada con poca maestría, sonó más fuerte en su cabeza. Leon miró el techo de la habitación.

—En realidad no quiero molestarle, señor Baur...

—De acuerdo. Entonces propongo que terminemos esta conversación antes de que pierda mi tren.

—Sí, claro. Sólo una última pregunta: ¿es posible que el inquilino anterior haya realizado algún cambio arquitectónico sin informarle a usted?

—¿Rebecca Stahl? —El administrador se rio hostilmente—. Lo dudo mucho.

—¿Por qué está tan seguro?

—La inquilina que vivía antes en su apartamento era ciega. Ni siquiera podía manejar bien el ascensor, por no hablar de construir una puerta en su dormitorio.

—Ah, entiendo —dijo Leon tan débilmente como se sentía. Si no hubiese estado ya sentado, hubiera ido en busca de una silla.

—Le ruego que perdone la molestia —dijo, y antes de que quisiera terminar la conversación, Baur le preguntó sin rodeos si estaba todo en orden.

—Cada vez se comporta de un modo más extraño, señor Nader. Y, francamente, ese apartamento tiene demasiados pretendientes como para tener que estresarme con inquilinos excéntricos.

—¿A qué se refiere con «excéntricos»?

—Desde que se mudaron no hacen más que causarnos problemas. Primero insiste en que le entreguemos los planos de las obras...

—Soy arquitecto. Esas cosas me interesan.

—Luego me bombardea con continuos correos electrónicos solicitando hablar con el propietario.

—Por esa misma razón. Admiro el trabajo del profesor Von Boyten desde que estaba en la universidad. Por desgracia su muerte fue demasiado prematura, y me hubiera gustado poder hablar con el hijo de su genial padre...

—Pero a él con usted no. Siegfried von Boyten no ha querido contactar nunca con sus inquilinos —manifestó Baur dejando sonar implícitamente la segunda parte de la frase: «y menos con alguien como usted».

Leon escuchó de fondo un aviso por megafonía en la estación de tren.

—Si su comportamiento no cambia, señor Nader, algún día me veré obligado a rescindir nuestro contrato.

—¿Mi comportamiento? ¿Eso qué quiere decir? ¿Es que ahora está prohibido llamar al administrador?

—No. Pero sí lo está correr desnudo por la escalera y asustar a los otros inquilinos.

—¿Cómo dice? —preguntó Leon perplejo. Pero enseguida supo a qué se refería —. Ah, ya comprendo... —añadió sin saber qué debía decir a continuación. *Sólo lo hice porque salí corriendo detrás de mi esposa, a la que había propinado una paliza para impedirle que me dejara.*

—Ahórrese sus excusas. Será mejor que saque del pasillo las bicicletas, los zapatos o lo que sea que tenga allí antes de dos días —dijo Baur con un ladrido antes de despedirse por el aparato.

—¿Y eso por qué?

—Pasado mañana empiezan las reformas en la escalera. Tal vez sería mejor que estudiase nuestras notificaciones en lugar de sus planos de obras, señor Nader.

Y de este modo colgó.

En ese mismo instante, la música del piano procedente del piso de arriba dejó de sonar.

Durante un rato Leon no se atrevió a volver al dormitorio. No sabía qué podría ser peor: quedarse de pie otra vez frente a la puerta metálica cerrada que había en la pared o colocar el armario de nuevo en su sitio como si no se hubiese vuelto loco nunca.

Aplazó la decisión por un momento y se dirigió a la cocina. Leon no había comido ni bebido nada desde hacía horas, pero estaba tan nervioso que no tenía hambre ni sed, a pesar de que su estómago barboteaba incesantemente al igual que el aire dentro de un tubo de la calefacción. Había querido hacerse un té para tranquilizarse, pero no había conseguido encontrar el hervidor de agua. Se preguntaba por qué Natalie habría escondido precisamente aquel armatoste viejo, pesado y cubierto de cal.

Después de beber un trago de agua directamente del grifo del fregadero, sintió que la vejiga le apretaba y fue a desahogarse al cuarto de baño. Mientras se estaba lavando las manos se asustó al observarse en el espejo. Parecía que tenía conjuntivitis en los ojos. Una multitud de minúsculas venas reventadas le habían provocado una especie de cortina roja en ellos, lo que contrastaba de manera singular con la sombra que se proyectaba en todo su rostro.

Dejó correr el grifo del agua hasta que ya no estuvo tan fría y cogió un poco de la pica para llevársela a la cara. Como seguía sin tener la sensación de haberse reanimado, se agachó y puso la cabeza directamente bajo el grifo como si pretendiese lavarse el pelo de manera engorrosa.

Primero mantuvo los ojos cerrados. Luego, al abrirlos, se sobresaltó tanto que levantó la cabeza de golpe y chocó con las sienes en el grifo.

¡Maldita sea! ¿Y esto qué significa ahora?

El frío chorro había arrastrado consigo un buen mechón de pelo. Sin embargo, no era eso lo que le preocupaba. Cuando padecía estrés emocional se le caía ligeramente el cabello, aunque sólo de forma temporal. No obstante, junto a aquel mechón se había disuelto algo más que hacía que el agua se volviese de un color amarronado.

Se pasó ambas manos por el pelo, lleno de horror, y luego observó sus palmas impregnadas.

¿Cómo puede ser?

El día anterior se había duchado y ahora su cabello estaba tan sucio como el de un perro que acabara de revolcarse en el suelo. Además, también desprendía el mismo olor.

Se acercó los dedos a la nariz, respiró y, durante un breve instante, aquel olor le transportó a un sótano repleto de moho.

Pero ¿dónde he estado?

Leon miró fijamente sus manos mugrientas y se acordó del lodo que había detectado previamente en sus calcetines.

Se dio la vuelta y fue corriendo al dormitorio. La puerta misteriosa seguía estando allí, con el armario desplazado a un lado. Y ahora, con la luz del techo encendida, vio también la mancha que había dejado en el *parquet* durante su escapada nocturna.

Se sentó delante del portátil y puso en marcha de nuevo la grabación de la noche anterior. Inmediatamente, observó dos particularidades que había detectado antes, si bien no había reflexionado aún sobre ellas. La primera vez ocurrió antes de mover impetuosamente el armario a un lado mientras dormía. La segunda, justo antes de abrir la puerta: la toma panorámica del techo.

¿Por qué estoy mirando todo el rato hacia arriba?

Leon se levantó y se fue hasta el lugar aproximado donde, según parecía en la grabación, había permanecido inmóvil, a medio metro de la puerta de la cámara acorazada. Luego inclinó la nuca hacia atrás.

A simple vista no logró ver nada fuera de lo habitual, a excepción de una grieta en el techo, fina como una horquilla, que atravesaba el yeso blanqueado. Leon se dio cuenta por primera vez de que, sin embargo, aquel tipo de imperfecciones no eran poco comunes en una casa con tantos años. Al igual que una raja en la cáscara de un huevo duro, la grieta se abría camino hasta llegar a un gancho que estaba atornillado en el techo, y que había servido para colgar una araña de cristal poco vistosa; un armatoste pesado que habían desechado el mismo día del traslado.

El gancho seguía allí porque Natalie tenía la intención de colgar en algún momento una planta de interior u otros objetos decorativos para darle un aspecto más atractivo a la habitación. Justo al lado del gancho había una pantalla de cristal opalino que cubría una bombilla. Tiempo atrás había deseado cambiar la vieja pantalla por una nueva que proyectase una luz más cálida. Ahora el aspecto que ofrecía la lámpara del techo le irritaba, y era incapaz de averiguar el motivo y saber por qué. Leon no comprendió qué era lo que le molestaba hasta que no se colocó al pie de la cama, justo debajo de la lámpara.

Al principio creyó que se trataba de una pelusa de polvo. Luego pensó que la mancha negra que había en el interior de la pantalla de cristal era un insecto sin vida que se había colado por alguna hendidura imperceptible a ojos humanos, y que no había sabido encontrar la salida de nuevo.

Apenas un minuto después, fue al cuarto trastero, cogió una escalerilla y la arrastró hacia el dormitorio. Tuvo que dejar la habitación por segunda vez para ir en busca de la caja de herramientas que había en el estudio. Cuando lo tuvo todo, empezó a subir los peldaños de la escalera armado con un destornillador.

Tampoco lograba ver de cerca lo que había en el interior de aquel caparazón curvado. Desde donde estaba, en el último peldaño de la escalerilla, la cubierta de vidrio ovalada similar a un ojo parecía mucho más grande. Y pesada.

A fin de evitar que la pantalla se le cayese encima, desatornilló cuidadosamente los cuatro tornillos grandes que sujetaban la lámpara en el techo. Al hacerlo se dio cuenta de que las ranuras en cruz de los tornillos mostraban señales claras de desgaste

en algunas zonas. Uno de ellos estaba algo aflojado, mientras que el último al principio no había manera de desatornillar. Poco a poco, con gran esfuerzo, consiguió que girara lo necesario. Al final Leon cometió el grave error de resbalar mientras intentaba alcanzar el destornillador que se le caía, y empezó a tambalearse. Para evitar que le pasara lo mismo que a su herramienta no le quedó más remedio que soltar la pantalla de la lámpara. Como consecuencia, todo el peso de ésta quedó colgando durante un momento únicamente del último tornillo que, naturalmente, cedió y dejó de aguantar nada.

La pantalla de cristal se fue hacia un lado, rompió el tornillo de su anclaje y cayó estrellándose contra el suelo.

Maldita sea.

Leon bajó de la escalerilla renegando y se agachó en el *parquet* para buscar entre los trozos de cristal el contenido del caparazón que se había caído del techo junto con la pantalla.

Como no sabía lo que estaba buscando no albergaba ninguna esperanza de poder hallarlo.

No obstante, no le quedó más remedio que recoger los fragmentos uno a uno, de la forma más cuidadosa y completa posible para evitar clavarse un cristal más tarde. Afortunadamente la pantalla se había roto en trozos grandes, y dos de ellos se habían deslizado tan al fondo por debajo de la cama que Leon decidió que los dejaría allí. Amontonó primero el resto de los pedazos, uno encima del otro, como si fuesen recipientes para la fruta, e iba a ir a buscar el aspirador y una bolsa de plástico cuando vio en el suelo un pequeño fragmento con los bordes más afilados; lo cogió cuidadosamente con la punta de los dedos y lo observó.

¿Qué demonios...?

Le dio la vuelta y observó el elemento con los bordes limados similar a una lente de contacto ovalada, cuya parte inferior aún colgaba del cristal.

¿Qué es esto?

A Leon le pasó por la mente el recuerdo de Morphet. La estructura de la superficie y la consistencia de aquella cosa eran similares al caparazón de la cucaracha gigante, si bien tenía otro color.

Observándolo de cerca se veía que procedía indudablemente de una persona. Había sangre seca incrustada bajo la placa de queratina.

—¿La uña de un dedo? —susurró Leon con la esperanza de equivocarse. Estaba pintada del color del lodo. Además, la habían extraído de su lecho casi por completo. Y no cabía la menor duda de a qué dedo pulgar había pertenecido anteriormente.

Una vez Volwarth había comparado el subconsciente con el mar profundo. Cuanto más nos adentrábamos en él, mayor era el peligro de ser aplastado por su peso, y la cabeza podía estallarnos aun saliendo rápidamente a la superficie de nuevo.

Leon observó la uña del dedo rota y sospechó que se hallaba justo al principio de una larga inmersión. Apenas acababa de meter la cabeza bajo la superficie del agua y ya había hecho descubrimientos inimaginables, de los cuales la puerta que había en la pared, detrás del armario, era, inequívocamente, el más inquietante.

Giró de lado la uña del pulgar, que tenía la superficie pintada y bien arreglada, y que había estado unida al dedo de su mujer hasta hacía poco. Al ver la costra de sangre en la capa inferior cerró los ojos y respiró profundamente imaginándose el dolor que debía de haber sufrido Natalie.

Giró la uña nuevamente y, sólo cuando la observó por segunda vez, detectó unos finos puntos. La costra de la uña se extendía de forma irregular en la mayoría de la zona. Sin embargo, le pareció que la estructura de la superficie era demasiado regular en la parte inferior, algo que a penas se apreciaba a simple vista.

Leon abrió la caja de herramientas y sacó la linterna halógena. Como no lograba ver mucho mejor bajo su luz, cogió una navaja suiza que venía con una pequeña lupa de lectura desplegable. El aumento no era óptimo, pero bastaba para identificar las punciones de la cara inferior de la uña. Alguien había grabado con algún objeto de filigrana, probablemente una aguja, una serie de números en la sangre incrustada.

Uno, dos, cero, susurró Leon. El sudor le sobrevino, el corazón le empezó a latir como si fuera a desmayarse en cualquier momento, los músculos del cuello y de las piernas se contrajeron como si estuviese preparándose para emprender una huida veloz. Estas reacciones de su cuerpo se acentuaron al descubrir el último número que aparecía un poco descentrado y apenas legible en la segunda fila, y que completaba la fecha de su cumpleaños: el 4 que representaba el 12 de *abril*.

Lentamente pero con el pulso acelerado se volvió hacia la puerta que había en la pared.

¿Es posible que...?

Se levantó para comprobar su sospecha. De repente sintió que tenía mucho más calor que hacía unos minutos, a pesar de que la calefacción de todos los radiadores de la habitación estaba bajada porque Natalie prefería dormir con las ventanas abiertas y dieciséis grados de temperatura. Leon, por el contrario, necesitaba absoluta tranquilidad durante la noche e insistía en cerrar puertas y ventanas, aunque no había demasiado ruido en las calles de aquella zona. Ella se había comprometido a bajar la calefacción.

Una tristeza repentina se impuso al tenso nerviosismo cuando Leon se vio de pie delante de la cámara acorazada con la uña del dedo en su puño cerrado.

Intentó reprimir con todas sus fuerzas los pensamientos que le asaltaban acerca de

Natalie. Pero cuanto más fuerte cerraba la mano, mayor era su certeza de que posiblemente nunca más fuera a tener la ocasión de discutir con su esposa por la temperatura del dormitorio.

«Una relación es una lucha —le había comentado su madre una vez en sentido positivo—. Lo que destruye a todos los matrimonios no son las disputas sino la indiferencia».

—Te sorprenderías, mamá —continuó susurrando Leon para sí mismo mientras movía la primera de las dos ruedas giratorias que había en la puerta. Porque aparentemente no había sido la indiferencia sino una dura lucha lo que les había separado a él y a Natalie.

¿Una lucha a muerte?

Leon giró la rueda en el sentido de las agujas del reloj hasta que el número uno estuvo en la posición de la flecha. Enseguida notó algo. El mecanismo de cierre reaccionó frente a la posición a la que había movido la rueda giratoria. El clic que oyó después de hacer encajar el número uno y a continuación el dos confirmó su teoría. Y cuando por fin había llegado al final, cuando Leon había colocado despacio el segundo botón giratorio en los números cero y cuatro que formaban el mes de su fecha de nacimiento, sucedió lo que había visto antes en la grabación de vídeo: ¡Clac!

La puerta de la cámara acorazada se abrió de golpe.

La primera reacción que tuvo Leon fue contradictoria. Miró a su alrededor, hacia el dormitorio, en busca de testigos de aquel increíble suceso. Una vez se cercioró de que seguía solo, estiró los dedos y se inquietó al pensar que podrían quedar aplastados cuando los introdujera en el hueco de la puerta.

No puedo creer que de verdad esté haciendo esto.

La puerta se abrió con más ligereza de lo que hubiera cabido esperar teniendo en cuenta su peso porque las bisagras estaban bien engrasadas. Apenas había llegado a abrirla del todo, cuando sintió un frío repentino, y esta vez no había nada que pudiese jugarle una mala pasada a su mente retorcida. Un aire frío se filtró hacia el dormitorio a través de la abertura oscura del muro de ladrillo que había descubierto.

Olía a polvo y pintura, y se acordó del sótano de las herramientas donde su padre construía cada Navidad el circuito de carreras en miniatura. Y del olor de la suciedad que había extraído de sus cabellos poco antes cuando se los había estado aclarando. Leon aguzó la vista e inclinó la cabeza, pero por más que se aproximaba al interior sólo conseguía ver las paredes pintadas de negro de una pequeña habitación que parecía carecer de baldosas en el suelo.

Era como si hubiese abierto la puerta que daba a un agujero negro.

Cogió de nuevo la linterna y guardó un poco de distancia con la puerta al cruzarla, mientras iba enfocando en la oscuridad. Y fue una inteligente decisión.

Porque, efectivamente, justo al otro lado del umbral no había suelo alguno; sólo un precipicio *que se abre como si fuese la boca de un animal depredador*; eso fue lo que se le pasó a Leon por la mente. Hasta creyó ver los dientes que se extendían hasta

el mismo cuello de aquella criatura sobrenatural. Sin embargo, solamente eran las barras de una escalerilla que estaba clavada en la pared enladrillada y que se adentraba en la oscuridad de un modo más y más profundo.

Por miedo a perder el equilibrio si hacía un movimiento imprudente, Leon se agachó y enfocó con la linterna perpendicularmente hacia abajo en el interior del foso. El haz de luz se fue afinando cada vez más y apenas logró alcanzar el suelo. La pared de ladrillo era áspera y estaba esculpida de un modo desigual. Algunos ladrillos negros sobresalían aquí y allá de la pared arqueada, que a medida que se acercaba a su fin se hacía más y más estrecha.

¿De verdad he bajado escalando por aquí durante la noche?

Leon recordó la seguridad en sí mismo que había observado que tenía mientras dormía. La sensación esquizofrénica de que podía adentrarse en otro cuerpo estando despierto cobró intensidad.

Se puso de pie con las rodillas temblorosas y decidió que debía ordenar de nuevo los hechos con tranquilidad antes de tomar la siguiente decisión.

Debe de haber una explicación lógica para todo esto.

Para las heridas de Natalie. Las zapatillas de deporte. La uña del dedo.

Para la puerta.

El doctor Volwarth había dicho que todo estaba bien; que no era una persona violenta. Pero el doctor Volwarth no había visto el vídeo ni tampoco aquel foso que, al igual que la puerta, abría otro mundo dentro de su habitación.

Un foso del cual, además, surgía el aire frío propio de un sótano.

Y también un sonido que Leon ya había oído en su vida varias veces, y que se hacía más intenso por momentos.

Es imposible, pensó, y avanzó de nuevo lentamente hacia el umbral de la cámara acorazada. Enfocó de nuevo el haz de luz de la linterna hacia el fondo, a pesar de que no era necesario, ya que el origen de la melodía clásica poseía su propia fuente de luz: una pantalla que parpadeaba al ritmo de lo que estaba sonando.

—Natalie —gritó Leon llevándose la mano a la boca.

El móvil con el que su mujer se había ido de casa unos días antes estaba al pie del foso y no paraba de sonar.

Finalmente sucedió. Cayó.

Por lo menos Leon había sido sensato poniéndose el mono de trabajo que llevaba siempre que iba a visitar alguna obra. Unos guantes de trabajo antideslizantes le cubrían las manos con las que sujetaba los travesaños metálicos, y las gruesas suelas de goma de sus botas de media caña reforzadas con punta de metal impidieron que acabara resbalando con los pies.

Había fijado con tanta firmeza la linterna en la riñonera de su mono azul que ésta alumbraba hacia abajo de forma perpendicular, por lo que no tenía que mirar al fondo del todo mientras iba descendiendo.

Paso a paso, travesañó tras travesañó, fue avanzando a tientas en dirección al teléfono móvil que había dejado de sonar justo cuando comenzaba a descolgarse desde el umbral de la puerta. *En el pozo*, como le llamaba al foso, del que había conseguido superar entretanto casi la mitad.

A pesar de que el frío aumentaba cada vez que avanzaba un metro, unas gotas de sudor le cayeron por la frente. Al principio había intentado ignorarlo. Sin embargo, al ver que la situación era cada vez peor, interrumpió su descenso para secarse la frente con el dorso de la mano.

Sucedió en el último tercio del trayecto. Para entonces Leon ya había desarrollado una rutina. Había interiorizado la distancia que separaba los travesaños y, por consiguiente, sabía a qué distancia podía estirar la pierna derecha y cuánto podía bajar antes de poner su pie en el siguiente escalón de la pared enladrillada. Cuándo podía soltar la mano izquierda para dejarla caer en el ángulo que había ensayado y, una vez allí, alcanzar el siguiente travesañó, pudiendo repetir el ciclo de movimientos con la mano derecha y la pierna izquierda. Leon estaba seguro de que podía recorrer los últimos metros con los ojos cerrados si era preciso, y aquella errónea conclusión iba a ser su perdición.

Aún quedaba por recorrer una distancia aproximada de dos veces su estatura hasta llegar al suelo, cuando sucedieron varias cosas a un mismo tiempo: Leon oyó un golpe sordo que parecía provenir de más arriba, de la puerta de su casa, justo en el momento en que daba un paso en el vacío. Por primera vez la distancia entre los travesaños había cambiado, aunque fuera sólo ligeramente y ya no tenía donde apoyarse; y, al mismo tiempo, el móvil había comenzado a sonar de nuevo desde abajo.

Otra vez el tono de llamada clásico e inconfundible que Natalie había elegido hacía poco, aunque esta vez su volumen era considerablemente más alto.

Leon se asustó tanto que soltó la mano derecha demasiado pronto, lo que le hizo dar un salto, literalmente, sobre el siguiente escalón. Y éste precisamente era el que habían fabricado mal, el que tenía ya demasiados años o el que, por algún otro motivo, no estaba fijo en la pared. Acababa de posarse en él cuando, de repente, Leon

se dio cuenta de que el travesaño no iba a poder aguantar su peso corporal. Pero ya era demasiado tarde.

En el último instante consiguió volver a colocar una mano en la barra metálica y suavizó así el impacto de la caída. No obstante, lo hizo girando lateralmente al igual que una ventana en su bisagra, y acabó golpeándose la cadera contra uno de los ladrillos salientes de un modo tan desafortunado que la linterna se soltó de su cinturón y cayó abajo. No pudo oír los fragmentos de cristal debido al fuerte volumen del móvil, pero el hecho de que la linterna se hubiese apagado rápidamente hablaba por sí solo.

—¡Maldita sea! —gritó Leon en la oscuridad, en la que sólo brillaba la pantalla del teléfono parpadeando débilmente en el suelo al igual que una luciérnaga.

Para recorrer el último tramo casi requirió el mismo tiempo que había necesitado con los otros dos, porque no deseaba cometer ningún error. Cuando por fin sintió el suelo firme bajo de los pies, el teléfono ya hacía rato que había enmudecido, al igual que lo habían hecho los golpes en la puerta de casa, y Leon tardó un buen rato en encontrar en el terreno seco el teléfono, que se hallaba cubierto de una gruesa capa de polvo.

Al cogerlo levantó tal cantidad de polvo que no tuvo más remedio que estornudar, lo que, en aquel lugar, supuso una especie de pequeña explosión. El ruido rebotó en la pared enladrillada, para multiplicarse después y regresar repetidas veces en forma de eco sordo. No era extraño que se hubiese asustado tanto al oír el sonido del móvil teniendo en cuenta la acústica de aquel sitio. Incluso un carraspeo silencioso sonaba como si fuese un latigazo.

¿Dónde demonios he aterrizado?

Leon abrió el móvil y cogió aire. Viendo la fotografía que había almacenada como fondo de pantalla no cabía duda de que, efectivamente, tenía en las manos el teléfono de Natalie. Era una foto suya, una de esas innumerables instantáneas que uno se hace a sí mismo: la cabeza recostada, la boca transformada en una amplia sonrisa a la espera de que la mano extendida fije el ángulo correcto para que la cámara del móvil no vuelva a cortar la frente o sólo fotografíe la parte superior del cuerpo.

Primero la pulsera de nacimiento en la bandeja del laboratorio fotográfico. Ahora el móvil dentro del foso. ¿Qué está pasando, Natalie?

Leon eliminó el registro de las dieciséis llamadas que habían tenido lugar estando ausente así como diversos mensajes del contestador. La mayoría eran suyos. El resto de las llamadas recibidas, incluida la última, habían sido realizadas desde un número oculto.

La luz de la pantalla era asombrosamente fuerte tratándose de un teléfono móvil aunque, naturalmente, no bastaba para dar una vista general de aquel misterioso lugar. A pesar de la angustia que le sobrevenía allí abajo, Leon intentó proceder de un modo sistemático. Imaginó que el suelo circular del foso era un reloj e hizo una marca en el polvo, justo delante de la pared, como si marcarse las doce en punto. Tomando como

referencia este punto, caminó a tientas a lo largo de la pared enladrillada. Tras una rotación de tres cuartos, cuando se encontraba aproximadamente en el eje de las nueve, dio con un nuevo listón. A simple vista no parecía tener ninguna lógica, ya que Leon no podía distinguir más barras. Por lo tanto, no había ningún otro acceso al foso que procediera de arriba. Leon guardó el móvil en su bolsillo interior, agarró el peldaño y empezó a sacudirlo. Éste cedió y, en un primer momento, pensó que iba a poder sacarlo de la pared. Sin embargo, de repente el peso que tenía en sus manos era demasiado grande para ello. Al escuchar un crujido supo que acababa de encontrar una nueva puerta.

A diferencia de la puerta que había en el dormitorio, ésta no era metálica sino de madera contrachapada y, por lo tanto, más fácil de mover. Sobre todo porque no era mucho más grande que la puerta de la caseta de un perro, como pudo ver Leon poco después de que el móvil se iluminara de nuevo.

Estiró el brazo hacia delante tanto como pudo e iluminó el túnel que se extendía al otro lado de la nueva abertura que acababa de descubrir. Como la entrada era estrecha supuso que el conducto que la unía era estrecho también. Sin embargo, cuando enfocó hacia arriba comprobó que la luz no lograba alcanzar ningún extremo, lo cual parecía indicar que, tan pronto atravesase la puerta, podría ponerse de pie de nuevo en el cuarto que había detrás.

Pero ¿es eso lo que deseo hacer?

Leon miró hacia arriba, observó aquel foso que ascendía hasta donde estaba la luz procedente de su dormitorio, y se sintió como un hombre atrapado que únicamente recibe señales débiles del mundo exterior.

Se levantó y volvió a mover los travesaños que, a excepción de aquel sobre el que había perdido el equilibrio, se hallaban sujetos firmemente al muro. La vuelta no debía de representar ningún problema si no terminaba perdiéndose allí abajo.

Además, parece que cuando estoy dormido conozco el camino.

La voz de la razón le pedía a gritos subir arriba de nuevo y buscar ayuda. Pero ¿y si había sucedido alguna cosa horrible allí abajo? Algo en lo que él pudiese estar implicado de manera importante.

¿Algo de lo que él fuera culpable?

Leon conocía aquella sensación, y ahora era incapaz de ignorarla. Al igual que una gripe, había empezado con una serie de síntomas que podían detenerse al principio, pero que muy pronto resultan imposibles de ocultar y, llegado el momento, acaban dominando todo el cuerpo: tenía miedo. Miedo de una persona que se encontraba allí abajo y con la que nunca en su vida se había tropezado hasta ahora, a pesar de que siempre se hallaba tan cerca de ella: tenía miedo de sí mismo. De su otro yo durmiente.

Por lo tanto, de forma paradójica, finalmente fue la voz de la cobardía la que le impidió pedir ayuda e informar al administrador de la inmobiliaria, a Sven, al doctor Volwarth o a la policía.

Leon quería saber qué le esperaba en aquel lugar antes de pedir refuerzos. Y contó con lo peor tan pronto deslizó su cuerpo a través de la estrecha puerta en medio de la oscuridad.

El olor a ropa recién lavada, apenas perceptible, que subía directamente por la nariz de Leon le hizo detenerse por un momento. En cuestión de segundos ya no se hallaba en aquel mundo intermedio al que había accedido a través de su armario, sino en su niñez.

Tenía diez años (en aquel entonces su apellido todavía era Wieler) cuando Roman, su padre biológico, le explicó por primera vez la leyenda de los seres que vagan por la noche. Sarah Wieler se lo reprocharía enormemente a su marido después. Pensaba que aquellos cuentos horripilantes no eran aptos para los niños de la edad de Leon, y que podían agravar su insomnio. Y tenía razón. Aquella misma noche Leon soñó con fantasmas navideños^[2] metidos en el armario y con las desgracias que éstos habían llevado ya a algunas familias.

—¿Sabes por qué tu madre no lava la ropa entre Navidad y Año Nuevo? —De ese modo había empezado el cuento terrorífico de Roman, y Leon le había cogido la mano a su padre instintivamente, como si tuviese miedo de tropezar con la simple respuesta.

Siempre que lo recordaba, como hacía ahora mientras caminaba a gatas en la oscuridad, tenía presente cada detalle de aquel paseo de domingo: el viento frío en la cara, la nieve bajo las botas, sus dedos enguantados entrelazados, las luces de Navidad en las ventanas del vecindario.

—Supongo que no has oído hablar nunca de los fantasmas navideños, ¿verdad? Viven ocultos durante todo el año. Sólo hay una época en la que se aventuran a salir. Y ésta comienza dentro de pocos días. Durante «las noches oscuras», así es como se llama el periodo en que se produce el cambio de año.

—¿Y qué hacen esos fantasmas? —quiso saber Leon.

Su padre asintió como si hubiese hecho una pregunta especialmente inteligente.

—Son la antítesis de los ángeles protectores. En las casas donde habitan se introduce la desgracia. Y durante esos días salen en busca de una nueva familia.

—¿Vendrán a visitarnos?

—Sólo si utilizamos la lavadora. En realidad es algo que sabe muy poca gente: los fantasmas de la Navidad necesitan ropa mojada para poder sobrevivir. Se deslizan por las sábanas húmedas, los calcetines y los pantalones. Y cuando la ropa se seca se quedan pegados a ella todo el año.

Leon continuaba sin saber de qué lugar del mundo provenía aquella superstición. Pero después de aquel paseo se había cuidado mucho de que sus prendas de vestir no acabasen durante los siguientes días cerca del cuarto donde estaba la lavadora.

Mucho más que horrorizado se había quedado en Nochevieja, después de hallar las blusas de su hermana mayor en el tendedero, quien acabó burlándose de él cuando le rogó que sacara la ropa húmeda de casa.

Desde aquel día vivía en la incertidumbre irracional de un niño de diez años que daba por hecho que el mal se había introducido en su dormitorio. Cualquier intento de sus padres por apaciguarle fue en vano.

Durante varios meses, antes de apagar la luz, su madre debía comprobar que debajo de la cama o en el armario no se hubiera escondido ningún fantasma navideño. La noche del 7 de mayo fue cuando volvió a tranquilizarse por completo y dejó de pensar por primera vez en las noches oscuras. Podía recordar aquella fecha con tanta exactitud porque se correspondía con la noche anterior al accidente.

¿El destino?

Leon tembló debido al frío que se extendía por las extremidades de su cuerpo, rígidas a causa de la postura que mantenía fija sobre el duro suelo. Se desprendió de su parálisis repleta de recuerdos. Desde el accidente no había vuelto a lavar ropa en esas fechas del año. Por eso le perturbaba tanto el hecho de enfrentarse a aquel perfume de suavizante y detergente precisamente allí abajo. Quienquiera que fuese responsable de aquello no conocía la leyenda de las noches oscuras.

O bien la está pasando deliberadamente por alto.

Leon activó de nuevo la pantalla del móvil, que se había apagado en la oscuridad, y se dio cuenta de que no tenía que seguir arrastrándose mucho más. El olor a ropa recién lavada también había desaparecido, o quizás Leon había dejado de olerla porque sus sentidos se habían centrado completamente en explorar el nuevo entorno.

El camino que se abría ante él parecía haber sido excavado en la piedra con un enorme aparato, igual que la galería de una mina. Las paredes, desiguales y negras como la pez, convergían de forma irregular. La altura del techo también había cambiado, y tuvo que estirar la mano hacia arriba para evitar el peligro de golpearse contra un saliente.

El suelo bajo sus pies tenía un tacto extraño. Rebotaba ligeramente al andar como si fuese una pista forestal, y cuando Leon se arrodilló pudo sacar algo de tierra. El camino era abrupto, lo que incrementaba la desagradable sensación de que se aproximaba a un mundo subterráneo al que no debería acceder.

La tensión aumentaba a cada paso; se había vuelto tan intensa que Leon creyó sentir una ligera vibración que se extendía por todo su cuerpo. No sufría claustrofobia, pero en aquel instante era perfectamente capaz de ponerse en el lugar de las personas que evitan los espacios reducidos. Cada vez que el móvil se apagaba y se quedaba completamente a oscuras durante una fracción de segundo, era como si aquella oscuridad le estuviese azotando en la cara. Entonces notaba que el corazón le latía en el pecho, oía la sangre fluyendo por las venas y sentía cómo se le secaba la boca.

—¿Natalie? —gritó temeroso cuando llegó al final del corredor y se detuvo delante de una bifurcación. Probablemente el hecho de gritar el nombre de su mujer tenía tan pocas perspectivas de éxito como explorar el sistema de túneles que había allí abajo por su propia cuenta. Pero ¿qué podía hacer, si no? ¿Volver? ¿Arriba?

¿Llamar a Volwarth? ¿O al administrador de la finca?

Llegó a la conclusión de que posiblemente no era tan mala idea como había pensado al principio. Al menos ahora podía presentar pruebas de que existía un segundo acceso a su vivienda que, seguramente y debido a una buena razón, no estaba registrado en ningún plano de construcción.

¿Pero quién lo ha construido? ¿Y por qué motivo? ¿Y qué hace aquí abajo el móvil de Natalie?

Leon alumbró a su derecha, hacia la parte más corta del desvío. Tan sólo unos pasos después, el camino terminaba en un muro donde colgaba una señal de aviso: CUIDADO. La palabra estaba escrita en letra antigua directamente sobre un pictograma que advertía sobre una zona la alta tensión eléctrica.

Leon decidió ponerse en contacto primero con el doctor Volwarth. Con él como testigo sería capaz de demostrar que no estaba alucinando. Entonces cayó en la cuenta de que el psiquiatra probablemente iba sentado en un avión con destino a Tokio desde hacía rato.

Aun así, quiso dar la vuelta por miedo a perderse en aquel lugar. ¿Quién sabe cuántos desvíos habría aún? Al final se había metido en un laberinto. De todos modos el arquitecto de aquella casa, Albert von Boyten, también era conocido por ser un paisajista excelente cuyos laberintos diseñados artísticamente habían causado sensación en todo el mundo. ¿Y si había equipado aquella casa con un laberinto de piedra en vez de setos de la altura de un hombre?

Leon gritó el nombre de su esposa una vez más antes de intentar tomar el camino de vuelta, pero enseguida comprendió que se había equivocado. La vibración que había descartado hasta entonces pensando que se trataba de una alucinación era real. Existía (y no en el interior de su cuerpo, sino fuera de él). Y, de pronto, no solamente podía sentirla sino también *oírla*.

Leon inclinó la cabeza y se dirigió hacia el pasillo largo de la bifurcación, que era de donde provenía el sonido. La luz de la pantalla del móvil tenía un matiz ligeramente verdoso, lo que hacía aún más difícil ver alguna cosa. Si Leon tenía razón, las paredes de esa parte del túnel eran lisas y planas.

Palpó ambos lados con cautela, como si pudiesen estar electrificadas: a su izquierda notó una superficie uniforme. A su derecha, la piedra estaba recubierta de un material más grueso.

Los ruidos de fondo aumentaban con cada paso. Leon pensó que eran esos sonidos graves, profundos e imperceptibles los que generaban, periódicamente y a intervalos regulares, las vibraciones que le llegaban a través de las paredes.

Pero ¿qué demonios es... esto?

Apenas había caminado unos pocos metros cuando dio con el picaporte de una puerta.

Leon enfocó la pared con el móvil y, efectivamente, vio que no se había equivocado. A la derecha del pasillo había una puerta empotrada que resultaba

inquietante precisamente por su aspecto tan normal.

Empujó el picaporte, que, para su sorpresa, notó caliente en la mano, y supuso que acabaría oyendo algún chirrido o un crujido. Sin embargo, la puerta logró abrirse prácticamente en silencio. Al mismo tiempo cesaron los ruidos alrededor de Leon. Las vibraciones disminuyeron.

Al parecer la puerta se usaba a menudo; las bisagras estaban bien engrasadas.

La habitación en la que entró apenas era más grande que el laboratorio fotográfico de Natalie, y le vino a la memoria el cobertizo revestido de madera contrachapada que se le asignaba a cada inquilino en el sótano a modo de trastero, donde no tenían otro remedio que colocar sus bicicletas lateralmente para que pudiesen caber.

El primer pensamiento que tuvo Leon fue que había dado con la morada de algún vagabundo. La luz de la pantalla del teléfono iluminó un colchón desgastado que había en el suelo, una caja de mudanzas medio abierta y varias bolsas de plástico cuyo contenido prefería no tener que investigar. Por el olor, contenían alimentos en mal estado y otro tipo de basura doméstica.

Leon se enredó con el pie en una sábana formando un ovillo. Cuando quiso agacharse para deshacerse de ella vio que la caja de mudanzas también estaba repleta de cosas, entre las cuales pudo reconocer una enseguida.

No puede ser...

Cogió el hervidor de agua que había estado buscando en la cocina hacía un momento. Para su sorpresa, estaba lleno de agua hasta la primera raya, como si hubiesen utilizado el hervidor allí abajo hacía poco tiempo.

Pero eso no tiene ningún sentido.

Leon buscó una toma de corriente. Descubrió que había un enchufe múltiple en la pared, justo detrás de la puerta. En él había conectada una pequeña lámpara de mesa que le resultó igualmente familiar. Era un aparato barato, sin pie ni pantalla, tan sólo una bombilla alargada sujeta a un mango flexible. Si Leon estaba en lo cierto, Natalie la había usado como lámpara de noche en el piso que compartía y jamás la había desembalado de la caja de mudanzas. Le dio al interruptor. La bombilla se encendió, aunque sólo débilmente, y su luz mostró un escenario que llevó a Leon a dudar cada vez más de su juicio.

A la derecha, junto a la puerta, había una vieja silla de jardín con la estructura oxidada. El asiento estaba cubierto con el folleto publicitario de una tienda de electrónica, bajo el que se adivinaba un bulto con la forma de un cigarrillo.

Leon juntó el dedo índice con el pulgar como si fuese una pinza y levantó el folleto de la silla, poniendo al descubierto una pila de papeles blancos de los que él utilizaba en su estudio para realizar los bocetos. Y sobre la primera hoja, justo en medio de aquel montón: *¡la pluma estilográfica!* El regalo que le había hecho su padre adoptivo después de que se licenciara, y que había buscado por última vez en la mesita del teléfono para que Volwarth pudiese extenderle la receta médica. Leon miró perplejo la pluma de oro cuya punta le señalaba igual que la aguja de una brújula.

Cogió la estilográfica con la mano y, al hacerlo, quedaron a la vista en el papel varias cifras escritas cuidadosamente, que hasta ese instante habían permanecido ocultas bajo la pluma.

Leon supuso que se trataba de algún número telefónico y lo escribió en el móvil de Natalie para poder investigar aquel indicio más tarde. Pero apenas marcó la última cifra, no pudo dar crédito a lo que estaba viendo. El móvil de Natalie ya había reconocido el número después de la primera cifra. El teléfono estaba almacenado en la lista de contactos, cosa que Leon no lograba explicarse, como tampoco se explicaba las circunstancias que le habían llevado hasta ese cobertizo.

¿Doctor Volwarth?

¿Qué hacía el número de su psiquiatra en el teléfono de su mujer?

Desconcertado, miró fijamente el menú de direcciones que había sido completado minuciosamente. Había hablado con Natalie frecuentemente sobre los problemas de insomnio durante su infancia, por lo que seguramente había mencionado también el nombre del médico que le había tratado en aquella época. Sin embargo, aquello seguía sin aclarar por qué ella tenía la dirección de su consulta, su correo electrónico e incluso un número de móvil para emergencias.

¿Estarán los dos en contacto?

En circunstancias normales hubiese buscado una explicación lógica e inofensiva. Pero allí abajo las circunstancias no eran normales ni lógicas.

Y sin duda no son inofensivas.

Examinó el cobertizo con mayor detenimiento sirviéndose de la lámpara con enchufe. Se detuvo. Contuvo la respiración e intentó tranquilizarse. Y volvió a mirar al suelo.

La sábana con la que él había creído que había tropezado antes... *es algo mucho peor.*

Se agachó y cogió la tela, cuyo tacto era tan suave como si estuviera recién lavada, excepto por las manchas de color marrón rojizo que impregnaban el algodón estampado de flores en la zona donde el tejido suave acababa convirtiéndose en un volante.

Leon cerró los ojos y apareció la imagen de Natalie arrodillándose frente al armario y metiendo sus cosas en la maleta de modo apresurado. El recuerdo de su huida del piso había quedado grabado en su memoria como la huella de un neumático en el asfalto. Estaba seguro de que podría recordar cada uno de los detalles de aquella escena hasta el fin de sus días, por pequeño que fuese, como la prenda que llevaba puesta Natalie en la parte superior de su cuerpo, por ejemplo. Había sido su blusa preferida: la de las flores con volantes.

¡Natalie! ¿Dónde estás?

Leon deseó enterrar su rostro en aquella tela, respirar profundamente el perfume de su mujer mientras siguiese allí, antes de que fuera embrutecido por otros olores (*sótano, sangre, miedo*). Pero entonces se apagó la luz.

Hubo un sonido agudo. Al parecer, la bombilla de la lámpara con enchufe había estallado, y aquel ruido y la oscuridad que le había seguido aterraron a Leon de forma tan inesperada que dejó caer el móvil.

Buscó a tientas precipitadamente en el suelo polvoriento su única fuente de luz, y el miedo opresivo a que nunca más iba a saber salir de aquel mundo subterráneo alcanzó su punto culminante cuando Leon sintió que alguna cosa estaba tocándole en la oscuridad.

Leon gritó y se asustó al escuchar su propia voz. Se sacudió la pierna del pantalón donde había notado el tirón como si alguien hubiese querido sujetarlo. Al mismo tiempo sus dedos rozaron el móvil que creía haber perdido, y al que ahora se agarraba como si fuesen unas pesas de deporte.

El dispositivo emitió un pitido indicando que la batería se hallaba por debajo del veinte por ciento. Cuando encendió la pantalla por enésima vez, tuvo la certeza de que iba a iluminar una cara grotesca con ojos sangrientos. Esperaba ver una boca abierta de par en par y unos colmillos a tan sólo unos centímetros de su cara, dispuestos a morder, masticar, tragar.

Pero todo lo que vio fue la puerta que permanecía abierta.

¡Sal de aquí!

Leon se levantó con esfuerzo y salió dando tumbos de aquel cobertizo. Sin pensar, corrió en la dirección que no era, lejos de la bifurcación que le habría conducido a la escalera de peldaños.

Al cabo de unos metros tropezó con el saliente de una piedra y se detuvo para observar a su alrededor. Pero no había nada, sólo la negrura impenetrable del pasillo. Los pensamientos de Leon se sucedían tan rápidos como su pulso. Pensó en cómo podía llegar de nuevo arriba lo más rápido posible sin tener que volver a cruzar aquella estancia. Fue entonces cuando se dio cuenta de que se había llevado la blusa manchada de sangre. Sus dedos estaban aferrados a la tela. Se los metió en el bolsillo interior de su mono azul e hizo un esfuerzo para regresar de nuevo. Corría demasiado riesgo de perderse. Y si realmente había algo allí abajo que le acechaba, podía estar en cualquier sitio, y no tenía por qué esperar a que se le abalanzara en el cobertizo.

Se oyó un crujido. Justo a su lado.

Es sólo un animal. Quizás una rata. O Morphet.

Intentó tranquilizarse. Pero fue inútil. Su instinto de huida era más fuerte que el sentido común.

Leon retrocedió, se dio la vuelta, corrió hacia delante, chocó contra una pared y perdió la orientación por completo. El único punto de referencia era el crujido que tenía a sus espaldas, y que, entretanto, se había convertido en un fuerte sonido rasposo que deseaba dejar atrás a toda costa. Pero el ruido se intensificaba a medida que iba tropezando a lo largo del pasillo, cuyo contorno sólo lograba adivinar gracias a la tenue luz del teléfono.

De pronto le sobrevino un dolor repentino en el hombro y se vio obligado a hacer una pausa. Examinó el obstáculo contra el que se había dado de bruces y vio un peldaño de metal en la pared. Cuando lo tocó, vibraba igual que si lo hubiesen golpeado con un diapasón. Luego volvió a oír de nuevo aquel crujido tras de sí, más fuerte, un poco más cerca, y sólo entonces Leon comprendió que eran dos sonidos diferentes los que le perseguían. Provenían de distintas direcciones. Mientras que el

crujido se aproximaba a él lentamente, el sonido áspero y metálico retumbaba directamente sobre su cabeza, si bien a gran distancia. Leon tuvo la impresión de que el sonido no era tan vivo y que, por lo tanto, podía ser inofensivo.

Cuando detectó un segundo peldaño en la pared a la altura de su cabeza no dudó ni un segundo más.

Asió el primero con las manos y empezó a trepar. Y esta vez aquella acción iba a llevarle a lo desconocido.

Paso a paso, Leon fue trepando en dirección al ruido. Y, paso a paso, fue aumentando en él la duda de si habría tomado la decisión correcta. Además del ruido estridente, el sonido rasposo y el sonido de las pisadas... también se intensificaron las vibraciones.

Pero el temor irracional ante aquella cosa desconocida que venía detrás de él y la esperanza de poder escapar de aquel laberinto oscuro le impulsaban a seguir adelante.

El trayecto ascendente le parecía instintivamente más prometedor que el hecho de quedarse en el sótano.

Le dolían los brazos y cada vez le costaba más flexionarlos. Sin embargo, hizo el esfuerzo de mantener el ritmo e incluso aumentó su velocidad, hasta que chocó con el techo del foso.

El susto hizo que estuviera a punto de soltarse del último peldaño. No quería ni imaginar qué habría sucedido si hubiese caído de nuevo allí abajo, en la oscuridad. Si la fosa era tan profunda como la que había descubierto detrás de su armario, desde una altura como aquélla hubiese podido romperse la columna vertebral o la nuca. Puede que ambas cosas.

Si el obstáculo contra el que había chocado no hubiese cedido un poco como lo había hecho, el golpe en su cabeza hubiese resultado algo más doloroso.

Lentamente, sin perder la estabilidad, Leon estiró la mano izquierda hacia arriba, pero le dio la impresión de que la chapa que había encima del foso era pesada.

Así que Leon se enderezó, siguió trepando e intentó levantar el cierre haciendo presión con el hombro, cosa que efectivamente consiguió.

Empujó hacia arriba, centímetro a centímetro, y tuvo la sensación de que estaba llevando un saco de carbón a sus espaldas. En realidad lo que había abierto era una trampilla, que se inclinó hacia un lado acompañada de un fuerte ruido cuando Leon accedió escalando a la habitación.

A simple vista no había cambiado mucho. Dondequiera que estuviese ahora seguía reinando una oscuridad casi absoluta. Tan sólo había dos luces suaves de led colgadas al otro extremo de la habitación que le recordaron a los indicadores luminosos del dispositivo USB de su portátil.

Leon dio un resoplido y se tumbó en el suelo con el vientre plano, lo que le hizo sentir una fría y agradable sensación.

Entonces olió el mismo perfume que había percibido como una pequeña muestra en el laberinto y, de pronto, supo dónde se hallaba y qué era lo que generaba aquel ruido vibrante que, en el momento en que había abierto la trampilla, se había interrumpido secamente, y que ahora volvía a hacer temblar el suelo a un volumen considerable.

Leon se apoyó a cuatro patas y se arrastró por las baldosas frías hasta llegar a una pared, donde se puso de pie. Allí sacó el móvil de Natalie del mono azul y confirmó sus sospechas tan pronto iluminó la habitación: se encontraba en un cuarto de baño

normal y corriente.

A su derecha había un lavabo y, junto a éste, la bañera con un tendedero plegable cargado de ropa. Además, en medio, en el espacio que quedaba entre el lavabo y la bañera, se hallaba una lavadora pesada que estaba terminando de centrifugar.

Leon se estaba preguntando de quién sería la lavadora y a quién pertenecería el piso en el que se había colado sin querer, cuando la luz del pasillo se encendió al otro lado de la puerta del cuarto baño.

—Vamos, ¿dónde te escondes, querida?

Ivana Helsing estaba en bata en el umbral de la puerta. Con sus manos apoyadas en las caderas huesudas, recorrió el cuarto de baño con la mirada inquisitiva.

—¿Te has quedado aquí encerrada?

No había visto el agujero que había en el suelo (*aún no*) porque Leon había conseguido cerrar a tiempo la trampilla y tapanla con la alfombra. En realidad, su vecina tenía que haber oído aquel ruido, a pesar de que el centrifugado de la lavadora lo había acallado en gran medida. Leon pensaba que podría descubrirle en cualquier momento, ya que el escondite que se había buscado no era lo suficiente bueno. Había saltado dentro de la bañera casi en el mismo segundo en que Ivana había entrado en el cuarto de baño, y ahora a duras penas se mantenía de pie entre la pared y el tendedero de la ropa. A fin de que no le descubriera enseguida se había apresurado a correr la cortina, y parecía que a la mujer se le estaba escapando también aquel detalle. Al parecer únicamente le interesaba saber dónde estaba su gata.

—Alba, ¿dónde has vuelto a esconderte?

A través de un extremo de la cortina, Leon logró fijar su mirada en el espejo que había encima del lavabo y vio que Ivana sacaba una pequeña caja metálica del bolsillo de su bata.

—Ven aquí, cariñín —la llamó agitando el pienso para gatos—. Mira qué comida más rica tengo para ti.

Se colocó al lado de la lavadora.

—¡Alba! ¿Me oyes?

Hizo sonar la lata de nuevo, pero el animal no se dejó ver, por lo que la mujer volvió a guardar la cajita en el bolsillo amplio de su bata.

Leon vio que Ivana se acercaba al espejo y se quitaba las gafas. Luego parpadeó como si le hubiese entrado una mota de polvo en el ojo. De hecho parecía que estuviera conteniendo las lágrimas.

—Es como tú, Richard —susurró sin que apenas se la oyera—. Me deja sola una y otra vez.

Leon tenía los sentidos a flor de piel. Se hallaba de pie en una pose incómoda, con una mano apoyada en la pared y la otra sujetando el tendedero para no caerse. Respiró lentamente e intentó no hacer ruido. Pero apenas lo había pensado (*¡espero no tener que estornudar!*), sintió un cosquilleo en la nariz.

Mientras tanto, Ivana examinaba su rostro en el espejo. Se frotó las bolsas de los ojos, que eran del tamaño de una moneda, agitó la cabeza y se estiró la piel arrugada sobre el hueso de la mandíbula. Luego comprobó la línea del cabello, que a pesar del tono gris era abundante aún, pero tampoco se sintió satisfecha.

—Todos me abandonan —susurró mientras abría el grifo—. Siempre lo hacen.

Leon sintió que los músculos de su espalda se contraían. Ya no podría aguantar

mucho más en aquella posición. Pero ¿qué iba a decir si algún movimiento involuntario le ponía al descubierto?

Sólo podía esperar que Ivana se diera prisa. Sin embargo, no parecía que la mujer quisiera hacerle aquel favor, ya que de repente empezó a desnudarse, a pesar de que no tenía muchas más prendas que quitarse.

Primero se sacó la bata con cuidado por encima de sus hombros, que pendían ligeramente hacia delante. Debajo no llevaba ropa ni sujetador, por lo que Leon podía verle los pechos a través del espejo. Estaban cubiertos de lunares y colgaban de las costillas como si fuesen globos medio desinflados.

Leon se sintió avergonzado por aquella visión íntima que le estaba proporcionando su vecina sin saberlo. Sin embargo, era incapaz de darse la vuelta. Ni siquiera cuando Ivana Helsing levantó a duras penas las piernas repletas de varices, primero una y luego la otra, para quitarse sus bragas de color carne.

Leon no había visto nunca a una mujer de esa edad desnuda (calculaba que Ivana estaría a punto de cumplir los ochenta). Pero no era la desnudez lo que le llamaba la atención, sino el tatuaje que tenía en su espalda: dos serpientes de color azul se entrelazaban en la columna vertebral como la hélice del ADN: las cabezas reposaban en los omóplatos huesudos mirándose una a la otra y las lenguas afiladas se entrelazaban en el cuello formando un beso.

Ivana había comenzado a lavarse con una manopla de baño; primero la cara, luego la base del cuello y, finalmente, los pechos, mientras él sentía cada vez más picor en la nariz. Por un momento, el olor de la ropa recién lavada le llevó a pensar en la leyenda de los fantasmas navideños, lo que hizo que aquella situación extraña le pareciese aún más irreal.

De repente Ivana empezó a sollozar más fuerte y, acto seguido, lanzó furiosa la manopla mojada contra el espejo.

—¡Cabrón! —dijo en voz alta. Luego volvió a coger su bata y salió arrastrando los pies del baño sin apagar la luz.

Con Ivana también desaparecieron las ganas de estornudar de Leon. Esperó un rato y, cuando oyó que se encendía el televisor en la sala de estar, se atrevió a dejar su escondite.

El apartamento era exactamente como el suyo: el pasillo que había al otro lado del baño se extendía a la izquierda hasta el salón. A mano derecha, a pocos pasos de allí, se hallaba el vestíbulo con la puerta que daba a la escalera. Solamente había un problema: a diferencia del suyo, un piso más arriba, aquel apartamento no había sido renovado desde hacía años. No sólo daban cuenta de ello el papel pintado amarillento y el zócalo parcialmente despegado, sino también las tablas del suelo que crujían fuertemente con cada movimiento.

Cuando Leon avanzó a hurtadillas hacia la puerta, tuvo la esperanza de que el sonido del televisor desviara la atención igual de bien que lo había hecho la lavadora momentos antes. Y probablemente hubiera podido pasar desapercibido y salir por fin

del apartamento de Ivana si el teléfono no hubiese sonado en ese momento.

El aparato de color verde con el antiguo dispositivo para marcar en forma de disco se hallaba justo a su lado, encima de un tapete de ganchillo que había en la esquina de una cómoda de madera de teca.

Leon miró a su alrededor en busca de ayuda y tardó demasiado en salir corriendo hasta la última habitación del pasillo, el cuarto que se correspondía con el estudio de su apartamento. Pero allí no había ninguna puerta y, además, la habitación parecía estar completamente vacía a excepción de una pequeña caja de cartón de mudanzas.

No hay ningún sitio donde pueda esconderme, pensó al mismo tiempo que el sonido del teléfono enmudecía de nuevo. Detrás de él, oyó la voz sorprendida de Ivana Helsing.

—¿Señor Nader?

Leon se volvió rápidamente y vio frente a él a una mujer con cara de miedo toqueteando nerviosa el cinturón de su bata. Sus gafas estaban algo empañadas, la línea del cabello gris aún no se le había secado del todo. Llevaba unas zapatillas con lunares ajustadas que hacían que las articulaciones del dedo gordo de su pie torcido quedasen oprimidas en la tela.

Leon vio el pasillo como su única posibilidad de fuga.

—Pero ¿qué hace usted aquí, señora Helsing?

—¿Yo? —preguntó ella atónita. Luego sonrió con vacilación.

—Sí. ¿Qué está haciendo en mi piso?

—¿En su piso? —Su sonrisa dejó entrever un aire forzado.

Leon tuvo la impresión de que la mujer se debatía en un conflicto interno. Por un lado le veía como a un vecino agradable y discreto. Por otro, tenía miedo de saber por qué, de repente, había aparecido como de la nada diciendo disparates. ¡Sobre todo con aquel traje! Después de todo, se hallaba frente a ella vestido con un mono azul polvoriento, con el cabello totalmente empapado de sudor pegado a la cara y las manos llenas de suciedad.

Los pensamientos de Leon fueron a toda velocidad. Contar sencillamente la verdad (*He descubierto una puerta detrás de mi armario y, mientras duermo, accedo a través de ella a un compartimento que, tras varios desvíos, acaba en su cuarto de baño*) seguro que no ayudaría a calmar la situación.

Naturalmente que podría habérselo demostrado enseñándole aquel agujero, pero prefería no fiarse de ningún desconocido antes de saber todo lo que se había llevado a cabo en el laberinto (así era como había bautizado el mundo que existía al otro lado de las paredes).

—¿Puedo ayudarle en algo, señora Helsing? —prosiguió Leon con su juego. Seguidamente miró a su izquierda en la habitación vacía y se mostró sorprendido—. Un momento, yo... —Examinó su entorno como si fuese un actor que pisa terreno desconocido. Luego se echó la mano a la boca—. ¡Dios mío! Yo, yo... Vaya, esto me resulta muy embarazoso. Me temo que me he...

—¿Qué?

—Me he perdido.

—¿Cómo dice?

—Sí. He bajado a buscar el correo y he subido distraído la escalera de nuevo. Su puerta estaba abierta y probablemente he pensado que ya estaba en la tercera planta, porque yo también había dejado un momento la puerta de mi casa entornada. Señora Helsing, no sé qué decir...

Dejó la última frase en el aire en busca de una señal en el rostro de la anciana que le mostrara que se había tragado aquella horrible mentira inocente.

—¿Mi puerta estaba abierta? —preguntó Ivana sin la más mínima desconfianza.

—Sí, ya sé que suena extraño, pero es que estoy trabajando en un proyecto importante, un encargo que debo terminar en los próximos días, y a veces me disperso cuando pienso en los detalles...

Leon comenzó a sudar a pesar de que era consciente de que su afirmación, igual que toda buena mentira, contenía una parte de verdad.

Ivana Helsing sacudió incrédula la cabeza, dio un paso a un lado y pasó por delante de él para comprobar la puerta de casa. Su mirada se oscureció al ver que la cadena estaba puesta.

Maldita sea.

—Es imposible... —dijo en voz baja.

—Lo sé. Parece una locura, pero...

—Es imposible que me haya sucedido otra vez.

—¿Otra vez? —Ahora era Leon quien estaba confuso.

Ivana suspiró y se frotó los ojos sin quitarse las gafas.

—Ya se lo he contado a mi médico. Lo de mi falta de memoria, ¿sabe usted? Dice que no es nada grave; que no se trata de Alzheimer ni demencia ni nada parecido; que es sólo el desgaste habitual del cuerpo cuando uno se hace viejo. —Volvió a sacudir la cabeza—. Pero me da miedo, Leon. Me olvido de las cosas más sencillas. Beber, por ejemplo. Debería beber mucho más. Por la noche, a veces me dejo el televisor encendido. Y *Alba* se me escapa por la puerta una y otra vez. ¿No la habrá visto usted por casualidad?

—No —dijo Leon—. Pero no se preocupe. La falta de memoria no tiene por qué estar relacionada con la edad —intentó relajar la situación—. ¿Quién de los dos si no se encuentra en el piso equivocado?

Ella rio vivamente y con aquella risa se desvaneció gran parte de la tensión.

—Lo siento mucho, de verdad. Le prometo que no ocurrirá nunca más, señora Helsing.

—Espere un momento, por favor —le gritó la mujer por detrás mientras se dirigía a la puerta de salida.

—¿Sí?

—Acabo de hacer un té. —Moviendo tímidamente la mano, señaló la sala de estar que había detrás de ella—. Ya que está usted aquí, ¿no le gustaría acompañarme? —Le cogió la mano sin que le molestase lo sucia que estaba—. Quédese, se lo ruego.

—Realmente es muy amable por su parte —rechazó Leon—, pero como le decía antes, estoy en mitad de un concurso de arquitectura y yo...

Mientras le daba la mano, su mirada se dirigió a unos sillones que se agrupaban alrededor de la chimenea del salón, sobre la cual había colgado un enorme óleo.

Se quedó paralizado.

—¿Va todo bien? —preguntó Ivana de nuevo un poco nerviosa, y se volvió con la intención de seguir la mirada fija de Leon.

—Sí —dijo él ausente. Le soltó la mano y se fue hacia la sala de estar con curiosidad.

—Entonces ¿qué le ocurre? ¿No se encuentra bien?

—¿Perdón? —Leon parpadeó—. ¿Qué? Ah, sí. No, no pasa nada. Es sólo que me estaba preguntando... ese cuadro.

Señaló la chimenea y se sintió confundido una vez más.

—Sí. ¿Qué ocurre con él?

—El hombre, el retrato. ¿No será...?

—Albert von Boyten, exacto.

—¿Conoce al arquitecto de este edificio? —Leon se volvió hacia ella.

—Sí —sonrió Ivana, esta vez con un poco de picardía. Y de repente apareció el diablillo que probablemente había sido durante su juventud—. Fui su amante durante muchos años.

Leon se sentó frente a ella en un sillón, después de sacar de encima una pila de revistas para mujeres mayores y revistas de pasatiempos, que ahora se hallaban en medio de ambos, sobre la mesa que había entre los dos tresillos.

Ivana estaba sentada con la espalda recta, sin tocar el respaldo de su sillón, vigilando cuidadosamente que el dobladillo de la bata no se le subiera por encima de las rodillas que mantenía bien juntas.

—Por cierto, siento lo de su esposa —dijo ella mientras Leon se servía el té humeante.

Leon se puso tenso.

—Es este edificio, ¿sabe usted? Si hubiesen hablado conmigo antes de mudarse les hubiera avisado.

—¿De qué?

Volvió a colocar la tetera sobre el platillo y cruzó las manos en el regazo. Las puntas de sus dedos pulgares se tocaron entre sí como si estuviese tocando un tambor, y Leon se acordó de las cabezas de las serpientes con la lengua que tenía tatuadas en su espalda.

—Tiene ojos, ¿sabe? Me refiero a la casa. ¿No tiene la sensación a veces de que le están observando? En ocasiones me despierto por la noche y pienso que hay alguien sentado junto a mi cama. Entonces enciendo la luz, pero no hay nadie, naturalmente. No obstante, no logro deshacerme de esa sensación. A veces incluso miro dentro del armario. ¡Tonta de mí! Y sólo consigo volver a dormirme cuando estoy segura de que allí no hay nadie.

Mientras hablaba movía la cabeza como hacen con frecuencia las personas mayores sin darse cuenta, y Leon confió en que no fuesen los primeros síntomas de la enfermedad de Parkinson.

—Dios mío. Seguro que me toma por una vieja loca.

—No, en absoluto —replicó Leon al tiempo que pensaba con angustia en cómo había estado espiándola en el cuarto de baño hacía unos minutos. Entonces se acordó del tendedero de la ropa, de las sábanas húmedas que había colgadas en él, de las noches oscuras en las que se hallaban y de los fantasmas navideños que en ese momento iban a la búsqueda de un nuevo lugar donde poder actuar.

Dio un sorbo al té e intentó concentrarse en su suave y agradable sabor con el fin de mantener sus pensamientos en la realidad.

—Mi médico dice que todo es fruto de la imaginación, y que tengo miedo a la pérdida desde que Richard se mudó de aquí.

—¿Richard?

—Mi esposo. Un día hizo la maleta y me abandonó sin despedirse.

Ivana disfrutó de nuevo de toda la atención de Leon. Para ello ni siquiera fue necesario mencionar directamente el paralelismo que existía con la mudanza

precipitada de Natalie.

—¿Tiene idea de por qué se marchó?

—Es este edificio. Albert von Boyten quiso crear una mansión colorida que estuviese abierta a amigos y familiares que pudieran vivir aquí sin pagar el alquiler. Es la única razón de que yo, una artista sin recursos, tenga al fin y al cabo este apartamento. Vendiendo dos cuadros al mes y trabajando de enfermera para obtener un salario extra nunca hubiese podido permitirme el alquiler en una zona como ésta. Incluso pude quedarme aquí después de que nuestra relación abierta llegara a su fin y yo dejase de ser su musa.

Leon señaló el cuadro que había sobre la chimenea.

—¿Lo ha pintado usted?

—Sí. Eso fue antes de nuestra época salvaje. Albert tenía muchas mujeres y a mí no me importaba. No conozco a ningún artista que no lleve una vida sexual desenfrenada. Si no en activo, al menos mentalmente. A Richard, un director de teatro a quien conocí en una de las fiestas de Albert, tampoco le molestaba mi relación amorosa con el famoso arquitecto. Durante algún tiempo (por aquel entonces ya vivíamos aquí) acabamos formando un verdadero trío.

Ivana sonreía con la misma picardía que lo había hecho antes, cuando le confesó a Leon en el pasillo su relación con Von Boyten.

—Parece que su mecenas tenía una gran afición por las personas creativas —dijo Leon.

—¡Oh, sí! Incluso dispuso en su testamento que una minoría de artistas pudiesen ser siempre acogidos en este edificio.

Leon asintió. Eso explicaba por qué Natalie y él habían recibido la adjudicación.

—El edificio debía ser un oasis creativo. Finalmente sólo le trajo mala suerte.

Se quitó sus gafas, que le quedaban demasiado grandes, y mordió la patilla de plástico.

—Como a todos los vecinos.

Leon alzó las cejas.

—¿Qué quiere decir?

—La atractiva mujer que vivía en su apartamento antes que usted, por ejemplo. La pobre se cayó por el hueco del ascensor y murió. Después de aquello hubo una cadena infinita de acontecimientos trágicos.

Leon asintió con la cabeza recordando las palabras que le había dicho el administrador por teléfono, y que ahora sonaban especialmente cínicas.

«La inquilina que vivía antes en su apartamento era ciega. Ni siquiera podía manejar bien el ascensor, por no hablar de construir una puerta en su dormitorio».

—No soy ninguna estadista, pero durante todos los años que llevo viviendo aquí han fallecido muchos inquilinos de manera extraña; de una muerte poco natural o, como mínimo, prematura. Algunos de ellos se suicidaron o bien fueron internados en una clínica psiquiatra; como Albert.

—¿Von Boyten?

Ella asintió.

—Todos los biógrafos escriben que Albert von Boyten se retiró a algún lugar desconocido para meditar, de acuerdo con su excéntrica forma de ser. Pero no fue en el lugar de exilio escogido sino en una clínica psiquiatra privada donde falleció hace algunos años, en un estado de enajenación mental.

—¿Y su hijo heredó este edificio?

—Exacto. Pero él tampoco tuvo suerte con ello.

—¿Qué ocurrió?

Ivana vaciló como si estuviese luchando consigo misma, cuestionándose si debía seguir contando aquel secreto.

—Nadie lo sabe con exactitud. Su piso estaba cerrado por dentro con un cerrojo. Todos sus efectos personales, su dinero en efectivo, su ropa y pasaporte estaban en su sitio. Lo único que faltaba, y que nunca más volvió a aparecer, fue él mismo. Resultó como si su propio piso se lo hubiese tragado.

No me extraña que la administración de fincas no quisiera ponerse en contacto con él. Es absolutamente imposible.

—¿En qué piso vivía Siegfried? —preguntó Leon a pesar de que ya creía conocer la respuesta.

—De verdad que no me gustaría asustarle con mis historias de terror, Leon. Pero vivía en el tercer piso, en su apartamento. Ya le dije que le habría disuadido si hubiese venido a verme antes de firmar el contrato de alquiler. —Ivana inclinó la cabeza hacia atrás y señaló el techo—. ¿Oye eso?

Él negó con la cabeza, pero enseguida reconoció la escala musical que llegaba hasta allí abajo, al segundo piso, con un sonido mucho más apagado de lo que lo hacía en el suyo.

—Me temo que Tareski será el próximo en volverse loco. Practica la misma pieza una y otra vez. No es normal, ¿verdad?

Leon se encogió de hombros. Después de todo lo que había vivido en las últimas horas, sin duda alguna no estaba en posición de distinguir un comportamiento normal de uno irracional.

—Solamente tiene que pensar en los Falconi, los del primer piso —continuó Ivana.

—¿Qué pasa con ellos?

—¿No se ha dado cuenta de que ambos se cuidan minuciosamente de mantener la puerta cerrada en cuanto alguien pasa por delante? Y si llaman al timbre, asoman sólo la cabeza para que nadie pueda ver qué hay dentro. Hace poco cometí el error de recogerles el correo; un paquete pesado que les llevé arrastrando hasta abajo completamente sola. ¿Cree usted que me lo agradecieron? —Ivana Helsing removió el té enérgicamente con la cuchara—. Ni siquiera me abrieron la puerta. Simplemente me hicieron dejar el paquete allí y desaparecer.

—Es extraño.

—Sí, ciertamente. Me encantaría saber qué tienen que esconder. En ocasiones pienso que... ¡Bah!

Hizo un gesto negativo con la mano y sonrió avergonzada.

—¿Qué es lo que piensa?

—No vale la pena. Soy una vieja chismosa que habla demasiado. ¿Le apetece otro té?

Cogió la tetera.

—No, gracias. —Leon quiso mirar su reloj, pero se dio cuenta, sorprendido, de que ya no lo llevaba en la muñeca. Mientras reflexionaba sobre si se lo había quitado o lo había perdido, el móvil de Natalie empezó a sonar en su bolsillo interior con la melodía amortiguada debido a la blusa ensangrentada que se había guardado en el mono de trabajo. La señal de aviso de la batería que continuaba agotándose era como un toque de diana.

—Muchísimas gracias por el té, señora Helsing, y le pido disculpas de nuevo por haber irrumpido así en su casa, pero me temo que ahora debo irme de verdad.

—Claro, por su puesto —dijo Ivana con un toque nostálgico en su voz que dejaba entrever que no tenía a menudo con quién hablar, y mucho menos alguien que la escuchara—. No quiero entretenerle.

Lo acompañó a la puerta donde, por un momento, observó con sorpresa que la cadena estaba puesta por dentro. Leon pensó firmemente en que le pediría cuentas de por qué no había notado antes, al cerrar, que se hallaba en la planta equivocada. Al fin y al cabo en la parte interior de la puerta había colgada una chaqueta de pelo acolchada de mujer. Sin embargo, Ivana sólo dijo en voz baja:

—Hágame un favor, Leon.

—¿Sí?

—Me parece que es usted un buen hombre. Hágalo mejor que yo.

—No sé muy bien qué pretende decirme.

Ella miró por la mirilla; luego añadió en silencio:

—Esta casa es como un imán. Le retiene con todas sus fuerzas. Y cuanto más tiempo se quede aquí, más difícil será deshacerse de ella.

—¡No lo dirá de verdad! —rio Leon artificialmente.

—Pocos hay que poseen la fuerza de voluntad necesaria y consiguen marcharse. Como Richard. Como su esposa.

—Pero usted no sabe nada de mí ni de Natalie —se le escapó con un tono más brusco de lo que pretendía.

Ivana abrió la puerta y comprobó rápidamente si había alguien en la escalera. Luego susurró con cara de conspiración:

—Puede ser, pero soy demasiado vieja como para tener que andarme con rodeos. Por eso le doy un consejo directamente: no cometa el mismo error que yo. No espere a que regrese y haga lo mismo que hizo ella.

—¿Dejar esta casa?

Ivana lo miró de forma locuaz.

—Primero vienen los sueños, luego los hechos, Leon. Desparezca mientras pueda. Si se queda demasiado tiempo la casa le transformará y la maldad de su interior saldrá hacia fuera.

Le extendió la mano y se le acercó tanto que Leon logró distinguir los pelos finos que tenía por encima de su labio superior agrietado. Su aliento cálido y estancado le golpeó como si estuviese despidiéndose de él con aquella misteriosa profecía: «Primero los sueños, luego los hechos. No espere demasiado tiempo o no podrá defenderse».

Mientras Leon subía la escalera en dirección a su piso iba pensando en lo próximo que debía hacer si no quería perder el juicio del todo. No iba a tener mucho tiempo para pensar. Justo acababa de doblar la esquina en el descansillo que había entre ambas plantas cuando oyó su nombre retumbándole en los oídos.

—¿Señor Nader?

Leon miró hacia arriba y subió el siguiente peldaño más despacio. El hombre que había delante de su puerta tenía algo que intimidaba, y Leon era incapaz de precisar si era por su estatura robusta, el abrigo tipo Gestapo o la voz contundente. Como suele suceder con los hombres a los que se les cae el cabello, era difícil adivinar la edad del visitante. En cualquier caso, se acercaba más a los cuarenta que a los treinta y, por lo tanto, se hallaba en una franja de edad en el que las entradas y el cabello ralo no corrían necesariamente a costa de lo atractivo.

—¿Leon Nader?

—Sí, soy yo —respondió Leon asintiendo con la cabeza, y subió el último peldaño.

El desconocido emitió un suspiro que sólo podía interpretarse como un «por fin» y sacó su placa de identificación.

—Kroeger. Policía criminal —dijo extendiéndole la mano. En la penumbra del pasillo, Leon no tenía que temer que el policía le viera lo sucias que estaban sus manos. A pesar de ello se sentía realmente mareado debido los nervios. Después de todos aquellos acontecimientos inexplicables, un guardián del orden era la última persona que deseaba encontrarse. Precisamente había pensado en llamar a Sven. Necesitaba tener un aliado, un amigo a su lado. No necesitaba a nadie cuya profesión fuera la de detectar los secretos más oscuros y sacarlos a la luz en detrimento de su propietario.

—¿Hay algún problema?

—¿Viene usted del trabajo? —dijo el policía como si no hubiese escuchado en absoluto la pregunta de Leon.

—Sí. Quiero decir, no.

Leon se secó los cabellos sudorosos de la frente. Luego señaló de arriba abajo su mono azul y las botas de obrero.

—Estoy de reformas —dijo con la esperanza de poder explicar su llegada confusa.

El policía lo examinó con unos ojos cuyas manchas de diferentes tonos de color verde eran muy similares a una chaqueta de camuflaje. Leon apartó su mirada.

—He intentado hablar con usted hace una hora, no me ha abierto. Su timbre no funciona.

Kroeger apretó el botón de latón que había junto a la puerta para demostrarlo y, efectivamente, no se oyó nada en el interior del piso.

—He salido a comer un momento por aquí cerca y ahora quería ver si la segunda vez tenía más suerte.

—¿Fue usted quien golpeó la puerta antes? —preguntó Leon al recordar el ruido que había oído mientras escalaba por el foso, y enseguida se arrepintió del comentario que había hecho sin pensar.

—¿Y por qué razón no me ha abierto si lo ha oído? —Kroeger lo examinó con desconfianza.

—No me sentía bien. Estaba en el cuarto de baño.

El funcionario retrocedió un paso inconscientemente y se limpió la mano en su abrigo. Al parecer temía habérsela dado a alguien que podía tener algo contagioso.

—¿Hace reformas cuando está enfermo?

—No, yo... Bueno, es que fue de repente. Me encontré mal de pronto. Por eso lo dejé.

—Entiendo —dijo Kroeger, a pesar de que su rostro expresaba lo contrario.

—¿De qué quería hablar conmigo? —Leon intentó tomar la iniciativa en aquella conversación. Otra vez se sentía un poco aturdido, como si hubiese bebido algo, y su lengua parecía tornarse más pesada con cada palabra.

—Me gustaría mostrarle algo —comenzó a decir el policía.

¿Mostrarme algo?

—Aunque quizás sería mejor que primero...

—¿Qué? —Leon alzó la vista hacia la puerta de casa que el funcionario le señalaba con la barbilla.

—Ah, sí. Por supuesto.

En el segundo en que supo a qué se refería Kroeger, se percató de cuál era su siguiente problema.

—Me temo que no puedo dejarle entrar —dijo palpándose los bolsillos vacíos de su pantalón bajo la mirada desconfiada del policía—. Me he olvidado la llave.

¿Estoy balbuceando? De repente le pareció extraña su propia voz.

—¿Se ha quedado encerrado fuera?

—Sí. Quería ver si había correo...

El teléfono empezó a sonar dentro del apartamento.

—¿Después de ir al lavabo y decidir que no quería seguir con las reformas?

—Sí —confirmó Leon débilmente.

Daba la impresión de que el policía se estaba divirtiendo con aquello.

—Entonces hoy no es su día que digamos, ¿verdad?

Podría decirse así...

—Vaya, vaya, vaya... Me parece que realmente está un poco despistado. No sólo se ha dejado puesta la llave, sino que... —el funcionario empujó la puerta con el pie y el sonido del teléfono se oyó más fuerte— también se ha olvidado de cerrar como es debido.

La puerta de casa se abrió con un ruido estridente que bien podía haber salido de

la propia garganta de Leon.

—¡Pero eso es imposible! —dijo Leon a punto de meter la pata otra vez.

—¿Por qué?

Porque ayer comprobé la cerradura antes de irme a dormir y, desde entonces, sólo he abandonado el piso a través de mi armario.

Al entrar oyó su propia voz en el mensaje del contestador que había en el pasillo: «... ha contactado con Natalie y Leon Nader. Por favor, deje su mensaje después de la señal».

A continuación, una mujer joven empezó a canturrear en la cinta con forzada amabilidad: «¡Hola! Señor Nader, le habla Geraldine Neuss, de la Joyería Bindner. Lamento mucho tener que molestarle durante estos días de fiesta. Sólo quería informarle de que ya puede venir a recoger su anillo de compromiso. Esperamos que ya no le quede tan ajustado».

Se oyó un pitido dos veces, luego terminó la conexión. Leon fue a tocarse el dedo anular de la mano izquierda y ni siquiera pudo sentir la huella en la piel. Había desaparecido al igual que toda clase de recuerdo relacionado con el hecho de haber llevado a reparar aquel anillo.

—¿No se siente bien? —preguntó el funcionario, y Leon se dio cuenta de que había estado mirándole fijamente todo el tiempo.

De repente le sobrevino el deseo de desahogarse con alguien. Quizás no estuviese mal del todo hablar con un policía, a pesar de que se convertiría en sospechoso rápidamente en cuanto le enseñara a Kroeger el acceso al sistema de túneles. ¿Y si Natalie había ido a parar allí y necesitaba ayuda? Visto de ese modo, era una imprudencia retrasarse tanto por miedo a incriminarse a sí mismo.

—Sentémonos en la sala de estar —propuso Leon sin haber decidido aún si debía abrirle al hombre la puerta de su dormitorio.

¿Y si no había ningún crimen? ¿Y si se esclarecía todo y Natalie entraba de pronto por la puerta riéndose?

¡Claro! ¿Y qué iba a decir ella? «Cariño, ¿has encontrado mi móvil en el foso? Debo haberlo perdido mientras me arrancaba la uña del dedo pulgar».

Leon sacudió la cabeza porque era incapaz de encontrar una explicación que hiciera que su mundo volviera otra vez a su cauce.

—¿Cómo dice? —preguntó Kroeger mientras examinaba la sala de estar.

—No he dicho nada.

—Sí lo ha hecho. Creo que ha murmurado un nombre.

Maldita sea, ahora ni siquiera me doy cuenta de cuando pienso en voz alta.

—Debe haber oído mal.

—Mmm... —El comisario asintió de modo significativo—. Hubiese podido jurar que decía «Natalie». ¿Está su esposa en casa?

—No.

—¿Dónde puedo encontrarla?

Leon vaciló por un momento. Enseguida decidió contar la verdad que, de todos modos, ya constaba en acta.

—No tengo ni idea. No viene a casa desde hace un par de días, y por eso he llamado ya a la policía.

—No hay ningún parte de desaparición.

—El funcionario ha dicho que, con los adultos, hay que esperar un periodo de catorce días como mínimo si es que no existen circunstancias excepcionales.

Kroeger asintió de nuevo.

—Correcto. Si no siempre estaríamos malgastando nuestro tiempo con crisis matrimoniales.

Se acercó a la chimenea y cogió un marco plateado.

—Muy bonita.

—Sí. La sacó Natalie.

El día en que nos conocimos.

—Veo que solamente hay fotos de usted —se sorprendió el policía—. No hay ninguna de su esposa.

—Deformación profesional. Natalie es fotógrafa y prefiere permanecer detrás de la cámara.

—Mmm.

Leon no pudo evitar sentir la creciente desconfianza del policía y decidió confirmar el motivo de su visita antes de confiarse.

—¿Qué quería enseñarme exactamente?

—Esto.

Kroeger sacó un teléfono móvil del bolsillo de su abrigo de piel y se lo entregó.

—¿De dónde lo ha sacado? —preguntó Leon. Enseguida se había dado cuenta de que era el suyo. Le sorprendió no haberlo echado de menos en absoluto aquellas últimas horas.

—Ha sido confiscado.

¿Confiscado?

—¿Cuándo?

Kroeger le respondió con una pregunta inesperada:

—¿Le ocurre algo en los ojos, señor Nader?

—¿Qué?

—Pestañea con frecuencia. Además, evita mi mirada continuamente.

—No tengo nada que esconder —mintió Leon, y cambió rápidamente de tema señalando el móvil—: ¿Dónde lo ha encontrado entonces?

—Cuando se trata de un crimen violento no puedo decir nada en interés de la investigación —contestó el policía.

¿Un crimen violento?

—Sus datos de contacto no estaban archivados, por eso nos ha llevado un tiempo identificarle como su propietario a través de un operador de red.

¿En interés de la investigación?

Leon se agarró al borde de la mesa de comedor. Su confusión crecía por segundos.

—Le agradezco el esfuerzo —murmuró con indiferencia. Tenía el teléfono en la mano como si se tratase de un cuerpo extraño. El nivel de batería estaba por debajo del diez por ciento. Empezó a sonar en cuanto desactivó la función de bloqueo del teclado... aunque no lo hizo en su mano, sino en el bolsillo interior de su mono.

—¿Tiene otro móvil? —preguntó Kroeger molesto.

—¿Cómo? Pues... sí.

—¿No va a contestar?

—No tiene importancia —negó con la cabeza.

Podía haber explicado el hecho de tener el móvil de Natalie. No obstante, si lo sacaba de su bolsillo junto con la blusa ensangrentada, las cosas iban a verse de otro modo...

—¡Muy bien! —Entretanto, Kroeger había vuelto a su lado, junto a la mesa de comedor. Había dejado de interesarse por el marco del cuadro que había sobre la repisa de la chimenea y, antes de continuar hablando, esperó un buen rato hasta que el teléfono dejó de sonar por fin.

—Supongo que ya se imaginará que la Policía Criminal tiene cosas mejores que llevar acabo que hacer recados. Está claro que no he venido aquí para devolverle su móvil, sino porque mientras comprobábamos los datos archivados encontramos un contenido extraño.

—¿Contenido?

—Imágenes, para ser exactos. Abra el archivo de fotos.

Leon hizo lo que se le pedía y la primera fotografía bastó para que el corazón le diera un vuelco. Las personas que no les conocían lo suficiente apenas hubiesen podido reconocer que eran él y Natalie, ya que ambos iban disfrazados. Él parecía un hombre mayor, con bastón, joroba, papada y nariz roja como la de un borracho. Ella se había disfrazado como una vagabunda y también parecía haber envejecido bastantes años. Su disfraz le daba un aspecto verdaderamente auténtico. Lo único que le delataba era su amplia sonrisa compartida.

—Hicimos la foto el día de Halloween, poco antes de irnos a una fiesta de disfraces —explicó Leon.

Natalie había hecho un curso de maquillaje mientras estudiaba, y esa noche había conseguido una auténtica obra de arte con aquella transformación. Recordó con nostalgia los preparativos. Lo que más le había gustado eran las caricias íntimas mientras lo estaba maquillando. Las suaves pinceladas en las mejillas, los suaves movimientos mientras aplicaba la sombra de ojos; sus ojos oscuros y la boca ligeramente abierta al alcance de sus labios.

—Precioso —comentó Kroeger lacónico—. Pero vamos a omitir las primeras veinte fotos. No me preocupa cómo planifica su tiempo libre, sino esto de aquí.

El comisario le dio el móvil en cuanto encontró la última imagen guardada.

Las pupilas de Leon se dilataron.

—Eso es privado —dijo con voz débil.

—Lo sé. Pero, créame, no estaría aquí si se tratara solamente de sus preferencias sexuales.

La fotografía mal iluminada había sido sacada sin *flash* y mostraba a Natalie apoyada con la espalda en el cabezal tapizado de su cama de matrimonio. Estaba sentada con las piernas cruzadas, con los brazos extendidos por encima de su cabeza como si hubiese sido crucificada. En cierta manera así era, ya que sus muñecas estaban rodeadas de muñequeras de cuero que, al mismo tiempo, quedaban fijas a las patas de la cama mediante cadenas. Llevaba puesta una camiseta de hombre rasgada alrededor de la clavícula, lo que dejaba entrever más de lo que ocultaba, pues tenía los pechos empapados de agua o sudor. En cualquier caso, se podían ver fácilmente los pezones erectos a pesar de la mala calidad de la fotografía.

Leon sintió vergüenza. Y después de todas las preocupaciones, del miedo y el pánico que había experimentado durante las últimas horas, aquél era un sentimiento nuevo. El problema no era que Kroeger hubiese invadido su intimidad y que ahora conociera cuáles eran las fantasías sexuales más secretas de su mujer. El problema era que Leon no había visto aquella fotografía en su vida. Al igual que las otras que iba a enseñarle Kroeger.

Por orden del policía abrió la siguiente carpeta de imágenes. Una era peor que otra.

En la primera foto se veía a Natalie completamente desnuda. Tenía una pelota de goma dentro de la boca. En la siguiente parecía que los ojos se le salían de las órbitas de lo apretado que llevaba el collar de perro. Pero la verdadera conmoción le sobrevino con la última foto de la serie fotográfica que ignoraba. Había sido tomada tres días antes, a las 3.04 horas de la mañana.

Mientras yo estaba durmiendo...

Así como en las imágenes previas a duras penas podía interpretarse por la expresión de la cara de Natalie que estuviese sexualmente excitada, ahora sus ojos mostraban el dolor desnudo. La sangre le salía de la boca cerrada, tenía el ojo derecho hinchado y, si Leon no se equivocaba, también tenía una herida en el dedo pulgar.

—¿Puede decirme algo al respecto? —preguntó el comisario.

—Sólo que no le concierne en absoluto.

—Eso ya lo veremos.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Leon, que enseguida supo con seguridad que ya no iba a enseñarle a aquel hombre la puerta que conducía al laberinto. Tenía demasiado miedo de lo que conocía de sí mismo.

¿Qué he podido hacerle a Natalie?

—Puede coleccionar fotografías del tipo que usted quiera —dijo Kroeger—. Por mí, ya puede colgarse de los testículos en el ventilador. Como le dije antes, señor

Nader, la policía no está para entrometerse en los asuntos matrimoniales. Pero uno no tiene que ser el detective del mes para darse cuenta de que aquí hay algo que no va bien. Su esposa ha desaparecido poco después de que fueran tomadas estas fotos.

Leon tecleó con el pulgar en la pantalla del móvil, que estaba apagada, y preguntó:

—¿Hubiera llamado a la policía si hubiese hecho algo prohibido?

Kroeger se rio roncamente y se dispuso a marcharse.

—No tiene ni idea de lo tontos que son la mayoría de los asesinos con los que nos enfrentamos.

Leon le siguió por el pasillo y se puso nervioso al ver que el policía caminaba en la dirección que no era, hacia el dormitorio cuya puerta estaba abierta.

—La salida es por aquí —dijo Leon algo apresurado. El funcionario se detuvo bruscamente.

—¿Desea deshacerse de mí?

—No. Simplemente no quiero que vaya por donde no es.

Kroeger miró a Leon a los ojos con el ceño fruncido. A continuación dio media vuelta lentamente desde la puerta del dormitorio.

—Muy bien... —dijo con voz amenazadora mientras metía la mano en el interior de su abrigo. Leon estaba seguro de que Kroeger iba a sacar unas esposas o un arma. Sin embargo, fue tan sólo una cartera.

—Por ahora únicamente ha contravenido las buenas costumbres, señor Nader. Así que considere mi visita simplemente como una advertencia. A partir de ahora existen motivos excepcionales para que me tome en serio su denuncia de desaparición. Y le estaré vigilando mientras busquemos a su mujer. —Le dio a Leon una tarjeta de visita—. Se lo ruego, hágase un favor a sí mismo y llámeme en cuanto tenga algo que decirme.

—¿Sven? ¿Dónde estás? Si oyes esto llámame tan rápido como puedas. Necesito que me ayudes.

Leon cortó la conexión con el contestador de su amigo y, con la mente ensimismada, empezó a darle vueltas al teléfono de casa con ambas manos. Frente a él, sobre la mesa del escritorio de su despacho, estaba lo que había encontrado en el foso: la blusa de Natalie y su móvil, que de momento había conectado al enchufe antes de que la batería pudiera descargarse por completo.

El teléfono móvil de Leon se lo había vuelto a llevar el comisario arguyendo que no podía entregárselo por tratarse de una posible prueba. Leon no estaba seguro de si aquello era legal, pero había protestado con poco entusiasmo. Una discusión con Kroeger no hubiese llevado a ninguna parte; al contrario, el policía hubiera desconfiado mucho más.

Maldita sea, Sven. ¿Por qué no lo coges?

Normalmente su amigo siempre estaba localizable, especialmente ahora que, en la última fase del concurso, se trataba de una cuestión de todo o nada.

Leon se sentó en la mesa del escritorio y cogió el móvil de Natalie. Lo había examinado una vez más desde que se había vuelto a quedar solo y, a excepción del contacto del doctor Volwarth, no había descubierto ninguna entrada nueva ni imágenes u otros archivos que le hicieran desconfiar.

De todos modos había numerosos nombres y direcciones en su agenda que no conocía, lo que tampoco le sorprendía, ya que Natalie había almacenado los contactos de muchos de los compañeros de su época de estudiante que Leon no había llegado a conocer o que tan sólo había conocido superficialmente; unos nombres a los que no podía ponerles cara.

No obstante, le sobrevino un presentimiento extraño cuando abrió la lista de las llamadas perdidas y descubrió que había un número largo y poco común en primer lugar.

¿Quién ha llamado a Natalie mientras Kroeger me ponía a prueba?

Leon pulsó la tecla para devolver la llamada. Hubiese preferido colgar al primer tono. Por otro lado, no había nada que desease de un modo más ansioso que el hecho de que alguien pudiese contestar al otro lado de la línea con información sobre Natalie.

Pasó un rato hasta que oyó un sonido fuertemente distorsionado similar al tono de llamada de una compañía telefónica extranjera.

—¿Diga? —escuchó Leon que preguntaba un hombre. Su voz sonaba cansada, si bien podía entenderse con claridad a pesar de las interferencias agudas, como el sonido de una aspiradora, que se oían de fondo.

—¿Hola? —preguntó Leon vacilante.

—Sí. ¿Con quién hablo?

Leon saltó de su asiento como si hubiese recibido una descarga eléctrica tan pronto como reconoció aquella voz.

—¿Doctor Volwarth? —preguntó consternado.

—Sí, soy yo.

Su primer impulso fue dar por terminada la conversación. Sin embargo, ya era demasiado tarde, porque el psiquiatra también lo había reconocido.

—¿Leon? Leon, ¿es usted?

—Sí —dijo Leon con voz ronca tras una pausa que intentó aprovechar para concentrarse sin éxito—. ¿Cómo es que usted, quiero decir, por qué...? Bueno, es que pensaba que iba camino de Tokio —balbuceó.

—Y precisamente es ahí donde estoy. En mi asiento del avión.

—¿Lleva volando más de veinticuatro horas?

—¿Qué ocurre, Leon? ¿No ve las noticias? Las nevadas repentinas han paralizado todos los aeropuertos. No hemos podido despegar hasta esta mañana.

Leon fue hacia la ventana y abrió las láminas de la persiana. El patio estaba oscuro pero, efectivamente, podían distinguirse unos gruesos copos de nieve encima de los contenedores de basura.

—¿Cómo ha dado con este número? —quiso saber Volwarth.

—He pulsado la tecla para devolver la llamada.

—¿Por qué? Yo no le he llamado.

—A mí no, pero a mi mujer sí.

—¿Cómo? No, no puede ser. Yo no conozco a su esposa.

—¿Ah, no? —preguntó Leon sintiéndose cada vez más enfurecido—. Entonces, ¿por qué aparece su nombre en la agenda de direcciones de ella? ¿Y por qué ha intentado localizar a Natalie en su móvil hace doce minutos exactamente?

—Un momento. —Volwarth parecía tan confuso como lo había estado Leon al principio de la conversación—. ¿Cómo dice que se llama su mujer?

—Natalie.

—Dios mío...

—¿Por qué? ¿Qué sucede?

Tras una breve pausa en la que el ruido de fondo pasó a oírse en primer plano en la cabina del avión, Leon pudo oír como el psiquiatra se apartaba a un lado a fin de que su compañero de asiento no pudiera escuchar lo que estaba diciendo en ese momento con voz baja y apremiante:

—Escuche. Acabo de comprender algo, Leon. Pero tengo que colgar enseguida.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Que ya no puedo ayudarle.

—¿Perdón? Usted es mi médico. Le he confiado la desaparición de mi mujer y que tengo miedo de ser el responsable de ello porque ha vuelto a manifestarse mi enfermedad. Además, entretanto la policía cree que soy una persona violenta y no paran de enseñarme fotografías terribles que han encontrado en mi móvil. Fueron

hechas en nuestro dormitorio, en el mismo sitio donde se ha abierto un enorme precipicio, y lo digo en el sentido más literal de la palabra. Doctor Volwarth, ¿no cree que debe ayudarme en una situación como ésta tratándose de mi psiquiatra?

—Sí. Tiene usted razón. Y ojalá pudiera hacerlo.

¿Pudiera?

—¿Quién demonios se lo prohíbe?

—Mi secreto profesional.

Leon no pudo menos que toser, como si se hubiese atragantado con la última frase de Volwarth.

—Un momento. ¿Me está diciendo que Natalie también era paciente suya?

—Ahora tengo que colgar, de verdad —respondió el psiquiatra con una evasiva. Pero Leon no quería que se librara de él tan fácilmente.

—¿Por qué motivo la estaba tratando?

—Se lo ruego. Ya he dicho demasiado.

—Se presentó ante usted con otro nombre, ¿verdad?

—Leon...

—Apuesto a que fue con Lené, su nombre de soltera. ¿No es así?

—Estamos aterrizando, así que tenemos que desconectar todos los aparatos electrónicos. Adiós.

—¡Cabrón! —gritó Leon al aparato—. ¿Qué sabe de mi mujer? ¿Qué le ha pasado?

—No tengo ni idea de lo que me está hablando, Leon. Pero realmente ha sido agradable verle otra vez después de tanto tiempo. Nuevamente le felicito por su precioso piso.

¿Pero qué significa esto?

—¿Tengo miedo de perder el juicio y usted me viene con una conversación de pacotilla? Se lo ruego, doctor Volwarth, si sabe algo...

—Sólo espero que su chimenea vuelva a funcionar pronto, con el frío que parece que va a hacer en Año Nuevo.

Hubo un chasquido en la línea y la conexión se interrumpió.

Leon estaba a punto de estallar de rabia y un intenso nerviosismo había vuelto a ocupar el lugar central de su universo emocional.

Se hallaba de pie en la sala de estar, frente a la chimenea, justo en el lugar donde el comisario había estado buscando las fotos de Natalie sin éxito y, una vez más, volvía a escuchar en su mente a Volwarth mientras le decía: «Sólo espero que su chimenea vuelva a funcionar...».

Leon sacudió la cabeza sin que apenas se notara, del mismo modo que lo había hecho antes Ivana Helsing en su sala de estar mientras hablaba. A continuación se arrodilló en la bandeja de latón que había delante de la chimenea para proteger el *parquet* de las chispas que ésta desprendía.

La chimenea abierta no se había puesto en funcionamiento nunca desde que se habían mudado porque la salida de humos no iba bien y existía el peligro de intoxicarse por el monóxido de carbono. Un grave error que el administrador de la finca había prometido remediar, algo que no había hecho hasta ahora.

Mientras esperaban a que se la arreglaran, Leon y Natalie habían instalado una chimenea provisional sin humos a base de etanol. Por eso había troncos artificiales de plástico en la cámara del combustible a modo de adorno, creando un juego de luces que causaban un efecto aparentemente auténtico e incluso cálido.

—Nuestra chimenea de Las Vegas —había bromeado Natalie. Lo mismo que Leon, ella prefería los materiales naturales.

—Es hortera, aunque de algún modo genial.

Leon se entristeció pensando en aquello. Ahora, unas semanas más tarde, la risa de Natalie tan sólo era el recuerdo de un pasado probablemente irrecuperable.

¿Y ahora, qué?

Después de que Volwarth hubiese colgado se había quedado de pie en su estudio durante un tiempo sin poder moverse, deseando que su cráneo pudiera tener una tapa para introducir a través de ella una mano y frenar el tiovivo de sus pensamientos.

¿Cómo sabe Volwarth que la chimenea no funciona?, ya no era la pregunta más urgente que le ocupaba.

Después de todo, sólo podía habérselo contado Natalie, aunque eso también era secundario en ese momento. Resultaba mucho más determinante el hecho de que el psiquiatra hubiese terminado tan groseramente la conversación precisamente con aquella frase. Y sólo podía haber una explicación para ello.

Volwarth pretendía darme una pista sin infringir su secreto profesional médico.

«¡Pues adelante!», se dijo Leon para sí mismo.

Apartó de la chimenea la pila de troncos artificiales, luego el recipiente con el producto combustible y encendió una cerilla. La llama amarilla mostró la superficie interior de la chimenea, resquebrajada y sucia de hollín, y cuando Leon introdujo la cabeza en la abertura no pudo evitar pensar en el cuento de *Hansel y Gretel*, en el que

la malvada bruja termina quemándose en su horno después de que Gretel la encierre allí usando una artimaña. Tenía los nervios a flor de piel y, una vez más, tuvo que asegurarse de que estaba a solas y que no había nadie detrás de él observándole.

«Tiene ojos, ¿sabe? Me refiero a la casa», se acordó de las enigmáticas palabras de la vieja señora Helsing, quien probablemente se hallaba en aquel instante en el piso de abajo, sentada frente a la chimenea mientras hablaba consigo misma.

Después de que la primera cerilla se quemase entre sus dedos sin que hubiese descubierto nada, encendió una segunda y se dispuso a proceder de una forma un poco más sistemática.

El hollín espeso y mugriento, un recuerdo de los días en que los antiguos propietarios todavía disfrutaban de un conducto de humos intacto, se pegaba a sus dedos como el celuloide, mientras Leon registraba el fondo, centímetro a centímetro, con la esperanza de hallar un agujero, una ranura o alguna singularidad que le condujera hasta un cajón secreto o alguna cosa similar.

Después de comprobar inútilmente el suelo y las paredes de la chimenea, inspeccionó la compuerta que cerraba la salida de humos y que, curiosamente, no podía abrirse manualmente.

Leon tuvo que ayudarse de las tenazas de la chimenea para poder abrirla desde dentro y, cuando ya lo había conseguido (no sin bastante esfuerzo), cayó a sus pies aquello que bloqueaba la salida de humos.

¿Qué demonios...?

Retrocedió ante el paquete pequeño como si se tratase de una serpiente peligrosa. Tras unos segundos sin ser capaz de reaccionar, se agachó para levantar el objeto que estaba envuelto en una bolsa de plástico. Parecía un libro pesado. Un humo frío y rancio le subió por la nariz, y cuando deshizo el envoltorio supo que el doctor Volwarth le había conducido hasta uno de los documentos posiblemente más íntimos que Natalie había escrito en su vida.

Su diario no era demasiado grueso. Contenía cien páginas como máximo que estaban encuadernadas en tapa dura. Sólo había unas pocas escritas, según pudo comprobar Leon después de lavarse las manos rápidamente y sentarse en el sillón que había junto al tresillo a fin de examinar lo que había encontrado.

Normalmente los fragmentos que estaban escritos a mano se componían de una o dos frases que, de vez en cuando, iban ilustradas con un dibujo o alguna foto.

Leon se sentía aún más miserable que el día anterior, cuando había estado registrando el laboratorio fotográfico de Natalie. Ahora que también estaba leyendo las anotaciones de su diario traspasaba una nueva frontera y penetraba en una zona prohibida.

«*¿Debo abandonarle?*», le había preguntado Natalie a su diario. La anotación, escrita con su típica letra como si fuese pintada, tenía fecha del 28 de febrero, apenas dos meses después de que se mudaran.

«Creía que éramos almas gemelas. Pero a veces no le reconozco. Es casi como si tuviese una segunda cara».

Leon tragó saliva con dificultad. Las yemas de los dedos se le entumecieron. Hojeó algunas notas sin importancia que hablaban de los problemas y los éxitos de la galería, así como del próximo cumpleaños de su padre, y de que no sabía qué podía regalarle.

Entonces, a principios de junio, encontró una fotografía pegada cuyo significado no le dejaba ninguna duda. Y no obstante, durante varios segundos angustiosos, Leon intentó hallar otra explicación a lo que era evidente. En vano.

El hecho de que no tuviera conocimiento de aquella ecografía suponía un golpe bajo, pero las anotaciones de Natalie aún lo convertían todo en algo peor.

«¿Qué puedo hacer? No quiero tenerlo. No PUEDO».

—Dime que eso no es cierto —dijo Leon sin apenas pronunciar las palabras. Se sentía como si le estuviesen estrangulando. Continuó hojeando el diario, página por página. Cada vez que aparecía una nueva fecha anotada tenía más miedo de llegar a la noticia que esperaba. Hasta que la encontró dos semanas después, justo a tiempo, antes de que terminase el primer trimestre del embarazo.

Los ojos de Leon se llenaron de lágrimas.

«La visita a la clínica ha sido horrorosa. Sólo espero que Leon jamás llegue a conocer la verdad».

—¡No!

En lo más profundo de su interior algo se rompió en mil pedazos, algo que nunca podría recomponerse de nuevo y funcionar como una unidad.

—Pero ¿por qué? —susurró él.

Deseábamos tanto tener ese niño.

En aquel momento ansió que el doctor Volwarth hubiese guardado su secreto profesional. Hubiera deseado no conocer nunca aquella verdad. Había tenido la esperanza de que el psiquiatra tendría información que podría traerle a Natalie de nuevo. Y ahora Leon se sentía aún más lejos de ella que antes.

«Hice lo correcto al no contarle nada. Las cosas van cada vez peor con él», leyó unas semanas más tarde, con la misma desolación y el mismo temblor que reflejaba también la escritura de Natalie.

Su letra parecía agitada, quebradiza. Ya no era tan meticulosa y artística como él la conocía de las notas que ella le dejaba a menudo en la nevera.

Pero eso había sido antes, y ese *antes* se había acabado definitivamente.

«*Tengo miedo* —había escrito Natalie en una de las últimas páginas, subrayando doblemente la palabra más terrible de la frase—. *Lo siento tanto. Todo ha sido un terrible error. Debo dejarle*».

¿Nuestro matrimonio? ¿Yo? ¿El niño? ¿Todo un error?

Leon cerró primero el diario y luego los ojos.

Dejar de ver. Dejar de sentir. Olvidarlo todo.

¿Soy culpable de lo que le haya podido suceder?

¿Desde el aborto hasta su desaparición?

Leon era consciente de lo extraño de su comportamiento mientras seguía hablando consigo mismo con el diario en la mano. Sin embargo, no podía evitarlo.

—¿Qué he hecho?

Apenas había pronunciado aquellas palabras en voz alta, empezó a sentirse increíblemente cansado y somnoliento y, con ello, se dio cuenta de repente de dos cosas: no sería capaz de soportar ninguna revelación más y perdería el juicio por completo, si es que no lo había perdido ya, si se quedaba a solas en aquel piso mucho más tiempo.

Además, había formulado la pregunta que no era. Lo importante no era qué había hecho en el pasado, sino todo lo que podría hacer aún para hacerse daño a sí mismo o a otros.

No puedo quedarme dormido, pensó, y se fue al cuarto de baño para lavarse la cara con agua fría.

No antes de saber toda la verdad.

Entonces tomó una decisión y la puso inmediatamente en práctica: controló la puerta para asegurarse de que la había cerrado bien después de que Kroeger se hubiese ido. Por lo general dejaba puestas las llaves cuando estaba en casa, pero esta vez las quitó para tenerlas consigo al alcance de la mano.

Leon sabía lo ridículas que eran aquellas precauciones de seguridad en una casa en la que uno hallaba puertas ocultas detrás de los armarios. Sin embargo, comprobó también las ventanas y registró cada una de las habitaciones antes de sentarse en la sala de estar y pedir ayuda.

—¿Dónde demonios te has metido? —gruñó Sven con la voz de un hombre a quien le encanta gritar y le cuesta mucho controlarse.

—Lo mismo iba a preguntarte yo. He intentado ponerme en contacto contigo varias veces.

—Podías haberte ahorrado el esfuerzo si me hubieses acompañado a la fiesta tal y como habíamos quedado.

Por el modo en que Sven arrastraba las palabras en su boca, Leon se dio cuenta de lo alterado que estaba su socio y amigo. En los últimos tiempos solamente le había escuchado tartamudear una sola vez, y había sido el día en que había fallecido su madre.

—¿Qué fiesta? —preguntó Leon.

—¿Es que hablo con la pared? ¿Te acuerdas del profesor Adomeit? ¿El director ejecutivo del consorcio de hospitales? ¿El hombre con el saco lleno de dinero y la pluma de oro que tiene que firmar nuestra oferta?

Dios mío, la fiesta para celebrar que Adomeit cumple cincuenta años.

Leon se llevó la mano a la frente.

—He conducido cuatrocientos kilómetros yo solo hasta la casa de verano que tiene junto a la lago.

—Lo siento, lo olvidé por completo.

—Ya me he dado cuenta —dijo Sven alargando el sonido de la letra M. Era la consonante que más problemas le causaba, junto con la D—. Por cierto, ¡la idea del túnel entre los edificios de los hospitales ha sido muy bien acogida!

Leon cerró los ojos. Ya se había olvidado completamente de que la maqueta había desaparecido de su estudio.

—Sí, gracias. ¿Cómo es que hay tanto silencio ahí donde estás? —preguntó Leon, que no lograba oír ni música ni el tintineo de las copas o cualquier otro sonido típico de una fiesta.

—Porque se me está congelando el culo en la terraza junto al lago. Dentro hay demasiado ruido para hablar por teléfono.

Como prueba, Leon oyó unos bajos rítmicos, como si se hubiese abierto la puerta de una discoteca. Volvieron a enmudecer tan rápido como habían surgido.

—¿Qué has estado haciendo? He intentado llamarte al móvil una docena de veces.

—Me lo ha confiscado la policía.

—¿Qué?

Leon no sabía por dónde empezar. Le hubiera gustado contarle a su amigo lo de la puerta y el laberinto, la uña del dedo y la blusa ensangrentada, pero no podía hacerlo por teléfono; y mucho menos estando Sven en una fiesta.

Leon resumió los acontecimientos de los últimos días tan escuetamente como

pudo, y omitió los hechos que podían levantar dudas sobre su cordura.

Cuando terminó, la voz de Sven sonaba aún más temblorosa que al principio, y Leon no estaba seguro de si se debía exclusivamente al frío:

—¿Me estás diciendo que tu mujer salió corriendo a la calle en un estado totalmente desolador y que tienes miedo de haberle podido hacer algo mientras dormías?

—Sí. Y me temo que existen pruebas.

—¿Cómo? —Sven se quejó de la mala conexión que hacía que sólo pudiese oír a Leon difícil y confusamente, y le pidió que repitiese la última frase.

—Existen pruebas.

—¿Las fotos de tu móvil?

—No sólo eso.

—No entiendo nada —dijo Sven después de hacer una pausa para meditar.

Créeme, yo tampoco.

—¿No me dijiste la última vez que hablamos por teléfono que Natalie te había contado que necesitaba algo de espacio y que se iba por un tiempo?

—¿Qué? No. ¿Por qué piensas eso?

—Bueno, no estoy loco —protestó Sven—. Me contaste lo de la tarjeta de despedida.

—¿Qué tarjeta?

—Pues la que colgó en la puerta de la cocina antes de marcharse.

Leon sintió de pronto que se le congelaba cada uno de sus músculos. Tuvo que reunir toda su fuerza de voluntad para ordenar a sus piernas que le condujeran a través del pasillo.

—Debes de haberte equivocado —le dijo a Sven, a pesar de que en ese momento tenía la prueba de aquella afirmación justo delante de los ojos. Al lado del comunicado de la administración de fincas había una postal con motivos florales de color amarillo anaranjado. Con cuidado, como si pudiera convertirse en polvo, despegó el imán y le dio la vuelta a la postal.

«Querido Leon», empezaba la breve nota que Natalie había escrito con su letra inconfundible. La postal le temblaba tanto en las manos que le costaba descifrar las siguientes líneas.

Necesito algo de espacio. Siento no poder contarte nada más; tan sólo que debo distanciarme un par de días para saber qué va ocurrir con nosotros a partir de ahora. No te preocupes. Me pondré en contacto contigo en cuanto reúna las fuerzas suficientes para ello.

NATALIE

No había sellos ni matasellos. Y, sin embargo, allí estaba. En su apartamento. En sus manos.

Leon había dejado caer sin darse cuenta la mano con el auricular y, cuando volvió a llevárselo al oído al cabo de un rato, oyó la señal de ocupado. Creyendo que había

perdido la conexión con Sven, intentó hacer una rellamada y, con ello, activó una nueva llamada que se mantenía a la espera en la línea telefónica.

—United Deliveries. Servicio al cliente. Buenos días...

—¿Quién? —preguntó Leon completamente confuso.

—Nos gustaría pedirle disculpas formalmente por las molestias, señor Nader.

Leon quiso quitarse de encima enseguida a la mujer con voz impersonal y cantarina, pero ella dijo:

—Lo sentimos mucho. Parece que su último pedido se ha extraviado por algún motivo.

Leon sacudió la cabeza malhumorado:

—No tengo tiempo para tonterías. Además, lo he recibido todo.

—¿De verdad? ¡Oh! Entonces debe tratarse de un error del proveedor. Lo cierto es que nos falta su acuse de recibo.

No me extraña con un idiota como ese de mensajero.

Leon contactó de nuevo con Sven sin una palabra de despedida.

—¿Todavía estás ahí?

—Sí.

La atmósfera de fondo era otra. La voz de su amigo sonaba ahora más cercana. Probablemente ya no se encontraba en la terraza y había descubierto un sitio tranquilo en la casa de Adomeit.

—Tienes razón... —Leon había vuelto con la postal a la sala de estar y la había dejado junto al diario de Natalie, encima de la mesa de comedor—. Sí que hay una nota suya.

Observó el girasol con manchas que había en la parte delantera de la tarjeta postal. *Van Gogh. Muy apropiado. También era un experto en temas de locura.*

Pero no logro recordar cómo ha llegado hasta la puerta de la cocina. —Su voz se tornó quebradiza—. No puedo acordarme de la mayoría de las cosas que hago mientras estoy durmiendo.

—Leon, yo...

—Por favor, deja que hable.

—No —le interrumpió Sven—. Ahora serás tú quien me escuche de una vez por todas, Leon.

—De acuerdo.

—Nunca me ha gustado mucho Natalie. Y te digo esto como amigo, aun corriendo el riesgo de dejar de serlo a partir de ahora.

—¿Qué?

—No confío en ella. Está jugando contigo.

—¿Qué quieres decir?

—Piensa en vuestra boda repentina. ¿Por qué quiso de pronto que todo fuera tan rápido?

—Fui yo quien le pidió en matrimonio.

—Sí, pero tú siempre quisiste celebrarlo por todo lo alto. Ella prefirió hacerlo en secreto y en la más completa intimidad. ¿Por qué?

—Fue algo que decidimos juntos.

—¿Ah, sí? ¿Y cerrasteis un contrato matrimonial a toda prisa?

—¿Y qué? Es ella quien tiene unos padres ricos. Yo soy el que carece de recursos.

—¿Y qué pasa con nuestra empresa, Leon? Si nos encargan el proyecto, no será más que el comienzo.

—No entiendo adónde quieres ir a parar.

—Sólo estoy enumerando los hechos; simplemente tienes que sumar uno más uno.

—Los hechos son que algo terrible le ha sucedido a Natalie. Y que ha sido *antes* de que me dejara.

—¿Te refieres a las heridas?

—Sí.

—Parecen ser considerables, ¿verdad?

—Exacto.

—¿Tan auténticas como vuestro disfraz de Halloween?

Bum. Otro golpe bajo.

—Estás loco, Sven —le replicó Leon débilmente.

—Y tú tienes una visión muy subjetiva de todo. ¿Quién me contó lleno de orgullo lo buena que era Natalie transformándose artísticamente? Quizás te esté engañando.

—Sven...

—No, créeme. No serías capaz de hacerle nada a una mosca. Te conozco.

—Me temo que no lo suficiente. —Leon alzó la voz—. Ahora mismo tengo en mis manos un diario donde dice que le hago daño. Y que me tiene tanto miedo que NO QUIERE TENER A NUESTRO HIJO.

Lanzó el diario lleno de furia.

Se arrepintió de su arrebato en el mismo momento, pero ya no podía enmendar lo que había hecho. El diario se había abierto en forma de V al salir volando y había perdido algunas páginas que se hallaban sueltas antes de dar contra la pared que había junto a la puerta.

—Yo sólo intento ayudarte —tartamudeó Sven al tiempo que Leon se agachaba para recoger las hojas del *parquet*. Eran dos dibujos y una fotografía que probablemente le habían pasado por alto mientras revisaba el diario por primera vez. Enseguida reconoció el lugar donde se había hecho la instantánea, a pesar de que aquella imagen era más oscura y sombría que una ecografía.

Leon consiguió descifrar con mucho esfuerzo la palabra de caligrafía antigua que destacaba sobre el dibujo de un rayo:

Cuidado

Hasta entonces había creído haberlo visto al final de un túnel. Ahora se daba cuenta de su error. La pared donde colgaba aquella señal de aviso no era una pared, sino una puerta. Y en la fotografía movida que tenía en sus manos se podía apreciar que estaba entreabierta.

Leon se sintió de repente tan agotado que tuvo la impresión de que tenía que sentarse en el suelo enseguida si no quería desplomarse *in situ*.

—¿Cuánto tardas en venir a mi casa? —le preguntó a Sven, quien ya había intentado saber varias veces si su amigo seguía al teléfono.

—He bebido un poco. No saldré hasta mañana por la mañana.

—Date prisa, te lo ruego. Debo enseñarte algo sin falta.

Alcanzar el segundo peldaño aún era más difícil que el primero, debido especialmente al equipamiento que Leon llevaba consigo. Esta vez no quería tener que recurrir a la luz de la pantalla de un teléfono móvil que funcionaba a intervalos regulares.

Y tampoco quería meterse en el laberinto sin protección, no fuera que antes se hubiese salvado realmente de un peligro de verdad y no sólo de un gato que estaba huyendo.

Por eso Leon se había equipado con una linterna de bolsillo y una palanca que podía emplearse como herramienta y arma al mismo tiempo.

Como deseaba tener ambas manos libres, había colocado la mayoría de las cosas en un cinturón que llevaba alrededor de la cintura al igual que una cartuchera, mientras bajaba la escalera por segunda vez.

El cambio más importante de todos era que ahora estaba documentando sus pasos con ayuda de la cámara fija que llevaba sujeta a la cabeza. Tenía la esperanza de que la señal de transmisión fuera lo suficientemente fuerte como para llegar desde los pasadizos secretos del laberinto hasta el portátil que había arriba, en su dormitorio.

En ese momento estaba utilizando como fuente luminosa el foco en miniatura que venía incorporado en la cámara y que se activaba con el movimiento. Con aquel instrumento en la cabeza se asemejaba, no sólo visualmente, a un minero. Se sentía cada vez más como un minero que bajara escalando por una galería abandonada. Leon logró superar un tropiezo antes de llegar al final del foso, dejando de lado el travesaño que estaba suelto.

Una vez abajo, contempló los restos de su primer viaje rumbo a lo desconocido. Le pareció ver en el suelo la linterna hecha añicos como si le estuviese recordando que no debía tentar la suerte de nuevo. Ya se había librado de un susto. Era probable que la próxima vez la cosa no quedara solamente en un daño material.

—Ahora voy a deslizarme por un túnel que tiene forma de tubo —dijo Leon por si las imágenes de la cámara eran demasiado oscuras.

No quería dejar margen para la duda más tarde, en caso de que alguien examinara aquella prueba.

Leon se dispuso a gatear de nuevo y, una vez más, se arrastró por el foso de piedra tosca. Para su sorpresa, el hecho de que ahora estuviese iluminado no hacía que las cosas fuesen mejor.

Una presión angustiada le sobrevino en el pecho y no pudo evitar pensar en la posibilidad de acabar sepultado; en las personas que, tras sufrir un accidente en una mina, esperan a ser salvados, teniendo que distribuir cada aliento hasta consumir finalmente el oxígeno disponible bajo tierra.

Nadie sabe dónde estás. Nadie te buscará.

¡Quién sabe si los pasillos que hay aquí abajo son suficientemente estables!

Le asustaba verse a sí mismo inmovilizado por las piedras y la gravilla, con los brazos rotos, sin la posibilidad de poder utilizar el móvil.

Leon se detuvo, dejó de respirar y escuchó atentamente el latido de su propio corazón, que no tenía intención de calmarse y que hacía que su arteria carótida vibrara visiblemente.

Cuando ya no pudo soportarlo más, respiró con avidez el aire que olía a polvo, a tierra y a su propio sudor.

Y no a ropa recién lavada...

¡Eso era lo que faltaba!

Tanto el ruido estruendoso de la lavadora como aquel olor habían desaparecido. El frío era lo único que seguía allí, aunque en ese instante a Leon le parecía agradable. Su cuerpo ardía debido a la excitación, y agradecía cualquier cosa refrescante. Hubiera preferido quitarse los guantes, pero no quería arriesgarse a hacerse daño en las manos.

—Ahora estoy llegando a un pasillo —continuó explicando Leon. A continuación se puso de pie—. Yo le llamo «el tubo».

La vez anterior sólo había podido palpar las paredes toscas; ahora veía que el tubo era más corto de lo que recordaba.

Apenas había conseguido alcanzar la bifurcación cuando sintió una ráfaga de viento en las piernas. La corriente de aire lo arrastró y estuvo a punto de tirarlo al suelo. Pero lo que había tropezado con él no era un objeto físico ni tampoco un ser vivo; era una voz.

—¡Socorro! Necesito ayuda, por favor...

—¿Natalie? —gritó Leon. Reconoció inmediatamente la voz de su mujer, aunque más bien de forma intuitiva que real. Lo que había escuchado había sido más bien un aliento fugaz, apenas mayor que un susurro bajo el agua.

—¡Natalie! ¿Dónde estás?

No hubo respuesta. Su grito se perdió en lo más profundo de un laberinto cuya dimensión desconocía, y donde en cierto modo corría el riesgo de perderse.

No tengas miedo, Natalie, estuvo a punto de añadir. *Yo te ayudaré*. Entonces escuchó otras voces.

Un hombre y una mujer. Muy cerca de él. Apagó rápidamente la luz de la cámara y contuvo el aliento.

¿Quiénes son?

Las voces, que le parecían enormemente familiares, se aproximaron.

Pero ¿de dónde proceden?

Las palabras de la mujer eran demasiado quedas para lograr saber lo que decían, pero lo que oía bastaba para que el miedo que sentía por Natalie fuese en aumento nuevamente.

¿Vienen de allí enfrente?

—Maldita sea, otra vez no —escuchó que maldecía el hombre, y Leon se dio la

vuelta en la oscuridad.

No, de la parte de atrás. ¿O quizás...?

—¿Por qué no has ido con cuidado? Date prisa. Tienes que volver a sacarla de ahí de alguna manera.

De pronto se produjo un estallido, y Leon, que entretanto había perdido la orientación después de haber dado tantas vueltas, se quedó mirando fijamente aquella oscuridad impenetrable que le creaba el espejismo de un universo infinito que se abría frente a él.

Sacó la palanca de su cinturón de herramientas por si necesitaba tener un arma de defensa en la mano y la sujetó a la altura de la cabeza igual que si fuera una porra. Lista para golpear.

Agotado y nervioso a partes iguales, se tocó la cinta de la frente para activar una vez más el foco de la cámara. Fue entonces cuando algo le deslumbró con tanta intensidad que tuvo que cerrar los ojos.

Cuando los volvió a abrir había una mujer llorando justamente a su lado.

El susto le atravesó el cuerpo de forma tan enérgica que Leon acabó propinando un golpe de modo instintivo.

Duramente. Con toda sus fuerzas. Sin pensárselo ni un segundo.

Le dio un golpe justo entre los ojos a la mujer, que llevaba el cabello negro firmemente recogido hacia atrás.

No había podido coger más impulso debido a la poca altura del techo pero, como mínimo, la punta de la palanca debía de haber penetrado profundamente en el cráneo.

Sin embargo, la señora Falconi del primer piso se quedó impasible y dijo:

—Vaya, ni siquiera estoy segura de que esa sinvergüenza siga ahí metida.

Leon miró fijamente la fisura de su cara y, por un instante, tuvo la sensación de que estaba experimentando algo sobrenatural. Entonces su vecina del primer piso puso en blanco sus ojos lagrimosos y enrojecidos y se sujetó los párpados con ambos dedos índice para que no se le cerraran. Y Leon se dio cuenta de lo que estaba sucediendo.

En efecto, la cabeza de la señora Falconi se hallaba a un brazo de distancia de él, pero no estaba en el pasillo donde se hallaba Leon, sino al otro lado de éste. ¡Detrás de la pared! ¡Frente al espejo de su cuarto de baño!

—¿Puede desaparecer así porque sí una lente de contacto detrás del ojo? — escuchó Leon que le preguntaba a su marido. La voz del hombre se oía igual de ronca que la de su mujer.

Leon extendió el brazo y tocó con cuidado la grieta que había hecho con la palanca en el cristal tras haber golpeado la pared. El cristal se encontraba a la altura de la cabeza y era aproximadamente del tamaño de un televisor de pantalla plana.

¡Un espejo veneciano!

Desde donde estaba, Leon podía observar directamente el baño de su vecina, mientras que la señora Falconi sólo podía verse a sí misma en el espejo. Éste estaba probablemente reforzado con un cristal de seguridad grueso e insonorizado por la parte de Leon. Le dolía el brazo debido al esfuerzo que habían realizado sus huesos al sacudir la palanca. Por el contrario, la señora Falconi no había oído ni sentido nada y continuaba buscando su lentilla perdida sin alterarse.

Al igual que su mujer, por el nombre y el acento, el marido tenía obviamente raíces italianas: pelo oscuro y espeso, ojos marrones y un bronceado saludable incluso en invierno. Sin embargo, a diferencia del cuidado aspecto de su esposa, daba la impresión de que el marido era más descuidado. Mientras ella llevaba una blusa blanca que realzaba su figura, a él le colgaba una camisa de verano arrugada por encima del barrigón.

—Siempre lo mismo. Tenemos cosas importantes de qué hablar y tú haciendo el tonto.

—Claro. Estoy hurgándome en las pupilas sólo para cabrearte.

La voz del matrimonio penetraba directamente por el espejo desde una pequeña hendidura que probablemente correspondía a la ventilación del baño.

Leon advirtió un movimiento en el fondo; luego vio que el marido abría un armario de baño y sacaba una bolsa de deporte de color claro.

—Nuestro dinero está a punto de acabarse, querida.

—Quieres decir, *mi* dinero.

El señor Falconi hizo una mueca despectiva a sus espaldas.

—Ya lo he visto —dijo su esposa sin darse la vuelta.

Leon, que hasta entonces se había concentrado sobre todo en la cara llorosa que tenía enfrente, se acercó más al espejo para tener al hombre en el punto de mira.

—¿Traerás más pronto? —preguntó repasando en forma de abanico los billetes de un fajo de dinero que había sacado de su bolsa deportiva.

—Eso debería bastar por ahora —suspiró la señora Falconi, quien había retrocedido un paso en el lavabo.

Sus dedos habían irritado tanto el ojo que apenas lograba apreciarse la parte blanca debido a las numerosas venas minúsculas que se habían reventado. Además, le goteaba la nariz, aunque no daba muestras de querer limpiársela.

—Por ahora sí —dijo su marido embuchándose el fajo de dinero en el bolsillo trasero del pantalón—. Pero si esto continúa así, pronto no podremos permitirnos el alquiler. —Hizo una reverencia servil y le pidió disculpas a su esposa—. Quiero decir, por su puesto, que *tú* no podrás permitirte el alquiler.

—Deja que sea yo quien se preocupe por eso —dijo la señora Falconi, y cogió una toallita facial de la caja que había encima del lavabo. Justo se disponía a sonarse cuando, de repente, se detuvo e inclinó la cabeza a un lado.

Se mantuvo así un tiempo; luego Leon también pudo escuchar lo que había despertado su atención.

Una suave melodía.

No. Se equivocaba. No era una melodía. Eran escalas musicales.

El señor Tareski del cuarto piso había vuelto a empezar con sus ejercicios de piano y, por alguna razón, había hecho reír a la señora Falconi. Escuchó embelesada durante un momento y, a continuación, siguió a su marido fuera del baño. Leon no estaba seguro de qué era lo que más le perturbaba: volver a quedarse de pronto a solas en la oscuridad, en un mundo intermedio que entendía cada vez menos conforme descubría algo nuevo, o no poder deshacerse de la sensación de que la señora Falconi, poco antes de apagar la luz, le había hecho un guiño cómplice a través del espejo veneciano.

Una hora más tarde Leon había pasado al otro lado. Ahora ya no estaba en el corredor, sino en el cuarto de baño. Y no en el de los Falconi, sino en el suyo propio.

Volvió a tomar impulso con la mano y golpeó con la palanca el espejo. Sin embargo, al contrario de lo que había sucedido en el laberinto de abajo, el cristal de su baño se resquebrajó en numerosos pedazos mostrando detrás un muro de cemento opaco.

No es un espejo veneciano. Lógico.

Leon se rio casi histérico.

¿Por qué ibas a querer observarte a ti mismo?

Y suponiendo que así fuera: ¿cómo podía haber construido aquel mundo de sombras: el armario, el laberinto, el espejo?

Jadeó, falto de aliento debido a la rapidez con que había trepado, y agotado aún por haber intentado infructuosamente abrir la puerta de un callejón sin salida.

Después de que los Falconi se hubiesen esfumado, había permanecido en la oscuridad escuchando más fragmentos de conversaciones. Mientras lo hacía no lograba librarse de la sensación de estar «separado» de su cuerpo y mente; de sentirse aturdido por la conmoción de saber que era capaz de observar a sus vecinos a escondidas allí abajo. En algún momento, no sabía si habían transcurrido minutos u horas, había encendido la linterna de nuevo emprendiendo la marcha en dirección al rótulo que decía CUIDADO.

Si no hubiese visto la puerta en la foto del diario de Natalie, hubiera necesitado años para encontrarla, de tan bien camuflada como estaba.

Leon había examinado la pared de ladrillo de lo que parecía un callejón sin salida sin poder hallar la más mínima señal de la puerta. No había rendijas. Ni cantos. Ni bisagras.

En el fondo ya contaba con ello.

Habría resultado demasiado fácil después de todo el esfuerzo.

Había examinado la pared en busca de algún hueco. Había golpeado con la palanca en el letrero, e incluso había buscado alguna manecilla en los muros colindantes y en el suelo. Todo sin éxito. Quizás le hubiese ido bien un soplete o una maza. Pero ¿dónde iba a poder usarlo?

Además, suponiendo que lograra abrir aquella puerta secreta, ¿encontraría realmente a Natalie detrás de ella?

Sus gritos habían enmudecido igual que lo había hecho la suave música del piano de Tareski. Entretanto, Leon ya no estaba seguro de si los había oído un instante antes. Ya no estaba seguro de ninguna percepción, y mucho menos de la suya.

Después de intentar malogradamente abrir la puerta que aparecía en la foto, a punto de sufrir un ataque de nervios, se sentó en el suelo terroso y hundió la cara

entre las manos.

Y allí, en lo más profundo de su desesperación, sin saber siquiera que no había superado ni la mitad de todas las pesadillas que aún estaban por venir, hizo una reflexión decisiva:

Supongamos que poseo un segundo yo que actúa por la noche.

Y supongamos que he desarrollado un mundo paralelo dentro de mi segundo estado de conciencia; luego no debe ser muy complicado acceder a ese mundo. ¡Si no, no podría controlarlo mientras duermo!

Bajo esta premisa nada indicaba que pudiera abrirse la puerta a viva fuerza.

Leon había recobrado energías nuevamente y presionaba con ahínco en el centro del rótulo con ayuda del dedo pulgar como si fuese el cierre a prueba de niños de una caja de medicamentos. Al mismo tiempo había intentado girar el letrero de CUIDADO, primero en sentido contrario a las agujas de un reloj y luego en el sentido de las agujas del reloj. Posiblemente todo hubiera sido más fácil si no hubiera torcido los bordes en su primera visita. Aun así, oyó un clic al tercer intento y, seguidamente, el letrero giró hacia un lado de repente.

Eso es lo que había sucedido media hora antes. Leon había contemplado con asombro el cierre de seguridad que había quedado al descubierto detrás del letrero, lo había palpado con los dedos y, finalmente, había probado si encajaba alguna de las llaves que llevaba consigo. El entusiasmo eufórico que experimentó al ver que la ranura giraba sin problemas con la llave de su casa se desmoronó cuando descubrió que no era la puerta lo que había abierto, sino sólo una tapa del tamaño de una postal bajo la cual se hallaba oculto un cuadro electrónico. Las teclas no estaban rotuladas con números, sino con letras.

¿Y ahora, qué?

Había llevado la llave consigo, pero ¿qué código debía introducir?

Leon probó con las contraseñas más lógicas: «Natalie», «Leon», sus apellidos y apelativos cariñosos, incluso con «Morphet». Todo en vano.

Entonces su mirada se dirigió a la parte interior de la placa que cubría la cerradura. Sólo al verla más de cerca se dio cuenta de las finas marcas de lápiz que acababan formando varias letras. Lo leyó:

¡El violín es la clave!

¿Pero qué significaba aquello?

¡Mi yo sonámbulo construye una frase para recordar una contraseña y no consigo comprenderla estando despierto!

Leon había sobrepasado claramente su límite de capacidad. De nuevo la solución de un acertijo le había conducido a otro. Ahora, de pie frente a los restos del espejo de su baño, Leon reconoció definitivamente que ya no estaba en condiciones físicas ni mentales de llegar al fondo del asunto completamente solo.

No quería, mejor dicho, no podía, esperar más a Sven. Necesitaba ayuda.

Y de forma inmediata.

Leon salió corriendo del cuarto de baño en dirección al pasillo, cogió el teléfono inalámbrico que estaba en el cargador y regresó con él al dormitorio. Era allí, junto al portátil, donde había dejado la tarjeta de visita del comisario Kroeger.

¿Qué demonios...?

Se quedó mirando fijamente la pantalla del teléfono de casa.

Las teclas se iluminaban cada vez que las tocaba. También podía oírse un crujido electrostático si se acercaba demasiado el aparato al oído y escuchaba con atención. Por lo demás, la línea telefónica no funcionaba.

Pero ¿no lo había cargado?

No había señal. Nada cambió cuando marcó las primeras cifras.

¡Maldita sea, no puede ser!

Pensó en el móvil de Natalie, pero no recordaba el lugar donde lo había puesto la última vez. *¿Quizás abajo, en el foso?*

En cualquier caso, no estaba en sus bolsillos ni tampoco lograba encontrarlo en otro sitio. Así que se dirigió a la puerta principal para ir a preguntar al piso de abajo, donde vivía la señora Helsing, si podía utilizar su teléfono. Y se encontró con el siguiente problema: se hallaba encerrado.

Leon se quedó mirando fijamente la puerta de su casa como ensimismado. Clavó los ojos en la cerradura, donde normalmente estaba la llave. Entonces recordó en qué cerradura la había dejado puesta.

Abajo. En el laberinto. Maldición...

Leon lanzó un suspiro que acabó convirtiéndose en un largo bostezo.

No puedo hacerlo. Otra vez no.

Pero no tenía otra elección. Se sentía infinitamente cansado, le pesaban los ojos como si le colgaran unas pesas de los párpados. Pero no servía de nada.

Si lo que deseaba era acabar lo antes posible con aquella locura, tenía que bajar una vez más.

Al laberinto.

Antes de eso, decidió ir al baño. Agradeció el hecho de no poder verse en el espejo roto. Se asustaría de sí mismo aunque sólo reflejase un poco de cómo se sentía ahora.

Mientras Leon orinaba de pie, su mirada fue a parar al armario de los medicamentos que Natalie había colocado encima del lavabo, a la altura de la cabeza. Tenía un botiquín bien surtido desde que había viajado a la isla de la Reunión. Entre las aspirinas, los antibióticos, el yodo, los medicamentos para la gripe y la diarrea, las pastillas para el mareo y las alergias y los vendajes, Leon también encontró las píldoras con alta dosis de cafeína que su mujer había tomado cuando acaban de inaugurar la galería, a fin de poder seguir trabajando por las noches. Se tragó dos pastillas de una vez y metió el resto en la caja.

Sobre todo no debo dormirme.

A continuación ajustó la cámara en su cabeza, encendió el foco y se preparó por tercera vez para bajar a la oscuridad.

Cuando Leon abrió los ojos unas horas más tarde no supo dónde se hallaba.

Estaba sentado erguido en la cama. Se había levantado del susto debido a un ruido que sonaba como el chirrido de un grifo. Observó los accesorios de maquillaje que había sobre el secreter y la lámpara del techo intacta, y se preguntó por qué se sentía tan inmensamente aliviado.

Su mano acarició la sábana arrugada, sintió el calor de un cuerpo que debía de haber estado tumbado junto a él hasta hacía poco. Y entonces lo olió: el perfume, la elegante fragancia de verano que tanto había echado de menos en su pesadilla.

—¿Natalie? —gritó con la voz aún tomada tras el sueño.

—Sí, cariño —oyó que respondía ella desde la habitación contigua.

Tranquila, sosegada, alegre.

Gracias a Dios.

La pesadilla que había dejado el sueño tras de sí se diluyó.

¡Todo está en mi cabeza!

—No te imaginas el disparate que he soñado —gritó, y comenzó a reír.

Echó un vistazo al armario que estaba en el mismo lugar que de costumbre y que, mirándolo bien, parecía demasiado pesado como para ser cambiado de sitio sin ayuda externa.

No existe ninguna puerta. Ningún foso. Ningún espejo trucado.

—He soñado que había descubierto un laberinto estando sonámbulo, detrás de la pared de nuestra habitación —dijo sacudiendo la cabeza para sí mismo. De nuevo se aseguró de que el dispositivo de USB no estuviese conectado en el portátil que había encima del secreter. Y salió de la cama de un salto, espabilado y despierto como nunca lo había estado antes.

»Abajo había pasillos y un espejo por el que podíamos observar a los Falconi. ¿Puedes imaginártelo? En el sueño tenía miedo de quedarme dormido. —Leon oyó la cisterna del váter en el cuarto de baño—. Por cierto, me he grabado a mí mismo. Como antes. ¿Me oyes, Natalie?

—Perfectamente, cariño.

Las palabras de su mujer fueron acompañadas por el ruido de fondo de un grifo que se abría.

—Era como un videojuego, una completa locura. Tú habías desaparecido y yo estaba buscando pistas por todos sitios que me llevaban a otro plano o hasta una nueva puerta, y yo te buscaba detrás de ella. Pero ¿sabes qué es lo más curioso de todo?

—No, ¿qué?

Leon se puso los brazos alrededor del cuerpo temblando de frío. Estaba desnudo y, como siempre, Natalie había bajado la calefacción antes de irse a la cama.

—Puedo acordarme de todo, de cada detalle. Normalmente es como si me

borraran el sueño de la memoria con tan sólo bostezar, pero esta vez hasta sé qué he estado pensando poco antes de despertarme.

Leon abrió la puerta del armario rústico para ponerse algo por encima.

Y mi último pensamiento allí abajo, antes de quedarme dormido delante de la puerta secreta con el letrero de CUIDADO, ha sido: «Tienes que mantenerte despierto. Coge las llaves de tu piso, vuelve a subir arriba, pide ayuda. Pero, por lo que más quieras, no vuelvas a dormirte».

—Tenía tanto miedo de lo que podría hacer estando sonámbulo que deseaba estar consciente a toda costa. Incluso me tomé tus pastillas «para no dormirse» que estaban en el armario de los medicamentos.

—Lo sé —dijo Natalie con una voz que, de repente, ya no provenía del cuarto de baño.

Leon se puso la mano en la boca, asustado.

—Sólo deseabas ir a buscar la llave que estaba puesta en la puerta con el cartel de CUIDADO, pero de pronto te sentiste tan cansado allí abajo que te quedaste dormido con la cámara en la cabeza en ese callejón sin salida, ¿tengo razón?

No, te lo ruego. No dejes que empiece todo de nuevo.

La voz de su esposa sonaba cercana y clara como si estuviese de pie delante de él. Pero frente a él no había nada más que...

¡... el armario!

—¿Natalie?

Leon apartó las perchas hacia un lado como si esperara seriamente que su mujer se hubiese escondido entre las prendas de ropa igual que un niño.

—Cariño, ¿dónde estás?

—Aquí, estoy aquí.

—¿AQUÍ, dónde?

—No lo sé. ¡Está tan oscuro! ¡Por favor, ayúdame! —dijo Natalie con una voz que parecía alejarse de nuevo. Sin embargo, nada había cambiado en el lugar de donde provenía. Se hallaba justo detrás del armario de la ropa.

Pero eso es imposible.

Leon arrancó la barra del armario junto con los colgadores y la ropa. A continuación dio una patada con el pie en la parte posterior, que estaba encolada, hasta que ésta se desprendió y volcó hacia un lado, como si se moviese por arte de magia.

En lugar de la cámara acorazada que esperaba encontrar, Leon vio en la pared un agujero recién tapiado. El cemento aún estaba húmedo. Leon podía dejar la huella de sus dedos en la masa grisácea.

—Sácame de aquí —le pedía Natalie ahora, casi llorando de repente.

Su súplica era como un aguacero helado. Leon dio un paso hacia atrás y tropezó con la palanca que había utilizado antes para golpear el espejo.

Pero ANTES era un sueño de verdad. AHORA es la realidad, ¿no es así?

—¡Leon, libérame antes de que sea demasiado tarde!

La desesperación de Natalie era lo más parecido al grito de un recién nacido.

Era imposible ignorarlo. Leon se vio manejado por su instinto en cuanto cogió la palanca y la colocó entre las ranuras.

—Ya voy —fueron las últimas palabras que dijo antes de conseguir hallar un punto estratégico entre los ladrillos. Rápido, demasiado rápido, primero se desprendieron de la pared trozos pequeños como si fuesen migas de pan, luego fragmentos más grandes y, por fin, la piedra en su totalidad.

—Date prisa antes de quedarte dormido de nuevo —oyó que gritaba Natalie, y entonces apareció el agua.

Al principio sólo salió del muro una gota oscura. Luego el agua empezó a manar como si se hubiese reventado una válvula y, antes de que Leon hubiese podido apretar con la mano el agujero de la pared, salió disparado un chorro de agua con tanta fuerza que el muro empezó a quebrarse, hasta que, finalmente, cayó encima de Leon.

Quería gritar, pero sólo lograba inhalar agua fría con un sucio sabor que era incapaz de expulsar tosiendo, porque la presión que tenía en la parte superior de su cuerpo era cada vez más fuerte. Algo le arrastraba hacia lo más profundo y le amenazaba con ahogarle mediante un húmedo abrazo. Leon se sacudió, pataleó con las piernas y los brazos, encontró un lugar donde apoyarse, tomó impulso con todas sus fuerzas y consiguió atravesar con la cabeza una superficie viscosa. Abrió los ojos, tomó aire y tosió. Y mientras su cuerpo intentaba expulsar el líquido que aún tenía en la tráquea, se acabó el sueño.

Leon deseaba continuar atrapado en la parálisis del sueño de la que justo acababa de liberarse. De esa forma no hubiera tenido que verse recostado en su bañera, completamente vestido y acompañado de un lejano zumbido en sus oídos, ni saber si aquel color rojo se debía a sus heridas o provenían del otro ser vivo inerte que se hallaba con él dentro de la bañera.

¿Qué es esto?

Al principio lo había tocado con la mano, y le había parecido que no debía existir sensación más repugnante que la que había experimentado al sumergir los dedos en el agua y tocar aquel cuerpo blando. Había repasado todas las explicaciones posibles: una esponja, una toalla, una muñeca. Pero no lograba engañarse a sí mismo. El pelaje había pertenecido alguna vez a algún organismo vivo, y también las vísceras en forma de tubo que flotaban a su alrededor en la superficie del agua.

Leon salió de un salto de la bañera, a punto de vomitar, y, al hacerlo, se enrolló sin querer en las tripas del animal, arrancándolas.

¿Alba?

La gata muerta cayó dando un fuerte golpe contra el suelo, con sus ojos inanimados apuntando a Leon. Había abierto el hocico en lo que parecía un último bufido, ahora congelado para siempre en su garganta.

Leon también abrió la boca. De haber continuado respirando por la nariz no hubiera podido reprimir las náuseas.

El olor a sangre era tan intenso como el ruido sordo de un puñetazo sobre la madera que Leon había oído en el pasillo hacía algún rato. No era el único sonido con el que alguien intentaba llamar la atención delante de la puerta de la casa. El invitado impaciente utilizaba, además, el timbre de la puerta, que se oía por todo el piso.

¿Cómo es que funciona?, se preguntó Leon al borde de la histeria y de sufrir un ataque de nervios.

Mi esposa maltratada huye de mí, ya no puedo distinguir entre el sueño y la realidad, me despierto otra vez en la bañera con un gato muerto... ¿Y me preocupo por el timbre de la puerta?

Salió del cuarto de baño arrastrando los pies y avanzó a hurtadillas por el pasillo como si fuese un ladrón: despacio, con cuidado e intentando no hacer ningún ruido, lo que resultaba prácticamente imposible, ya que sus botas de trabajo se habían llenado hasta arriba de agua y rechinaban con cada paso que daba. Además, le costaba no perder la bota izquierda, a la que, por algún motivo, le faltaba el cordón.

Aún tenía algo de agua en la tráquea. Leon no lograba contener el picor de la garganta. Desde luego no tenía que temer que la persona que había delante de la puerta le oyera, porque, con el ruido que ella misma estaba causando, era imposible.

¿Quién demonios es?

Leon miró por la mirilla y cerró los ojos con alivio.

—¡Gracias a Dios! —dijo. Lo que más hubiese deseado hacer en ese momento era llorar de alegría.

Los golpes y timbrazos dejaron de sonar.

—¿Leon? —preguntó Sven a través de la puerta.

—Sí.

—¿Qué ocurre? ¡Abre de una vez!

—Un momento, enseguida voy.

Leon se tocó el bolsillo y se sorprendió al encontrar el manajo de llaves que había dejado en el laberinto la última vez, puestas en la cerradura de la puerta con el cartel de CUIDADO.

¿Cómo han podido llegar a mis pantalones otra vez?

Le costó sacar la llave del bolsillo húmedo. A continuación le abrió a su amigo, que entró en el piso gesticulando furioso.

—Leon, llevo ya un cuarto de hora delante de tu... ¡Oh, Dios! —Apenas miró a Leon, se esfumó de su cara cualquier señal de enfado—. ¡Por todos los cielos! ¿Qué te ha pasado? —preguntó. Al menos eso fue lo que Leon creyó que Sven *quería* preguntar, pues tartamudeaba como rara vez lo había hecho antes.

—Me alegro de que estés aquí —dijo Leon volviéndose a la izquierda, donde estaba el espejo junto al guardarropa. Enseguida comprendió por qué Sven lo examinaba tan horrorizado. Seguía llevando puesto su mono azul, sólo que ahora estaba negro por la humedad, *o la sangre*, y eso era sin duda lo que inspiraba más desconfianza. Su rostro parecía como si se hubiese maquillado como un payaso y luego hubiese metido la cabeza debajo del agua: manchas rojas negruzcas y otras impurezas se arrastraban por la frente y las mejillas hasta la barbilla.

La suciedad fuliginosa había convertido su cabello en un fajo de mechones, parte de los cuales sobresalían revueltos mientras el resto se pegaban a la cabeza como si fuesen algas. Sus ojos rojos inflamados y hundidos completaban la impresión que daba de haber enfermado gravemente sin que aún se le hubiesen manifestado los peores síntomas.

—Necesito tu ayuda —dijo Leon con un graznido. Su aspecto había engullido su propia voz.

—¿Estás quemado por el trabajo? —preguntó Sven intentando formar frases cortas.

—No. No es el trabajo. —Leon se rio entre dientes porque la pregunta le parecía absurda—. No he vuelto a trabajar desde que desapareció la maqueta.

—¿Desapareció? —Sven miró a su amigo fijamente, posiblemente más perplejo de lo que lo había estado hasta ahora.

—Sí. Se fue. Ya no está. Igual que Natalie. Ya te lo dije. Creo que nuestro trabajo está ahí abajo, donde está ella, en el laberinto.

—¿Dónde?

—En el laberinto que descubrí detrás de mi armario. Ven, te enseñaré la puerta.

Leon fue a coger la mano de Sven, pero él la retiró a tiempo antes de que sus dedos se tocaran.

—¡Tú lo que tienes es fiebre!

—No. Sí, puede ser. No tengo ni idea... —Leon buscó desesperado las palabras adecuadas para explicarle a Sven la locura en la que se había visto atrapado y, al no hallarlas, se apretó con los puños en las sienes con desespero—. No sé qué es lo que me ocurre. Por favor, te lo suplico. Deja que te enseñe la puerta.

Durante un tiempo permanecieron callados, uno enfrente del otro, hasta que Sven asintió por fin con un suspiro:

—De acuerdo.

Leon se sintió aliviado.

—Muy bien. Gracias. Te lo agradezco. Ven conmigo.

Avanzó hacia el dormitorio dándose la vuelta cada dos pasos para asegurarse de que Sven le seguía.

—Ahí está —dijo cuando llegaron a la habitación.

—¿Dónde?

—Aquí...

Leon alcanzó el lateral del armario rústico y se apoyó en él con ambas manos como quien hace *footing* y desea hacer estiramientos antes de empezar a correr.

—Sólo tengo que apartar esto un momento para... —Leon se detuvo desconcertado. A pesar de haber reunido toda su fuerza, no lograba mover el armario ni un solo milímetro—. Ayúdame un momento —le pidió, pero Sven simplemente levantó la mano en señal de rechazo.

—Ya he visto suficiente.

Su mirada fue a parar al desorden que Leon había dejado tras de sí en los últimos días: la ropa desparramada, la silla metálica del secreter volcada en el suelo... y los vidrios rotos de la lámpara del techo que sobresalían entre la palanca y otras herramientas que estaban esparcidas fuera de la caja a la que pertenecían.

—Sin duda trabajas en exceso —dijo Sven tartamudeando mientras contemplaba con desconfianza las zapatillas de deporte con las suelas derretidas que había a sus pies. Estaban al lado de un par de guantes de goma usados.

—No —gritó Leon con un tono más alto de lo que pretendía—. Es peor que eso. Créeme.

Dios mío, no dejes que se vaya. No hasta que haya podido demostrárselo.

Leon había abandonado el armario y se había arrodillado debajo de la cama buscando algo.

—¿Qué buscas?

—La cinta de la frente. La cámara para la cabeza. Lo grabé todo mientras estaba abajo. —Leon alzó la vista y esbozó una sonrisa forzada—. ¡Pues claro, Dios, qué tonto soy! Puedes verlo por ti mismo. Ven.

Dio un salto y se fue hasta el portátil que había encima del escritorio. Aún estaba

encendido, aunque se mantenía en modo *standby*.

—Espera, enseguida entenderás a qué me refiero... —Leon apretó varias veces, una detrás de otra, la tecla de «escape». Al encenderse la pantalla se dio media vuelta... y se vio a solas en la habitación.

—¿Sven?

No, por favor, no. ¡Que no haya desaparecido también!

Salió a toda prisa del dormitorio y volvió al pasillo, mirando nervioso por todos lados.

—¿Sven?

En lugar de oír una respuesta, oyó el crujido del *parquet*, no lejos de él, en el vestíbulo.

—¡Sven, vuelve! —gritó a su amigo mientras se apresuraba hacia la puerta. Tenía la esperanza de alcanzarlo en el ascensor. Y a punto estuvo de tropezar con él, pues no contaba con encontrárselo agachado justo detrás de la puerta en posición inclinada.

—¡Eh, cuidado, que aún lo vas a romper!

—¿Romper qué? —preguntó Leon sin aliento. En lugar de darle una respuesta, su amigo se apartó a un lado.

—Abracadabra... Nuestra maqueta desaparecida —sonrió Sven. Sus palabras surgían ahora de sus labios más fácilmente. A continuación levantó la maqueta de cartón del nuevo hospital y pasó delante de Leon llevándola con ambas manos.

—Pero, pero, pero, pero... —Ahora era Leon quien tartamudeaba—. Pero ¿no puede ser!

—¿Y por qué no? —preguntó Sven de camino al estudio.

—¿De dónde la has sacado?

Sven llegó hasta el escritorio y colocó la maqueta en medio de la superficie de trabajo.

—¿De dónde va a ser? La vine a buscar. —Unas arrugas de preocupación aparecieron en su frente—. ¿Es que lo habías olvidado?

—Sí —suspiró Leon.

Al igual que tantas cosas.

—Me temo que debía estar durmiendo cuando ocurrió.

Captó una mirada burlona en su compañero.

—Tonterías. Eso es completamente imposible. Estuve hablando contigo durante un buen rato.

—Eso también ocurre en un estado inconsciente.

—¿Me tomas el pelo?

—No. Es poco común, pero no es nada extraño que los sonámbulos se comporten prácticamente como las personas normales —explicó Leon nervioso. Mientras hablaba sus pensamientos se precipitaban.

¡Quién sabe cuántas veces me quedo dormido! ¿Y si no me he puesto siempre la

cámara? ¿Qué habré hecho mientras duermo que no pueda verse en las cintas?

—Algunos se hacen la comida y a la mañana siguiente no saben que se han comido una *pizza* de salami y han lavado los platos después mientras estaban durmiendo profundamente —continuó diciendo—. Otros tienen largas conversaciones con sus parejas, salen de paseo, encienden el televisor o intentan poner sus coches en marcha.

Y también hay otros que, mientras duermen, entran en un mundo intermedio despiadado, y a su mujer...

Leon prefirió no llegar al final de ese pensamiento.

—Hay una solución más fácil, socio —dijo Sven saliendo del estudio—. Sencillamente estás agotado de tanto trabajo.

Leon suspiró.

—No. No es eso. Por desgracia no es eso. No tienes ni idea. No sabes lo que pasa aquí..., lo que *me* pasa cuando duermo. Lo he grabado. Por favor, créeme. Míralo por ti mismo.

Sven dio un profundo suspiro que casi sonó divertido.

—¿Una película?

—Sí.

—¿De ti durmiendo?

—Exacto.

—¿En el portátil?

—Bueno, en el dormitorio.

Durante un instante ninguno de los dos amigos dijo una palabra, hasta que Sven puso los ojos en blanco como un padre que no puede negar a su hijo un insensato favor.

—Muy bien. Pero antes tengo que ir al baño un momento.

—¿Qué?

—A mear. Al baño. Necesito ir.

—No.

Leon se adelantó para cerrarle el paso, pero ya era demasiado tarde. Su amigo ya había abierto la puerta del cuarto de baño.

—Pero ¿qué...? ¡Dios mío!

Sven retrocedió como si le hubiesen dado un azote en la cara.

—Estás enfermo —susurró y, curiosamente, no tuvo ningún tipo de problemas con el habla mientras susurraba.

—No he sido yo —dijo Leon, y señaló el gato muerto que había sobre las baldosas—. Quiero decir que no ha sido *el Leon* que tú conoces.

—¡Déjame en paz! —explotó Sven con una expresión de repugnancia en la cara, extendiendo los dos brazos para mantener a distancia a su amigo.

—No. ¡Tienes que quedarte!

Leon gritaba tan alto que escupió saliva. Cogió a Sven con ambos brazos;

emplearía la fuerza si era necesario para evitar que se fuera. Pero estaba demasiado débil para ello. Sven no tuvo ningún problema en soltarse de aquel agarrón.

—¡No me toques! —dijo Sven jadeando, y se alejó de espaldas hacia la salida con los puños en alto.

—Por favor, Sven. Lo he grabado todo. Me he grabado a mí, el foso, el túnel. Incluso a los Falconi detrás del espejo.

Le imploró que se quedara, que viera el vídeo. Pero cada una de sus palabras únicamente conseguía que Sven deseara salir aún más rápido de aquella casa.

—Estás completamente loco —fue lo último que le gritó su amigo después de abrir de golpe la puerta de casa. Luego se esfumó de su campo de visión y Leon sólo oyó que sus pasos pesados bajaban con estrépito la escalera.

¿Y ahora? ¿Qué hago ahora?

Leon hubiese salido corriendo detrás de él, pero el recuerdo de Natalie huyendo por la escalera del edificio unos días antes en similares circunstancias misteriosas (y quizás para siempre), hizo que se detuviera.

Agotado, se apoyó contra el interior de la puerta cerrándola con la espalda y, de nuevo, empezó a hablar consigo mismo.

—Yo también debería marcharme. Ivana tiene razón. Es esta casa. Debo irme de aquí.

Fue hasta la mesita del teléfono y cogió del cargador el terminal inalámbrico del teléfono fijo.

—Tengo que irme.

Al escuchar la señal de tono se vio perdido. Empezó a reírse y su cuerpo entero se sacudió.

Mi llave. La maqueta. La señal del teléfono... Todo vuelve a estar ahí. Lo único que sigue sin aparecer es mi juicio.

Regresó al dormitorio riéndose para sus adentros como un histérico y buscó la tarjeta de visita del policía que había dejado al lado del portátil. Al menos sus recuerdos no le engañaban en ese punto.

—Hola. ¿Señor Kroeger? Por favor, venga usted a buscarme —se rio sin aliento mientras marcaba el número del comisario. Escuchó la señal de ocupado después de marcar la cuarta cifra y se sorprendió.

Al parecer se había distraído tanto con la pequeña luz parpadeante del dispositivo de USB que había en el portátil, que había tardado demasiado tiempo en marcar y ahora tenía que volver a empezar de nuevo.

—No. Esto no puede seguir así —se dijo a sí mismo—. No quiero ver lo que he grabado.

Durante la última fase de mi sueño. Después de haberme quedado dormido en aquel camino sin salida, frente a la puerta del letrero de CUIDADO.

—No quiero verlo —repitió Leon una vez más en un susurro.

No mientras esté solo, acabó diciendo mentalmente.

Y se agachó para levantar la silla y poder sentarse delante de la pantalla del portátil.

Unos minutos después, Leon regresó corriendo al cuarto de baño, tan rápido que estuvo a punto de perder la bota a la que le faltaba el cordón.

Demasiado tarde. Maldita sea. Espero no llegar demasiado tarde.

La ropa mojada le rozaba el cuerpo cada vez que se movía, pero no era aquello lo que más le preocupaba en ese instante.

No debería haberlo visto, se maldijo mentalmente. Pero ¿cómo iba a resistirse a la pequeña luz que parpadeaba y que quizás señalaba la solución de todos los misterios?

Naturalmente que se habían frustrado sus esperanzas. Aún peor: las imágenes de la última grabación le habían castigado duramente al poner de manifiesto su escaso control de sí mismo.

Si había interpretado bien el vídeo, estaba metido en problemas mucho mayores de los que ya se temía de por sí. De todo el material considerable que entretanto se había ido grabando en el disco duro, sólo había visto el último fragmento, y sus primeros segundos no habían sido espectaculares en absoluto: el vídeo mostraba principalmente paredes, piedras y peldaños; el camino de regreso que Leon había hecho desde el foso a su apartamento en cuanto se había quedado dormido, desde la puerta que tenía el letrero de CUIDADO.

¡El violín es la clave!

Leon ya contaba con que iba a verse a sí mismo manejando el teclado y abriendo la puerta secreta.

En su lugar he hecho algo mucho peor.

No le había prestado ninguna atención a la puerta secreta que se hallaba al final del camino sin salida. Había regresado sin desviarse, escalando hacia su piso. Estando sonámbulo aún, había vuelto a arrastrar el armario delante del agujero de la pared, acompañándose de movimientos que curiosamente denotaban torpeza, y se había dirigido al cuarto de baño cojeando y sin rodeos.

En ese instante la bañera aún no estaba repleta de agua ensangrentada como lo estaba ahora. *Alba* no yacía muerta sobre las baldosas y, a excepción de los restos del espejo roto a golpes, no había ninguna señal del desorden inminente que Leon iba a causar allí unos minutos después.

Leon se hallaba en ese instante justo en el lugar donde, según se veía en la imagen del vídeo, su yo sonámbulo se había detenido y se había quedado mirando al techo.

Efectivamente.

Justo encima del lavabo había una placa de recubrimiento que estaba movida. Hasta ese momento había pensado que se trataba de un revestimiento del sistema de mantenimiento del calentador de agua.

No es ésta la primera vez que me equivoco desde que me mudé.

Se subió a la tapa del inodoro, donde sus botas ya habían dejado sus huellas antes, y empujó hacia dentro la cubierta por encima de su cabeza. Con las prisas se había dejado la linterna en el dormitorio, pero la luz del baño bastaba para iluminar el primer tercio del foso con forma de chimenea y los travesaños que conducían arriba.

Todo era exactamente como lo había visto en el vídeo; con tan sólo una diferencia: la música del piano había enmudecido. Así como antes se podía escuchar la sonoridad tenue pero inconfundible de los ejercicios de velocidad que llevaba a cabo Tareski, desde la nueva puerta de salida que acababa de descubrir no se oía nada que no fuese el silencio.

No se oyen escalas mortales, pensó, sin darse cuenta de su lapsus freudiano mientras se agarraba al primer travesaño.

Se sentía débil y cansado. No era de extrañar. Durante las últimas horas había hecho aparentemente de todo menos dormir. La sensación fría y angulosa que tuvo al agarrarse no le desencadenó ningún recuerdo. Tampoco el olor polvoriento a moho que iba en su dirección mientras subía. Aunque hubiese sido algo bastante improbable. Al igual que sucedía con la mayoría de las personas sonámbulas, Leon no lograba recordar sus vivencias nocturnas. Por eso mismo no le sorprendía que el foso estrecho que se hacía cada vez más oscuro sobre su cabeza le resultase tan extraño.

Rápido. Date prisa. No debes perder tiempo, dijo su mente dando un impulso.

A mitad del camino, poco antes de que la luz que venía desde abajo se volviese insuficiente y las paredes cerradas que había a su lado amenazasen con desaparecer en mitad de la oscuridad, los dedos de su mano derecha tocaron inesperadamente un trozo de tela.

Leon se palpó la rodilla y notó el correspondiente rasguño. Hasta entonces no se había dado cuenta de que quizás se le había quedado la pierna enganchada en la escalerilla mientras dormía. Pero la ropa estropeada era su menor problema teniendo en cuenta el hecho de que, en ese momento, el asunto era de vida o muerte.

Dios mío, ¿qué he hecho?

A diferencia de lo que había sucedido en casa de Ivana Helsing, el foso no conducía a ningún cuarto de baño, sino a una pequeña recámara. En aquel instante, el cuarto sin ventanas al que Leon había accedido arrastrándose a través de una losa abierta se hallaba en completa oscuridad, por lo que apenas podía verse la mano delante de los ojos. Por la grabación sabía que la habitación era cuadrada, y que estaba vacía por completo.

Se arrastró de rodillas, tocando a ciegas el suelo de madera hasta que encontró la cámara que había tenido puesta en la cabeza. Aparentemente la había perdido al regresar.

Leon encendió el foco de la cámara y alumbró el camino que se abría hacia la puerta.

Sabía que debía girar a la derecha. Y sabía que no había ningún motivo para deslizarse silenciosamente. Con toda probabilidad, Tareski no podría despertarse ni con una explosión en su propio piso.

Leon se colocó la cinta con la cámara alrededor del cuello y corrió por el pasillo hasta abrir de golpe la puerta del salón.

—¡No! —gritó al ver la escena.

En la grabación no parecía tan real; tan horrible. Más bien era como un espejismo del que uno puede deshacerse simplemente borrando la grabación. Pero los ojos saltones de Tareski, su boca cubierta de espuma, el rostro hinchado de un color azul-violeta no podían desaparecer apretando sencillamente un botón. Al contrario. La mirada del farmacéutico, que se hallaba inerte en la alfombra frente al piano, iba a perseguirle a lo largo de toda su vida. Leon estaba seguro de ello.

Miró a su alrededor y encontró una mesita cerca de la ventana sobre la cual había unas tijeras. Las cogió, a pesar de que probablemente no iban a servirle de mucho.

En la grabación se le veía a él mismo deslizándose por detrás mientras Tareski estaba sentado en su piano sin sospechar nada, concentrado y con los ojos cerrados. Se le distinguía en la imagen que se reflejaba en la superficie negra y brillante del piano. En algún lugar, entre el cuarto y el salón, Leon debía de haber cogido el cordón de su bota y, un par de pasos después, lo había utilizado en forma de cuerda alrededor del cuello de su víctima, tirando de él con fuerza y rapidez.

Tareski respiraba con dificultad. Sus ojos ya habían dejado de parpadear; estaban totalmente desorbitados mientras intentaba pasar los dedos por debajo del cordón con el que Leon le estaba asfixiando despiadadamente. Al mismo tiempo, se rebelaba contra él, intentando levantarse con fuerza de la banqueta del piano a fin de poder identificar a su pérfido agresor. Sin embargo, al darse cuenta de que no lo lograba, decidió concentrarse simplemente en sobrevivir y puso todos sus esfuerzos en conseguir respirar de nuevo.

Después de que Leon apretara el nudo y lo dejara agonizando en el suelo delante de su piano, el farmacéutico había conseguido en algún momento deslizar el dedo pulgar por debajo del cordón. Al parecer, Leon lo había apretado con poca decisión, o bien —lo cual era peor aún— había dejado el cordón un poco suelto para que perdurase la agonía.

—¡Le he estrangulado! —susurró Leon profundamente afectado, y se arrodilló. Las lágrimas brotaron de sus ojos y sintió tanta culpabilidad que comprendió por primera vez por qué las personas pueden quitarse la vida por propia voluntad. Puso las tijeras en el nudo y le hizo sin querer un corte a Tareski, lo que resultó ser una suerte, pues de otro modo quizás no se hubiese dado cuenta de que el hombre estaba reaccionando al dolor. El labio superior del farmacéutico había temblado sólo un poco, pero al fin y al cabo era una señal de que estaba vivo.

Sin perder tiempo en tomarle el pulso, Leon empezó con los intentos de reanimación. Puso a Tareski boca arriba, colocó ambas manos en la zona superior del

pecho para hacerle un masaje presionando y...

Tres... Dos... Uno.

¡Nada!

—¡Vamos! —gritó empezando desde el principio.

Tres... Dos... Uno.

Leon estiró el cuello de Tareski, apretando los labios contra la boca abierta del hombre. Alentado por la esperanza de que quizás aún no fuera demasiado tarde, soltó el aire de sus pulmones dentro de los del farmacéutico y sintió cómo la parte superior de su cuerpo se hinchaba para luego desplomarse.

—Vamos ya de una vez. Por favor...

Leon pasó nuevamente a darle un masaje en el corazón. Tenía la sensación de que todo lo que estaba haciendo sucedía a cámara lenta.

Los pensamientos le atravesaban la cabeza como un destello de luz cada vez que sus dedos se hundían en las costillas de Tareski.

Tres...

No se trata sólo de Natalie. O de Tareski. Tengo acceso a todos los apartamentos. Puedo observar a todos los vecinos.

Dos...

Soy un gran admirador del arquitecto, he estudiado las obras de Von Boyten.

Uno...

No fuimos nosotros quienes escogimos este piso. Fue él quien nos eligió a nosotros.

Cero.

Leon cayó hacia atrás de un buen empujón después del cuarto intervalo. Tareski intentaba levantarse, escupiendo y jadeando al mismo tiempo. Luego aparecieron las convulsiones.

¡Gracias a Dios!

El cuerpo espástico y encorvado del farmacéutico se agitó con tanta fuerza debido a los ataques de tos que Leon temió que el hombre no tuviese aún oxígeno suficiente. Sin embargo, enseguida oyó que lograba coger aire entre dos de los ataques convulsivos, y el ruido de la respiración silbante fue como música para sus oídos.

—Lo siento —dijo Leon consciente que aquella disculpa era completamente insuficiente para lo que había hecho. A pesar de que todo había sucedido en unas circunstancias en las que no era responsable de sus actos. A pesar de que su ataque no hubiese causado un daño físico irreversible. A partir de este día, su vecino ya no iba a poder sentirse seguro. No cuando se sentara en su coche y mirara a través del espejo retrovisor. Y desde luego no en su piso, donde había sido atacado de repente.

—Voy a buscar ayuda —dijo Leon dando por hecho que Tareski no podía oír sus palabras en absoluto. Aunque el pobre hombre ya no estuviese agonizando, seguía luchando por respirar sin poder sentir nada más que su propio cuerpo. A lo mejor percibía la sangre en su boca tras haberse mordido en la lengua. Probablemente podía

oír sus propios jadeos y estertores; quizás también el latido desbocado de su corazón y la sangre que salía disparada contra los tímpanos con la misma presión que la de un camión cisterna. Pero, desde luego, lo que Tareski no podía oír era el sonido que hizo temblar a Leon hasta la médula mientras iba en busca de un teléfono.

Es imposible.

Leon dio media vuelta hacia el piano, frente al cual el farmacéutico seguía tumbado en posición fetal. Se quedó mirando fijamente las teclas, que seguían moviéndose a pesar de que no había nadie delante de ellas, y que reproducían los mismos tonos que había escuchado tantas veces durante los últimos meses.

Pero ¿por qué...?

Leon se acercó un paso más y vio el fino cable que había sido instalado en el lateral del piano, a los pies y por detrás, y que probablemente iba a parar a algún enchufe de la pared.

Consternado, observó de arriba abajo al farmacéutico y de nuevo el piano electrónico que, por lo visto, había sido programado a propósito para que no tocara bien. El ritmo de las escalas musicales era desigual. Sonaba como si no las hubiesen practicado, lo que creaba disonancias una y otra vez, aparentemente por casualidad, como si alguien se estuviese equivocando mientras tocaba.

Todo esto no tiene ningún sentido.

Leon se inclinó sobre el teclado y estudió la partitura abierta. A continuación miró a Tareski, que entretanto había conseguido ponerse a gatas mientras tosía igual que un perro. Y fue en ese instante cuando supo con una claridad verdaderamente dolorosa qué código necesitaba para abrir la puerta del laberinto que había más abajo.

Se negó a hacer el camino de regreso a través de la habitación de Tareski.

Leon deseaba volver al laberinto, lo que teóricamente hubiera sido posible si se hubiese hallado de nuevo en su cuarto de baño y, por lo tanto, en su piso. Sin embargo, el acceso a través de la puerta secreta estaba cerrado porque no había conseguido mover a un lado el armario, algo que probablemente se debiera al grado de agotamiento que sufría y a su falta de fuerzas. En ese momento se hubiese dormido en el acto de haberse permitido tan sólo un segundo de descanso. Puede que aquella evolución fuese igual de inexplicable que todo lo que le había sucedido hasta entonces mientras buscaba a Natalie. Una búsqueda que resultaba ser cada vez más la de sí mismo.

Sea como fuere, las consecuencias eran las mismas: Leon debía escoger otro acceso al mundo que había entre los apartamentos a fin de comprobar sus sospechas. Y para ello sólo le quedaba una posibilidad.

Desbloqueó la puerta de la casa del farmacéutico, quien, si bien aún no estaba recuperado del todo, sí parecía sentirse bastante mejor. Había logrado incorporarse por sus propios medios y ya no tosía tan ruidosamente como antes. Leon no estaba seguro de si su vecino había podido reconocerle, pero eso ahora ya no le importaba.

Lo único que contaba realmente era conseguir llegar lo antes posible a la puerta del laberinto que tenía el letrero de CUIDADO.

En el pasillo de la casa, le llegó el sonido de un martillo sordo y el chirrido de una sierra circular que acabó por engullir rápidamente la inquietante música del piano electrónico que había en la sala de Tareski.

El olor a madera recién astillada flotaba en el aire. Por el volumen del ruido que se oía, los obreros se encontraban en la planta baja.

¡Dios mío! ¿De verdad ha pasado tanto tiempo?

Leon se acordó de la nota informativa de la administración de fincas. La última vez que había echado un vistazo al tablero magnético de la puerta de la cocina, faltaban aún tres días para los trabajos de renovación que habían anunciado. Y ahora los obreros estaban sacando ya los primeros tablones de la escalera.

Quería llamar al ascensor, pero se había quedado atascado en la planta baja. Probablemente se hallaba bloqueado debido al transporte de material (*¡Prepárese para largos tiempos de espera en el ascensor!*), y Leon no tenía ninguna paciencia, así que empezó a bajar los escalones despacio.

Tuvo suerte de que las obras no hubieran avanzado demasiado, y consiguió llegar hasta la segunda planta sin que le molestaran. Allí se alisó los cabellos precipitadamente pasando por encima la palma de la mano con un poco de saliva, y después llamó a la puerta.

Había tanto ruido en la planta baja que no podía oír lo que sucedía en el interior

del piso. Renunció con impaciencia a todo tipo de civismo y empezó a llamar a intervalos cortos una y otra vez, hasta que por fin se abrió la puerta y, para sorpresa de Leon, apareció un pie desnudo y huesudo en la rendija.

—¿Señor Nader? —preguntó Ivana Helsing sorprendida tras lograr abrir del todo la puerta. No había podido usar las manos para hacerlo porque sujetaba una pila de paquetes pequeños que le llegaba desde el ombligo a la barbilla—. No contaba en absoluto con usted —dijo agachándose de manera engorrosa a fin de equilibrar su peso con una silla que había junto al perchero—. Pensé que era el mensajero que he llamado para hacer una recogida.

A Ivana no parecía molestarle el aspecto considerablemente descuidado de Leon. Ni siquiera hizo alusión a la cámara con la cinta para la frente que se tambaleaba alrededor de su cuello. Ella misma parecía físicamente un poco desarreglada y más mayor que la última vez que se habían visto. Las ojeras eran más oscuras, la piel más gris y tenía el cabello revuelto como si acabara de despertarse.

—eBay —sonrió con un deje de malicia echando un vistazo rápido a los paquetes que había encima de la silla—. Es mejor que no sepa lo que ciertas personas con antojos excepcionales solicitan a personas mayores como yo. ¡Qué le voy a decir! Usted está casado con una artista. Seguro que ya conoce este tipo de abismos. Además, los paquetitos me ayudan a completar los ingresos de mi jubilación.

—Sí, por supuesto —respondió Leon ausente. No había escuchado a Ivana. Los fuertes pasos que se oían desde arriba mientras bajaban pesadamente por la escalera habían desviado su atención.

¿Quién será?

Encima del apartamento no vivía nadie más salvo Tareski.

—¿Me permite entrar? —preguntó Leon nervioso.

Para su sorpresa, la anciana vaciló.

—Bueno, ahora no estoy lista para recibir invitados, ya sabe.

Unos pasos pesados, sin duda los de un hombre, se acercaban.

—Lo entiendo. Es que parece que los obreros han estropeado mi tubería del agua.

Ivana frunció el ceño por detrás de sus gafas.

—Creía que sólo se ocupaban de la escalera.

—Sí. Es increíble, ¿verdad? Ellos tampoco se lo explican. Pero de alguna forma ha ocurrido y ahora me he quedado sin agua.

Leon no se atrevió a darse la vuelta. Si la persona que caminaba escaleras abajo no había conseguido verle aún, en cualquier momento llegaría al tramo desde donde probablemente podría hacerlo.

—¿Y cómo puedo ayudarle? —preguntó Ivana.

—Me resulta muy embarazoso decirle esto, pero ¿podría usar su cuarto de baño?

Ivana le observaba ahora con la mirada fija; seguramente con la misma mirada que él le había lanzado al mensajero que le había hecho entrega de la cámara. Sólo que, a diferencia de aquel bromista, Leon hablaba en serio. Mucho más que en serio.

Realmente *debía* entrar en el cuarto de baño de Ivana. Y hacerlo lo más rápido posible, aunque no fuese para usar el inodoro.

—Bueno, es que yo... Claro. No hay ningún problema.

Ivana se apartó a un lado y Leon se abrió camino por delante de ella, poco después de que los pasos empezaran a oírse con más fuerza detrás de él y, al mismo tiempo, se volvieran visiblemente más rápidos.

Cerró la puerta de golpe. Le habría gustado observar a través de la mirilla, pero eso hubiese desconcertado aún más a su vecina.

—Es por allí —dijo indicándole el camino que ya conocía—. Y, por favor, no tenga en cuenta este desorden.

—No se preocupe. Es muy amable de su parte, de verdad.

Leon pasó por delante de la habitación donde antes había habido una caja, y que ahora se hallaba completamente vacía. La alfombra se movía bajo sus pies. Tenía que ir con cuidado de no tropezar debido a la bota que llevaba suelta.

—Por cierto, ya la tenemos de vuelta —oyó decir a Ivana cuando se disponía a abrir la puerta del baño.

Leon dio un salto rápido hacia ella.

—¿A quién?

La mujer mayor sonrió tan abiertamente que pudo ver cómo relucía el borde de su dentadura postiza en la mandíbula superior.

—¿Es que no la ha visto? —preguntó ella con un sonrisa de alivio.

Leon se volvió hacia la sala de estar, en cuya dirección le indicaba su vecina con el brazo extendido, y creyó que la caja torácica iba a rompersele en pedazos de un momento a otro debido al esfuerzo que estaba haciendo su corazón.

Es imposible.

Y, sin embargo, efectivamente, allí estaba sentada. Como si nunca le hubiese sucedido nada. Como si nunca hubiese desaparecido. Vivita y coleando.

—Ven aquí, *Alba* —le ordenó Ivana dándose unos golpecitos con la mano en los muslos. Pero la gata negra sólo meneaba la cola, sin intención de renunciar de nuevo a la cómoda posición con la que seguía en el sillón que había delante de la chimenea.

Leon bajó tan rápido como su estado le permitía. Esta vez no tenía tanto la impresión de que el foso estuviese llevándole a una zona oculta entre dos mundos, sino más bien al interior de su subconsciente.

Había cerrado con llave la puerta del cuarto de baño de Ivana, había apartado la alfombrilla y había descubierto debajo de ella una baldosa suelta cuyos cantos sobresalían del suelo de un modo más considerable que el resto. Sólo había tenido que empujarla fuertemente hacia abajo para que la baldosa se soltase de donde estaba incrustada y se convirtiera en una palanca con la que poder abrir la trampilla.

A medida que iba bajando los peldaños, adentrándose en la oscuridad ya, las voces de su cabeza se hacían más intensas mientras formulaban aproximadamente la misma pregunta:

¿Sigues en tu sano juicio o es todo una mera ilusión?

Cuanto más oscuro se hacía, menos seguro estaba Leon de que verdaderamente estuviese experimentando todo aquello: *la gata muerta, el farmacéutico agonizando, la entrada en el cuarto de baño.*

Los fríos travesaños en su mano.

Al llegar abajo, Leon se colocó la cinta con la cámara en la frente y activó el dispositivo de grabación que iba a convertirse de nuevo en su única fuente de luz.

No se había tomado la molestia de cerrar la trampilla otra vez. Tan sólo era cuestión de tiempo que la vieja Helsing empezara a preocuparse y fuese a ver por qué seguía sin salir del baño.

La única esperanza que le quedaba a Leon era que la mujer dejase pasar cierto tiempo antes de hallar la fórmula para abrir la puerta del cuarto de baño desde fuera.

Solamente necesitaba unos minutos para comprobar sus sospechas.

Para abrir la puerta con el letrero de CUIDADO.

Para descubrir lo que he podido hacer mientras dormía.

Al final del callejón sin salida tocó cuidadosamente el panel de control que había al descubierto en la puerta secreta. Había introducido tantas veces una combinación de letras que no era, que sólo le cabía esperar que la cerradura electrónica no se hubiese bloqueado hacía rato debido a los numerosos intentos equivocados.

Leon sacó del bolsillo de su pantalón la partitura que se había guardado en casa de Tareski y pasó sus dedos por encima para alisarla.



Sintió que tenía en la mano la solución de aquel acertijo.

¡El violín es la clave!

La clave del violín.

Su yo sonámbulo había escuchado la música del piano de Tareski y la había memorizado. No tenía que introducir ninguna contraseña para abrir la puerta, sino una serie de sonidos.

¡Los que había tras la clave del violín!

Contempló la partitura de Tareski y, por primera vez en su vida, agradeció el hecho de que sus padres adoptivos le hubiesen atormentado durante años con que fuera a clases de trompeta. De no haber sido así, los puntos y las líneas no hubieran tenido mucho significado para él.

Unas voces interrumpieron su estado de concentración; un susurro a lo lejos, tan apagado como el de un televisor en la casa de al lado. Pero eran voces, en plural, y una de ellas sonaba igual que la de Ivana. Era evidente que había ido en busca de ayuda y había descubierto la trampilla del cuarto de baño.

¿En tan poco tiempo?

Leon se volvió otra vez hacia la puerta secreta y la partitura. De pronto, no pudo evitar pensar en sus padres. Y en el accidente. Se preguntó por qué razón estarían invadiéndole aquellos horribles recuerdos precisamente en ese momento. Leon miró fijamente la partitura que tenía en sus manos y, de repente, tuvo la sensación de que una rueda dentada había encajado en la posición correcta dentro de su cabeza, poniendo al descubierto un razonamiento que había estado bloqueado: *Moll*.

El apellido de sus primeros padres adoptivos.

Los mismos que me mandaron a casa. Por haber estado de pie con un cuchillo, mientras dormía, frente a la cama de su hijo.

Adrian Moll.

A-Moll.^[3]

A-H-C-D-E-F-G-A.^[4]

La voz que había en el interior de su cabeza y que le advertía que debía apresurarse, se tornó más silenciosa al apretar las teclas adecuadas. Y a diferencia de los ruidos que había detrás de él, que se oían más fuertes y cercanos, las voces de su cabeza cesaron por completo en cuanto apretó la A por última vez. Al hacerlo, oyó un ruido similar al de aplastar una cucaracha con el pie, y la puerta se abrió de golpe.

Leon agrandó por fin la visible hendidura empujando la hoja de la puerta hacia dentro con todo el peso de su cuerpo.

Aún no se había abierto más de la mitad, cuando escuchó los gemidos atormentados de una mujer y supo que había encontrado a Natalie.

Unas lonas de plástico de color lechoso, similares a las que cuelgan del techo en las puertas de los almacenes frigoríficos como entrada de seguridad, le impedían mirar algo que, en el fondo, no desaseaba ver en absoluto. Imaginó cómo encontraría a su mujer, atada y amordazada, en un cuarto estanco con paredes de cemento y manchas de sangre debajo de una silla oxidada en la que estaría retorciéndose de dolor.

Tenía razón en lo que a las ligaduras y la mordaza se refería. El resto era peor de lo que había imaginado.

Leon apartó a un lado las lonas y percibió el olor a sudor y el hedor de una persona enferma que está sufriendo. Al avanzar, tropezó al dar un paso en el *parquet* de madera que había al entrar en la habitación y, en un primer instante, no pudo comprender lo que estaba viendo, ya que estaba en...

¿... en mi propio dormitorio?

Poco a poco, como si estuviese en trance, tocó con la mano izquierda el armario rústico que se hallaba junto a la pared. En ese momento vio también el escritorio que había junto a éste, con la silla metálica sobre la que estaban colgadas algunas de sus prendas de ropa.

Los ojos de Leon recorrieron la estancia en busca de algún punto fijo que le impidiese mirar al ser humano que yacía en el colchón como si estuviera muerto. Medio sentado, medio tendido; iluminado por la lámpara de noche que había en la mesita situada junto a una cama grande de matrimonio que era exactamente igual que la suya. Como casi todo lo que había allí abajo, y que se parecía a su dormitorio. A simple vista, parecía que alguien había construido un perfecto escenario en aquel sótano desangelado, entre las paredes móviles cubiertas de plástico. Y Leon había creído en un primer momento que, en efecto, se hallaba en su propio piso.

Al darse cuenta de que se trataba de una réplica, caminó dando tumbos.

—¡Natalieeee!

Era más un graznido que un grito. La conmoción le cortaba la respiración, frenaba sus movimientos. Leon sentía como si el aire se hubiese convertido en almíbar y sólo pudiese abrirse paso a través de él con movimientos natatorios.

Hacia la cama. Hacia Natalie. Hacia la sangre.

Su mujer estaba atada en la misma posición con la que aparecía en la fotografía del móvil que le había enseñado el policía: los brazos por encima de la cabeza, encadenados a la cabecera de la cama; la cabeza, sujeta con el collar de perro.

—¡Cariño! ¡Amor mío! ¡Natalie!

Lo intentó con palabras, caricias, abrazos, besos, sin poder llegar a ella. Natalie sollozaba de verdad, pero no estaba consciente. Su cabeza colgaba débilmente hacia abajo, la barbilla descansaba sobre el pecho desnudo. Le tocó la mejilla

cuidadosamente, le levantó la cara y apareció en la comisura de su boca un hilo viscoso de color rojo, que enseguida empezó a caer, gota a gota, sobre su torso desnudo. Tenía los pechos sucios y llenos de sangre. Las marcas de la piel parecían haber sido causadas por un látigo.

Leon se tapó la cara con la mano, horrorizado.

No he sido yo. No. ¿O sí?

—Natalie, querida. ¿He sido yo?

Le levantó con cuidado la barbilla. Su ojo derecho estaba cubierto por un hematoma. El otro parpadeaba con dificultad.

—Natalie, cariño. ¿Puedes oírme?

Su mujer no hubiera podido contestarle aunque hubiese estado consciente. En el interior de su boca ampliamente abierta había una pelota negra de goma a modo de mordaza. La sujetaba con tanta fuerza que Leon temió no poder sacársela sin tener que arrancarle algunos dientes más. Pero, para su sorpresa, lo consiguió a la primera.

Lo siguiente que hizo fue examinar sus ataduras. Pero necesitaba unas llaves o unos alicates para poder desatar de los postes las esposas que le aprisionaban las manos.

Leon miró a su alrededor y cogió la lámpara de la mesita de noche para alumbrar la zona que había detrás de la cama, donde se acababa el bastidor y se veían dos focos apagados junto al trípode de una cámara.

No son míos. ¿O sí?

Encontró una mesa estrecha que estaba cubierta por una lámina negra de látex y tenía varios objetos encima.

—Mmm.

Miró a Natalie sin estar seguro de si ésta había sollozado su nombre, y le acarició los cabellos ásperos.

—¿Me oyes?

No hubo reacción.

Leon le prometió que volvería enseguida junto a ella y se arrastró hasta la mesa. Contempló con repugnancia el terrible revoltijo de juguetes eróticos que había encima: consoladores, látigos, cremas lubricantes, cadenas, varias pinzas, incluso una máscara de gas. Estaba todo preparado; incluso unas esposas que llevaban las llaves puestas, y con las que Leon regresó al lado de Natalie.

Yo no lo he hecho. Nada de eso es mío.

Se arrodilló al lado de su mujer y probó primero con la muñeca izquierda. Luego con la otra. Sin embargo, no había manera de que la llave encajara en las esposas ni había nada más que pudiera servirle para abrirlas. Ni siquiera en los cajones de la mesita de noche que empezó a abrir sucesivamente de golpe, y que no contenían otra cosa que no fuesen viejas revistas pornográficas.

—¿Leon? —escuchó que susurraba Natalie a su lado.

Ahora sus lamentos expresaban su nombre con claridad, si bien seguía sin estar

consciente. Leon supuso que hablaba en sueños, y que sólo reaccionaba a su voz y sus caricias de manera inconsciente, por lo que temía perder el contacto con ella, que ya era frágil de por sí, si la dejaba a solas.

Aun así no le quedaba más remedio que hacerlo. Tenía que pedir ayuda.

Salió corriendo a través de las lonas, tan rápido como pudo, hacia la puerta secreta. Y se llevó un nuevo sobresalto.

La puerta debía de estar equipada con un mecanismo de protección contra incendios o algo similar que la había empujado automáticamente a su posición original y la había cerrado. Al igual que sucedía con el exterior de la puerta, la parte interior también contaba con un teclado. Sin embargo, esta vez la cerradura electrónica no respondió a la combinación de «A-Moll».

Leon lo intentó con cada serie de letras posibles: su nombre, el de Natalie, otras tonalidades musicales, etc. Incluso introdujo la palabra AYUDA en varios idiomas, pero sólo consiguió sentirse cada vez más agotado a medida que pasaban los segundos. No pudo evitar dar un bostezo y tuvo que luchar contra su instinto de sentarse en el suelo de inmediato.

Sólo un momento. Para reponer fuerzas de nuevo.

Si Natalie no hubiese gritado su nombre una vez más, esta vez inconfundiblemente asustada y con voz atemorizada, posiblemente se hubiera dejado arrastrar por el remolino que le amenazaba en sueños.

Cuando Leon llegó de nuevo a su lado, su mujer abrió el ojo que tenía intacto.

Su respiración se aceleró repentinamente cuando lo reconoció. La caja torácica aumentó y disminuyó su volumen como si deseara coger aire antes de hacer una inmersión.

—Tranquilízate, cariño. No voy a hacerte nada.

Nada más.

Ella empezó a mover sus manos atadas.

—¿Qué te ocurre? —preguntó él. Enseguida comprendió su reacción de pánico al verse reflejado en sus pupilas.

—No te preocupes, estoy despierto. —Se sacó la cinta con la cámara y la dejó colgando alrededor del cuello como si fuese una cadena.

—No he venido aquí para grabarte.

Ni hacerte daño.

Natalie no pareció estar muy convencida y continuó agitando sus esposas.

—Lo siento, no puedo abrirlas —dijo Leon con resignación. No le contó que sucedía lo mismo con la puerta de salida y que estaba atrapada con él en aquel lugar. Ni que, al igual que ella, había hecho todo lo posible por seguir consciente fuera como fuese. Creía que el miedo que sentía debía activar los últimos mecanismos de supervivencia; sin embargo, parecía que los estaba destruyendo.

—Te lo ruego... tienes que... —se lamentó Natalie.

Estaba tan débil que no podía decir ni una sola frase hasta el final.

—Sí. Lo sé.

Tengo que seguir despierto.

—Te lo ruego, no...

Justo en ese instante, Leon bostezó y se odió por haberlo hecho. No obstante, a pesar de que el sueño llegaba en un momento tan inoportuno, era incapaz de combatirlo por más tiempo sin contar con otros recursos.

—Lo siento mucho —susurró besándola en la frente—. Pero pronto acabará todo esto.

En cuanto haya encontrado el camino para salir de aquí. Se acordó de Ivana y de los murmullos en el foso y recobró la esperanza.

—Seguro que me están buscando, Natalie.

Su mujer dio un soplido por la nariz y una burbuja de mocos estalló cuando quiso empezar a hablar.

—... duele mucho, tienes que...

—Lo prometo, querida. No lo haré más. Ya no volveré a hacerte daño. —Sintió cómo las lágrimas inundaban sus ojos—. Lo siento mucho. Me transformo cuando estoy dormido y dejo de ser yo mismo. —Leon sacó de su bolsillo interior la cajita con las pastillas de cafeína—. Mira. Son las tuyas. Voy a tomármelas. Estaré despierto hasta que alguien venga a ayudarnos.

Y nada de estar sonámbulo. No pienso hacerte daño nunca más.

Tenía la boca tan seca que le costó tragarse dos pastillas al mismo tiempo. Cuando por fin lo consiguió, el ojo de Natalie empezó a temblar. Que volviera a perder el conocimiento era una cuestión de segundos más que de minutos.

—No debes... —masculló ella de nuevo, si bien esta vez sus palabras sonaron menos suplicantes. No parecía que estuviese pidiendo algo, sino que lo estuviera constatando.

Leon se fijó en la mano de su mujer que tenía la uña del pulgar rota.

¿Qué es lo que no debo hacer? ¿Volver a torturarte?

No se atrevió a mirarla a la cara. Tenía demasiado miedo de ver la verdad en ella.

—Tienes que...

¿Quedarme aquí? ¿Salvarte? ¿Es eso lo que quieres decirme?

Le invadió la esperanza y se inclinó hacia delante para poder entender mejor lo que decía su esposa.

—No te preocupes, cariño. Sé que no debo dormirme otra vez.

—NO.

Se abalanzó hacia él con un último arrebato de desesperación y enseguida se desplomó, despojada de toda energía.

—¿No? ¿Qué quieres decir?

¿Que sí debo dormirme? ¡Pero eso no tiene sentido!

La respiración de Natalie se hizo menos profunda. Su voz era únicamente un susurro, un aliento escaso que, sin embargo, hizo temblar a Leon con la misma fuerza

de un huracán cuando le dijo la última frase:

—Te equivocas, es justamente todo lo contrario.

—¿Lo contrario? ¿A qué te refieres con *lo contrario*? —preguntó temeroso y, de pronto, un terrible pensamiento descarriló en el vagón de la montaña rusa cuyas vías se deslizaban en forma de espiral por su cerebro; inició la marcha, dio un giro completo y entró en su conciencia increíblemente acelerando.

No se trata de que no deba dormirme.

Es justo todo lo contrario.

TENGO QUE... SEGUIR ASÍ.

¡DEBO... DESPERTAR!

Despertar.

Una sola palabra con efecto explosivo.

Las primeras cargas explosivas del conocimiento de sí mismo que se estaba iniciando detonaron con una fuerza dolorosa bajo el cráneo de Leon.

¿No debo despertar?

—No lo creo —protestó cansado, y él mismo se dio cuenta del modo extraño con que hablaba de repente. ¿O es que había estado balbuceando todo aquel tiempo, mostrándose como si estuviese bajo el efecto de las drogas?

Leon se levantó y quiso retroceder un paso desde la cama, pero sus piernas le fallaron al hacerlo. Le hubiese gustado poder reír, pero sus labios parecían estar paralizados. Su rostro se había quedado rígido como una máscara.

—¿Quieres decir que estoy soñando?

¿Que estoy imaginándomelo todo? ¿El laberinto? ¿Nuestra conversación?

—No —lloró Natalie con desesperación.

—¿No? —gritó Leon—. ¿Qué me está ocurriendo?

No estoy durmiendo. Estoy despierto. ¿Qué soy entonces?

Natalie intentó darle una respuesta, pero sus labios se movían en silencio.

—¿Qué soy? —Leon le sujetó fijamente la cabeza, que amenazaba con desplomarse de nuevo.

Necesita agua. Un médico.

Se acordó de Volwarth y de cómo éste le había explicado la razón por la cual no creía que Leon pudiera ser violento mientras dormía. Y comprendió de pronto lo que Natalie llevaba intentado decirle durante todo ese tiempo.

Por supuesto. Volwarth.

Sin dormir. Sin estar despierto. ¿Qué soy?

El psiquiatra ya le había respondido a aquella pregunta hacía unos días.

«... para ser exactos, la persona sonámbula (como la denominamos) no duerme en absoluto. Se encuentra en otro nivel de la conciencia que apenas ha sido investigado, entre el sueño y la vigilia. Yo lo llamo “el tercer estadio”».

Y Leon se hallaba atrapado en él, tal y como había comprendido de repente. Justo en ese momento. El psiquiatra lo había diagnosticado a la perfección: «No importa lo que usted diga. Yo no creo que le haya hecho nada a su mujer mientras dormía».

No mientras dormía.

No.

Sino en un estado plenamente consciente, con toda la capacidad de ser culpable.

Leon se llevó ambas manos a la cabeza y miró fijamente a Natalie, que de nuevo se había sumergido en un mundo donde él esperaba que no hubiese dolor. Intentó luchar contra la terrible verdad: que no era una persona violenta cuando dormía.

¡Sino cuando estaba despierto!

Era entonces cuando proyectaba arquitectónicamente su cuarto de tortura, construía puertas en la pared y creaba un mundo intermedio al otro lado de su apartamento.

La puerta detrás del armario, el espejo veneciano, la sangre en la bañera...

Todo lo que lograba recordar en aquel momento no lo había experimentado estando despierto, sino dormido.

—Pero eso no puede ser —oyó que se decía sí mismo como si estuviese a larga distancia. Pero en lo más profundo de su interior sabía que era más que probable. Volwarth le había informado de casos similares.

«Durante las décadas que llevo investigando y tratando la parasomnia, me ha pasado prácticamente todo: gente que limpia su apartamento durante la fase de sueño profundo...».

O que se arrastran a través de un túnel, bajan fosos, trepan por escaleras.

«Sonámbulos que mantienen diálogos razonables con su pareja e incluso responden preguntas...».

Por ejemplo, hablando por teléfono con Anouka, la mejor amiga de Natalie, Sven, el policía o tomando el té con Ivana.

«He tenido pacientes que lavaban la ropa durante la noche y hasta podían manejar aparatos complicados».

Aparatos complicados como la cámara en la cabeza. Como el portátil frente al que se sentaba y miraba los vídeos, creyendo equivocadamente que estaba despierto. Sin embargo, tampoco estaba durmiendo. Todo había sucedido de verdad, en un nuevo tercer estadio de la conciencia; en un tercer estadio en el que se fusionaban el sueño y la vigilia.

He liberado a Tareski; he abierto la puerta secreta. Y ahora estoy frente a mi esposa, a la que han torturado. Acariciándole los cabellos de la frente, besándola en los labios cortados y hablando con ella. Reflexionando sobre mi propia situación mientras estoy sonámbulo. Es un estadio del que no debo salir. Todavía no. Porque es estando despierto, y no sonámbulo, cuando me convierto en un peligro.

Leon miró fijamente a Natalie, que parecía haber perdido el conocimiento por completo mientras él estaba aparentemente a punto de despertarse.

Todo aquel tiempo había creído que no lograba recordar lo que soñaba, y era justamente lo contrario. Estando sonámbulo no tenía memoria de lo que había hecho estando despierto.

Por eso no conseguía recordar el código de la puerta ni la postal pegada en la nevera, ni que Sven había ido a recoger la maqueta. Y por eso le había preguntado el policía por qué no le miraba a los ojos. Por eso había huido Sven con tanta perturbación. Al menos los dos se habían dado cuenta de su estado.

¡Dios mío! ¡No!

Leon echó un vistazo a la cajita de pastillas que estaba abierta, y que había dejado encima de la mesita de noche.

Cuanta más cafeína tome, cuantas más pastillas me haya tragado... antes se despertaría.

¿Y qué pasará después?

Leon comenzó a temblar.

Todo es lo contrario.

Durante este tiempo se había preguntado si llevaba una doble vida estando dormido. Ahora no sabía quién era en la vida real. ¿Qué haría en cuanto recuperara la conciencia?

¿Era un asesino? ¿O una víctima?

¿Estaba en peligro Natalie debido a su presencia? ¿O estaba a salvo?

Sentía que no iba a tardar mucho en abandonar el tercer estadio. Probablemente caería en un breve sueño antes de despertarse definitivamente.

¿Como asesino? ¿O como héroe?

Leon sabía que no podía dejar aquellas respuestas en manos del destino. Debía tomar precauciones para el peor de los casos y aprovechar los últimos segundos que aún le quedaban.

Agarró las esposas que había cogido antes de la mesa y pasó una de ellas por su muñeca izquierda. A continuación se arrastró con sus últimas fuerzas hasta un tubo de la calefacción que había junto a la pared, a unos cinco pasos de la cama. Al arrodillarse perdió de vista a Natalie; sólo podía oír sus gemidos en estado vegetativo.

—Todo irá bien —le gritó, y bostezó tan larga y profundamente como nunca lo había hecho antes. Luego se encadenó al tubo con el extremo libre de las esposas.

—Nunca más te haré daño.

Se palpó el bolsillo interior y se sintió aliviado al saber que estaba dentro la pluma que había encontrado tan sólo un pasillo más adelante, en el cobertizo. Leon anotó una única palabra en la palma derecha de su mano y cuatro cifras en la de la izquierda.

Después volvió a colocarse en la cabeza la cinta con la cámara, abrió la boca, se puso la llave de las esposas en la lengua y se la tragó.

Poco después pasó a otro estado de conciencia.

Le despertó el molesto sonido de un timbre.

Durante un rato había logrado incorporar aquellos tonos estridentes a un sueño, cuyo argumento apenas podía recordar ahora, unos segundos después de despertarse. Natalie había formado parte de él, al igual que un sótano, unas puertas de cámaras acorazadas y unos pasillos largos y oscuros. Pero, entonces, los estímulos acústicos se hicieron demasiado intensos como para que su cerebro los pudiera seguir filtrando. Leon ya no pudo omitir el sonido del teléfono y abrió los ojos de golpe.

¿Quién será?

El dormitorio estaba oscuro como boca de lobo. Tocó a ciegas el interruptor de la luz que había encima de la mesita de noche. Cuando se dio la vuelta, percibió el olor a suavizante y ropa recién lavada. Durante un breve instante le molestó que Natalie aparentemente hubiera pasado por alto su superstición y hubiese puesto sábanas nuevas durante las noches oscuras; hasta que se dio cuenta de que aquello era lo que menos le preocupaba en ese momento.

El sonido del teléfono en el pasillo había anunciado la fase del despertar, y después de echar un vistazo a la mitad vacía de la cama volvió a la realidad del todo.

Estoy solo, maldita sea.

—Sí, sí, ya voy —gritó enojado apartando a un lado la manta, y se preguntó si el día anterior habría bebido demasiado o demasiado poco. Tenía la voz afónica, la boca seca y sentía la faringe como si hubiese estado haciendo gárgaras con unos vidrios rotos.

A propósito de vidrio. Debo reparar sin falta la lámpara que cayó del techo hace unos días.

Fue a buscar la ropa que se había quitado por la noche antes de irse a dormir pero, en lugar de sus vaqueros y la sudadera, encontró un mono de trabajo de color azul encima del escritorio, y, debajo de la silla, las botas que únicamente se ponía cuando iba a una obra.

¿Qué demonios hacen ahí?

Todavía embriagado por un sueño que más que reparador parecía haberle agotado, arrastró los pies desnudos por el pasillo, donde cogió el teléfono del cargador.

—¿Diga?

En un primer momento sólo oyó un ruido estático y enseguida pensó que sus padres adoptivos, a los que había regalado un crucero para Navidad, intentaban localizarlo desde el barco. Pero, entonces, una voz familiar le dijo vacilante:

—Soy yo.

—¿Sven?

Se pasó la mano por el cabello y se sorprendió al notarlo tan sucio. Estaba tieso debido a la suciedad.

—¿Qué demonios sucede? Es medianoche.

—¿Medianoche? Ya es por la tarde.

—¿Qué?

Leon fue hasta la cocina en busca de algo para beber.

—¡No digas tonterías!

Abrió la puerta y, al hacerlo, la tarjeta con los girasoles de Van Gogh que había escrito Natalie se desprendió del tablero magnético y cayó al suelo.

—No estoy para bromas —dijo Sven al tiempo que Leon se quedaba de piedra delante de la nevera.

—Imposible.

Las cifras verdes del reloj de leds que había en la puerta de la nevera aparecían borrosas frente a sus ojos cansados. Sin embargo, no cabía la menor duda de que confirmaban la hora que decía Sven: 17.22 horas.

No puede ser. Es imposible que haya dormido tanto. Especialmente porque se sentía más bien como si hubiese estado ayudando a alguien con una mudanza.

—Lo siento muchísimo —se lamentó Leon—. ¿He olvidado alguna cita, quizás? —Recordó vagamente la fiesta de cumpleaños de uno de sus clientes.

—Sí, pero no te llamo por eso.

Sven hablaba despacio y con mucha concentración. No obstante, tenía que empezar la frase de nuevo cada dos palabras.

—Pareces nervioso —dijo Leon cuidadosamente para no ofender a su amigo, que no soportaba que alguien le mencionara su defecto de habla—. ¿Ha ocurrido algo?

¿Hemos perdido el proyecto?

Los últimos días, después de que Natalie le hubiese abandonado sin motivo aparente, había estado dedicándose exclusivamente al proyecto. Había estado trabajando día y noche solamente con la maqueta, y no había salido de casa ni siquiera para ir a la oficina, por lo que Sven se había pasado por su apartamento para recoger lo que había hecho.

—A decir verdad, es eso lo que debería preguntarte yo. ¿Ya te encuentras mejor?

—¿Mejor? —Leon abrió el frigorífico y cogió el cartón de leche entera—. ¿Por qué lo preguntas?

—La última vez que nos vimos estabas completamente fuera de ti. Luego me arrepentí de haberte dejado solo, pero es que lo del gato ya fue demasiado.

—¿Qué última vez? ¿Qué gato? ¿De qué estás hablando? —Bebió un trago directamente del cartón de leche. Al menos, mientras Natalie siguiese con la pausa ominosa que se había tomado, no podría hacerle ninguna recriminación. Era la única ventaja que tenía su soltería no deseada, a la que renunciaría encantado si ella volviese con él de una vez por todas.

—Estoy hablando de ayer; de cuando te llevé la maqueta a casa —tartamudeó Sven algo más nervioso.

—¿A casa?

Leon sólo recordaba que Sven hubiese ido a recoger el diseño. Desde entonces no había sabido nada más de él.

—Sí. A casa, a tu despacho —insistió su amigo—. La dejé encima de tu mesa de trabajo.

—Si se trata de una broma no me hace ninguna gracia.

Leon volvió a colocar la leche en su sitio y, al hacerlo, vio que tenía algo escrito con bolígrafo en la palma de la mano.

¿Portátil?

Se miró la mano embobado como si se tratase de un cuerpo extraño ajeno a él.

¿Cuándo me he garabateado en la piel la palabra «portátil»? ¿Y por qué?

Su desconcierto aumentó cuando se dio cuenta de que también había usado su mano izquierda como un bloc de notas.

07.05

No lograba imaginar qué motivo podía haberle llevado a anotar aquellos números; Dios sabía que no necesitaba ninguna ayuda para memorizar aquella fecha. Era el día del accidente en que había perdido a sus padres biológicos.

—Ve a verla si no me crees —le ordenó Sven.

—¿Qué? —preguntó Leon todavía distraído.

—La maqueta.

Leon asintió ensimismado.

—Sí, ahora voy.

Salió de la cocina y tuvo un oscuro presentimiento que acabó por convertirse en una terrible certeza al entrar en su despacho.

Ha vuelto a empezar.

Tenía la prueba frente a él. En medio de la mesa del despacho. La maqueta en la que había estado trabajando durante los últimos días estaba allí de nuevo con unos pósits en los que Sven había anotado algunos cambios que desaseaba hacer.

—¿Va todo bien? —oyó que preguntaba su socio, a lo que él contestó afirmativamente a pesar de que nada iba bien en absoluto.

—¿Y fuiste tú quien me la trajo ayer? —preguntó abatido.

—Sí.

Leon se acercó al escritorio y tocó con el dedo índice el tejado de la sala de urgencias de la clínica.

—¿Y yo estaba aquí? ¿Hablaste conmigo?

—Más o menos. Era como si estuvieses en las nubes; no parabas de decir disparates.

La tartamudez de Sven se hizo más notable. Articular aquella frase le había llevado el doble de tiempo del normal, lo que a Leon ahora no le venía mal. Su cerebro funcionaba también con el freno de mano echado y, cuanto más despacio hablaba Sven, más tiempo tenía él para comprender qué estaba sucediendo allí.

Cerró los ojos.

—Lo siento, me temo que en este momento soy incapaz de contar hasta tres.

—Ayer ni siquiera podías contar hasta dos. Eras alguien completamente diferente, Leon.

Lo sé. Siempre lo soy cuando estoy sonámbulo.

—No te lo tomes a mal, pero debo preguntártelo en calidad de tu mejor amigo.

—¿Qué?

—¿Estás tomando drogas?

Leon sacudió la cabeza.

—No, no es eso.

Es algo mucho peor.

Sven no pareció creerle y siguió insistiendo.

—Una vez mi hermano estuvo enganchado al LSD. Siempre que estaba colocado tenía la expresión de la cara ausente y vacía, y decía disparates igual que un loco, como tú ayer.

—Es posible, pero te juro que yo no tomo esas cosas.

Mi lado oscuro es otro.

—Entonces ¿es sólo porque Natalie ha desaparecido?

—Espera un momento. ¿Quién dice que ella ha *desaparecido*?

—Tú —gritó Sven por el aparato lleno de asombro.

Leon dio un resoplido.

—¡Qué tontería! Sólo se está tomando un tiempo, ya te conté lo de su postal.

... Necesito algo de espacio... para saber qué va ocurrir con nosotros a partir de ahora...

—Por eso te llamo, Leon. Porque ya no sé qué debo creer. Primero me cuentas que Natalie te ha dejado tras una pelea; que te levantaste por la mañana y que ella ya no estaba allí.

—Exacto. Tú mismo me recomendaste que esperara y me distrajera con el trabajo.

—Y pensaba que eso era lo que hacías. Luego me llamas a la fiesta y me cuentas lo de las heridas que dices haberle causado. Y ayer pierdes los estribos por completo y me explicas que la has encerrado en un laberinto que hay detrás de tu armario.

—¿Qué? —Leon se rio incrédulamente—. Ahora soy yo quien debería preguntarte a ti si tomas drogas.

Salió del estudio para buscar algo de ropa que ponerse encima. El piso se había quedado helado durante la noche y estaba tiritando de frío.

—No tiene ninguna gracia, Leon. Y, a decir verdad, no sé qué me resulta más preocupante; la manera en que te comportaste ayer o el hecho de que ya no quieras acordarte de nada.

—No se trata de *querer*... —le corrigió a Sven de camino al dormitorio, y ya no pudo terminar la frase porque un dolor punzante le atravesó la planta del pie.

—¿Qué te pasa? —preguntó Sven tras oír que Leon maldecía furiosamente.

—Lo siento, es que he pisado algo.

Leon se agachó y no pudo creer lo que tenía en sus manos.

Hacia mucho tiempo, había tenido que llevar un dispositivo similar mientras asistía a las sesiones de terapia con el doctor Volwarth.

—En cualquier caso, estabas completamente ido —continuó Sven, y sus palabras fueron acompañadas del sonido de unos golpes que aumentaban lentamente en los oídos de Leon; una clara señal de que empezaba a tener migraña.

O algo peor.

La cinta para la frente que tenía en las manos era una prueba más de que sus episodios nocturnos habían vuelto a comenzar.

¿Cuándo conseguí esta cámara?

Tenía la lente sucia, un cable colgaba suelto a un lado y la cámara que se activaba al detectar movimientos parecía haber sido construida con poca habilidad; como si la hubiesen fabricado con prisas. Como si la hubiese montado alguien sometido a un fuerte estrés.

O alguien que no se hallaba consciente.

—Incluso quisiste mostrarme un vídeo tuyo buscando a Natalie que, por lo visto, habías grabado mientras estabas durmiendo —dijo Sven.

¿Un vídeo?

Con el sonido de los golpes también le sobrevino una sensación irreal y esquizofrénica que iba volviéndose más intensa. Por un lado, todo lo que decía Sven tenía sentido. Por otro, era como si su amigo le estuviese hablando en un idioma extraño.

Sujetó el auricular entre la barbilla y el hombro para poder examinar con ambas manos la cinta de la frente. Si Sven hablaba de un vídeo, entonces también debía de haber un sistema de reproducción.

Leon estaba a punto de volver a su estudio para encender su ordenador, cuando se acordó de la palabra que tenía anotada en la palma de su mano derecha.

Portátil.

En su apartamento sólo había un ordenador portátil.

—¿Todavía estás ahí? —escuchó que preguntaba Sven.

Se fue hasta el dormitorio sin responder.

Leon apartó a un lado la silla y cogió de la mesa el mono azul, que se hallaba cuidadosamente doblado a pesar de que estaba completamente sucio.

¿Qué demonios...?

Había tenido la esperanza de encontrar el portátil de Natalie allí debajo. Con lo que no contaba era con el dispositivo de USB que había insertado, y que parpadeaba de manera rítmica.

Leon levantó la tapa del monitor y el ordenador se reinició con un agudo zumbido.

—Oye, Leon. ¿Por qué no dices nada?

Porque me faltan las palabras. Más que eso. Me temo que me falta una parte de mí mismo.

En la pantalla se había abierto una ventana para reproducir archivos de vídeo. Leon había dejado de tener frío de golpe. Su cuerpo entero estaba entumecido, insensible a cualquier estímulo externo.

Apretó el puño derecho, clavó fuertemente las uñas en la palma interior de la mano y, antes de responder a la pregunta de si debía atreverse a hacerlo o no, ya había estirado la mano para mover el ratón con el dedo índice hasta donde estaba el *play*.

—¿Qué es lo que te pasa de repente? —preguntó Sven temeroso.

Nada. No pasa nada.

El archivo de vídeo no se puso en marcha. En su lugar, apareció un cuadro de diálogo en el que había que introducir una contraseña.

¡Maldición! ¿Cómo voy a acordarme de la contraseña que puse mientras estaba dormido?

Leon contuvo la respiración asustado. Abrió lentamente la mano izquierda. Observó fijamente los dos pares de números que estaban separados por un punto.

07.05

—Enseguida te llamo —le dijo a Sven, y colgó. A continuación tecleó en el portátil la fecha que correspondía al accidente de coche.

La reproducción del vídeo se inició inmediatamente después.

Al principio sólo se veían unas manchas oscuras que brillaban en la pantalla con diferentes tonos. Entonces, junto con el ruido ahogado de la respiración que surgía a través de los altavoces, empezó a verse con más claridad. Unos hilos de luz se arrastraban por la imagen como si fuesen los tentáculos de una medusa.

Los contrastes se agudizaron y se volvió cada vez más visible el contorno de una habitación que a Leon le recordaba a su dormitorio. Como mínimo, la cama grande que había sido grabada desde la perspectiva de alguien que estaba sentado en el suelo, de arriba abajo diagonalmente, era idéntica a aquella en la que se había despertado hacía poco.

La cámara giró y, mientras la imagen captaba las patas de una mesa, Leon oyó el sonido de un golpe metálico similar al de una cadena, lo que le hizo recordar algo que en un primer momento no lograba precisar con certeza.

¿Unas esposas?

Entonces oyó una voz que no era la suya y que parecía provenir de la cama. No se veía a la persona que yacía en ella, pero Leon no necesitaba ninguna imagen para saber quién gritaba gimiendo su nombre.

¡Natalie!

Se olvidó de pestañear mientras observaba la pantalla fijamente con los ojos bien abiertos, y estuvo a punto de caerse de la silla cuando un raudal de recuerdos le sobrevino de repente. ¡No era ningún sueño!

Estuve allí. En el laberinto. Detrás de la puerta. Junto a ella.

Se acordó vagamente de una puerta detrás del armario, de los pasillos oscuros y del código secreto (A-Moll), así como de las esposas que había utilizado para encadenarse a un tubo de la calefacción.

Para evitar lo peor.

Leon tenía la impresión de que alguien había conseguido instalar en su cabeza una cámara de sueños que almacenaba las imágenes que normalmente se olvidan al despertar.

Pero yo no estaba dormido. Ni tampoco despierto.

En la grabación, el ruido ahogado de la respiración se convertía en un sonido de estrangulamiento. Se tocó el cuello inconscientemente y se imaginó por qué sentía la garganta áspera y aún le costaba tragar.

La llave. El seguro de vida de Natalie.

Dejó de parpadear mientras miraba fijamente la pantalla.

La imagen empezó a moverse. Escuchó un gemido ronco y, después, la cámara se inclinó hacia abajo y Leon vio un torrente de vómito desembocando sobre sus botas de trabajo.

Mientras en el vídeo se seguía viendo la imagen del vómito, Leon palpó el mono azul que ahora reposaba encima del escritorio y notó la fluidez seca en el pantalón.

Una mirada rápida a los zapatos que había debajo de la silla confirmó que estos también estaban sucios. Y que a uno de ellos le faltaba un cordón.

—¡No, no! —le gritó Leon al portátil como si de ese modo pudiese evitar verse a sí mismo recogiendo la llave de entre el vómito.

Por favor, no dejes que lo haga. Haz que pare, suplicó mentalmente. Sin embargo, no se detuvo. Al contrario. La grabación continuó de modo despiadado. Las imágenes se desdibujaron debido a la corta distancia que había entre la cámara y el tubo de la calefacción; en cambio, el sonido de la grabación se tornó más agudo.

Una de las esposas raspó sobre metal. A continuación, se oyó un fuerte chasquido y la cámara fue recuperando la verticalidad, lo cual era una señal inequívoca de que Leon había conseguido romper sus cadenas.

¡Dios mío!

La escena que se mostraba desde una perspectiva erguida era exactamente la que Leon había imaginado que sería: Natalie yacía en la cama crucificada, con un collar de perro que la inmovilizaba. Sin embargo, a diferencia de lo que él recordaba haber soñado, esta vez su mujer estaba consciente.

La cámara fue acercándose a su rostro; tan cerca que Leon era capaz de ver los finos poros de la nariz, la sangre seca de la barbilla que cubría el pequeño lunar que él había besado tantas veces durante aquellos últimos años. Natalie pestañeó, deslumbrada por la luz de la cámara. Unas lágrimas enormes brotaron de ambos ojos; del que tenía abierto y del que estaba cubierto por un hematoma.

—¿Leon? —preguntó ella, y la imagen de la cámara se movió en señal de asentimiento.

—Lo siento mucho, Leon.

¿Tú? ¿Tú eres quien lo siente?

Sonaba como si estuviese completamente exhausta, sin aliento, aunque no del todo desesperada. Igual que una persona que ha llegado al final de su viaje.

—No pretendía engañarte.

—¿Engañarme? —preguntó Leon al monitor. Con lágrimas en los ojos tocó la superficie del portátil cargada de electricidad estática y arrastró su dedo índice por los labios agrietados de su mujer.

—Te lo ruego, Leon. Perdóname.

—¡Oh, Dios! ¡Amor mío!

Claro. No importa lo que hayas hecho. Te perdono, pensó él. Lo importante es que vuelvas a estar conmigo.

Pero su *alter ego*, el que estaba en el laberinto, parecía no querer perdonar a su víctima. Una sombra cayó sobre el rostro destrozado de su mujer.

—Por favor. Te lo ruego, no...

—No, ya no habrá más dolor...

Ambos se interrumpieron mutuamente.

Natalie suplicó a la cámara y Leon a su ordenador. Rezó por estar inmerso en una

de aquellas parálisis del sueño de las que sólo lograba librarse gritando fuertemente. Pero hacía rato que se había dado cuenta de que esta vez no se trataba de ningún sueño.

Un objeto de color dorado entró en pantalla. Leon tardó muy poco en reconocer la punta de su propia pluma estilográfica.

Dios mío... ¡No!

—Te quiero —dijeron ambos casi al mismo tiempo. Él, arriba, en su dormitorio; ella, abajo, en la cámara de tortura. Y mientras Leon gritaba con desesperación, Natalie se mostraba sólo resignada y triste. En su rostro podía ver que era consciente de lo que le esperaba.

Natalie cerró su ojo herido justo antes de que sucediera. Antes de que él le clavara la pluma estilográfica en el cuello con tanta fuerza que casi penetró hasta la mitad.

—¡Nooooo!

Leon gritó, saltó, levantó de golpe la silla metálica en la que había estado sentado y la lanzó por la habitación contra el espejo de la pared, que estalló acompañado de un sonoro estruendo. Como si fuese una tela de araña, las grietas fueron extendiéndose por el cristal y los fragmentos afilados que se desprendían acabaron cayendo al suelo. Cuatrocientos litros de agua desembocaron como una tromba en el dormitorio. La silla de metal había rebotado en la pared chocando contra el acuario de Natalie y rompiendo parte del vidrio.

No, por favor. Dime que no es verdad.

Leon ocultó su rostro entre las manos, llorando; se mordió los dedos con tanta fuerza que el intenso dolor, de haber estado soñando, lo hubiera despertado. Pero aquello era real. La pluma estilográfica en el cuello, la tráquea de Natalie puncionada, su respiración ronca y ahogada, el sonido agudo que surgía cada vez que tomaba aliento y que se volvía más profundo y silencioso ahora; su cuerpo espasmódico, la cabeza que se había desplomado hacia delante y después el silencio insoportable y ensordecedor de aquella escena grabada que aún no había terminado.

Leon observó de nuevo la imagen a través de los dedos que le tapaban parcialmente los ojos y fue incapaz de seguir mirando. La imagen que mostraba en el centro el cuerpo inmóvil de Natalie se tambaleó y dejó de verse. Sin embargo, esta vez no se trataba de un error de la grabación. Los ojos de Leon se habían transformado en un torrente de lágrimas y su cuerpo entero temblaba de manera convulsiva.

Se secó las lágrimas con el dorso de la mano y, al hacerlo, su mirada fue a parar a una tarjeta de visita que había junto al ordenador.

¿Kroeger?

Leon no había visto aquella tarjeta antes, no había oído aquel nombre antes ni sabía qué hacía allí, pero el sello en relieve que había en la parte de delante le anunció lo siguiente que debía hacer.

¡La policía! ¡Debo llamar a la policía!

Necesitó ambas manos para poder usar el teléfono. Se hallaba en un estado de conmoción tal y se sentía tan desbordado que incluso había olvidado el número de emergencias. Justo cuando había vuelto a recordarlo, la imagen de la pantalla del ordenador cambió de modo dramático.

Al parecer, su *alter ego* del calabozo de tortura se había cansado de ver la figura inmóvil de Natalie y se estaba poniendo en marcha antes de que la función de *stop* de la cámara se activara debido a la falta de movimiento.

¿Y ahora? ¿Qué estoy haciendo ahora?

La cámara dio un giro a la izquierda y se dirigió a la zona que había detrás de la cama, donde estaban el trípode con el foco y la mesa que Leon recordaba vagamente, del mismo modo que, al parecer, le era tenebrosamente familiar el juguete erótico que había de adorno encima de ésta.

—Lo siento —dijo sollozando.

¿Qué he hecho? ¿Y por qué razón?

No entendía por qué ella le había pedido que le perdonara. Y no podía comprender lo que había sucedido después.

Al igual que en la entrada, en la parte trasera de la habitación también colgaban del techo unas lonas de plástico que, del mismo modo que si las estuviese moviendo una mano invisible, se abrían delante de la cámara para dar paso a una puerta sin ningún tipo de seguridad. Un puntapié con la bota bastaba para abrirla de golpe.

¿Hay una segunda salida? ¿Podría haber salido por ahí para pedir ayuda?

La desesperación de Leon alcanzó un nuevo nivel, propio sólo de los asesinos. Por lo pronto, se había olvidado de que tenía el teléfono en la mano.

¿Adónde demonios me dirijo ahora?

Detrás de la puerta se difuminaba una escalera, empinada como una escalera de incendios, que hacía eses hacia arriba. Leon se escuchó a sí mismo jadeando tras subir apenas los primeros peldaños.

No quería ver nada más. Deseaba que aquello terminase de una vez por todas. Que acabase. Que llegase a su fin. Y el resto de su vida también.

Pero su *yo noctámbulo* no había terminado aún. Peldaño a peldaño, fue subiendo la escalera. Paso a paso, su respiración fue volviéndose más lenta en la grabación; y también en el dormitorio, donde un lazo invisible aprisionó su caja torácica.

¿Qué he hecho?

Al llegar al final de la escalera, la toma volvió a mostrarse algo más difusa, como al comienzo del vídeo, y Leon se inclinó hacia la pantalla reluciente, tan cerca que la imagen acabó disipándose en numerosos puntos.

El foco de la cámara registraba algo que se asemejaba a una tabla de madera aglomerada. Leon se vio a sí mismo estirando la mano y empujando la tabla hacia dentro.

En el vídeo se abría una nueva puerta secreta.

Mientras esto ocurría en la imagen, Leon percibió un soplo de aire frío en la nuca,

y una sombra se cernió por delante de la pantalla. De repente, lo oyó todo por duplicado:

El chirrido con el que se abría la puerta secreta.

El crujido de las botas encima de los vidrios rotos.

Y a pesar de que sólo podía existir una explicación lógica para aquel fenómeno acústico, pasó mucho rato antes de que Leon reaccionara.

Miró fijamente la pantalla, paralizado, en cuyo reflejo se distinguía la silueta de un hombre joven que, a su vez, estaba mirando fijamente la pantalla del portátil. Y no quiso creer que no era un desconocido a quien contemplaba.

Sino a él mismo.

No quería admitir que no era una grabación lo que estaba viendo.

Sino el tiempo presente.

Tarde, demasiado tarde, se volvió en dirección al agujero que había en la pared, donde había estado colgado su espejo de dormitorio hasta hacía muy poco, y donde ahora había un hombre en medio de un charco sobre el *parquet* inundado; aproximadamente tan alto como él. Con el cabello castaño, un mono de trabajo azul, una sudadera y unas botas, a una de las cuales le faltaba el cordón.

El desconocido llevaba una cinta en la frente que sujetaba una cámara cuyo foco iluminaba a Leon directamente en los ojos. No podía ver la cara del hombre que, veloz como un rayo, dio un salto hacia él y lo arrastró a un torbellino de dolor, justo antes de quedar sumido en una nueva dimensión de oscuridad.

Al igual que el sueño, el proceso del despertar es un misterio de la medicina que apenas ha sido investigado. Para no ser importunado por ningún ruido, el cerebro reduce la intensidad de los estímulos externos sin mantenerse en un estado completamente apagado. Varias veces cada hora cambia a un estado en que, durante un instante, se halla casi despierto. En esta fase corta, el cerebro saca sus antenas al mundo que hay fuera del sueño, de la misma forma que lo hace un submarino con su periscopio, para comprobar si es aconsejable cambiar al estado de conciencia porque, por ejemplo, existe un riesgo para la persona que está durmiendo.

Por regla general, fuera de esta fase del sueño en la que uno se encuentra a punto de despertar, sólo los estímulos muy fuertes consiguen sacar a las personas del sueño. Por ejemplo, el timbre fuerte de un despertador, un chorro de agua fría o un intenso dolor..., como el que le estaba devolviendo a la realidad a Leon en ese instante.

Durante un buen rato había estado luchando contra aquel lazo que tenía alrededor del cuello, y que ahora tiraba violentamente de él hacia arriba.

Con los ojos cerrados aún, había constatado que el dolor que se deslizaba por su columna vertebral sólo era más soportable si inclinaba la cabeza. Además, cuanto más enérgicamente se defendía, menos aire entraba en sus pulmones.

Leon oyó que le crujían las cervicales y abrió los ojos de golpe. Estaba sentado en el suelo, completamente desnudo, con las piernas estiradas y la espalda apoyada en la cama. Sin embargo, debía levantarse lo más rápido posible si no deseaba que su propio peso acabase rompiéndole la nuca.

Tenía las piernas como si fuesen de goma. Al principio sólo pudo ponerse de rodillas. La presión que notaba alrededor del cuello fue disminuyendo, pero la libertad de movimiento que había conseguido con tanto esfuerzo desapareció enseguida.

Leon miró hacia el gancho que había en el techo, donde había estado colgada la lámpara de araña de la inquilina anterior. Ahora habían hecho pasar la soga que lo aprisionaba a través de él.

El desconocido que había entrado en su dormitorio por la puerta secreta que había detrás del espejo estaba de pie delante del secreter, con el rostro inmóvil, estirando el otro extremo de la cuerda como si fuese una polea.

Leon dudaba si tendría la fuerza suficiente como para levantarse; pero no tenía más opciones. Debía ponerse de pie si no quería asfixiarse de inmediato.

—¡Basta! —dijo con voz ronca mientras el asesino de Natalie le obligaba a seguir en el suelo.

¡Dios mío! ¿Y ahora, qué?

Para poder mantener el equilibrio, intentó poner en cruz los brazos que, curiosamente, habían sido atados. Llevaba puestos unos guantes gruesos de látex en las manos. Cada vez que intentaba agarrar la soga que tenía por encima de la cabeza,

el psicópata apretaba al otro extremo con más fuerza todavía. Leon creyó que se le iba a reventar la laringe.

—No —dijo tosiendo con ahogo—. Te lo ruego.

Puso los ojos en blanco presa del pánico y se dio cuenta de que había una silla cerca, la que había lanzado antes contra el espejo, y que ahora volvía a estar derecha y a su alcance.

Como si el asesino quisiera recompensarle por haber descubierto aquello, aflojó la cuerda durante un instante y Leon pudo acercar una de sus piernas a la silla.

Apenas lo había logrado, el hombre volvió a tirar de él hacia arriba sin piedad. Y sólo dejó de hacerlo al ver que su víctima se subía a la silla.

—¿Lo ves? Funciona —se rio el asesino, y ató el extremo de la cuerda al radiador que había bajo la ventana haciendo un nudo aparentemente complicado.

A Leon no sólo le sonaba su voz, sino toda su apariencia, si bien aquel hombre delgado había hecho todo lo posible por copiar su propio aspecto físico.

—¿Quién es usted? —dijo roncamente, con la nuca ligeramente inclinada hacia atrás.

Le sorprendió que el hombre no pronunciara ni una palabra. El psicópata había tensado tanto la cuerda para que Leon no consiguiese soltarla del gancho con un salto, que tuvo que ponerse de puntillas para evitar estrangularse a sí mismo.

El hombre que pretendía ahorcarlo era de su misma edad, quizás algo más joven y, salvo por la nariz un poco demasiado grande y porque le faltaba el lóbulo de la oreja izquierda, nada destacaba en su cara corriente.

—Le traigo el correo —rio, y sacudió la funda de un CD que había sacado del bolsillo interior del mono.

A continuación, se fue fugazmente de la habitación para regresar al dormitorio con un taburete de cocina en la mano. Las suelas de sus zapatos chirriaban en el suelo húmedo de madera.

Se sentó delante del portátil y puso el CD.

¡Te lo ruego, Dios! ¡Haz que todo esto acabe! ¡No permitas que se convierta en algo aún peor!

Leon podía ver la parte derecha del monitor desde donde estaba. Cada vez que movía la cabeza corría el riesgo de hacerse rozaduras en el cuello. A pesar de ello, prefirió echarse a un lado al ver el rostro de Natalie en la pantalla. Su ojo derecho se vislumbraba de color violeta, tenía los párpados hinchados y, cuando hablaba, su lengua chocaba con un diente roto.

Leon no podía ni quería ver aquellas imágenes, que le hacían recordar sus más oscuras pesadillas y el hecho de que nunca volvería a ver a su esposa.

Pero, por desgracia, la tortura psíquica no cesó al dejar de ver las imágenes, ya que Leon era incapaz de cerrar también los oídos a aquello. El psicópata había subido al máximo el volumen del vídeo con el objetivo de que Leon no pudiera perderse ni una sola palabra de la carta sonora de despedida de Natalie, que leía con voz

temblorosa:

«Lo siento mucho, Leon —empezó ella—. Soy una cobarde, lo sé. Debería haberte dicho todo esto a la cara. Es lo que merecías. Pero no tengo fuerzas para ello, así que he optado por esta forma inusual; para que, si no es cara a cara, por lo menos puedas oírlo con mis propias palabras».

—¡Pare eso! —dijo Leon tosiendo en una pausa.

«A pesar de ello, aún no estoy segura de si tendré suficientes fuerzas para dejar en nuestro buzón esta confesión. Por si acaso soy también demasiado cobarde para hacerlo, al menos te dejaré una tarjeta en la puerta de la cocina».

Leon cerró los ojos, pero tuvo que abrirlos inmediatamente porque tenía la sensación de que iba a perder el equilibrio y estrangularse a sí mismo.

«En el momento de grabar esto sigues durmiendo», escuchó que decía Natalie.

«Pronto empaquetaré mis cosas, y espero que no te despiertes mientras lo hago. Parece que vuelves a tener pesadillas. Tus trastornos del sueño han ido a peor, probablemente porque sientes que hay algo que no va bien. ¡Cariño, cuánta razón tienes! Y yo, sólo yo, soy culpable de ello».

Leon se volvió de nuevo hacia el escritorio. El asesino se hallaba frente a él, de pie, y había detenido la cinta un momento. La imagen congelada de Natalie parecía haber sido tomada con un móvil en su cuarto oscuro. Leon podía ver al fondo los utensilios del laboratorio.

—Me da un poco de vergüenza preguntarle esto —dijo de repente el asesino de Natalie con una sonrisa irónica—. Pero ¿puedo utilizar su baño? Es que tengo descomposición.

Con su risa entre dientes Leon reconoció por fin quién le estaba haciendo aquello.

—Mientras tanto, le dejaré en funcionamiento el programa de entretenimiento —dijo el hombre que se había hecho pasar por mensajero, y se dirigió a la puerta del dormitorio tras darle al *play* de nuevo.

Leon no tuvo más remedio que ver con impotencia cómo aquel loco salía de la habitación sin que aquello supusiese ninguna ventaja para él. Intentó tirar de la cuerda hacia arriba, pero notó que había dormido demasiado poco y era incapaz de soportar el enorme esfuerzo. Le pesaban los brazos; nunca lograría trepar al techo, perdería sus fuerzas como muy tarde a mitad del camino. Eso sin pensar en el respaldo. La silla volcaría en cuanto se subiera encima.

«No hay palabras que puedan justificar todo lo que te he hecho —continuaba entretanto Natalie—. Así que lo diré de una forma muy directa: te he engañado. Con un hombre por quien me siento especialmente atraída. Mejor dicho, por quien me sentía atraída. Nosotros nunca tuvimos que hablar de mis deseos específicos, Leon. Ambos sabemos que existe un lado oscuro en mí que no conoces. Y que he experimentado. En secreto. Al principio era algo salvaje, excitante y exótico. Pensé que él sería capaz de satisfacer mis necesidades. Pero fue un error. Y ahora, todo es como lo estás viendo: se ha descontrolado por completo».

Señaló sus heridas y torció el gesto con una sonrisa dolorosa.

«Se llama Siegfried von Boyten. Es el propietario de esta casa y el principio, la esencia y el origen de todas mis mentiras. Nunca solicitamos esta vivienda, cariño. Él me la alquiló; por entonces ya llevábamos un tiempo viéndonos».

Sintió que su confesión le rajaba las tripas como si fuese un cuchillo. Leon se preguntó cuánto más podría soportar aún.

«Siegfried se acercó a mí en la sala de espera del doctor Volwarth. Estaba en tratamiento psiquiátrico. Al igual que yo».

Natalie tragó con dificultad.

«Sí. Estoy haciendo terapia y, por desgracia, eso no es lo único que no te he contado. Mis deseos sexuales se volvieron cada vez más intensos y extravagantes. Tenía miedo de hablar contigo sobre ello. Tenía miedo de mí misma. Primero fui a ver a otro médico, que me remitió al doctor Volwarth. En aquel entonces aún no nos habíamos casado, así que él no sabía que yo te conocía. Por cierto, me ha ayudado mucho».

Su mirada se volvió furiosa.

«Gracias a él ahora sé lo cerdo que es mi padre. Lo que destruyó durante mi infancia y por qué hoy en día soy una presa fácil para gente sádica como Siegfried. El hombre con el que te he engañado».

Hizo una pausa y luego añadió en voz baja:

«El hombre que me dejó embarazada».

—¡No! —gritó Leon todo lo fuerte que le permitía la cuerda alrededor de su cuello.

Sintió que un soplo de aire helado recorría el interior de su cuerpo. Sus piernas se entumecieron, dejó de notar los dedos de los pies, no podía mantenerse erguido por más tiempo. Su laringe quedó aplastada al caer medio centímetro hacia abajo. Pero ahora ya no era aquella cuerda sino la confesión de Natalie lo que realmente le ahogaba.

«¿Comprendes ahora por qué no puedo enfrentarme a ti? Lo único que he hecho es mentirte. Te hice creer que habíamos perdido a nuestro hijo. Pero el niño que aborté era su hijo. Y, por lo visto, estoy recibiendo el castigo que me merezco. Von Boyten es un psicópata, Leon. Me ha pegado, me ha torturado y me ha violado».

Cruzó los dedos frente a la cámara.

«Esto ya no tiene nada que ver con mis preferencias. Boyten es un sádico a quien le encanta dominar a las personas débiles. Torturarlas. Y observarlas. Es un *voyeur* perverso. Además, se apropia de las identidades ajenas para manipular a los demás. Una vez se hizo pasar por mensajero para poder demostrar su poder. Pretendía tenerme cerca mientras tú estabas conmigo».

Leon sacudió la cabeza, incrédulo y desconcertado. La cuerda le cortaba el cuello profundamente cada vez que se movía, pero ya no le importaba. Ya nada tenía sentido. Ni siquiera el hecho de que él no fuese un asesino cruel. Natalie lo había

engañado y había fallecido. Y él iba a compartir su destino en unos segundos.

«Creo que Siegfried posee un juego de llaves de nuestro piso y que me espía cuando estoy en casa. No tengo ni idea de cómo se las arregla, pero es igual que uno de esos fantasmas navideños de los que hablabas; el peor de ellos. Primero envenenó mis peces; luego a mí. Y, finalmente, a nosotros dos».

Leon miró el acuario destrozado y se preguntó si Ivana ya se habría dado cuenta en el piso de abajo del daño que había causado el agua, y si habría ido en busca de ayuda.

«Me observa. Sabe cosas que yo nunca le he contado. Cosas acerca de mi padre. Y de tu insomnio».

Por el tono de voz parecía que Natalie deseaba terminar.

«Te quiero, Leon. ¡He intentado tantas veces romper con él! Acepté tu propuesta de matrimonio de un modo completamente precipitado porque pensaba que, siendo así, él me dejaría libre. Pero habíamos sobrepasado el límite. Ya no quiso aceptar un no por respuesta. Hasta hoy. No voy a darle más alternativas. Iré a la policía y le denunciaré. No sé qué haré después. No sé cuándo volveré a ponerme en contacto contigo. ¡Me avergüenzo tanto! ¡Tengo tanto miedo! Pero eso es lo que me merezco».

—¡No! —le contradijo Leon, que era incapaz de seguir de puntillas durante más tiempo.

Nadie se merece eso.

Todo lo que había dicho, lo que había *hecho*, no cambiaba en absoluto lo que sentía por ella. Ni siquiera ante la muerte que se había introducido con traición en la vida de ella.

Mucho menos ante la muerte.

En circunstancias normales no habría podido perdonarla nunca. Se hubiesen separado, hubiesen roto cualquier tipo de contacto, se hubieran mudado a ciudades diferentes y sólo hubiesen sabido el uno del otro si el destino lo hubiese querido así.

Pero si de algo estaba seguro Leon era de que nunca hubieran dejado de quererse.

«No me esperes», le ordenó Natalie. Si bien hasta el momento se había mostrado serena, al final de la grabación todos los diques terminaron desbordándose. Levantó la nariz, empujó el labio inferior hacia delante y no hizo ningún ademán por contener el rumbo de sus lágrimas.

«No me lo merezco. Lo sé, ya no existe futuro para nosotros. Lo he destruido todo. Pero si mi engaño ha servido para algo, ha sido para mostrarme a mí misma lo mucho que te quiero. Lo mucho que te querré siempre».

—Qué bonito.

Leon se volvió hacia la puerta y empezó a tambalearse, sobresaltado por el cínico comentario que había hecho el psicópata. Un sudor frío le cubrió la frente.

Leon no estaba seguro de si el hombre, cuyo nombre sabía ahora, se hallaba junto a la puerta desde hacía rato o acababa de llegar en ese instante.

Los labios de Natalie dibujaron un último beso. A continuación se frunció y

Leon pudo reconocer bajo el gesto forzado el principio de aquella sonrisa de la que él se había enamorado hacía años.

Se oyó un clic y la pantalla se volvió de color negro. Una vez más, Siegfried von Boyten se sentó delante del ordenador.

—¿Por qué? —dijo Leon sofocado. No hubo ninguna reacción. El asesino de Natalie deslizó los dedos sobre el teclado tateando una melodía.

¿Por qué lo hace? ¿Por qué destroza nuestras vidas? ¿Y por qué me enseña eso?

Leon observó que Von Boyten volvía a sacar el DVD del portátil y enseguida comprendió que el maniaco no había puesto la cinta en funcionamiento para que él la viera.

El cerdo pretendía hacer una copia.

Al parecer, el psicópata estaba abstraído con la pista de sonido con la que estaba trabajando ahora. Siegfried juntó unos cortes de la grabación que había seleccionado antes. De ese modo redujo el archivo completo de sonido a una extensión de pocos segundos, dando lugar a una confesión de sentido completamente distinto, y cuya función era tan terrible como todo lo demás de lo que aquel psicópata era responsable.

Derecha. Izquierda. Y otra vez derecha.

No importa lo mucho que duela. No importa lo mucho que sangre.

Leon había comprendido lo que se proponía hacer aquel sádico, y por eso no le quedaba otra opción. Debía moverse mientras aún tuviese tiempo para ello. Antes de que Siegfried von Boyten lograra terminar de cometer el asesinato perfecto.

«¡No!», oyó de repente que gritaba Natalie, y supo que aquello sólo estaba en su recuerdo. El recuerdo de un sueño donde él se encontraba en un sótano que era igual al dormitorio donde estaba ahora.

Para que este cerdo pudiese grabar allí las imágenes de vídeo que luego me atribuirá a mí.

«¡No!», gritó Natalie aún más fuerte en su mente. En su sueño (*¡no, en el tercer estadio!*) había creído que ella le tenía miedo. Que tenía miedo de que él volviera a dormirse y pudiera hacerle algo. Sin embargo, era justo lo contrario. Tenía que despertarse y ayudarla. Porque estando sonámbulo no era útil y no podía liberarla.

Von Boyten había vuelto al pasillo, así que Leon no podía ver qué era lo siguiente que iba a hacer. Sin embargo, no era necesario. Lo estaba *oyendo*.

—Hola, está hablando con Natalie y Leon. Por favor, deje su mensaje después de la señal.

¡Lo está grabando en mi contestador! ¡Maldita sea! ¡LO ESTÁ GRABANDO EN MI CONTESTADOR!

Leon tenía razón. Unos segundos después, escuchó el montaje de las últimas palabras de Natalie, con la calidad del sonido distorsionado típica de las llamadas que se graban.

«Leon, cariño. Lo siento mucho. No hay palabras inofensivas, así que lo diré de una forma muy directa: te he engañado. Con un hombre por quien me siento especialmente atraída. Él es capaz de satisfacer mis necesidades. Ya no existe futuro para nosotros. No sé cuándo volveré a ponerme en contacto contigo».

—No llegará muy lejos —dijo Leon asfixiado con voz ronca. Y sabía que se equivocaba.

Cualquier experto informático podría descubrir aquellos cortes en la pista de sonido, pero ¿quién se encargaría de realizar un costoso análisis tratándose de un suicidio evidente? Los hechos estaban claros: la esposa que engaña confiesa su relación. Su marido enloquece. Un asesinato por celos. Inmediatamente después coge una cuerda: la historia más vieja del mundo.

Y para los más escépticos, incluso hay un vídeo que lo demuestra. Dios mío.

Las personas que recibieran la cinta con la ejecución de Natalie creerían que Leon le había clavado la estilográfica en el cuello. Él mismo había caído en aquel engaño al principio. Siegfried únicamente tenía que eliminar los segundos que venían

después del asesinato de Natalie; la parte en la que entraba en el dormitorio a través de la puerta que había detrás del espejo y se dirigía a él. Pero eso era un juego de niños comparado con lo que había hecho en la vida de ella durante todo el último año.

Izquierda. Derecha.

Sigue moviéndote. Pero sin hacer ruido. Aunque estés destrozado por dentro.

Leon temblaba de pies a cabeza, e hizo una pausa para no desmayarse de dolor mientras Siegfried comprobaba una vez más la grabación en el pasillo.

Entretanto, había conseguido manipular la información horaria del contestador automático. Según la voz del ordenador, la llamada de Natalie había sido hecha unos días antes.

Bastante antes de su muerte.

Izquierda. Derecha. Continúa girando.

Los pensamientos de Leon no paraban ni siquiera estando sumido en aquel dolor.

Maldita sea, incluso hay testigos que me incriminan. Yo mismo le confesé a Sven que había pegado a Natalie y me había grabado dentro del laberinto.

Al menos, Sven podría confirmar su confuso estado mental.

Izquierda. Derecha. Izquierda.

Leon no podía soportar más aquella tortura, ni la física ni la psíquica.

¿Hasta cuando?, le gritó a Siegfried mentalmente, mordiéndose la lengua hasta hacerse sangre.

¿Cuántos vídeos me has atribuido falsamente? ¿Cuánto hace que me manipulas?

Oyó unos pasos que procedían del pasillo, vio una sombra y se volvió hacia la puerta del dormitorio.

—Bien, y ahora te toca a ti... —dijo Von Boyten al entrar. Su sonrisa cínica se congeló a mitad de frase.

Leon estaba seguro de que habría tirado la silla debajo de sus pies si aquella súbita mirada no le hubiese cogido completamente por sorpresa.

Izquierda. Derecha. Y otra vez izquierda.

—¿Qué estás haciendo? —gritó Siegfried al reconocer que su perfecto plan, de repente, ya no funcionaba de un modo tan perfecto.

Derecha. Otra vez izquierda.

No importa lo mucho que duela.

Leon se había desgarrado el cuello sangrientamente, pero seguía sin dejar de mover la cabeza.

Izquierda. Derecha.

La cuerda áspera le rozaba la profunda herida abierta igual que lana de acero. La sangre se deslizaba por el pecho y el vientre tan abundantemente que él mismo podía sentirla en su escroto, goteando como si fuesen filamentos encima de la superficie de la silla.

—¡Basta! ¡Déjalo ya!

Leon no pensaba hacerlo. Cada corte de su carne le señalaba que seguía vivo.

Mejor aún: le demostraba que se había defendido. Ningún forense de este mundo pasaría por alto algo así. Con heridas como aquéllas nadie más supondría que se trataba de un suicidio. Si hubiera tenido más tiempo se hubiese quitado los guantes también. No obstante, las heridas de las manos no eran suficientemente claras y podían interpretarse como si hubiera intentado liberarse después de cambiar de idea cuando ya estaba colgado de la cuerda. Con los cortes simétricos que tenía en el cuello no era posible aquella interpretación.

—¡Mierda! ¡Maldito cabrón!

Leon empezó a reír.

Atado, colgado y con sangre por todos lados. Así era como había estado a merced de aquel pérfido, y, sin embargo, mantenía la arrogancia. Un estado que aquel loco no podía soportar. Había querido humillarle, controlarle y recrearse mientras estaba agonizando, y ahora la víctima estaba cambiando el desarrollo de los acontecimientos.

—¡Esto te va a doler! —gritó Von Boyten poniendo los brazos sobre la cabeza con un gesto desamparado—. ¡Esto te va a doler de verdad, pedazo de estúpido!

Su cara corriente se había transformado en una mueca desagradable. La saliva se concentraba en la comisura de la boca mientras gritaba. Empezó a caminar por la habitación sin rumbo fijo.

Nada hacía pensar que Siegfried supiese qué iba a hacer Leon a continuación, lo cual le hacía enfurecer. Eso y el hecho de que hubiera perdido el miedo a morir y se riera en sus barbas sarcásticamente.

Siegfried se quedó de pie delante de la silla. Su cara enrojeció, la arteria del cuello empezó a palpar, los ojos se tornaron opacos hasta perder todo tipo de emoción humana. Leon comprendió que sólo le quedaban unos segundos. Von Boyten ya no seguía ningún plan, salvo el de matarlo de la manera más dolorosa posible.

Leon no tenía ni idea de lo que pretendía hacer el asesino. Solamente sabía que no debía dejar a aquel psicópata fuera del alcance de su vista bajo ningún concepto. Siegfried no había cometido el error de acercarse a los brazos de Leon ni siquiera durante su acceso de ira. Ahora Von Boyten se había quedado a un metro de distancia de la silla. Pero se estaba alejando de él, posiblemente porque deseaba deshacer el nudo que mantenía la cuerda atada al radiador y colocar a Leon en otra posición a fin de torturarlo mejor.

Ahora o nunca.

Un solo paso más y sería demasiado tarde.

—¡Eh, tú! —gritó León. Pero sus palabras no llegaron a oídos del furioso hombre. Y eso supuso un golpe de suerte. Si el asesino se hubiese dado media vuelta, hubiera visto el peligro que le venía encima. Al no ser así, las piernas le pillaron por sorpresa mientras se agarraban de repente alrededor de su cuello.

Leon, que ya no tenía nada que perder, saltó de la silla con las últimas fuerzas que

le quedaban y mantuvo a su asesino inmovilizado entre sus muslos.

Siegfried lanzó un grito de asombro, tropezó hacia atrás e intentó librarse de la carga de sus hombros moviéndose impulsivamente y de forma violenta. Y precisamente ésa fue su equivocación.

De haber mantenido la calma o haberse dejado caer hacia delante, Leon hubiese firmado su sentencia. Pero, de ese modo, llevó a su víctima a cuestras. La cuerda perdió gran parte de la tensión y formó un lazo en el gancho del techo, del que finalmente acabó soltándose.

Siegfried perdió la bota que tenía desatada, tropezó con ella y cayó lateralmente sobre su propio eje, arrastrando a Leon consigo con aquel giro.

Sabiendo que iba a estrangularse de inmediato, Leon levantó las manos para sujetarse a la cuerda y se quedó perplejo del todo al ver que no se frenaba la caída. Con las manos en la cuerda y los pies aún en la silla, cayó de cabeza sobre el *parquet* mojado. *La cuerda se ha soltado del gancho*, fue lo último que pensó. A continuación, el mundo que había al otro lado de sus ojos se transformó en una bola de fuego.

Leon no podía ver nada, estaba asfixiado, el dolor había alcanzado un nuevo máximo y, a pesar de todo, temía que la tortura pudiese empeorar en cuanto Von Boyten cobrara fuerzas a su lado.

Por el momento se conformaba con darle unas fuertes patadas en el abdomen.

Leon protegía sus genitales con una mano; la otra la mantenía delante de la cara para defenderse. Le sorprendió que Siegfried no tuviera puntería dándole patadas.

Probó a abrir los ojos. El mundo que había al otro lado era difuso y vidrioso. No era de extrañar, después de la conmoción cerebral que había sufrido con el choque.

¿A qué espera?

Von Boyten gritó alguna cosa que Leon no logró entender, ya que el silbido de su cabeza había subido de volumen igual que una tetera que está a punto de estallar. Intentó apoyarse en el suelo y sus manos fueron a parar a un charco. Tenía la esperanza de que no fuese sangre.

Entretanto, las patadas de Siegfried iban ganando velocidad, aunque también se volvían más débiles. Sus gritos sonaron con más energía.

¿Qué se propone? ¿Pretende que le mire a los ojos al morir?

La vista de Leon había mejorado ligeramente y, cuando intentó abrir los ojos de nuevo, reconoció al menos la silueta del cuerpo de Siegfried, que estaba tumbado justo a su lado como si fuesen una pareja de enamorados; de lado, mirándose cara a cara.

Leon parpadeó, pero la sensación de que estaba observando al asesino a través de un cristal no acababa de desaparecer. Porque *no podía* desaparecer.

De la misma forma que Von Boyten tampoco podía dejar de dar patadas salvajemente a su alrededor ni de emitir sonidos incomprensibles.

A diferencia de Leon, había intentado protegerse con las manos al caer. Sin embargo, *Skalare*, el pez preferido de Natalie, necesitaba unas paredes altas en el acuario, y los brazos de Siegfried no habían sido capaces de evitar que un pedazo de vidrio que había quedado intacto le perforase la garganta al desplomarse sobre los restos del acuario.

Pero sigue con vida. Ese cerdo sigue con vida.

Leon se dio un golpe en la rodilla y vio la herida.

La sangre espesa se filtraba por la garganta del asesino, que seguía estremeciéndose sin control.

—¡Ja! —Leon aflojó la cuerda que tenía alrededor del cuello y, con un gorjeo, llenó los pulmones de aire.

En voz alta. Desesperado. Histérico.

Cogió a Siegfried Von Boylen con ambas manos mientras éste agonizaba y gritó el nombre de su esposa asesinada una y otra vez, y cuando le falló la voz, arrojó con violencia su cabeza contra los vidrios rotos, que atravesaron a Siegfried von Boylen

más profundamente aún.

Esperó hasta que dejó de estremecerse y sus ojos se tornaron opacos.

Luego se levantó. Pisó los trozos de cristal con los pies desnudos.

Las huellas ensangrentadas de sus pies dibujaron su camino a través del pasillo, en dirección al rellano de la escalera. Bajó los peldaños. Era demasiado tarde. La jornada de trabajo había terminado. Ya no se oía a los trabajadores.

—¡Socorro! —gritó pronunciando el nombre de Natalie alternativamente. Llamó a cada una de las puertas del edificio, pero no esperó a que le abriese nadie; salió a la calle dando tumbos.

La nieve le golpeó la cara.

Una pareja retrocedió asustada al verle. Los transeúntes volvieron la vista atrás fijamente mientras él corría en medio del frío, desnudo y cubierto de sangre, y seguía pidiendo ayuda.

Delante de un supermercado que había en la esquina se desmayó.

Nadie fue a ver qué le pasaba. Era evidente que nadie quería acercarse a aquel hombre enloquecido; sin embargo, Leon pudo ver cómo se formaba un grupo de curiosos a su alrededor.

Muchos de ellos habían sacado sus móviles.

—¡Está ahí abajo! —se oyó a sí mismo gritando.

Rápido. Debo contárselo a todos antes de que me quede sin fuerzas.

—¡Dense prisa! Se está muriendo de frío —escuchó Leon que chillaba una mujer. Los coches tocaban la bocina. Los jóvenes reían y hacían fotos.

—Natalie está abajo. En el laberinto.

Tienen que buscarla. Quizás podamos salvarla.

Leon temblaba como si hubiese tocado un cable de alta tensión. De repente notó que le ponían una manta por encima. Alguien le preguntó su nombre, pero eso era irrelevante, así que sólo dijo:

—Empujen el armario a un lado y entren en el laberinto. Encontrarán a Natalie detrás de la puerta secreta.

—Sí, eso haremos. Pero primero tiene que acompañarnos.

Las puertas del vehículo se cerraron. De pronto, todo a su alrededor empezó a brillar con un tono anaranjado, y el hombre que llevaba puesto un chaleco rojo con una cruz le agarró por debajo de los hombros mientras otro le cogía de los pies. Leon quedó suspendido en el aire.

—¿Es que no me entienden? Le ha clavado una estilográfica en el cuello. El código de la puerta secreta es A-Moll. ¡Deben darse prisa!

—Sí, por supuesto. Tranquilícese —dijo el hombre, y lo ató en la camilla dentro la ambulancia—. ¿Sabe quién es?

Leon intentó ponerse de pie, pero las correas se lo impidieron.

—Ha sido Siegfried. Siegfried von Boyten.

—¿Es así como se llama usted?

—No. Su padre construyó este edificio. Conocía los pasadizos secretos que hay detrás del armario.

—Claro, por supuesto que sí.

—¡Nooo! —gritó Leon. Sacudió la tira que le aprisionaba brazo.

No me creen. Dios mío.

—Por favor, el tiempo apremia. Puede que Natalie aún esté viva. Tienen que ir a buscarla.

—En el mundo secreto que hay detrás del armario. Claro.

Sintió una cosa fría en el brazo, luego un pinchazo y la ambulancia se puso en marcha haciendo sonar la sirena.

El paciente apenas llevaba media hora en el hospital y ya estaba molestando. La enfermera Suzan lo había *saboreado* tan pronto se habían abierto las puertas de la ambulancia y habían sacado la camilla fuera.

Siempre que había problemas en la Unidad Psiquiátrica percibía aquel sabor en su paladar. Se extendía a través de su boca como si estuviese mascando papel de aluminio. Y aquel efecto desagradable también podían provocarlo pacientes que, a simple vista, tenían más aspecto de ser una víctima que una persona violenta. Igual que el hombre que acababa de activar la alarma en la habitación 1310.

A las 19.55 h precisamente.

Si lo hubiera hecho cinco minutos más tarde, Suzan habría podido disfrutar de su hora de descanso. Ahora tenía que apresurarse por el pasillo con el estómago vacío. No es que le asaltara un enorme apetito por las noches (Suzan cuidaba infinitamente su figura y, en realidad, no estaba mucho más gorda que algunas de sus pacientes anoréxicas), pero la ensalada pequeña y el medio huevo formaban parte de su rutina nocturna; y un paranoico con alucinaciones también, si bien podía prescindir perfectamente de esto último.

Habían recogido al paciente enfrente de un supermercado, en mitad de la nieve. Desnudo, lleno de sangre y con heridas de cortes en los pies. Tenía un aspecto desaliñado; parecía que estaba desorientado y deshidratado. Pero su mirada era despierta y constante, pronunciaba con claridad y los dientes (según Suzan, los dientes eran siempre una señal clara del estado del alma) no mostraban síntomas de abuso de alcohol, nicotina o estupefacientes.

Y a pesar de todo he notado ese sabor, pensó, con un busca en una mano y un juego de llaves en la otra.

Suzan abrió la puerta y entró en la habitación.

El escenario que tenía ante sus ojos era tan insólito que tardó un segundo en reaccionar y activar el busca que llevaba consigo para informar de situaciones críticas como aquélla a las fuerzas profesionales de seguridad.

—Puedo demostrarlo —gritó el hombre desnudo frente a la ventana. Se hallaba de pie en un charco de vómito.

—Claro que puede —respondió la enfermera asegurándose de guardar bien la distancia.

Sus palabras sonaban como si se las hubiese estudiado; como si no fueran sinceras. Y, efectivamente, Suzan se las había estudiado y no creía en ellas de verdad. Sin embargo, en muchas ocasiones había conseguido ganar un tiempo precioso usando expresiones vacías.

Esta vez no.

Más tarde, una comisión investigadora redactaría en su informe final que la señora de la limpieza había estado escuchando música con un reproductor de MP3,

algo que estaba estrictamente prohibido durante las horas de trabajo. La mujer, al ver que su jefe entraba de improviso para llevar a cabo un control de higiene, había escondido el aparato en la caja de los contadores del agua que había junto a la ducha.

Sin embargo, en aquel instante de crisis, la enfermera Suzan no lograba entender cómo había llegado hasta el paciente aquel aparato electrónico, al que había arrancado el compartimento de las baterías. En la mano tenía una pila alcalina que estaba torcida, y daba la impresión de que había mordido su recubrimiento con los dientes. Suzan no lograba verlo, pero se imaginó el ácido viscoso saliendo por los bordes afilados como si fuese mermelada.

—Todo saldrá bien —intentó tranquilizarle ella.

—No, nada saldrá bien —protestó el hombre—. Escúcheme. No estoy loco. He intentado vomitar para poder sacarlo del estómago otra vez, pero es posible que ya lo haya digerido. Se lo suplico. Tienen que hacerme una radiografía. Tienen que radiografiar mi cuerpo. ¡La prueba está dentro de mí!

Continuó gritando hasta que el personal de seguridad entró por fin para sujetarlo.

Pero habían tardado demasiado en llegar.

Cuando los médicos irrumpieron en la habitación, el paciente ya se había tragado la pila.

—Bueno, ahora tendrán que meterme en el tubo —dijo con voz triunfante después de que volvieran a llevarlo a empujones hasta su cama.

»Yo mismo me até allí abajo, en el laberinto, estando sonámbulo, ¿me comprende? Y como Siegfried se hacía pasar por mí, las llaves de las esposas aún deben de estar dentro de mi estómago.

—Enfermera, informe a Radiología —dijo un médico moviendo la cabeza.

—Y prepárelo todo para un lavado de estómago —añadió el otro—. Tenemos que sacar la pila antes de que libere una importante cantidad de ácido.

—¡Me importa una mierda el ácido! —gritó Leon de inmediato—. Se trata de la llave.

Arrastraron su cama fuera de la habitación.

—Encontrarán las llaves de unas esposas en mi estómago o en los intestinos, y entonces le ruego que... —Leon le cogió las manos al médico que corría a su derecha junto a la cama. Tenía más pelo en la cara que en la cabeza, y un bigote que no lograba esconder su paladar hendido.

—Por favor, vaya a mi apartamento y empuje el armario a un lado —le suplicó Leon—. Si se queda atrancado, puede subir también a través del cuarto de baño de la señora Helsing y llegar al laberinto.

—¿Al laberinto? —preguntó el barbudo, que se había presentado con el nombre de doctor Meller.

—Así es como le llamo yo, sí. Se lo puedo dibujar. Al final del foso hay una

bifurcación que conduce a la puerta secreta.

Y al cadáver de mi esposa.

Leon cerró los ojos agotado al darse cuenta de que ni siquiera podría creer lo que estaba diciendo. Pero, de todos modos, ya era demasiado tarde. Si Natalie no había fallecido por las heridas del objeto que le habían clavado, estaba seguro de que a estas alturas, teniendo en cuenta el tiempo transcurrido, ya lo habría hecho.

—¿Se refiere a la puerta con el letrero de CUIDADO? —preguntó el doctor Meller inmediatamente.

Leon volvió a abrir los ojos.

—¿Cómo sabe eso?

—La policía ha confirmado sus datos.

A diferencia de la enfermera Suzan, parecía que el médico pronunciaba sus palabras en serio. No sonaban arrulladoras, sino sinceras.

—¿Me cree?

—Sí. Un amigo suyo, un tal Sven Berger, estaba preocupado por usted y quiso ir a verle. Descubrió el cadáver de un hombre en su piso hace un cuarto de hora.

La camilla se detuvo frente a una puerta batiente. Leon alzó la cabeza.

—¿Y Natalie?

Intentó levantarse.

—¿Qué ha pasado con mi mujer?

¿La han encontrado también?

El miedo a saber la verdad le oprimía la garganta. El médico sacudió la cabeza de modo compasivo.

—Eso no lo sé. En este mismo momento las fuerzas de emergencia están intentando abrir una puerta, pero está protegida con un código.

—A-Moll —gritó Leon—. Por favor, dícales que el código es: A-H-C-D-E-F-G-A.

El médico asintió, y en su mano derecha apareció un teléfono. Al parecer, estaba en contacto con la policía, ya que preguntó si habían escuchado la última frase de Leon.

—No, ahora no pueden interrogarle. Se ha tragado una pila y hay que hacerle un lavado de estómago enseguida —añadió el doctor Meller intentando terminar aquella conversación. Un hombre dijo algo al otro lado de la línea y el médico levantó asustado la vista hacia Leon, cuyo corazón se detuvo.

¿La han encontrado?

—El jefe de operaciones desea saber qué ha ocurrido con los otros inquilinos —preguntó Meller.

Los ojos de Leon se abrieron de par en par.

—¡Dios mío! ¿Es que también les ha hecho algo ese psicópata?

No tuvo más remedio que pensar en la vieja señora Helsing, quien a ciencia cierta no habría podido forcejear con aquel loco.

—No, esto... —El médico desapareció de su campo de visión para volver a aparecer al otro lado de la cama—. Si lo he entendido bien, resulta que no hay nadie más en el edificio.

—¿Nadie? Eso no puede ser. Ivana nunca sale de su piso por las noches.

—Me temo que no le entiendo. —A través de la puerta abierta, Leon fue introducido en una sala de curas con forma alargada—. Según la policía, sus vecinos no han salido. Se han *trasladado*. Con todas sus objetos de valor, documentos y dinero en efectivo. Todas las puertas de los domicilios estaban abiertas; las llaves puestas por fuera.

—¿Qué? Pero ¿por qué?

El doctor Meller se encogió de hombros desconcertado.

—Yo tampoco lo entiendo, señor Nader. Pero la policía dice que, por lo visto, todos los vecinos han abandonado precipitadamente la casa de alquiler.

Unos meses más tarde

En algún lugar del mundo.
En alguna ciudad que usted conoce.
Quizás en su vecindario...

El doctor Volwarth acalló los aplausos con los que le estaban recibiendo sus compañeros en la sala de conferencias.

—Muchas gracias. Se lo agradezco sinceramente.

Jugeteaba con el lóbulo de su oreja. Tanto reconocimiento le avergonzaba un poco.

—Es nuestro éxito común. Deben aplaudirse a sí mismos.

El grupo, dos mujeres y dos hombres, reía con amabilidad. El jefe médico era el único que se mantenía en silencio en el extremo opuesto de la mesa.

—Es una lástima que, durante mucho tiempo, vayan a negarse a reconocer lo que hemos conseguido —mencionó uno de los asistentes.

—Tiene usted razón, profesor Tareski. —Los ojos de Volwarth brillaron con ira—. Pero no somos los primeros en la historia de la medicina que ponen en riesgo su propio bienestar y su libertad para hacer algo revolucionario en nombre de la ciencia. Piense en nuestros compañeros de la Edad Media, a quienes se les prohibía con pena de muerte abrir un cuerpo humano.

Destacó su declaración alzando el dedo índice de la mano.

—Durante muchos años, los médicos y científicos tenían que robar los cadáveres de los cementerios para poder realizar sus disecciones, y ese afán por investigar a menudo se cobraba con la propia vida. La Iglesia tenía miedo de que la mentira de la Biblia pudiera salir a la luz si se reconocía que a Adán no le faltaba la costilla de la que supuestamente había salido Eva. En aquel tiempo eran los pastores; hoy en día son otros mojigatos los que obstaculizan el progreso.

La enfermera que tenía a su lado dio un soplido con desdén y dejó de acariciar por un momento el gato que tenía en su regazo.

Ivana Helsing tenía ya cierta edad, pero aun así era una de sus ayudantes de mayor confianza a la hora de realizar experimentos que requerían dedicación. Además, le había presentado a Von Boyten, algo que Volwarth le agradecía con una lealtad incondicional, a pesar de que intentase humanizar los objetos de experimentación de vez en cuando.

Con el tiempo le había cogido tanto cariño al «querido Leon» (así es como le gustaba llamarle) que al final incluso había abogado por interrumpir el experimento. Ahora estaba contenta y feliz de que Leon hubiese logrado sobrevivir, aun sabiendo que no había reaccionado a sus intentos subliminales para que abandonase la casa. En cambio, con Natalie no había desarrollado ningún tipo de relación. Por suerte. Resultaba preciso no ser hipersensible si deseaba lograr algún éxito en la medicina. En este contexto, los objetos como Natalie y Leon no eran más que animales de un laboratorio. Las personas incapaces de soportar emocionalmente la pérdida de un chimpancé quedaban fuera de la investigación.

—Todo aquel que experimenta con humanos sin permiso debe hacerse a la idea

de que será rechazado por unos ignorantes —explicó Volwarth autocomplaciente.

Era un círculo vicioso que no necesitaba seguir explicando a sus compañeros de armas. Por supuesto que la ética profesional exigía el consentimiento del sujeto. Pero los trastornos del sueño eran anomalías del subconsciente. En cuanto el objeto del experimento supiese que le estaban observando, cambiaría automáticamente el comportamiento que tenía que ser investigado. Nadie dormía en un laboratorio como en su casa. Precisamente ese era el motivo por el que apenas se investigaban las parasomnias. Además, los resultados obtenidos en los laboratorios del sueño convencionales resultaban muy insuficientes. Era impensable llevar a cabo una serie de ensayos provocando un exceso de violencia en las personas sonámbulas.

—Haciéndole creer a Leon Nader durante todo un año que estaba viviendo en su entorno habitual, hemos logrado llevar a cabo descubrimientos revolucionarios en el campo que investiga el sonambulismo —dijo Volwarth con orgullo.

Tres años planeándolo. Desde la selección del objeto de estudio hasta la instalación del laboratorio: su difunto paciente, Albert von Boyten, a quien asistió en un centro psiquiátrico hasta el día de su muerte, había sido el responsable de crear unas obras maestras arquitectónicas sumamente peculiares que le vinieron muy bien a Volwarth. Von Boyten había construido en diversas partes del mundo edificios de alquiler que ocultaban una planta intermedia. El genial arquitecto, niño de la guerra y comunista, los había creado inicialmente con el fin de que pudieran esconderse allí las personas que eran perseguidas por razones políticas. Sin embargo, también servían magníficamente como laboratorios del sueño donde no sólo era posible observar al paciente, sino que, además, se le podía someter a estímulos específicos.

Los apartamentos se unían a través de pasillos secretos a los que se podía acceder en cualquier momento para transportar dentro y fuera del edificio los materiales que requería el experimento, mientras el sujeto se hallaba en casa o bien durmiendo.

Las fases del sueño que acompañaban las actividades noctámbulas de Leon eran, por suerte, increíblemente estables; como solía suceder con los pacientes que sufrían aquel tipo de trastornos. Proporcionaban los márgenes de tiempo necesarios: los investigadores podían preparar meticulosamente su serie de pruebas, por ejemplo, grabando en el portátil de Leon los elaborados vídeos. El seguimiento de los niveles sucesivos del experimento había resultado más difícil. En este caso, se tenía que reconstruir el estado inicial en que se hallaba el apartamento, por ejemplo: empujar a un lado el armario (que logró fijarse gracias a un electroimán), esconder la cámara con la cinta para la frente y apagar el portátil. Porque Leon no debía recordar en absoluto ninguna de sus actividades nocturnas al despertarse.

Las fases del sueño profundo habían sido tan intensas que, durante ellas, habían podido vestir y desvestir a Leon, trasladarlo y, en una ocasión, meterlo también en una bañera.

Volwarth miró a Ivana, en cuyo regazo ronroneaba *Alba*, que empujaba las manos de su dueña con la cabecita para que ésta siguiera acariciándola. Y no pudo evitar

pensar en la resistencia que había opuesto la mujer mayor hasta que no habían utilizado para el montaje experimental de la bañera algo peludo de imitación que pareciese auténtico, en vez de un gato muerto de verdad.

Y, no obstante, a pesar de las diferencias de personalidad dentro del grupo, todo ha salido maravillosamente bien.

No era la primera vez que Volwarth se sentía orgulloso de sí mismo y de su equipo.

Había requerido mucha disciplina, concentración y una observación exacta de los detalles del experimento que estaban llevando a cabo, pero, finalmente, los esfuerzos habían merecido la pena.

—En primer lugar, hemos podido demostrar que los traumas mentales más severos son capaces de provocar el complicado proceso del sonambulismo de manera muy precisa —pontificó Volwarth.

Todos asintieron conformes.

Tenían que admitirlo. Al principio no sabían de qué manera podían inducir a Leon metódicamente en un estado sonámbulo. Sin embargo, investigar aquello era precisamente parte del experimento y, como le había ocurrido al bacteriólogo Flemming con el descubrimiento de la penicilina, en su caso, la casualidad también había jugado a su favor. Siegfried von Boyten había acordado cederles la casa que había heredado de su padre sólo a condición de que él mismo pudiese formar parte del experimento. Por el contrario, Leon había sido escogido como conejillo de Indias sólo a causa de Natalie. Lo que Volwarth le había dicho acerca de su hipnofobia cuando niño, alegando que resultaba tan interesante que hoy en día aún hablaba sobre ello, era mentira. De hecho, había perdido por completo de vista a Leon hasta el día en que un compañero le había pedido consejo en el caso de una paciente que sufría un comportamiento sexual autodestructivo. Cuando Volwarth dio con el nombre de la pareja de Natalie, un nombre que le sonaba, durante las entrevistas que realizó con ella en sus sesiones de terapia, comprendió a primera vista el potencial que había para sus experimentos: un sonámbulo y su frágil novia. Una grandísima oportunidad para demostrar si los trastornos del sueño podían causar una presión psíquica, y a partir de qué intensidad podían hacerlo. Volwarth había sido quien se había puesto en contacto con Natalie para ofrecerle su ayuda. No al contrario.

—Finalmente hemos logrado demostrar que la fase de sonambulismo es un estado de la conciencia independiente en el que el paciente no sólo es capaz de actuar y reaccionar, sino que puede comunicarse también plenamente —continuó jactándose Volwarth.

Pidió a sus compañeros que abrieran el archivador delgado que tenían frente a ellos en la mesa, y que observasen la fotografía que había en la primera página. Podía verse a Leon Nader solamente con unos calzoncillos *boxer* en el pasillo del viejo laboratorio.

—En esta foto nuestro paciente estaba ya en el tercer estadio. Cuando Leon se

levantó asustado una mañana en su cama de matrimonio, después de haberse bebido una botella de vino completamente solo la noche anterior, creyó que estaba despierto. En realidad se hallaba en una fase sonámbula muy constante, que comenzó con la huida de Natalie y no terminó hasta después de que regresara al dormitorio y se volviese a dormir.

»En un estado posterior de vigilia, el señor Nader podía recordar que le había abandonado su esposa. Se despertó en una cama vacía y pensó que, después de varias semanas de intensa crisis conyugal, ella habría extraído sus conclusiones. Mientras el hombre dormía, nosotros volvimos a cerrar el armario y eliminamos cualquier tipo de desorden. Leon estaba ciertamente deprimido porque Natalie le había dejado una tarjeta de despedida en la puerta de la cocina antes de marcharse inesperadamente. Sin embargo, no había tenido la fortaleza de ocuparse del bienestar de ella y los siguientes días se había dedicado exclusivamente a su trabajo.

»Naturalmente, ustedes tuvieron que eliminar la tarjeta de despedida durante las primeras fases del sonambulismo para que el sufrimiento de Leon fuese mayor y su estado sonámbulo se volviera más estable.

Volwarth sonrió meditabundo.

No era de extrañar que el amigo y socio de Leon se sintiese tan confuso. Sven Berger había visto a su amigo en dos estadios de conciencia diferentes y, dependiendo de si Leon estaba despierto o sonámbulo, las versiones que escuchaba sobre la desaparición de Natalie eran completamente distintas. Una vez, Natalie se había tomado un tiempo; otra, él le había pegado. Por otra parte, estando despierto, Leon no lograba acordarse de sus heridas ni de la cámara, mientras que, estando sonámbulo, no recordaba que había llevado el anillo de boda a la joyería, ni que les había regalado un crucero a sus padres o que su amigo había ido a recoger la maqueta.

—Es realmente asombroso lo mucho que hemos aprendido acerca de la memoria en estados sonámbulos —dijo el doctor Kroeger, que hacía dos años que había entrado a formar parte del equipo como neurólogo, y que seguía hojeando las páginas del archivo—. Cómo una persona sonámbula es capaz de recordar soñando ciertos acontecimientos de la realidad. Pero, por lo visto, y ése es el verdadero hallazgo de los resultados de nuestra investigación, no los recuerda todos. Tal y como parece, en la memoria lunática se infiltran solamente las vivencias emocionales graves.

Volwarth asintió. Ésa era exactamente su hipótesis.

El aborto, la desaparición de Natalie, la enorme presión por vender debido al concurso de arquitectos: Leon había podido acordarse de todo aquello. Por el contrario, no recordaba las vivencias menos decisivas.

Quizás lo más interesante era, según Volwarth, el hecho de que la memoria sonámbula podía crear una información tras otra. Eso ya lo había demostrado la puesta en escena (sumamente difícil) del primer «despertar»: en el momento en que Leon pensaba que se había despertado con los guantes de látex y la cámara en la cabeza, sin embargo, estaba en realidad sonámbulo. Desde el instante en que se puso

la cámara en la cabeza por primera vez hasta que miró las cintas de vídeo, trascurrieron catorce horas. Catorce horas en las que Leon no había dormido, al menos no únicamente. Primero, con la cámara en la cabeza, había pasado de la fase de sonambulismo a un sueño muy agotador y profundo, casi comatoso, durante el que los investigadores habían podido quitarle la cámara sin esfuerzo alguno. Leon durmió cuatro horas, se despertó y se puso a trabajar en su maqueta; una fase que no lograría recordar después, estando sonámbulo. Por eso se sorprendió cuando, al hablar con su compañero Sven, se dio cuenta del tiempo que había transcurrido.

A fin de poder preparar a Leon para la siguiente prueba, habían añadido un suave barbitúrico en su té. Se lo había tomado estando despierto, así que, poco después, se había vuelto a acostar en la cama con un creciente dolor de cabeza. En aquel estado de adormecimiento habían logrado sin problemas ponerle los guantes y colocarle la cámara en la cabeza. Sólo habían olvidado el reloj que había llevado puesto durante su última fase sonámbula y que se había quitado mientras trabajaba estando despierto. Una incoherencia de la que Leon se daría cuenta después, y que, por fortuna, no había causado consecuencias en el proceso siguiente. Después de las supuestas catorce horas de sueño, Leon creyó realmente que se había saltado la fase intermedia de vigilia, y su memoria sonámbula había continuado justo en el punto en el que había terminado su última fase sonámbula, tal y como se esperaba: había salido de la cama, había visto el vídeo y había descubierto el armario.

El resto es historia. ¡Una historia gloriosa de la medicina!

—¡El hecho de que hayamos podido demostrar por primera vez que existe una memoria onírica sonámbula es algo fantástico! —dijo Volwarth sonriendo—. Además, hemos aprendido que los pacientes también reflexionan aparentemente sobre su estado mientras están sonámbulos.

Volwarth se sentía especialmente orgulloso de aquel resultado. Muchos de sus compañeros (algunos de ellos se hallaban presentes ese día) habían puesto en tela de juicio la posibilidad de introducirse en la conciencia de la persona sonámbula mediante estímulos externos; que ésta comprendiera su situación sin poder liberarse de ella. Sin embargo, aquel fenómeno se había logrado demostrar claramente con las palabras y los números que Leon se había anotado en la mano en el laboratorio.

—Miren esto. —Kroeger sostuvo en el aire una fotografía en la que se le veía dándole a Leon un teléfono móvil en su sala de estar—. Aquí Nader también estaba en el tercer estadio. Bien es cierto que, mientras conversábamos, parecía estar ausente, como si estuviese bajo el efecto de las drogas. No obstante, daba la impresión de que comprendía todo lo que le estaba diciendo. Apenas lograba mirarme a la cara, pero examinaba muy atentamente las fotos de Natalie que habíamos hecho en el móvil. Su lenguaje era algo impreciso, pero parecía estable.

Volwarth asintió a modo de aprobación.

Cuando se habían encontrado personalmente con Leon había tenido ocasión de experimentar muy de cerca las características de un paciente que permanece atrapado en el tercer estadio.

Al principio, no habían previsto contar en su experimento con la cámara para la cabeza. En realidad, con la receta que Volwarth le había extendido, habían pretendido probar si Leon también era capaz de abandonar la casa estando sonámbulo. Pero en ese momento ya estaba tan convencido de su propia culpa que había llegado a descubrir por sí mismo que quería conectarse los cables de nuevo. Dado que no sabían lo buena que podía llegar a ser su habilidad técnica con las manos en estado sonámbulo, habían cambiado la cámara que él había pedido por otra que se montaba más fácilmente y era más sencilla de instalar. Además, con ayuda del dispositivo de USB que habían cambiado podían arrastrar al ordenador los vídeos manipulados sin que para ello tuviesen que entrar en el piso.

Asombrados por las habilidades de su paciente, habían examinado diferentes niveles de severidad con el fin de probar si se encontraba atrapado firmemente en el tercer estadio, y cuál podía ser su rendimiento físico y psíquico estando sonámbulo. Desde tareas sencillas como la de observar fotografías en un móvil hasta descubrir una combinación de números en una uña: Volwarth se había vuelto cada vez más eufórico con las facultades de Leon durante el experimento. Incluso había podido resolver el acertijo de A-Moll.

—En ocasiones pienso que nuestro paciente tenía las ideas más claras que nuestras herramientas —refunfuñó Tareski.

Volwarth asintió con gesto compasivo.

—Comprendo su descontento, profesor, y le prometo que en la próxima selección que hagamos nuestro ayudante actuará con más cuidado.

—Eso espero. Llegó un momento en que Siegfried von Boyten era ya imposible de controlar y ponía en peligro el experimento con sus sádicas aficiones. —Tareski se tocó el cuello de manera inconsciente—. Nunca más debería contratar a un aficionado con misiones tan importantes como la de elaborar las cintas.

Volwarth suspiró.

En realidad habían querido ponerle a Natalie un señuelo de más confianza. Sin embargo, ya había resultado suficientemente difícil conseguir que un investigador atrevido se acabase entusiasmando por sus proyectos. Y esta vez habían buscado a alguien con la experiencia pertinente en aquel mundillo; alguien que tuviese una enorme adicción a las prácticas de sadomasoquismo. Cuando Von Boyten júnior se ofreció de improviso para llevar a cabo aquella tarea, se comportaron de un modo sumamente imprudente obligados por la necesidad y le dijeron que sí. Todos tenían claro que Siegfried sólo deseaba satisfacer sus bajos instintos sádicos, pero ¿no estaba predestinado a generarle a Leon el estrés psicótico que ellos necesitaban y lograr así el éxito de sus experimentos?

Y así era Von Boyten. Había puesto el apartamento a disposición de Natalie con el

objetivo de fortalecer su relación sexual. Era el catalizador que habían necesitado para que el miedo a la pérdida que sufría Leon se intensificara de modo que pudiese recaer en los antiguos patrones de conciencia.

—La casa era suya —explicó Volwarth—. Como ustedes saben, amenazó con permitir que saliese todo a la luz si lo dejábamos fuera. Ojalá hubiese tenido otra elección. Él era nuestro único punto débil.

Le habían dejado cierta libertad de movimiento en lo que se refería al contenido de las cintas que ellos reproducían en el portátil de Leon. Las grabaciones servirían para probar en primer lugar si la conciencia del yo del sujeto sometido a experimentación se hallaba presente en el tercer estadio, un estudio similar al test de conciencia que se lleva a cabo con los animales para comprobar si éstos son capaces de reconocerse a sí mismos o reconocer algo extraño en un espejo. Al mismo tiempo debía investigarse, con ayuda de las cintas, hasta qué punto el paciente podía extraer conclusiones lógicas de lo que se le mostraba.

El hecho de que Von Boyten hubiese trepado sin autorización hasta las habitaciones de Tareski y hubiera estado a punto de estrangularle con un cordón de zapatos no estaba previsto ni planeado. Había ocurrido precisamente el día en que Volwarth no había podido acudir al laboratorio debido a una conferencia inaplazable, por lo que no había logrado intervenir de inmediato.

—A pesar de que usted saliese perjudicado, profesor, la agresión supuso algo bueno. Que Leon le liberase demuestra que existe una conciencia sonámbula.

Tareski no pareció demasiado convencido, pero el resto del público de la sala asintió en señal de aprobación.

—Y *last but not least* —quiso terminar Volwarth su resumen— en cierto sentido hemos logrado curar a Leon Nader de su hipnofobia como efecto secundario.

El contenido de los vídeos que se le atribuían falsamente había sido concebido para atraer a Leon a un laberinto que parecía conducir hasta los caminos más oscuros de su subconsciente.

—Durante toda su vida nuestro paciente ha tenido miedo de quedarse dormido porque temía transformarse en un monstruo violento. Eliminando finalmente a Siegfried von Boyten ha conseguido superar este trauma de su infancia. Ahora sabe que no puede hacerle nada a nadie estando sonámbulo. A nadie de la familia, como Natalie, ni a ningún desconocido como el profesor Tareski.

Volwarth sonrió humildemente y esperó a que sus compañeros dejasen de dar golpecitos sobre la mesa en señal de reconocimiento.

—Antes de pedirles que abran la última página del dossier, me gustaría aprovechar la oportunidad para dar las gracias a nuestros generosos donantes. Nuestro proyecto no hubiera podido financiarse sin los Falconi.

El hombre barrigón que formaba el cincuenta por ciento del matrimonio que se había instalado en la primera planta del viejo laboratorio sonrió autocomplaciente. Pero Volwarth sabía que, en todo caso, la única que merecía el reconocimiento era la

elegante mujer que tenía a su lado. *Ella* era la que tenía el dinero. Para su esposo, el experimento no había sido más que teatro *snuff* del barato y, si por él hubiese sido, ya les habría cerrado el grifo del dinero mucho antes, en cuanto los estudios empezaron a aburrirle.

Volwarth suspiró en secreto.

Era una verdadera lástima que uno tuviese que verse obligado a trabajar conjuntamente con sujetos repugnantes como aquél. ¡Pero todo fuera por la ciencia! De todos modos, sus financiadores habían contribuido de forma innegable al éxito del experimento, deteniendo en el primer piso el ascensor en el que iba Natalie y secuestrando a la joven en su casa. Por eso se quedó Leon tan perplejo al ver que su mujer no salía de la cabina del ascensor en la planta baja. No obstante, este hecho y su dinero eran los únicos detalles que valía la pena mencionar. Además, su aportación tampoco había sido suficiente para saldar todos los gastos extraordinarios. Por ese motivo Volwarth se había dejado engatusar por Ivana para vender en internet, por dos duros, algunas de las grabaciones de su investigación a compradores adinerados. Volwarth se sentía mal pensando en ello, pero con la inversión que requería su trabajo y sin ayuda de los organismos públicos no veía que hubiese ninguna otra posibilidad. Por otra parte, no quería ni podía rebajarse al nivel de la plebe, por lo que dejó que fuese Ivana quien enviase los paquetes con las cintas a los consumidores pervertidos.

—Estoy inmensamente feliz de que también estén aquí con nosotros —fingió Volwarth dirigiéndose a los Falconi. A continuación les pidió a los presentes un momento de atención.

—Igual que todos ustedes, yo también he lamentado tener que dejar nuestro último laboratorio tan repentinamente. Pero, por desgracia, después de que Leon consiguiera liberarse en contra de lo que se esperaba, no nos queda ninguna otra salida.

Sacó del bolsillo de su pantalón cuatro llaves de seguridad provistas de pequeñas cintas con unos números.

—Señoras y caballeros, éstas son las llaves de sus apartamentos nuevos. Como siempre, ustedes mismos pueden escoger la planta que quieran.

Les pidió a sus compañeros y patrocinadores que se levantaran y fuesen hacia él.

La sala sin ventanas en la que se celebraba la conferencia tenía el techo bajo, y Kroeger tuvo que bajar la cabeza al llegar junto a Volwarth.

—En la última página de sus archivos hallarán una lista con sus nuevas identidades, así como un resumen aproximado de la serie de ensayos que van a realizarse.

Con esas palabras, corrió la cortina negra y opaca de la pared y un murmullo se extendió por el grupo.

—Como ya dije, es una pena que no podamos actuar más en nuestras antiguas instalaciones. Pero aquí hemos encontrado unas condiciones que son casi mejores. Sin contar con que en esta zona también podemos seguir actuando de incógnito.

Automáticamente había empezado a susurrar, a pesar de que era ridículo, ya que las paredes estaban suficientemente aisladas y el ruido únicamente podía escucharse en la estancia donde estaba el laboratorio.

—¡Magnífico! —dijo Kroeger con profundo respeto.

—¡Increíble! —secundó Ivana.

—¡Fantástico! —dijo el señor Falconi entusiasmado por otros motivos.

Los demás guardaron silencio y observaron fascinados a través del espejo veneciano el dormitorio de una pareja que acababa de mudarse a su nuevo piso.

—¡Es increíble! —dijo el hombre joven poniendo una caja de embalaje junto a la cama.

—¿Verdad, cariño? —La mujer, más joven aún que él, se dejó caer sobre la cama con una sonrisa sugerente. Su novio la imitó y la besó en los labios.

—Todavía no puedo creer que hayamos conseguido esta casa de ensueño.

—Yo tampoco.

Le metió la mano debajo de la blusa y ella se rio para sus adentros.

—Fantástico —dijo él, y se inclinó encima de ella apasionadamente.

—Sí, es fantástico.

—No me refiero al piso.

—¿A qué, si no?

—Es fantástico que por fin vuelvas a sonreír.

La besó y luego dijo con voz esperanzadora:

—Creo que aquí todo volverá a salir bien.

Epílogo

Era imposible ver nada con aquel pañuelo. Sven le había apretado la venda de los ojos demasiado fuerte. Cuando Leon se la quitara, seguro que parecería que acababa de despertarse; parpadearía con ojos cansados y tendría arrugas de dormir en la cara.

—¿Adónde me llevas?

Se agarraba firmemente con ambas manos al hombro de su amigo, quien se había convertido en su mejor confidente durante los últimos meses. Numerosos médicos (entre ellos personalidades importantes) le habían pedido informes a fin de tratar conjuntamente con él las vivencias de su pasado más reciente. Sin embargo, por motivos obvios, Leon no quería saber nada más de los psiquiatras.

—¿Cuánto falta? —preguntó impaciente. El juego de la gallinita ciega le estaba poniendo nervioso. Pocos días antes no hubiese sido capaz de ponerse en manos de otras personas de tal modo, pero desde que se había instalado en el nuevo piso hacía progresos cada día.

—Enseguida llegamos.

Eso mismo has dicho hace cinco minutos, cuando bajamos del coche.

El camino se hacía agradable, aunque era cuesta arriba continuamente. Leon sintió el sol en la cara, oyó la música de la radio de un coche que pasaba de largo y empezó a picarle la nariz, señal evidente de que los castaños en flor bordeaban la acera. El aire olía al asfalto caliente.

—Odio las sorpresas.

—Entonces deberías suprimir el día de tu cumpleaños —replicó Sven secamente.

Leon pensó en la imagen que estarían dando los dos. Algunos de los transeúntes con los que se cruzaban interrumpían sus conversaciones, se reían entre dientes, hacían comentarios tontos («bonita pareja», «que os lo paséis bien») o cuchicheaban algo incomprensible a sus espaldas tan pronto les habían adelantado.

Después de que Sven hubiese doblado por segunda vez una esquina y después de un largo trecho recto, parecía que por fin habían llegado a su destino.

—¡Ya era hora!

Deseaba deshacer el nudo apretado que tenía detrás de su cabeza, pero Sven le cogió del brazo.

—Espera, primero tengo que decirte algo importante.

—¿Qué?

—No te va a gustar mi regalo.

—¿Cómo dices?

Leon pestañeó por debajo de la venda de los ojos. Aún más molesto que el secreto de Sven era el hecho de que su amigo hubiese empezado a tartamudear otra vez, a pesar de que no se le notaba apenas.

—Dicen que es demasiado pronto, pero yo tengo miedo de que quizás ya sea demasiado tarde.

Con aquellas palabras, Sven le puso algo en la mano. Algo que al tacto parecía un vaso de cristal caliente. Leon tenía que tocarlo con la punta de los dedos si no quería quemarse.

—¿Qué demonios...? —Se arrancó la venda de la cabeza y quedó asombrado al ver lo que brillaba en su mano—. ¿Me regalas una vela de té?

Sven movió la cabeza.

—No. Lo que te regalo es que eches un vistazo.

—¿A qué?

—A la verdad.

Se dio la vuelta como su amigo le había pedido y a punto estuvo de dejar caer el vaso.

Ante sus ojos se abría un mar de luces alimentado por numerosas velas y otras velas de té que habían sido colocadas en los peldaños de una escalera.

—¿Es una broma? —preguntó Leon deseando no haberse quitado la venda nunca.

La colección de cartas, animales de peluche, flores y fotografías, algunas enmarcadas (si bien la mayoría habían sido plastificadas) no parecía venir a cuento. En aquel lugar no había ningún borde de carretera en el que hubiese podido suceder un accidente. No se hallaban a las puertas de la mansión de algún famoso cuya muerte inesperada estuviesen lamentando sus aficionados. La manifestación de luto tenía lugar en las noticias de la noche, y no en la entrada del edificio de alquiler del que Leon había salido huyendo desnudo unos meses antes.

—¿Por qué me haces esto, Sven?

Algunas de las llamas se habían apagado, muchas flores estaban marchitas. No era de extrañar teniendo en cuenta el calor que hacía. Sin embargo, la corona que estaba apoyada en el escalón más bajo había sido regada hacía poco. Las ramas de abeto goteaban y la faja bordada brillaba como si fuese nueva bajo la luz resplandeciente del sol.

Mi más profundo pésame.

Leon se dio la vuelta.

Los ojos de su amigo también estaban llenos de lágrimas.

—Lo siento mucho, Leon. Pero creo que por fin debías saber la verdad.

Sven señaló la fotografía enmarcada en la que se veía a Natalie sonriendo directamente a la cámara. Una fotocopia con márgenes descoloridos. La habían sacado de un periódico, al igual que la mayoría de las fotos que había en los escalones. En ella resaltaba aún el titular sensacionalista:

NATALIE NADER:
LA HERMOSA VÍCTIMA DE UN HOMBRE SÁDICO

—Pero eso no tiene sentido —susurró Leon.

Es completamente imposible.

Habían encontrado a Natalie en el laberinto. Sin las funciones vitales mínimas. Siegfried le había puncionado la tráquea, le había abierto el esófago. Poco a poco y dolorosamente, los bronquios se habían llenado de sangre y secreciones; cada vez que respiraba se acercaba más a su final. Sin embargo, la respiración de Natalie se había reducido considerablemente mientras estaba inconsciente, y por eso no se había asfixiado enseguida.

—¡Sobrevivió! —dijo Leon tirando furioso al suelo su vela de té. El cristal se hizo añicos. La llama se apagó—. ¡Rescataron a Natalie!

Una vez, en el sótano. Otra vez, de camino al hospital. Durante la operación que le habían realizado con urgencia también habían tenido que luchar contra la línea plana del monitor, pero, finalmente, habían conseguido devolverle la vida.

—¡Está viva! —gritó Leon pisando varias velas del primer escalón de la entrada. El cristal se hizo pedazos, uno de los marcos se rompió—. ¡Yo estaba con ella cuando despertó!

Natalie sólo había podido tomar alimento líquido durante varias semanas y, desde entonces, su voz había cambiado. No hablaba demasiado, y menos aún de lo que había ocurrido en la casa. Pero las veces que lo hacía era como si se hubiese atragantado con algo caliente. Al igual que las cicatrices de su alma, las de sus cuerdas vocales no eran perceptibles a simple vista. A diferencia del agujero que había en su laringe, que cambiaba de forma y se tornaba de un color más claro cada vez que tragaba.

—¿Qué es toda esta paranoia? —preguntó Leon con un pequeño crucifijo en la mano que había recogido de la escalera. Lo lanzó a los pies de Sven lleno de rabia—. Tan sólo hace dos horas que he desayunado con ella.

En casa. En nuestra nueva casa.

—Solamente era un sueño —oyó que decía Sven, quien se hallaba inmóvil al pie de la escalera—. Estás inmerso en un sueño y no volverás a salir de él si no es con ayuda de otros.

—Eso es una LOCURA —gritó Leon.

Sven le tendió el brazo.

—Natalie está muerta, compréndelo de una vez. Ya no vives con ella; estás en una clínica. Aún nos quedan quince minutos, luego tendré que llevarte allí de nuevo.

—Mientes.

—Si te estoy mintiendo, ¿por qué llevas un pijama puesto?

Leon miró hacia abajo consternado. Sus piernas estaban enfundadas en un pijama fino de seda; iba descalzo.

¡No, no, no!

Sacudió la cabeza sin parar, igual que un niño desatendido.

—No es cierto. Ya no estoy en la clínica. Vivo en, en...

Miró a Sven desamparado porque no recordaba la dirección. Era un bungalow de una planta, sin sótanos, sin vecinos.

Sin túneles.

—Venga ya, viniste a visitarnos la semana pasada. Está en el centro. ¡Tenemos dormitorios separados porque queremos ir despacio!

Y por las noches, cuando las puertas se cierran, cuando las ventanas se bloquean y se enciende el detector de movimientos, nos turnamos para dormir.

—Vives en un sueño —repitió Sven—. Despierta de una vez.

—¡No te acerques a mí!

—Te lo ruego, Leon. No luches más contra ello.

—¡No, márchate!

—Leon, escúchame...

Sven volvió a tenderle la mano. Hacía un calor sofocante. El sol de mediodía les quemaba de arriba abajo, pero Leon sólo sentía frío.

—Está viva.

Sven se arrodilló al lado de su amigo e intentó cogerle de las manos.

—Estoy contigo, Leon. Mírame.

—No. —Leon encogió las piernas y ocultó su rostro entre las manos.

—¡MÍRAME! —gritó Sven, y le tiró de las manos. A continuación le dio una bofetada. La mejilla de Leon ardió como si fuera fuego. Miró a Sven con los ojos llenos de lágrimas. Y entonces ocurrió.

Su amigo empezó a diluirse ante sus ojos igual que la cera en una placa eléctrica que está caliente.

La frente se empequeñeció, la barbilla se hizo más estrecha. Los huesos de las mejillas se perfilaron allí donde anteriormente había habido un tejido adiposo. Los cabellos cambiaron de color simultáneamente, se volvieron más oscuros hasta alcanzar el tono marrón de los ojos.

—Despiértate de una vez —dijo Sven, que había dejado de tener el aspecto de Sven y tampoco tartamudeaba. De pronto hablaba como si se hubiese atragantado con algo caliente.

—¡DESPIERTA!

Hubo un crujido. Fuerte y doloroso. Después, Leon tuvo la impresión de que estaban tirando de él hacia arriba con un tubo aspirador.

Se sobresaltó, alzó los brazos, pataleó, llevó la colcha hasta el extremo de la cama de una patada y abrió los ojos.

Al principio sólo pudo oír su propia respiración. Luego, una suave voz susurró su nombre temerosamente:

—¿Leon?

Parpadeó. La luz cálida del sol que caía lateralmente a través de una persiana le calentaba la cara. Estaba sudando.

—¿Puedes oírme? ¿Te encuentras bien?

Una mujer se inclinó sobre él, tan cerca que le llegó hasta la nariz el discreto olor de su perfume preferido. Una mezcla de hierba fresca y té verde. Su laringe tenía un agujero que se volvía más y más claro a medida que tragaba.

Ella le acarició la mejilla. Enseguida desapareció la sonrisa de su rostro y se reflejó en sus ojos una melancolía familiar.

—Te oí gritar y vine hasta aquí. ¿Va todo bien?

Leon sintió.

—Sí, todo va bien.

Se sentó. Miró el reloj de la mesita de noche.

Luego se llevó la mano al cuello, examinó sus cicatrices y, después de esperar un rato, dijo (inseguro todavía) como cada mañana:

—No te preocupes, Natalie. Estoy despierto.

Agradecimientos

Un día (había acabado el capítulo diecinueve de este libro la noche anterior), a las dos y media de la madrugada aproximadamente, desperté a mi esposa Sandra, que estaba durmiendo a mi lado, y le pregunté nervioso: «¿Has sacado al bebé del sótano?».

Ella me respondió desconcertada: «¿Te has vuelto loco?».

Entonces me desperté.

No era la primera vez que hacía cosas extrañas mientras dormía. Después de todo, me había casado en un estado así. En serio: una vez empecé a decir una frase totalmente despierto y la terminé dormido (primera parte: «tienes que acordarte de...»; segunda parte: «... no meter los tacos en el tubo de escape»). Una advertencia que resultó tan misteriosa para mi mujer como la del recién nacido que no lográbamos sacar del sótano durante mi sueño, sin tener en cuenta el peligro que eso conllevaba.

En *El experimento* ya describí el desagradable estado de la «parálisis del sueño»: cuando la mente cree que está despierta del todo pero el cuerpo aún sigue atrapado en el sueño. Yo no suelo sufrir de ello muy a menudo, quizás una vez cada dos años. Sin embargo, siempre que sucede hay un hombre en la habitación que me observa. Y no puedo hacer nada para defenderme cuando levanta el hacha. Me dan ganas de levantarme de repente y gritarle; de hacerle alguna señal para que, como mínimo, no me lleve a mí sino a mi mujer, que se encuentra a mi lado. De nada sirve.

Con trastornos del sueño de este tipo me siento bien acompañado. Más del veinte por ciento de la población muestra síntomas similares. Está claro que no todos salen corriendo por casa, buscan puertas ocultas o se sientan en su coche estando sonámbulos para asesinar a alguien al igual que Kenneth Parks. Este hecho, tal y como se describe en el libro, sucedió de verdad. Aun así, sí es cierto que muchos de ellos se levantan, deambulan por los alrededores con la mirada perdida, algunos hablan con confusión. Como yo. Una minoría va a la cocina, se viste, escribe una carta, conversa con alguien que está despierto o incluso abandona su hogar.

En cualquier caso no es nada divertido. No existe ninguna seguridad para los sonámbulos. El peligro de que estas personas se hagan daño a sí mismas es mucho mayor (y mucho más probable) que el de que se lo hagan a los demás.

Teniendo en cuenta lo anterior, quiero dejar una cosa clara: no he escrito ningún libro de divulgación. Los sucesos que se narran en esta novela son pura ficción; evidentemente, cualquier parecido con personas vivas o fallecidas es accidental y una mera casualidad. No obstante, como sucede con las buenas mentiras, esta historia inventada también oculta una verdad de fondo: las declaraciones que hace el doctor Volwarth en su primera conversación con Leon acerca del sonambulismo se ajustan a la verdad. Efectivamente, la investigación del noctambulismo aún está en pañales.

Y, ahora, con el corazón en la mano: ¿está usted cien por cien seguro de todo lo que hace durante la noche? ¿Mientras duerme? Si no es así, ya puede ir comprándose

una cámara. Pero asegúrese de estar solo cuando vea la grabación a la mañana siguiente...

Antes de darle las gracias al equipo de mis sueños una vez más (¿se han dado cuenta de la conexión que he hecho?), me gustaría primero darle la mano al lector, por lo menos virtualmente. Lo admito: sin él también escribiría. Un autor no puede reprimir este instinto. Pero con usted me lo paso bien y, además, no me obliga a que le ponga un arma en la sien a mi editor para que me publique. (Hans-Peter, prepárate si algún día bajan las ediciones).

Los siguientes nombres podría decirlos durmiendo, ya que, o bien me acompañan desde el principio de todo o trato con ellos en la editorial Droemer Knaur prácticamente a diario: Hans-Peter Übleis, Christian Tesch, Kerstin Reitze de la Maza, Theresa Schenkel, Konstanze Treber, Carsten Sommerfeldt, Noomi Rohrbach, Monika Neudeck, Patricia Keßler, Sibylle Dietzel, Iris Haas, Andrea Bauer y Andrea Heiß.

Perdonen que destaque especialmente a mis lectoras Carolin Graehl y Regine Weisbrod, quienes sufren un deseo maniaco por mejorar el libro para el que no hay tratamiento médico, y de las que siempre vuelvo a aprovecharme. Además, el título (mucho mejor que el que yo propuse) corre a cargo de Carolin: gracias por ello también.

Si alguna vez tienen la intención de escribir un libro, comprueben en su agenda cuándo pueden desaparecer con seguridad durante unos meses, sin que les busque su familia, su jefe o la policía. Y tienen que tener a alguien que, entretanto, pueda hacer el resto del trabajo (plazos, contratos, transferencias y papeleo, preparación del estreno, organización de los viajes para la presentación del libro y, y, y...). Resumiendo: necesitan a alguien como Manuela Raschke, pero no les voy a revelar su nombre.

Luego necesitarán a alguien que se preocupe porque usted tenga una editorial. Por ejemplo, Roman Hocke, mi agente literario, quien vale todo el dinero del mundo; y sus fieles amigas, Claudia von Hornstein y Claudia Bachmann, de AVA-International.

Patrick Hocke, Mark Ryan Balthasar y mi esposa, Sandra, pasaron varias noches en vela con mi página web, igual que Thomas Zorbach y Marcus Meier, de vm-people, cuando no entendía las funciones más nuevas de Facebook. ¡Pero, oye! El *currywurst* y la cerveza caliente a los que os invité deberían ser suficiente para daros las gracias.

Por si acaso se sorprenden de que siempre aparezca mejor en las fotos de prensa que en la vida real, la respuesta es: Sabrina Rabow. Mi maravillosa agente de prensa está pendiente de que siempre enseñe en público mi lado bueno. ¡Y eso es algo que

cuesta encontrar!

En lo que respecta al apoyo familiar, le doy las gracias como siempre a mi padre Freimut, así como a mi hermano Clemens y a su mujer Sabine. Todos llevan el apellido de Fitzek. Lo sé, es una auténtica locura.

No pueden faltar mis amigos de toda la vida, mis allegados y compañeros de camino: Arno Müller, Thomas Koschwitz, Stephan Schmitter, Christian Meyer, Jochen Trus, el intrépido Zsolt Bács (quien puso en escena *El retorno* de un modo fantástico, logrando que se hiciera posible lo imposible); Petra Rode, así como Barbara Herrmann y Karl Raschke, quien me proporcionó algunas ideas sádicas estando en la cinta de correr. (Para que se entienda mejor: yo soy el que corre; él está a mi lado con el látigo).

Le doy las gracias a todos los editores y a las editoras, a los bibliotecarios y a las personas que organizan lecturas y festivales de literatura: sin ellos mis libros no hubieran encontrado el camino para llegar hasta ustedes.

Y le doy las gracias a *todos* los que *no* me preguntan cómo tuve la ocurrencia de escribir *El sonámbulo*. Podría decir que se me ocurrió mientras dormía, pero eso no sería cierto. Sólo sé que la idea me fascinó tanto que, apenas me vino a la cabeza, tuve que contársela a todas las personas de mi entorno más cercano. Uno de los primeros que no pudo taparse los oídos a tiempo mientras cenábamos en un ambiente agradable y acogedor fue Christian Becker, cuya productora, Ratpack, es responsable de algunos de los éxitos más importantes del cine alemán. Enseguida se quedó entusiasmado y contrató a Iván Sáinz Pardo para hacer una adaptación del guión.

Gracias, Iván, por la increíble inspiración que me suministraron tus ideas mientras seguía escribiendo. Además, estoy enormemente ansioso por saber cómo será la versión cinematográfica. Porque una cosa está clara: si alguna vez se reúne el dinero (que en Alemania es cuestión de paciencia), *deberían* poder diferenciarse la novela y la película. Por lo menos uno de los cambios que llevé a cabo en *El sonámbulo* es, según mi opinión, imposible de llevar a la pantalla.

A propósito de opinión: pueden contactar conmigo a través del correo electrónico: fitzek@sebastianfitzek.de y en www.facebook.com/sebastianfitzek.de.

Y, para terminar, antes de que se me olvide: gracias especialmente a mi mujer, Sandra, que me ha apoyado en todo momento. Y que todavía no me ha dicho si ha sacado al bebé del sótano. Voy a echar un vistazo ahora.

Que tengan unos oscuros sueños.

SEBASTIAN FITZEK

Berlín, diciembre de 2012

En estado despierto (eso espero)



SEBASTIAN FITZEK (Berlín, Alemania, 1971). Tras el éxito de sus novelas *Terapia*, *Amoskpiel*, *El retorno* y *El experimento* (estas dos últimas publicadas en español por Booket) se ha consagrado como el maestro alemán del thriller psicológico. Fitzek es uno de los pocos autores alemanes cuyas obras, traducidas a más de veintiocho idiomas, se han publicado en Estados Unidos y en Inglaterra, países de la novela de suspense por excelencia. Algunas de las obras del autor han sido adaptadas: al cine *El retorno*, de estreno en 2012, y al teatro *El experimento*, de cuya obra se hicieron cincuenta funciones, y tuvo gran acogida de la crítica y el público.

Notas

[1] *Sternenkinder* («niños de las estrellas»). Expresión poética utilizada en Alemania y Austria para referirse a los niños (de hasta 500 gramos de peso) que fallecen antes, durante o después de su nacimiento. (N. de la t.) <<

[2] Los fantasmas navideños (*Raugeister*) tienen su origen en la mitología germánica, el cristianismo y las tradiciones. Hoy en día es sólo una superstición. En Alemania y Austria algunas personas todavía evitan lavar la ropa durante los días que se suceden entre Navidad y Año Nuevo, ya que es entonces cuando los fantasmas salen de su escondite y traen la mala suerte. Los *Raugeister* simbolizan el viento helado de la Navidad (la época más fría del año). Antiguamente muchas familias caían gravemente enfermas cuando salían a lavar la ropa junto al río bajo el frío del invierno. (*N. de la t.*). <<

[3] En español, A-Moll equivale a la tonalidad de la escala musical de la menor (su abreviatura en el sistema europeo es Lam, y en el sistema americano es Am). La palabra Moll proviene del latín *mollis* y significa «suave». (N. de la t.) <<

[4] En español, esta serie de letras equivalen a la escala musical de la menor formada por las notas la, si, do, re, mi, fa, sol, la. (*N. de la t.*) <<